



GRANDES DETECTIVES

Jirō Akagawa

LOS MISTERIOS DE LA GATA HOLMES



Lectulandia

El detective Katayama tiene dos importantes problemas que le impiden ser un policía de primera: por un lado siente pánico ante la sangre, solo con verla se desmaya. Por otro, es tan tímido que es incapaz de hablar con mujeres. A pesar de esto, deberá unirse a la investigación del asesinato de una universitaria y le será encomendada la vigilancia de una residencia femenina de la universidad. Su vida dará un giro inesperado cuando conoce a un catedrático que tiene una mascota a la que llama *Holmes* y que, para sorpresa del detective, no es una gata corriente...

Esta es la primera entrega de una conocida serie de libros que provocó que los aficionados a las novelas de misterio aumentaran vertiginosamente en Japón. Una mezcla de comedia y misterio que se ha convertido en una obra emblemática para los lectores y que ha llevado a su personaje, la gata calicó *Holmes* a ser uno de los personajes más queridos y populares de la ficción nipona.

Lectulandia

Jirō Akagawa

Los misterios de la gata Holmes

ePub r1.0

Titivillus 23.04.16

Título original: *Mikeneko Holmes no Suiri*

Jirō Akagawa, 1978

Traducción: Bárbara Pesquer Isasi

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

se

3^{er} Aniversario



Más libros, más libres

INTRODUCCIÓN

Sobre *Holmes, la gata calicó*

Como se ha mencionado ya, la serie de *Holmes, la gata calicó* es una de sus series de novelas de mayor popularidad, hasta el punto que hasta la fecha ha tenido adaptaciones en todos los ámbitos; sea televisión, teatro, animación, cómic o videojuegos.

La novela que presentamos en esta ocasión como *Los misterios de la gata Holmes (Las deducciones de Holmes, la gata calicó)*, es la primera de las treinta y cinco novelas y otras tantas historias cortas y antologías que el autor ha publicado hasta la actualidad, dedicadas al universo de esta peculiar felina. Curiosamente, el modelo en el que se inspiró para crear a *Holmes*, la coprotagonista de esta serie de novelas, fue su propia mascota; también una gata calicó. La novela más reciente fue *El shogun de la oscuridad de Holmes, la gata calicó* (2013).

Sus adaptaciones televisivas se remontan a los años 1989-1991, años en los que se produjo una serie de 3 obras teatrales realizadas para el formato televisivo. Luego vería aparecer su primera adaptación como serie de televisión entre los años 1996-1998.

Su adaptación más reciente como serie de televisión se estrenó el año 2012 bajo el título homónimo de la novela *Las deducciones de Holmes, la gata calicó*.

Esta última fue emitida por *Nihon Terebi* y se trata de una adaptación libre de la novela que compila algunos de los casos más populares del universo de la felina. Pese a poseer aspectos que difieren respecto a la obra original, conserva la frescura de la obra y su contraste entre la vertiente cómica y la criminal de los casos con los que se encuentra el protagonista: un detective de la policía atípico con fobias inconcebibles y un talante sin el arrojo de los detectives épicos, que han hecho que se gane el apodo de «princesita» entre sus compañeros. Además, las situaciones por las que lo hace pasar el autor tampoco ayudan a dignificar su figura, componiendo así un contraste tan curioso, como atractivo y fresco, en unas historias cargadas de crímenes y de detalles siniestros. Y tal como describe el título y se ha indicado anteriormente, la serie la coprotagoniza *Holmes*, una gata calicó terriblemente inteligente que va a tener mucho que ver con la resolución de sus casos.

La serie también tuvo diversas adaptaciones a la animación y luego, durante los años 2006-2007, al *manga* o cómic japonés de mano de diversos dibujantes, algunos muy conocidos en el sector editorial dedicado al cómic japonés como son Yumiko Igarashi, Hajime Tomita y Kaoru Ōhashi, entre otros.

PRÓLOGO

— **A**delante, pasa. —Nada más abrir la puerta, Yumiko entró en el recibidor y tras encender la luz, exhortó al hombre que se había quedado tras ella a que entrara.

El hombre entró con la parsimonia del astronauta que puso el pie por primera vez en la Luna y acto seguido, echó un vistazo con cierta curiosidad al interior de la vivienda.

—El dormitorio está al fondo. —Entonces ella cerró la puerta y entró en la cocina comedor—. Entra, date prisa.

Mientras el hombre se quitaba los zapatos, Yumiko se dirigió rápidamente al dormitorio que había al fondo. Se notaba que estaba más que acostumbrada a ese lugar.

Sentada en la cama, sacó un cigarrillo, lo encendió y esperó a que el hombre viniera. Era un hombre muy corriente. A primera vista parecía un oficinista de mediana edad. Es más, seguro que en su lugar de trabajo y en su familia, era prácticamente el empleado y el marido modélico.

Llevaba escrito en la cara que hasta ahora, jamás se le había pasado por la cabeza pagar para acostarse con una mujer joven.

—Entra, por favor. —Ella volvió a dirigirse al hombre, que se había quedado parado frente al umbral de la puerta del dormitorio.

—Este es el piso de una amiga. Si no nos damos prisa, podría volver a casa antes de que hayamos terminado. Entra. —Y una vez estuvo dentro, le dijo que cerrara la puerta.

Le daba lástima. Por su aspecto, no parecía que pudiera permitirse pagar treinta mil yenes^[1]. Ella empezó a preocuparse un poco. ¿Llevaría ese hombre esos treinta mil yenes encima? Pero el abrigo que llevaba era caro y no le daba la impresión que eso solo fuera una fachada.

—Venga, ¿por qué no empezamos ya? Sería horroroso que mi amiga regresara y nos pillara en plena faena. Ella no tiene novio, sería una provocación, ¿no te parece?

Tras hablarle con guasa para relajar un poco el ambiente, Yumiko aplastó el cigarrillo en el cenicero, se puso en pie y empezó a desnudarse dándole la espalda.

Si podía hacerse con esos treinta mil yenes esta noche, podría pagarse el billete de avión del viaje a Guam^[2]. Para ella era duro, pero trabajando a media jornada en un trabajo honrado, tardaría más de un año en reunir tanto dinero. Así que no tenía otro remedio, la cuestión era terminar cuanto antes.

Seguramente aquel hombre prefería desnudarla con sus propias manos, pero como tenía prisa por terminar, se desnudó por completo y se dio la vuelta para mirarlo.

—Venga, desnúdate tú también.

El hombre permanecía en pie con las manos metidas en los bolsillos del abrigo,

sin mover un solo músculo, como si fuera un maniquí. Ese rostro en el que no traslucía ninguna emoción también parecía el de un muñeco.

—¿Qué ocurre? —Ella empezó a ponerse furiosa. ¿Por qué estaba perdiendo el tiempo de ese modo?—. Hazlo de una vez. A este paso voy a pillar un resfriado. ¿Tienes ganas de hacerlo o es que no...? —Ella interrumpió sus palabras bruscamente; sus ojos, abiertos como platos, se quedaron mirando fijamente un objeto con un brillo plateado que el hombre tenía en la mano y que se había sacado del bolsillo.

Frente al edificio, Hiroko observó desde la calle la luz encendida del apartamento que se filtraba a través de la ventana y frunció el ceño. Esta Yumiko era incorregible, quizá no había terminado aún. Miró el reloj de pulsera y supo que ya era la una de la madrugada. ¡Pese a que le prometió que solo utilizaría el piso hasta las doce, lo suyo ya pasaba de castaño oscuro!

Subió las escaleras, fue hasta delante mismo del apartamento y vaciló un instante. En el pasado, en una ocasión, entró de repente y se encontró cara a cara con un hombre completamente desnudo. Procuró abrir la puerta cuidadosamente.

¡No se lo podía creer! ¿Cómo se le ocurría no cerrar la puerta?

Aguzó el oído, pero no oyó ningún ruido, ni ninguna voz que le hiciera pensar que fuera a pasar lo de la otra vez. A lo mejor Yumiko se había quedado dormida.

Puesto que en el recibidor no había ningún zapato de hombre, entró en el apartamento algo más tranquila y tras dejar en la nevera un cartón de leche que había comprado en una máquina expendedora, se dirigió al dormitorio.

—Yumiko, despierta —dijo mientras abría la puerta.

Ni siquiera fue capaz de gritar.

Hiroko tenía los ojos muy abiertos, se había tapado la boca con la mano, e iba retrocediendo tambaleándose, para acabar sentada en el suelo como si se hubiera derrumbado. Entonces, se puso desesperadamente a cuatro patas e intentó arrastrarse hacia el recibidor.

Pero a medio camino ya no pudo contenerse más y vomitó.

Después de vomitar varias veces, finalmente pudo ponerse en pie y salió temblorosa por el pasillo para ir a pedir ayuda.

PRIMER CAPÍTULO

LA HAGOROMO Y EL ASESINATO

1

— **P**rincesita, el jefe te llama.

Katayama finalmente se decidió a abrir esos párpados que tanto le pesaban.

Vio ligeramente borroso el rostro de Okada, su compañero de trabajo.

—¿Cómo dices? —Katayama le respondió con una pregunta.

—Que te llama el jefe.

—Ah, vale.

Katayama se levantó de su asiento con parsimonia. Eso de «princesita» era un mote. Él era un hombre adulto hecho y derecho de veintiocho años, repleto de juventud. Aunque era posible que de lo que estuviera repleto, más que de juventud, fuera de somnolencia.

Sobre su físico larguirucho y desgarbado había encajada una cara con unos ojos muy redondos. Tenía unas piernas muy largas y su modo de andar resultaba cómico: economizaba el paso de tal modo que recordaba a una jirafa. Entre sus hombros ligeramente caídos y su rostro con unos ojos y una nariz redondeados, daba toda la impresión de ser una joven gentil. Pero esa no era la única razón por la que le llamaban «princesita...».

—¿Me llamaba? —El detective Katayama se presentó ante el superintendente Shigeru Mitamura, el jefe de la primera sección de investigación.

—Sí, siéntate.

Este hombre de mediana edad y aspecto corriente tenía cara de buena persona. Todo el mundo sabía que Mitamura era famoso en la comisaría por lo buen jefe que era. Habitualmente era un superior amable, pero tenía la fama de que una vez montaba en cólera, no había rincón del edificio en que no se oyera el «trueno» que hacía restallar.

Katayama se acomodó en la silla colocando las piernas juntas y escudriñó de qué color tenía el rostro el jefe. Al cabo de un par de segundos se dijo a sí mismo que parecía que no se avecinaba algo malo: «Cielo ligeramente nublado, no es necesario llevar paraguas».

—Quiero que te encargues de un trabajo —dijo Mitamura tras levantar la vista de un grueso informe que tenía a mano.

—Está bien...

—Se trata del caso de la universitaria que asesinaron por la noche, hace tres días.

Esto no podía ser. Katayama tragó saliva. ¿El asesinato de la universitaria? ¿Aquel en que despedazaron su cuerpo con un arma blanca afilada?

—Parece que vamos a tardar bastante tiempo en identificar al sujeto —prosiguió Mitamura—. Tenemos una lista de sospechosos, pero resulta que hay muchos, demasiados.

Los compañeros que se habían desplazado hasta el lugar de los hechos se habían quedado blancos del horror. La habitación era un mar de sangre y el cuerpo de la universitaria se desparramaba desde la cama hasta el suelo, con los brazos y la cabeza colgando boca abajo. Con los ojos muy abiertos en una expresión de terror, parecía estar aún con vida y contemplando la terrible imagen de sus entrañas desbordándose por su abdomen cortado en dos.

—Así que lo que te quería pedir era... ¿Qué te ocurre? ¿Estás bien?

—S-sí...

Katayama se había quedado blanco y unos sudores fruto de los nervios habían aflorado en sus mejillas.

—Sí, estoy bien. Discúlpeme, por favor. —En su fuero interno, Katayama se iba diciendo: *¡Sé fuerte, hombre! ¡No quedes en evidencia!*

Mitamura prosiguió con una cara que parecía decir *qué cruz*:

—Lo tuyo no tiene remedio. Hace muchísimo tiempo que trabajo en la policía, pero jamás había oído que un detective se desmaye cada vez que ve sangre.

—La verdad es que me da muchísima vergüenza.

—No te preocupes. No te estoy pidiendo que investigues el asesinato en sí. No hace falta que veas ningún muerto.

—¿De veras? —Katayama sintió que volvía a revivir.

—Yumiko Kurihara, la chica asesinada, era una estudiante de tercer año de la Universidad Femenina Hagoromo.

—¿Hagoromo? ¿Como el hagoromo^[3] que llevan las diosas celestiales?

—Se escribe del mismo modo, pero no tiene nada que ver con eso. El fundador de la universidad se llamaba Kōkichi Hagoromo.

—Ah, entiendo.

—Supongo que tú también debes estar más o menos al corriente, pero por lo visto, la víctima le pedía a una amiga que le prestara su apartamento y se estaba prostituyendo. En fin, aparentemente se lo tomaba como un simple trabajo a media jornada... A petición del campus no se ha hecho público nada de esto ante los medios de comunicación.

Katayama también recordaba haber leído en la prensa algún artículo insinuando que la policía no había facilitado todos los detalles del caso.

Por cierto, el decano del departamento de literatura se llama Morisaki y fue compañero mío en la universidad. Me ha pedido que investigue yo el caso. Me

encantaría ayudarlo, pero no puedo marcharme y dejar tirada la montaña de trabajo que tenemos aquí. Por ello quiero que vayas en mi lugar y escuches lo que tenga que decirte.

—Entendido. —Katayama recuperó la calma en buena medida y le preguntó al superintendente—: ¿Bastará con hablar con él?

Presta mucha atención e infórmame de todo. Dile que intentaremos ayudarlo en todo lo que esté en nuestra mano.

—Sí.

—Habla con él. Como ves, no tiene nada que ver con la sangre.

A pesar de que solía tomarse todo lo que le decían con buena fe, Katayama tuvo la impresión de que lo había dicho con un poco de soma.

—¿Tengo que hacer algo más?

—Eso será todo. Morisaki te está esperando. Ve a verlo y vuelve a comisaría lo más rápido que puedas. Recuerda, es la Universidad Femenina Hagoromo.

—Sí, lo sé. —Se levantó de la silla y de repente pareció caer en algo en lo que no había reparado antes—. Oiga, eso de universidad femenina... significa que todas las alumnas son mujeres, ¿verdad?

—Que yo sepa, en una universidad femenina no se admite el ingreso de hombres.

El rostro de Katayama volvió a quedarse blanco. Estaba cambiando de color con la misma frecuencia que lo hacía un semáforo.

—Superintendente... lamento mucho pedírselo, ¿pero no podría asignarle este trabajo a otro hombre?

—¿Y eso por qué?

—Bueno... Es que se me da fatal tratar con mujeres... Cada vez que me acerco a un lugar donde hay varias reunidas, tengo dolor de cabeza, ataques de vértigo, y al final me dan mareos. A veces incluso me sale urticaria y...

Katayama vio cómo el rostro de Mitamura adquiría una expresión severa y dejó de hablar.

Iba a desencadenarse una «tempestad».

—Entiendo. En ese caso, ¿quieres que te enseñe las fotografías del escenario del crimen de la universitaria asesinada?

—¡N-no! ¡No será necesario!

—Entonces, ¿irás a la Universidad Femenina Hagoromo?

—¡Sí! ¡Sí que iré!

Katayama estuvo a punto de irse a trompicones, pero se detuvo de golpe y se quedó de pie ahí en medio, completamente tieso:

—Esto... ¿Y cómo llego hasta allí?

Desquiciado, Mitamura lanzó una mirada furibunda a Katayama. A continuación se sacó del bolsillo el bloc de notas y le pasó a Katayama un pequeño papel doblado que guardaba en su interior.

—Esta es la dirección. Puedes ir en taxi si quieres.

—¿Y me pagarán la carrera del taxi^[4]?

—Sí.

Genial, podría ir durmiendo. Katayama dio dos, tres pasos para irse mientras miraba la nota y entonces se detuvo. ¿Qué iba a hacer? Bueno, aunque no lo supiera exactamente, un oficial de policía era un funcionario público, así que debía poner todos sus esfuerzos en aquel caso y prestar su ayuda.

—Perdone... —dijo Katayama.

—¿Aún tienes alguna duda? —Mitamura le respondió con una cara que denotaba que estaba empezando a perder la paciencia.

—Esta dirección...

—¿Hay algún error en ella?

—No. —Y tras un instante, prosiguió—: ¿Cuál es el código postal?

¡El trueno restalló!

—Lléveme a esta dirección, por favor.

En cuanto Katayama subió al taxi, le entregó la nota al taxista, se dejó caer sobre el asiento de atrás, y se quedó inmóvil como si lo que fuera a suceder a continuación no fuese con él.

«Bueno, a dormir un poco», se dijo.

Y entonces cerró los ojos. Sin embargo, el taxi no se movía en ninguna dirección.

—¿Hay algún problema?

—¿Adónde quiere que lo lleve?

El taxista le mostró la nota, y empezó a leerla en voz alta con una mueca en la cara:

—Cerdo rebozado con arroz: 350 yenes. *Tempura* de marisco con arroz: 400 yenes... ¿Acaso hay algún lugar que se llame así?

—Ay, me he confundido. Es esta.

Hecho un manojito de nervios, Katayama le entregó la nota con la dirección de la Universidad Femenina Hagoromo y recobró el vale del comedor. Si se quedaba sin él, tendría que pagar la comida.

—¿A la Universidad Femenina Hagoromo? —Se produjo una breve pausa—. Dígame, ¿es usted detective de policía?

—Así es.

—¿Va a investigar el asesinato de la universitaria?

—Más o menos.

Katayama asintió con un poco de arrogancia.

—Está bastante lejos —dijo el taxista mientras se iba metiendo en la riada de vehículos—. ¿No prefiere ir hasta allí en tren? Menudo derroche. —Al ver que Katayama se quedaba callado y algo desconcertado, el taxista siguió hablando—: Se supone que este taxi lo pagará con mis impuestos, ¿no?

—Bueno, ahora que lo dice, es verdad...

—Pues preferiría que les diera un mejor uso.

Katayama se quedó un poco decepcionado.

—Entonces, ¿sería mejor que no fuera en taxi?

—Qué va, así al menos se me devolverá una parte de los impuestos que he estado pagando de más.

Le pareció un razonamiento un poco raro, pero por más que se estrujara los sesos, no supo ver qué le extrañaba en particular. Se rindió y se quedó mirando al frente con la cabeza en la luna. La somnolencia que tenía parecía haberse despejado.

Era el uno de octubre, una fecha que se mecía entre los ocasos tardíos y los ocasos tempranos, y entre el otoño y el invierno. En ese momento hacía poco que habían pasado las doce del mediodía y la cálida luz del sol caía sobre los hombres y las mujeres, que en ese momento daban un paseo durante la pausa del mediodía.

«Qué cruz. ¿Por qué no me dio por ser un oficinista corriente como ellos? Tendría una vida más confortable y un sueldo mejor que el que tengo como detective de policía», se dijo. Qué diablos, aún no era demasiado tarde para cambiar de oficio. Si realmente se decidiera a ser oficinista, podría serlo y punto.

Comenzó a pensar en su padre, conocido en la comisaría como el *Detective Demonio*, por su habilidad para resolver crímenes. Un día que no estaba de servicio, su progenitor se topó por casualidad con un ladrón que salía de una casa y acabó muriendo apuñalado cuando intentaba capturarlo. Por aquel entonces Katayama tenía doce años. Como su madre había fallecido hacía mucho tiempo, acabó viviendo solo con su hermana pequeña de siete años.

Antes de fallecer, sus últimas palabras fueron pedirle a su hijo que se convirtiera en «un oficial de policía magnífico». En su fuero interno, ambos sabían que Katayama no servía para detective, sin embargo, este aceptó su compromiso y cumplió su palabra.

Sin embargo, Katayama nunca lo hubiera logrado, de no ser por Mitamura, el compañero de su padre, que entonces ocupaba el cargo de inspector de policía, que aceptó solemnemente la última voluntad de su compañero pese al gran sacrificio que suponía, y prometió que «aceptaba de buen grado a su hijo y se haría cargo de él».

Si el propio Katayama hubiera dicho que no quería serlo, no habría habido ningún problema, pero él tenía por principio no llevar la contraria a la gente y mucho menos a su padre.

¿Cuántos años habían pasado ya? Harumi también se había graduado y ahora estaba trabajando de dependienta en unos grandes almacenes. Tenía veintiún años; ya era toda una mujer.

«Ya empieza a ser hora de replantearse las cosas».

Katayama miraba distraídamente por la ventana, al tiempo que pensaba en su hermana. Pronto se enamoraría de alguien. No podía pasarse toda la vida cuidando de él. Cualquiera día, más pronto que tarde, le diría que quería cuidar de otro hombre. Y cuando eso sucediera, ¿qué pasaría con la comida de cada día? Ahora que caía, ¿qué tendría esa noche para cenar? ¿Los restos del estofado de ayer?

Ella era una buena cocinera, pero como preparaba en un solo día la comida de toda la semana, Katayama tenía que cenar lo mismo varias noches seguidas.

«¿Estofado para hoy y también para mañana?».

En ese momento el vehículo estaba entrando en la ciudad de Fuchū. Al cabo de un instante que le pareció muy breve, el taxi redujo la velocidad rápidamente y se detuvo.

—Es aquí.

—Gracias.

Pagó la carrera del taxi con cargo de conciencia, tomó el recibo y bajó del coche.

Dado que aquello era una universidad, se imaginó que tendría una puerta de acceso magnífica, pero no había nada remotamente parecido a una gran entrada. Frente a la calle había un camino de grava flanqueado por un paseo de árboles que parecía formar parte de la propia estructura interna de la universidad. De no existir un sencillo letrero vertical en un lateral con el nombre Universidad Femenina Hagoromo, su ubicación le habría pasado del todo inadvertida.

Tenía una sección residencial a su alrededor, junto a un amplio jardín en el que había un gran número de viviendas de lujo. Y lo mejor era que no había edificios altos, y por lo tanto, nada que obstaculizara la visión del cielo azul.

Aquellas vistas hicieron que Katayama se sintiera feliz y animado mientras se adentraba por el camino de grava. Pero ese sentimiento desapareció de inmediato en cuanto vio que varias universitarias venían en dirección contraria conversando en alegre algarabía.

Le dieron ganas de quedarse mirando al suelo, pero como le preocupaba chocarse con ellas si andaba cabizbajo, siguió avanzando con la cabeza en el ángulo justo que le permitía ver los pies de las jóvenes. Cuando el sonido de las risas de las universitarias se iba acercando, su corazón se desbocó. Justo antes de que se cruzaran con él, la conversación de las jóvenes se detuvo de repente.

«¡Me están mirando!», pensó.

Y entonces, una vez que ambas partes se cruzaron en silencio, la distancia entre ellos se fue haciendo progresivamente más grande. Aquello había sido como el encuentro entre dos grandes espadachines. Katayama oyó cómo las jóvenes reían a sus espaldas.

«Se están burlando de mí...».

Quizá no se reían de él, podía haber sido una percepción equivocada, fruto de darle demasiadas vueltas a las cosas.

2

—Lo hemos estado esperando.

La secretaria del decano del departamento de literatura apareció y se dirigió a

Katayama, que estaba esperando en una silla en el pasillo.

—El decano ya ha regresado. Puede pasar.

—Muchas gracias.

La secretaria no le dio ningún tipo de pánico. No había duda de que era una mujer, pero ni era joven, ni había nada femenino en ella. Parecía un bastón regordete con gafas envuelto con un pedazo de tela.

Katayama abandonó la pequeña habitación donde estaba la mesa de la secretaria. Cuando iba a abrir la puerta donde podía leerse: «Despacho del Decano», se llevó una sorpresa. En la esquina inferior derecha de la puerta había un cuadrado de unos veinte centímetros que parecía estar recortado sobre la misma puerta. Tenía la forma de una portezuela abatible que parecía abrirse y cerrarse mediante un resorte con un sistema parecido al de las articulaciones humanas.

Se dio la vuelta y comprobó que la puerta del pasillo por la que había entrado mostraba la misma disposición. ¿Aquello era algún tipo de superstición incomprensible o qué?

En cuanto entró en el despacho del decano, adoptó una postura solemne. El amplio interior de la habitación tenía una gruesa alfombra en el suelo y una distribución acorde con un salón de estilo arquitectónico georgiano^[5]. A los lados, en las estanterías que plagaban las paredes, había gruesos volúmenes con encuadernaciones de piel dispuestos con holgura. Desde luego, allí no había ningún cómic ni ningún semanario de tiras cómicas. De detrás de la pesada e inmensa mesa de madera de caoba que había al fondo, se levantó un caballero más que apropiado para una estancia como aquella.

—Soy Tomō Morisaki, el decano del departamento de literatura.

Este caballero esbelto y alto rodeó la mesa y se encaminó hacia Katayama con el rostro sonriente. Su edad seguramente rondaba los cuarenta y cinco años. Vestido impecablemente con un traje aparentemente de factura británica y de colores sobrios conjuntado a la perfección. Era la pura imagen de la clase de hombre de mediana edad en el que los cabellos grises resultaban atractivos.

—Disculpe...

—Es usted el señor Katayama de la Comisaría Central, ¿verdad? Mitamura me ha llamado hace un rato. Disculpe que los moleste pidiéndoles que vengan hasta aquí. Tome asiento, por favor.

—Sí...

No sabía muy bien el motivo, pero Katayama se sintió intranquilo cuando se sentó en la silla.

—¿Le apetece un puro?

Morisaki abrió una caja de puros ricamente decorada y le ofreció uno.

—No, gracias.

—Entiendo. Bueno, yo tampoco fumo, pero los tengo aquí para los invitados. Espere un momento.

Morisaki pulsó el botón del interfono que tenía sobre la mesa:

—Señorita Ōzaki, traiga una taza de café. —Acto seguido, siguió hablando con Katayama—. Disculpe que lo haya hecho esperar. Es que la reunión se ha prolongado un poco. Ocurre a menudo, uno nunca acaba a la hora prevista.

Pese a que Katayama estaba inquieto, mostraba una sonrisa ambigua. «Me da la impresión de que este hombre tiene una impresión equivocada de mí», pensó.

Y efectivamente, debía creer que él era alguien importante, porque aquel trato tan cortés resultaba extraño... Seguramente no estaba informado de que Katayama era un simple detective de policía.

—Supongo que mi amigo Mitamura ya debe haberle puesto al corriente, pero el motivo que me ha llevado a pedir que venga es lo sucedido con Yumiko Kurihara. Esa joven que asesinaron el otro día era estudiante de tercer año de esta universidad. Por lo visto, tenía planeado hacer un viaje al extranjero durante las fiestas del mes de noviembre, y se había estado prostituyendo puntualmente para obtener el dinero para pagar los gastos del viaje. Como profesor suyo, me parece vergonzoso.

—Claro.

—Sin embargo, las universitarias son personas adultas y no quiero interferir demasiado en su comportamiento fuera de este campus.

—Tiene usted mucha razón.

—Mis parientes me abroncarían si me oyeran decir esto, pero por mucho que haga ese tipo de trabajo, no creo que sea motivo para expulsar a una alumna. Ya tienen suficiente peligro con el riesgo de que les contagien alguna enfermedad, de quedarse embarazadas o como ha sucedido esta ocasión, de encontrarse con un loco; no resulta un oficio con buena prensa.

En cierto sentido, a Katayama le caía bien el decano. En esas altas esferas, había muchos intelectuales que presumían de comprender muy bien a los jóvenes, cuando en realidad muchos de ellos estaban chapados a la antigua. Pero este hombre llamado Morisaki era distinto.

—Pero hay una cosa que me preocupa. —Morisaki frunció las cejas—. A Kurihara la asesinaron en el apartamento de Hiroko Misaki, una compañera de tercer año que iba a la misma clase que ella. Y por lo visto, hasta ese momento, le había estado prestando su apartamento en repetidas ocasiones. Y además, una vez...

Morisaki calló porque la secretaria había entrado con los cafés.

Discúlpeme, es que prefiero mantenerlo en secreto —dijo en cuanto la secretaria se marchó. Tras tomar un sorbo de café de una taza extraordinariamente cara, prosiguió—: Una vez, cuando Misaki le dijo a Kurihara «caray, hay que ver el puñado de ligues que encuentras» para provocarla, esta última le respondió «te *puede* dar trabajo siempre que quieras».

—Entiendo.

Katayama sabía lo que significaban aquellas palabras: Yumiko Kurihara tenía a *alguien* que se estaba *haciendo cargo* de ella.

—Entonces, ¿se relacionaba con la yakuza o algo parecido?

—Mitamura me dijo que no parecía que fuera el caso. Y yo pienso lo mismo. Si se relacionaba con una banda mafiosa, la banda se habría llevado la mayoría de lo que ganaba por prostituirse y no se hubiera convertido en un trabajo rentable.

—En efecto. —Katayama se sintió acomplejado. Ya no sabía quién era detective de la policía y quién no.

—Por cierto, su compañera Misaki oyó otra cosa interesante.

En ese momento se oyó un ruido en la puerta.

—¿Eres tú, *Holmes*? Pasa, por favor —dijo el decano en un tono despreocupado, como si se estuviera dirigiendo a un amigo.

Se dio la vuelta y vio que una gata asomaba la cabeza por la puerta abatible colocada en una esquina. Antes le había parecido extraño que hubiera una portezuela ahí, pero ahora comprendió que era para la gata. ¿Pero es que tenían una gata en aquella universidad?

—Esa es mi gata. Entra, *Holmes*. Saluda a mi invitado.

La gata levantó la puerta abatible con la cabeza y se quedó observando el rostro de Katayama con una mirada desconfiada, pero al cabo de un rato, pasó a través del hueco de la puertecilla y entró. El color de su pelaje era muy original. Era una gata calicó^[6] de talle esbelto. Tenía prácticamente todo el lomo de color negro y marrón, la tripa era de color blanco, la pata delantera derecha de color negro y la pata delantera izquierda de color blanco. Su hocico marcaba una línea recta que conformaba la forma y el perfil de su cara, sus bigotes estaban enhiestos con una vitalidad cargada de juventud, y su cara era de tres colores distintos a partes iguales: blanca, negra y marrón. Se notaba que recibía muy buenos cuidados, su pelaje tenía un brillo sedoso y era realmente lustroso.

Esa gata llamada *Holmes*, lejos de saludarlo, no se dignó siquiera a mirar a Katayama. Siguió caminando hacia el fondo del despacho a paso ligero y se colocó de un salto encima de la mesa de madera de caoba. Acto seguido, empujó a un lado los documentos que había sobre la mesa con la cola y una vez obtuvo el espacio suficiente, se echó a dormir hecha una bola.

—Es incorregible —se excusó Morisaki—. Lamento el desplante. Pese a ser una *chica*, no resulta nada encantadora.

—¿Y vive la gata aquí en la universidad?

—Sí, vivo con *Holmes* en este campus una vida de soltero sin preocupaciones. Además, ella puede entrar y salir del edificio de la universidad cuando quiera.

—Entiendo.

Katayama se quedó observando a esa gata arisca que, con gran habilidad, se había colocado sobre el escritorio hecha una bola. Le pareció que hasta aquello era más femenino que la secretaria que había fuera.

—Cambiemos de tema y sigamos con lo que le estaba explicando. —La voz de Morisaki volvió a adquirir un tono más pensativo—: ya de buen principio, Misaki le

había advertido a Kurihara que era mejor que dejara de hacer estas cosas. Pero una vez que fue especialmente insistente al respecto, Kurihara le soltó *pero en la residencia muchas estudiantes...* Y entonces se quedó callada de golpe a media frase.

—¿En la residencia?

—La residencia de las estudiantes está en este campus y acomoda a las chicas que llegan a Tōkyō desde otras regiones del país. No todas pueden acceder a la residencia, pero hemos podido alojar a casi la mitad. Asimismo, Kurihara también vivía en la residencia.

—Entonces, está diciendo que entre las estudiantes de esa residencia, ¿hay otras chicas que se están prostituyendo?

—Si tenemos que creer lo que escuchó Misaki, la expresión exacta sería «muchas estudiantes». Así que no podemos dejar pasar este asunto bajo ningún concepto. Es precisamente por eso que les pedí que vinieran hoy a verme.

—Entendido —asintió Katayama—, de modo que quiere que averigüe quién es la persona que convence a las chicas estudiantes para prostituirse.

—Efectivamente.

—Probablemente, una de las estudiantes de la residencia tenga contactos en el exterior. Si averiguamos quién es, podremos ponerle freno. —Katayama hizo una breve pausa y prosiguió—: En fin, aunque ya me haya puesto al corriente, no puedo actuar sin autorización. Regresaré de inmediato para informar de todo a Mitamura.

—Por supuesto, hágalo. Le pido mis más humildes disculpas por haberle hecho una petición tan fuera de lugar.

—No se preocupe.

Katayama sonrió de un modo encantador y se propuso tomar ese café que ya se estaba enfriando. En ese momento la puerta se abrió de un sonoro portazo.

—¡Morisaki! —Gritando, un hombre que rondaba los sesenta años entró enérgicamente con el rostro de un rojo iracundo. Parecía estar sumamente furioso y esa cara que ya debía estar fruncida por defecto, parecía estar a punto de estallar en ese mismo instante.

—Este es el rector. Bienvenido. —Morisaki se mantenía completamente tranquilo.

—¡Oye, tú! ¡Siempre haces lo que te sale de las narices y luego tengo que pagar yo el pato!

—¿Algo más que decir?

El rector le lanzó a Katayama una mirada fugaz, como si estuviera mirando algo inmundo.

—¿Este es el policía que ha venido de la Comisaría Central?

—Es el detective Katayama. Señor Katayama, este es el rector Shunzō Abe.

—¡No hace falta ni que me presente!

El rector Abe no podía soportar la calma que mostraba Morisaki y cada vez estaba más fuera de sus casillas.

—¿Qué pretende denunciando a la policía quién sabe qué, sin consultármelo antes? Quiero que se largue de inmediato.

—¡Espere un momento! —Las palabras de Morisaki le cerraron la boca al rector con la misma efectividad que una espada afilada corta la carne—. Este hombre está aquí porque yo lo he invitado. Por muy rector que sea, no le tolero que le diga a este hombre que se largue. Es más, ¿acaso no me dijo usted ayer mismo que este asunto era responsabilidad mía? Se supone que tengo la obligación de solucionarlo de un modo apropiado.

Daba la sensación de que el rector Abe se sentía intimidado ante el tono firme de la respuesta de Morisaki. Sin embargo, su voz se volvió aún más irascible hasta el punto de gritar:

—¡Pero yo no le dije que llamara a la policía! Además, si quería hacerlo, debía consultarlo antes con el consejo de dirección.

—Claro, claro. —Una sonrisa sarcástica apareció en los labios de Morisaki—. Como si el decano no pudiera intervenir por iniciativa propia, ¿verdad?

Mortificado, el rector se calló y miró a Morisaki con ganas de fulminarlo. Katayama se encontraba entre los dos y pensó que sus enfrentamientos debían producirse a diario. La discusión no era una cosa aislada. Por otro lado, el rector no estaba a la altura del decano.

A diferencia de la mentalidad erudita del decano, el rector daba la imagen del típico librero viejo y tacaño que reprendía y perseguía a los jóvenes que leían de pie^[7] en su librería para que pagaran los libros de turno.

Algo le tocó los pies, así que miró hacia abajo y vio que *Holmes*, la gata calicó, había bajado de la mesa y se había acercado sin que él se hubiera dado cuenta. Luego, se subió de un salto hasta la mesa del salón con agilidad, miró hacia el rector Abe y dio un gran bostezo. Era prácticamente como si lo estuviera tomando por imbécil, y Katayama tuvo que hacer un esfuerzo inmenso para contenerse y no partirse de risa.

El rector Abe también pareció tener aquella sensación. Con una expresión antipática en la cara, clavó una mirada resentida en la carita tranquila de *Holmes*, pero finalmente, se marchó sin decir nada más y cerró la puerta de un sonoro portazo.

—Hay que ver, debería cerrar la puerta sin dar esos portazos. —Morisaki agitó la cabeza y suspiró—. Señor Katayama, le ruego que nos disculpe. No hay manera de que ese rector y yo nos llevemos bien. Por favor, no lo tenga en cuenta.

—Pero se le ha presentado un problema terrible por mi culpa.

—No, eso no es cierto. Ese hombre enseguida se desquicia, pero si impongo mi autoridad, se retira sin decir ni pío. Le ruego que no le dé importancia a lo sucedido.

—Está bien... Bueno, debería retirarme ya...

—Lo acompañaré hasta la puerta.

Como si lo estuviera esperando, *Holmes* saltó desde la mesa y se posó sobre los hombros de Morisaki en cuanto este se puso en pie.

—La tiene muy bien educada.

Al ver la admiración de Katayama, Morisaki señaló el hocico de *Holmes* y dijo:

—Y es una *compañera de conversación* excelente.

—Parece una gata realmente inteligente.

—¿Le gustan los gatos? —preguntó Morisaki alegremente tras oír los halagos de Katayama.

—Tuve uno hace muchos años, cuando solo era un niño.

—Los gatos son unos animales maravillosos.

Morisaki le rascaba la barbilla a *Holmes* con el dorso de los dedos. Ella estaba tan a gusto que estiraba el cuello al máximo, cerraba los ojos y se mantenía quieta con la cabeza en posición horizontal.

—La gente a menudo los compara con los perros y suele decir que los gatos son tontos porque no pueden aprender trucos. Sin embargo, qué quiere que le diga. Incluso en el caso de los humanos, no se puede afirmar que una persona que siga los dictados de otra, sea mejor que una que rechace las órdenes porque prefiere tomar sus propias decisiones. Yo no creo que los perros sean mejores que los gatos, lo cierto es que el simple hecho de querer comparar a dos animales distintos es absurdo.

—En efecto.

—Yo siento que los gatos tienen algo misterioso. —Morisaki hablaba algo pensativo—. Somos incapaces siquiera de imaginar qué deben estar pensando en esa cabecita tan pequeña que tienen. Vaya usted a saber, es posible que entiendan muchísimo mejor a los seres humanos de lo que pensamos. Ay, discúlpeme, por favor. Lo estoy aburriendo con esta charla.

»¿No tiene usted ninguna mascota en casa? —preguntó Morisaki mientras salían del despacho.

—No, no podría tener una en el apartamento.

—Claro, entiendo.

—¿Y esa gata no ha tenido crías?

—No. Lo cierto es que en el pasado le salió un tumor y se la tuvo que operar para quitarle el útero porque era una situación de vida o muerte. Pero lo más curioso es que desde entonces, suele estar perdida en sus pensamientos más a menudo. Aunque bueno, esto es solo la opinión parcial de un amante de los gatos. —Morisaki se echó a reír nada más decir aquello.

La gata hacía caso omiso de la mirada de Katayama y mantenía los ojos cerrados, pero ahora que el hombre lo decía, le pareció que la gata estaba pensativa.

El edificio donde se encontraba el despacho del decano era de cemento, con cuatro pisos y tenía una puerta principal desde la que se salía directamente al bulevar de los árboles, que estaba al frente.

—Permítame que le explique la distribución del campus —dijo Morisaki nada más salir por la puerta principal. Luego torcieron hacia uno de los lados para dar la vuelta al edificio.

Nada más desembocar en el amplio jardín, Katayama inspiró profundamente.

Ganarse la vida como detective de la policía a menudo suponía moverse por lugares decrepitos rodeados de basura. A duras penas tenía la oportunidad de respirar aire puro en un lugar tan amplio.

Al fondo del jardín del campus había un gran edificio de cemento en construcción. Ya tenía cuatro, cinco pisos de altura, con la estructura de vigas de acero aún al descubierto. En el centro del mismo se elevaba una grúa torre que sacaba el cuello prominentemente como si fuera una mantis religiosa.

—Ese edificio en construcción es el nuevo edificio docente. Tendrá siete pisos. — En su tono de voz, Morisaki guardaba cierta amargura.

—Parece que no está demasiado contento.

—Claro que no. No sé en qué se convertirá este lugar si no paramos de aumentar el número de estudiantes. Pese a que la biblioteca es pequeña y que no tenemos los libros suficientes, cualquier aumento del presupuesto se lo pulen metiéndolo directamente en el pozo sin fondo de unos costes de construcción cada vez más caros. Para empezar, la idea de construir un nuevo edificio docente fue del rector Abe. Resulta que él es uno de los miembros del consejo de dirección; así que siempre hace lo que le viene en gana.

Katayama comprendió lo que había sucedido allí.

—Al otro lado de ese edificio en construcción se encuentra la residencia de las estudiantes. ¿Qué quiere que hagamos? —Morisaki se detuvo por un instante—. Perdona, ¿quiere que lo decidamos una vez que haya consultado el asunto con Mitamura?

—Sí.

Los tres, incluyendo a la gata *Holmes* que Morisaki llevaba sobre los hombros, se encaminaron al bulevar de los árboles que les llevaría hasta la puerta principal del campus.

Katayama se dio cuenta de que una universitaria venía en dirección contraria y se iba acercando a ellos.

¿Cómo decirlo? En un sentido distinto al que había distinguido en la secretaria del decano, tampoco se percibía en ella nada especialmente femenino. Más bien daba una impresión masculina por su espalda sumamente erguida, su paso firme y resuelto, y una mirada sin miedo que apuntaba al frente sin pudor. Sin embargo, su cuerpo tenía unas proporciones muy equilibradas, su rostro ligeramente ovalado, unos ojos almendrados, una nariz recta, unos labios suaves... Era una chica hermosa con aire de intelectual y su vestido azul claro con motivos discretos reforzaba aún más aquella impresión.

—Buenos días, profesor Morisaki. —Ella le dedicó una sonrisa de una afabilidad extraordinaria al profesor—. ¿Cómo está *Holmes*?

—Gracias por preguntar. ¿Vuelves del trabajo? —respondió el decano.

—Sí, de mi trabajo como mecanógrafa. Aún soy un poco torpe, así que tengo las cervicales molidas...

—Te felicito, buen trabajo.

Ella lanzó una mirada momentánea hacia Katayama y acto seguido, se despidió del decano y se marchó andando.

—Se llama Yukiko Yoshidzuka —le explicaba mientras seguía con la mirada a la joven que se marchaba—. Es una de mis mejores estudiantes y, como ya habrá advertido, se aloja en la residencia de estudiantes. Es una belleza con una tez pálida^[8] resplandeciente, ¿no le parece? Tal como indica su nombre, nació en el país de la nieve. Es decir, que vino a la universidad desde Akita^[9] —aclaró—. ¿Qué le ocurre? ¿Es que se encuentra usted mal?

—Dime, ¿qué ha pasado al final? —preguntó Harumi al tiempo que le servía un plato de arroz a su hermano.

El piso de los hermanos Katayama se encontraba en la segunda planta de un edificio de apartamentos situado a unos minutos a pie desde la estación de Higashinakano. El apartamento estaba muy cerca de las vías del tren.

—Parece que el señor Mitamura quiere ayudarlo en todo lo posible. Así que me ha pedido que me aleje temporalmente del servicio regular y me haga cargo de la investigación de la Universidad Femenina Higoromo.

—Ya veo.

—Pero esto va a ser muy duro.

—¿Por qué? ¿Acaso no es mejor que la investigación de un asesinato?

—No lo tengo tan claro —suspiró Katayama—. Mañana no volveré a casa.

—¿Y dónde vas a pasar la noche?

—En la residencia de estudiantes de esa universidad.

Harumi puso los ojos como platos:

—¿Tú? ¿Te vas a disfrazar de mujer?

Esta vez, Katayama estaba escandalizado.

—¡Eso no tiene gracia! ¡Tengo que vigilar la residencia de las estudiantes toda la noche!

—Ah, ya lo entiendo —se rio Harumi para sus adentros—, por un momento me habías asustado. Pero seguro que estarías guapísimo disfrazado de mujer.

—¡No bromees! No tienes ni idea de cómo me siento.

—Míralo por el lado positivo. Eso estará repleto de chicas jóvenes. Estoy convencida de que cualquiera estaría loco de alegría por una oportunidad como esta.

Katayama suspiró para sus adentros. Para él eso no era ninguna alegría. Sus compañeros se habían metido con él diciéndole que «se lo había montado muy bien», que estaban muertos de envidia... Incluso alguno le había dicho, con un semblante completamente serio, que aprovechara para colarse en la habitación de alguna estudiante a media noche. Pero si de él dependiera, le hubiera encantado que ellos estuvieran en su lugar.

—¿Y eso ha sido idea del tío Mitamura? —inquirió Harumi.

Desde que su padre falleció, el superintendente Mitamura había estado cuidando de ambos hermanos, de modo que Harumi siempre lo llamaba «el tío Mitamura».

—Por lo visto lo han decidido entre el señor Mitamura y ese decano llamado Morisaki.

—Entonces tendrás que esforzarte. Aunque me sentiré un poco sola sin nadie por casa mañana por la noche.

Harumi estaba bromeando.

Ella tenía veintiún años. Pese a su baja estatura, tenía un físico bien proporcionado que no resultaba demasiado delgado. En su rostro redondo tenía unos ojos grandes y muy vivos, y su sonrisa despreocupada hacía que todo el mundo le tomara afecto. A Katayama le preocupaba que su hermana trabajara en un lugar tan pomposo como lo eran unos grandes almacenes, y cuando él se ponía muy pesado con la ropa que ella vestía, Harumi elegía alguna corbata para él. Su actitud no cambiaba demasiado, pero al menos respiraba un poco más tranquilo.

—Si te sientes sola, ¿por qué no llamas a alguna de tus amistades?

—Pues sí. Es posible que lo haga.

—Pero ya sabes, solo mujeres. —Como Katayama lo dijo en serio, a Harumi le dio por echarse a reír sin más. Este prosiguió—: Oye, Harumi... —Estirado boca abajo en el suelo, Katayama le hablaba a su hermana mientras abría el periódico. Ella estaba lavando los platos en la cocina.

—¿Qué quieres?

—¿Tienes novio?

—Por supuesto que tengo. Cuatro o cinco.

—¿Tantos?

—Bueno, si hablamos de hombres con los que ir de copas, sí.

Harumi tenía una resistencia soberbia al alcohol. Frecuentemente era ella quien tenía que acompañar a los hombres con los que salía a sus casas porque los dejaba KO.

En cambio, Katayama era prácticamente alérgico al alcohol. Solo con tomarse media copa de cerveza ya se emborrachaba.

—¿Por qué me lo preguntas? —preguntó Harumi sin cesar de lavar los platos.

—No tiene importancia.

—No hace falta que te preocupes por mí. —Harumi se dio la vuelta para mirar a su hermano—. No me casaré hasta que tú encuentres una buena esposa.

—No te lo preguntaba por eso.

—De veras... Aún no tengo intención de casarme. —Había una leve amargura en el tono de Harumi, pero Katayama no se dio cuenta—. A propósito, ¿por qué no aprovechas e intentas seducir a alguna chica con alguna treta? Mañana irás a un lugar

donde encontrarías multitud de mujeres jóvenes. —Harumi volvió a adoptar un tono de voz alegre—. ¡Es una oportunidad fabulosa!

—Ni lo sueñes, voy por trabajo.

—Venga ya. No te pasarás las veinticuatro horas de servicio, ¿verdad? Tendrás tiempo de sobra para hablar con las chicas.

Katayama se rio y posó la vista sobre las páginas del periódico. Al cabo de unos instantes, de pronto, recordó a la bella universitaria que se encontró cuando estaba a punto de regresar. Morisaki le había dicho que se llamaba Yukiko. Yukiko Yoshidzuka. Parecía una chica realmente inteligente. En verdad, creía que una chica como aquella nunca querría estar con alguien como él.

Si quería encontrar una esposa, debía buscar a alguien menos intelectual, seguramente evitaría futuras discusiones.

Los dos hermanos le dieron la bienvenida a la noche en su pequeño apartamento de dos habitaciones con la misma rutina de siempre.

—¿Qué opinas del hombre con el que te has encontrado este mediodía?

—¿A quién te refieres?

—Ya sabes, el que iba conmigo por el bulevar de los árboles.

—Ah, ¿ese chico tan alto? ¿Quién es?

—Un detective de la policía.

—¿En serio? No parecía ninguna lumbrera, pero he de reconocer que era bastante guapo.

—Ese es tu gran defecto. Para ti lo único que importa es tener un cerebro brillante. Hoy en día a duras penas quedan jóvenes como él, con un corazón sencillo.

—Caray, parece que te ha gustado a ti más que a mí...

La conversación la estaban manteniendo en la oscuridad, pero una débil luz proyectada desde una lámpara sobre la mesita de noche iluminaba las figuras del decano Morisaki y de Yukiko Yoshidzuka, que estaban en la cama arrimados el uno junto al otro.

—¿Pero por qué ha venido un detective de la policía? ¿Por el asesinato de Yumiko? —preguntó la chica al cabo de un rato.

—Es por algo que tiene relación indirecta con aquello.

—Es decir... ¿lo de las chicas que se prostituyen?

—Eso es.

—¿Pero realmente hay gente en esta universidad que está haciendo esa clase de cosas?

—¿Aún tienes dudas?

—No. —Yukiko Yoshidzuka sacudió la cabeza ligeramente—. No las tengo, y creo que si el resto de chicas se enterase de lo que sucede, no se sorprendería en absoluto. Pero yo soy una excepción, me resisto a creerlo.

—Y lo nuestro, ¿te parece bien? —preguntó Morisaki entre risas.

—Es diferente. Tú me gustas. Además, yo no te cobro.

Yukiko alargó su brazo desnudo, abrazó la cabeza de Morisaki y lo besó en los labios.

—¿Pero por qué te tomaste la molestia de llamar a un detective de la policía? Si yo podía investigarlo sin problema.

—No quería que te pusieras en peligro.

—No me iba a pasar nada.

—Ese exceso de confianza en ti misma es peligroso. Además, digas lo que digas, ellos son unos profesionales.

—¿En realidad no querías que también investigara otra cosa? —dijo Yukiko contemplando a Morisaki como si lo estuviera tanteando.

Morisaki no respondió.

—Lo sabía. Quieres ver adónde llega ese rumor, ¿verdad?

—Ciertamente, si se difunde por toda la universidad que he llamado a un detective de la policía, es posible que la persona que se ha estado manteniendo a la sombra se ponga en movimiento. Sin embargo, en último término, mi objetivo es solucionar el asunto de la prostitución.

—Está bien, en principio te creeré.

—Eres una chica muy sarcástica —dijo Morisaki tras echarse a reír.

—¿Y quién dijo que esa era una de mis grandes virtudes? ¿Eh?

Yukiko miró el reloj de pulsera que había sobre la mesita de noche.

—Son las diez, tengo que regresar a la residencia. Komine es tan estricto que exaspera. —Komine era el administrador de la residencia femenina.

—Yo también tengo que ir a comprobar una cosa.

Pese a lo dicho, ninguno de los dos hizo el gesto de intentar levantarse de la cama. Ambos esperaban mutuamente que el otro se moviera primero. Al cabo de un rato se miraron el uno al otro de refilón y se rieron.

—Lo que tengo que comprobar no me tomará tanto tiempo.

—Si soy un poco amable con él, Komine no me dirá nada.

Morisaki estiró el brazo, apagó la lámpara de la mesita de noche y abrazó el cuerpo desnudo de Yukiko.

Holmes estaba hecha una bola a los pies de la cama, pero como notó que empezaba a haber cierto revuelo, abrió los ojos con desgana y saltó al suelo clavando las zarpas en la alfombra.

A continuación se estiró y salió fuera a través de la puertecilla abatible que había en una esquina de la puerta.

Era prácticamente como si hubiera cedido su lugar por consideración.

La Universidad Femenina Hagoromo estaba bastante alejada de la ciudad de Fuchū^[10]. Tenía un acceso que la comunicaba directamente con la ciudad de Chofu^[11] a través de la autopista Koshu y sus terrenos eran prácticamente de forma cuadrada.

Desde la puerta principal se entraba en un bulevar flanqueado por árboles y justo delante, se alineaba el edificio administrativo que integraba tres edificios uno detrás del otro: primero el Edificio Lectivo I, al fondo el Edificio Lectivo II y, por último, el edificio con los laboratorios. Además, detrás de esos edificios, en paralelo a un muro situado en el lado opuesto al que se encontraba la puerta principal, estaba la residencia de los docentes, el pabellón de deportes y la piscina. Y a continuación se hallaba el edificio en construcción del nuevo edificio docente y la residencia de las estudiantes. El campus era acogedor, con una capacidad reducida que no podía acoger más de quinientas estudiantes.

El sábado por la tarde, Katayama acudió de nuevo a la universidad. Debido a que ya habían terminado todas las clases, el campus estaba muy tranquilo y se veía a tan pocas estudiantes que se podían contar con los dedos de las manos. Katayama se sintió tranquilo.

Morisaki y Katayama se encontraron en el mismo despacho del día anterior, el del decano. Pese a que no tenía que impartir ninguna clase, Morisaki iba vestido con un traje y su aspecto era del todo impecable.

—Lo estuve hablando con Mitamura y en principio, usted se quedará una noche vigilando la residencia de las estudiantes...

—Entendido —asintió Katayama mientras observaba a *Holmes* hecha una bola encima del escritorio.

—Si realmente existiera alguna conducta vinculada con la prostitución, creo que el sábado por la noche es un buen día para investigarlo —iba diciendo Morisaki—. Lo cierto es que justo al lado de la zona en obras del nuevo edificio docente hay un módulo prefabricado que los obreros emplean como comedor. Así que es perfecto para vigilar la residencia de las estudiantes desde allí.

—¿Tiene la residencia de estudiantes algún encargado?

—Sí. Se llama Komine y es su administrador desde que la residencia pasó a tener cinco pisos. Ya debe llevar unos cinco años a cargo. Es un hombre mayor algo pesado, pero quizá le interese hablar con él.

—Entonces, si no le importa hacerme el favor...

—De acuerdo. Lo acompañaré hasta la residencia.

Nada más levantarse Morisaki, sonó el teléfono. El decano se puso a hablar como si atender la llamada fuera una molestia, pero al cabo de poco tiempo colgó y se dirigió a Katayama de nuevo:

—Lo siento muchísimo. Me han llamado de administración. ¿Me esperará usted aquí?

—No, intentaré llegar hasta allí yo solo. Se llamaba Komine, ¿verdad?

—Entonces le llamaré para ponerlo al corriente. Disculpe las molestias.

—No se preocupe.

En cuanto estuvo fuera del despacho, se subió al ascensor porque le daba pereza bajar desde la cuarta planta por las escaleras. Cuando presionó el botón para cerrar las puertas, *Holmes* subió al ascensor sin ninguna dificultad.

—Anda, ¿los gatos también vais en ascensor? —dijo Katayama alegremente.

Holmes lo ignoró y se quedó sentada en el suelo del ascensor en perfecta compostura.

Katayama quiso bromear:

—¿Quiere bajar usted hasta la primera planta?

—Miau. —Como *Holmes* respondió en el momento oportuno, a Katayama le dio un ataque de risa.

Al llegar a la primera planta, iba a dirigirse al recibidor del edificio cuando notó un tirón. Miró hacia abajo y vio que *Holmes* estaba tirando de los bajos de sus pantalones con las uñas de sus patas delanteras.

—Eh, no hagas eso, que es el único traje que tengo.

Holmes tomó el pasillo que iba en dirección contraria, giró la cara hacia Katayama y maulló como si estuviera protestando.

—¿Qué ocurre? ¿Quieres que vaya hacia allí?

—Miau.

—Claro, es verdad. Si salgo por ahí seguramente llegaré antes. No me digas que me estás haciendo de guía a propósito.

Holmes echó a andar con garbo por delante de él. Katayama la siguió con sorpresa: «¿Voy a recorrer la universidad detrás de un gato? ¡Venga ya!».

Siguiendo a *Holmes* con dudas, salieron al exterior por la parte de atrás del Edificio Lectivo I. Allí, en un jardín interior encajado entre el Edificio Lectivo II y el edificio de los laboratorios, había un paseo geométrico con losas de piedra blancas en forma de círculos y líneas rectas combinadas, con lechos de flores en los bordes. Como era un día especialmente soleado, las losas blancas del empedrado del camino resultaban cegadoras.

—Vaya... Esta universidad es impresionante —susurró Katayama. *Holmes* iba caminando con garbo por el paseo como lo haría un guía.

En el centro del jardín había un pequeño estanque con una serie de bancos dispuestos a su alrededor. En uno de ellos había sentados un hombre y una mujer. Ambos le daban la espalda a Katayama, por lo tanto, estaban hablando sin percatarse de su presencia. De repente, el hombre intentó abrazar a la mujer. Katayama, que estaba justo detrás de ellos cuando eso sucedía, se quedó petrificado pues pudo contemplar la escena que se sucedería tras ese instante.

Nada más librarse de las manos del hombre, levantándose con gran rapidez, la mujer levantó un grueso diccionario y lo estampó directamente contra la cabeza del hombre.

El impacto fue tan violento que el hombre se agarró la cabeza y se quedó hundido en el banco gimoteando.

—¡No te equivoques conmigo!

A continuación, la joven dio la vuelta al banco para regresar y para su sorpresa, se encontró cara a cara con Katayama.

Este tenía los ojos como platos: ella era Yukiko Yoshidzuka. El rostro de Yukiko también se ruborizó violentamente cuando pasó junto a Katayama y se marchó corriendo.

Sorprendido, contempló la figura de la joven en su huida.

—¡Pero qué mierda! —De improviso, un grito llegó a los oídos de Katayama e hizo que este diera un brinco de la impresión. El hombre al que había golpeado Yukiko se levantó gritando con furia.

—¡Te vas a acordar de mí! ¡Pagarás muy cara esta humillación!

Era un hombre rollizo de unos treinta y cinco años vestido con un traje azul. En su rostro redondo llevaba unas gafas de cristales también redondos y sus facciones daban la impresión de que siempre estaba de mal humor. El hombre se quedó mirando a Yukiko batiéndose en retirada, levantó la mano y la insultó de las peores formas. Cuando terminó, finalmente se percató de que Katayama estaba de pie delante de él.

—¿Y tú quién eres?

—Yo no... Solo pasaba por aquí...

—Insolente, ¿quién te ha permitido pasearte por el campus?

—¿Quién? Pues...

—¡Es una vergüenza que violes la intimidad de la gente!

Él no había violado su intimidad. Katayama pensaba que ese hombre era quien estaba montando todo aquel alboroto porque sí, pero se mantuvo en silencio y se encogió de hombros.

—¿Para qué diablos ha venido?

Como Katayama no podía desvelar cuál era su misión, se limitó a responderle:

—Para atender unos asuntos del profesor Morisaki.

—¡¿Y quién se ha creído que es el decano?! ¡Él no tiene ningún derecho a permitir que un mirón tarado se pasee libremente por el campus! —El hombre cada vez montaba más en cólera.

Katayama se puso de mal humor y estuvo a punto de decir que era policía, pero como si con ello quisiera impedirselo, *Holmes* saltó hasta el banco y maulló a aquel hombre en un tono sumamente alto.

—¿Y a ti qué te pasa, saco de pulgas? Eres la gata del decano, ¿verdad? ¿Tienes alguna queja o qué? —El hombre estaba decidido a atacar a *Holmes*.

Holmes arqueó el lomo, su pelaje se erizó y bufó. El hombre perdió completamente los nervios:

—¡Maldito bicho! —Y levantó una de sus piernas apuntando hacia *Holmes*.

Katayama le llamó la atención para que detuviera su agresión, pero *Holmes* ya estaba preparada. Esperó el momento justo en que la pierna llegaba y con un segundo de diferencia, la gata bajó del banco de un salto a gran velocidad. Como resultado, el pie del hombre dio la patada en el aire y dado que no pudo detener el movimiento en seco, el impulso que había tomado hizo que su pierna cada vez fuera más arriba. La mitad superior de su cuerpo se fue inclinando hacia atrás. En consecuencia, la otra pierna perdió el delicado equilibrio que mantenía. Dicho de un modo más sencillo: *Holmes* hizo que la patada que pretendía dar el hombre se quedara en el aire y que este cayera al suelo de espaldas estrepitosamente.

Katayama huyó con *Holmes* al grito de: «¡Ahora!». Mientras huían por el jardín los insultos del hombre los iban persiguiendo.

—Eres increíble —dijo Katayama a *Holmes* cuando aminoró el paso—. ¡No me lo puedo creer!

Entonces, la gata echó a andar delante de él como si allí no hubiera pasado nada.

Ante Katayama se alineaban diversos edificios: a su derecha se encontraba un bloque de tres pisos que era la residencia de los docentes. El profesor Morisaki vivía allí. El edificio no minaba en absoluto la imagen que tenía un hombre con aficiones tan refinadas o el hecho que a eso lo llamaran residencia. Daba la impresión de ser un bloque de pisos no muy grandes, pero equipados con los mayores lujos.

El pabellón de deportes, rematado con una cúpula, quedaba frente a Katayama. Al tratarse de una universidad femenina, no era demasiado grande. Y a su izquierda, muy cerca del pabellón, había una piscina. Naturalmente, en ese momento estaba cerrada.

Tal como le había indicado Morisaki, Katayama torció hacia la izquierda y tras pasar por delante de la piscina, siguió andando en línea recta. Unos pasos más adelante estaba *Holmes*, que seguía andando por delante de él. Katayama pensó que la gata sabía lo que se hacía y realmente le estaba mostrando el camino.

A treinta metros de la piscina se hallaba el edificio en construcción del nuevo bloque docente. Aunque estaba en obras, el número de obreros que había trabajado era sumamente reducido. Del centro del edificio sobresalía notablemente el cuello de la grúa de torre, que cargaba, elevaba e iba colocando las vigas de hierro para hacer los encofrados de cemento. Cuando terminara de colocarlas todas, el siguiente paso sería montar los armazones de las paredes de los cuatro flancos, y así, las paredes exteriores estarían acabadas en muy poco tiempo.

Las obras para colocar los pilares ya habían concluido y desde entonces, los ruidos que se producían habían disminuido notablemente. Había tanto silencio en una obra de aquellas dimensiones, que realmente se podría dudar que realmente estuvieran haciendo algo.

Recorriendo treinta metros más desde el nuevo edificio docente, se llegaba al bloque de cinco pisos de la residencia de estudiantes. En el terreno que había entre ambos edificios, pegadito a la zona en obras, se había construido un módulo

prefabricado de una sola planta del que colgaba el rótulo: «Comedor». Dado que el comedor de las estudiantes era exclusivamente para las universitarias, este debía ser el de los obreros.

Nada más entrar en la residencia de las estudiantes, había una ventanilla justo en uno de los lados y a Katayama le dio la impresión de que había entrado en un hospital. Miró a través de dicha ventanilla y vio a un anciano con una camisa andrajosa y un cárdigan, que aparentaba unos sesenta y cinco, sesenta y seis años. Estaba sentado en una silla murmurando sin parar.

—¡Muy bien, ahí! ¡Eso es, muy bien! ¡Muy bien, sigue así!

Puesto que le daba parcialmente la espalda a la ventanilla, no se dio cuenta de que Katayama estaba allí.

Este se preguntó qué hacía el anciano hablando solo. Echó un vistazo al fondo de la sala y entonces lo entendió todo. Había colocada una televisión portátil junto a la ventana y estaban emitiendo un combate de boxeo.

—¿Pero qué haces? ¡Mal, muy mal! ¡Así no conseguirás nada, mierda!

—El hombre estaba tan emocionado que a Katayama le parecía inexcusable interrumpirlo, así que esperó a que acabara ese asalto.

—¡Adelante! ¡Páralo! Eso es, hazlo con cuidado, con mucho cuidado.

Katayama no tuvo otro remedio que quedarse mirando la pantalla del televisor, y pronto se dio cuenta de algo extraño: Los gritos de ánimo del anciano no encajaban con el combate de la pantalla. Cuando ambos contrincantes se enzarzaban en un clinch^[12] decía: «¡Muy bien! ¡Ya lo tienes!». Cuando se golpeaban el uno al otro con furia, levantaba la voz en un tono irascible para decir: «¡Muy mal! ¡Mucho más despacio!».

Al cabo de un rato, el primer asalto por fin llegó a su fin y Katayama intentó dirigirse al viejo. Pero pese a que en la televisión solo se veían anuncios seguía hablando: «¡Ahora! ¡Eso es! ¡Ya lo tienes!». ¿Qué significaba todo aquello?

—¡Atento! ¡Si no te das prisa, el viento te dará un viaje!

¿Que el viento le daría un viaje? Nunca había oído que una ráfaga de viento pudiera llevarse volando a un boxeador.

—Disculpe. —Katayama intentó llamar su atención.

—¿Qué quiere? —El anciano lo miró con cara malhumorada—. ¿Quién eres?

—Esto... Creo que el profesor Morisaki lo ha llamado hace un rato.

—¡Sí! Me ha llamado. Eres de la empresa de limpieza, ¿verdad?

—No, se equivoca —le respondió Katayama algo alterado.

—¿Cómo? ¿No? A ver... Ah, ya, querías investigar no sé qué, ¿no?

—Así es. Me gustaría que me prestara su ayuda con una cosa.

—¿Puede esperar un momento? Pronto llegará lo más interesante. —El anciano volvió a mirar hacia la televisión—. Así no se hace, ¡vuelve a empezar! Muy bien, ahora lo has clavado.

—Oiga.

—¿Qué quiere?

—¿A quién está animando?

—¿Animando? ¿De qué habla?

Katayama estaba empezando a perder la paciencia:

—A ver... ¿Usted no está viendo ese combate de boxeo y animando a los boxeadores?

—¿Boxeo? —El anciano miró la televisión—. Ah, ¿me había dejado la televisión encendida? —Y entonces el anciano se levantó, y apagó la televisión.

Katayama se sintió como si todo aquello fuera una pesadilla.

—Si no miraba el boxeo, ¿a quién se estaba dirigiendo todo el rato?

De pronto, el anciano sonrió de oreja a oreja:

—A aquella chica encantadora.

—¿A cuál?

—¿Es que no la ves? ¿Acaso no estás mirando al frente?

—Por supuesto que sí.

—Entonces es imposible que no puedas verla. —El hombre agitó la mano para señalarle más allá de la ventana. Desde allí se veía claramente el bloque en construcción del nuevo edificio docente, pero no se veía a ninguna muchacha.

—¿A que es encantadora? Alta, inteligente, con unos brazos largos y fuertes...

—¿Unos brazos fuertes?

—Eso mismo. ¿Es que no ves que puede cargar con decenas de vigas de acero de una sola vez?

Por fin lo comprendió. El hombre se estaba refiriendo a esa grúa de torre que había fuera. Pero le pareció una ocurrencia un poco extraña que llamara *muchacha encantadora* a una grúa.

—Antes de llegar a esta universidad, yo también solía llevar una *muchachita preciosa* como aquella y la movía de un lado para otro exactamente como yo quería —decía el anciano con nostalgia—. En realidad, si las tratas con cariño, ellas también responden en consonancia y trabajan de maravilla... Aquello era realmente divertido. —La cara del viejo se oscureció—. Pero me puse mal del corazón. Lloré amargamente por tener que abandonar la cabina y poner mis pies en tierra. ¡Los jóvenes de hoy en día utilizan a esas *muchachas* sin ningún respeto! Y de ese modo, ellas no hacen caso a lo que se les dice. ¿Lo ves? La carga tiembla muchísimo con la menor ráfaga de viento. Y así, los tipos de abajo necesitan más vidas que un gato. Si la llevara yo, iría perfecta y dejaría la carga en su lugar exacto sin el más mínimo temblor... —Y dicho esto, el anciano finalmente miró a Katayama—. Cambiando de tema, ¿qué quieres? Vienes de la compañía de limpieza, ¿verdad?

Katayama giró el pomo, empujó la puerta con suavidad y se internó en aquella oscuridad terrorífica. Siempre había detestado los lugares oscuros. Eso se debía, seguramente, a que cuando aún era muy pequeño, se quedó encerrado una noche entera en un trastero y aún no había olvidado el terror que le causó esa experiencia. Un psicólogo sería capaz de darle alguna explicación para aquello, pero no necesitaba ningún análisis en ese momento. Cuando se metió discretamente allí, no se sintió demasiado tranquilo y con eso ya tenía más que de sobra.

Katayama estaba en aquel módulo prefabricado que se utilizaba de comedor, situado entre el nuevo edificio docente y la residencia de las estudiantes.

Cerró la puerta, se quedó bien quieto y forzó un poco la vista en medio de aquella oscuridad. A medida que sus ojos se acostumbraron a aquella oscuridad pudo distinguir lo que había en el interior: seis mesas alargadas y más bien finas, rodeadas por unas banquetas de madera. Avanzó con parsimonia entre las mesas. No encontró el módulo cerrado con llave, ahí dentro no había nada valioso.

Aunque aquello estuviera oscuro, no había una negrura absoluta. Tenía tres ventanas de cristal con alambreras. Como una de ellas estaba orientada hacia el edificio de la residencia femenina de estudiantes, la luz de las farolas que había alrededor de la residencia se filtraba a través de las ventanas.

La conversación con el anciano Komine había sido muy *amistosa* de principio a fin. Dado que Katayama creía que el decano Morisaki ya lo había puesto al corriente, al principio tenía expectativas optimistas. Pero tras pasar un rato intentando explicarse, supo que Komine no había entendido la situación. En consecuencia, se esforzó en convencerlo, pero no fue fácil lograr que le diera su consentimiento.

Cuando le dijo a Komine que las estudiantes de la residencia habían mostrado una conducta sospechosa, el hombre se lo tomó como una crítica a su gestión como administrador. Por ello, airado, se cerró en banda. Se quejó de que la gente no tenía la menor idea de lo duro que era el trabajo de administrador de edificios, de que pese a no comprender en absoluto este trabajo se hartaba de juzgarlo; y además, afirmó que durante todo el tiempo que él había estado vigilando allí, jamás se habían producido conductas impropiedades.

Katayama pudo haberle respondido «entendido» y regresar sin más; pero le pidió que de todas formas le permitiera vigilar esa noche.

Fue necesario negociar un poco hasta que Komine aceptó la propuesta. En último término, le dio su consentimiento y parecía incluso que habían llegado a un trato amistoso. Sin embargo, la escena no lo fue tanto: Komine sacó su bate de béisbol antipervertidos en medio de la negociación y persiguió al detective por toda la habitación.

Cuando por fin logró que la otra parte diera su consentimiento, Katayama estaba sin aliento.

A menudo aparecían artículos en la prensa que aseguraban que «las conversaciones entre los jefes de estado de ambos países se han desarrollado en un ambiente amigable», cuando en realidad era bastante probable que se hubieran estado persiguiendo alrededor de la mesa. Estaba claro que los políticos tenían que mejorar sus marcas en las carreras cortas.

Miró el reloj de pulsera bajo la luz que llegaba a través de la ventana y vio que eran las nueve y cuarenta minutos. Como la residencia de estudiantes cerraba a las diez de la noche, aunque alguna de ellas se estuviera prostituyendo, regresaría antes de la hora límite.

Sin embargo, puesto que el anciano Komine aún estaba en la entrada principal del edificio, si se quería salir de la residencia, la primera opción en la que cabría pensar era la escalera de emergencias. En la cara exterior del edificio de esa residencia había instalada una escalera de hierro. Escalera que al estar también frente al comedor del módulo prefabricado, se veía con toda claridad desde su posición. No estaba tan iluminada como la puerta principal, pero como había lámparas rojas en las salidas de emergencia de cada una de las plantas, se podía distinguir dicha escalera con la suficiente claridad.

Al cabo de un rato, varias estudiantes entraron por la puerta principal de la residencia alterando la quietud de la noche con sus sonoras carcajadas.

Por lo visto, Komine tenía razón. Hacia las diez y diez de la noche, entraron las últimas estudiantes a la residencia.

Naturalmente, había luz en todas y cada una de las ventanas del edificio. Poco a poco, se fueron quedando a oscuras, pero seguramente se debía a que sus ocupantes habrían ido a festejar algo a otras habitaciones.

Ahora empezaría todo. Katayama reprimió un bostezo. Aunque estuviera allí de guardia, no estaba esperando para capturar a un asesino, ni tampoco para cazar a un ladrón con las manos en la masa. Su oponente era una universitaria. Estaba calmado y eso hizo que se relajara. En consecuencia, iba teniendo sueño. Le apetecía tomar una buena taza de café caliente. Y ya de paso, también una hamburguesa.

Justo cuando estaba pensando en eso, notó el aroma del café.

—Estoy hecho un glotón. —Katayama rio con amargura.

—¿Qué ocurre? —preguntó de repente una voz a sus espaldas.

Si eso hubiera sucedido a mediodía le hubiera dado igual; pero era de noche, estaba en un lugar oscuro y lo que era aún peor, aquella era la voz de una mujer joven. No pudo soportarlo: Katayama dio tal bote, que en aquel mismo instante se cayó de la banqueta en la que estaba sentado.

—Perdóname, no tenía ninguna intención de asustarte. ¿Te encuentras bien?

Yukiko Yoshidzuka estaba mirando a Katayama con preocupación. Este ya se había levantado del suelo.

—Tranquila... no pasa nada... estoy bien... —respondió este.

—Lo siento mucho. Te he traído un café y una hamburguesa. ¿Te apetecen?

Katayama se quedó mirando a Yukiko boquiabierto. Ella llevaba una bandeja en las manos.

«Me he quedado dormido. Esto es un sueño. Seguro que lo es».

—¿Qué ocurre? ¿Es que tengo monos en la cara?

—No... No es eso...

—Entonces, tómatelos antes de que se enfríen. Te los dejo aquí.

Yukiko dejó la bandeja encima de la mesa más cercana a la ventana. Contenía dos cafés aún humeantes en vasos de papel y una hamburguesa envuelta en papel film.

—¿Puedo tomarme el café contigo?

—Sí, por supuesto.

—Toma, el tuyo.

—Gracias...

Katayama se sentó en la banqueta situando su cuerpo hacia la ventana y devoró la hamburguesa caliente.

—La he calentado en el microondas.

—Muchas gracias, está deliciosa.

—Me alegro —dijo Yukiko mostrando una sonrisa radiante.

Lo extraño era que en esta ocasión, Katayama no sentía en absoluto el terror y el nerviosismo que sufría cada vez que tenía a una mujer joven cerca.

Sin embargo, estaba completamente calmado. Para él, esa sensación resultaba difícil de creer.

—Por mi culpa has presenciado una situación bochornosa —Yukiko rio un poco avergonzada.

—En absoluto, le has dado un buen mazazo. —Katayama rememoró la escena del jardín y se le escapó la risa—. Es un buen ejemplo de cómo dejar fuera de combate a un pervertido.

—¿Qué podía hacer si no? Intentó abrazarme de repente.

—¿Quién era ese hombre?

—Era Ken'ichi Ōnaka, el catedrático de literatura inglesa.

—¿De literatura inglesa? Pues vaya...

—Hace ya bastante tiempo que se me insinúa.

—Supongo que esta vez habrá aprendido bien la lección. Además, *Holmes* también le ha dado un buen correctivo de tu parte. —Y ante la expresión desconfiada de Yukiko, Katayama le fue narrando todo lo que sucedió después de que ella se marchara.

—¡Me hubiera encantado verlo! —Y entonces a la joven le dio tal ataque de risa que se le saltaban las lágrimas. Como el lugar estaba muy silencioso, se contuvo para que se la oyera lo menos posible.

—Estaba buenísimo todo. Muchas gracias —le agradeció Katayama tras acabarse el café.

—De nada, ánimo.

—Gracias.

Por más que Katayama no cuestionara nada de aquella escena, la chica no debía estar allí. Seguramente, el decano la había informado, nadie sospecharía de aquella joven. Pero antes de que Yukiko se marchara, Katayama tuvo la calma suficiente para hacerle una pregunta a fin de aclarar su presencia allí:

—¿Por qué has venido?

—Para traerte esto —le respondió con cara de sorpresa.

—No, no me refería a eso. Es decir, ¿cómo sabías que estaba aquí?

—El profesor Morisaki me lo ha dicho. Él ha sido quien me ha pedido que viniera a traerte esto.

Katayama no podía comprenderlo. Que el profesor Morisaki le contara aquello a una alumna cuando tenía que mantenerlo en secreto podía traer complicaciones.

—Pero si mi presencia tenía que mantenerse en secreto...

—Eso lo tengo muy claro, señor detective de la policía. —Yukiko parecía disfrutar con aquello—. Qué maravilla estar aquí parapetado vigilando. Debes estar emocionado.

—Tampoco es para tanto —respondió Katayama sin ningún entusiasmo—. ¿También sabes para qué estoy vigilando?

—Sí, el profesor Morisaki me lo ha contado. —Al ver la reacción de Katayama, se explicó—: Tranquilo, no te preocupes. Yo soy especial. Además de mí, nadie más está al corriente.

Yukiko ya iba hacia la puerta con la bandeja en las manos cuando se detuvo de improviso, y dio unos pasos para aproximarse a la ventana:

—Fíjate bien: hay una ventana oscura entre una con una cortina amarilla y otra con una cortina roja del cuarto piso. ¿La ves? Esa es mi habitación. Vigílala a conciencia. Adiós.

—Adiós.

Mientras Katayama miraba por la ventana cómo Yukiko desaparecía por la entrada de la residencia de estudiantes, se sentía como si se estuviera meciendo entre un sueño y la realidad. Y eso que no se había quedado dormido.

Aunque tarde, por fin fue consciente de que su conversación con Yukiko había sido real y le dio un subidón. Tras estar un rato observando la ventana oscura de la habitación de la chica, finalmente se encendió la luz y se hizo visible una cortina vivida de color azul. A continuación, le pareció que se abrió un poco la cortina, vio la silueta de Yukiko y cómo ella lo saludaba con la mano. Nervioso, la saludó con la mano a su vez y acto seguido, cayó en la cuenta de que era imposible que ella lo viera desde su habitación.

Katayama se dijo a sí mismo que aquella joven era muy extraña. Justo cuando estaba convencido de que era una universitaria modélica y distante, la había visto golpear a un hombre que se le insinuó. Y ahora que caía, ella había entrado donde estaba él solo sin reparos y lo había tuteado como si lo conociera... Es más, dijo «yo

soy especial». ¿Pero qué quería decir con ese «especial»?

Katayama no cabía en sí de su asombro: sobre la cortina cerrada veía reflejada la silueta de Yukiko, pero su sombra se estaba contoneando... Tenía toda la pinta de que se estuviera desnudando. Sin embargo, cuando pensó en ello le pareció normal. Seguramente iba a bañarse.

«¡Qué pasada! ¡En esta residencia tan lujosa todas las habitaciones tienen un baño con bañera!», se dijo asombrado.

También era posible que se estuviera poniendo una ropa más cómoda. En todo caso, aunque eso fuera muy normal, no significaba que lo dejara indiferente. Al imaginarse a Yukiko en ropa interior, Katayama notó cómo su cara iba palideciendo. Si iba a darse un baño, era imposible que lo hiciera con la ropa interior puesta. Cuando pensó en eso, se le pusieron los ojos como platos, se le subió la sangre a la cabeza y su cuerpo se calentó como una llama.

Aquel era un estimulante mucho más efectivo que un café.

Para bien o para mal, como esa silueta erótica ya no subió más de tono, Katayama pudo volver a su estado normal al cabo de un rato. Al final miró su reloj de pulsera y vio que eran las once y cuarenta minutos.

Se dio cuenta de que había un sospechoso fuera hacia las doce y media de la noche.

Dado que la mayoría de las ventanas aún estaban iluminadas, Katayama pensó que las estudiantes estarían escuchando algún programa nocturno de la radio. La ventana de la habitación de Yukiko aún seguía con la luz encendida, pero no podía distinguir si estaba dentro o no porque no veía ninguna sombra moviéndose. Observó con atención la habitación de la chica en multitud de ocasiones y en una de ellas, tras bajar la vista, vio a aquel hombre.

El tipo estaba a punto de subir por la escalera de emergencia. Si estuviera allí para tratar algún asunto normal, sin lugar a dudas entraría por la puerta principal; era obvio que su comportamiento era sospechoso.

Katayama estaba animado porque la vigilancia finalmente estaba siendo fructífera y se puso en movimiento.

Salió fuera y se fue acercando a la residencia escogiendo rincones y espacios oscuros para moverse. Aquel sospechoso estaba subiendo por las escaleras de emergencia fatigosamente. No parecía un hombre que estuviera en buena forma física; nada más llegar al tercer piso, recuperó el aliento en el estrecho rellano.

En cuanto Katayama llegó hasta las escaleras de emergencia, también empezó a subirlas amortiguando el sonido de sus pisadas para que el hombre de arriba no se percatara de nada.

Su objetivo subió otro piso más, se detuvo, por algún motivo pareció estar indeciso.

Katayama subió hasta el tercer piso y le echó un ojo a aquel tipo. Cuando pudo ver su cara bajo la luz de la lámpara roja que había encima de la salida de emergencia, se le escapó la risa.

—No es para tanto. Es el catedrático de literatura inglesa que Yukiko ha dejado KO este mediodía.

«¿Ōnaka? ¿El hombre no ha recapacitado y está aquí intentando llegar hasta la habitación de Yukiko? Esta vez le caería un buen cubo de agua encima», pensó.

No se explicaba en qué estaba pensando Ōnaka. Este se subió con gran esfuerzo sobre la barandilla de la escalera de emergencia y colocó despacio los pies sobre la comisa de veinte centímetros de ancho que había por debajo de las ventanas.

—Idiota, ¿cómo se te ocurre hacer eso? —susurró Katayama.

Ōnaka no era ningún equilibrista y se había propuesto llegar hasta la ventana de la habitación de Yukiko pegándose al máximo a aquella pared a cuatro pisos de altura. Si fuera una persona delgada y con una excelente forma física, todavía lo hubiera conseguido. Pero eso era imposible para alguien que se había caído de espaldas por querer darle una patada a un gato.

Independientemente de si eso tenía o no relación con su tarea, no podía permitir que el hombre se matara cayéndose desde aquella altura. Katayama subió al cuarto piso con desgana. Por su parte, Ōnaka iba avanzando poquito a poquito mirando hacia abajo con temor. La habitación de Yukiko era la segunda desde la escalera de emergencias y tras pasar a duras penas por delante de la primera ventana, ya estaba acortando las distancias con la de la habitación de la chica.

En esta clase de situación debía dirigirse a él con cautela. Si lo imprecaba de repente, podría asustarse y precipitarse al vacío.

—Oye... —se dirigió a él en voz baja—. Oye. Estoy aquí, aquí mismo. —Pese a que seguramente lo había oído con la suficiente claridad, completamente inmóvil, Ōnaka mantenía pegada su espalda a la pared. Katayama subió un poco más la voz—. ¿Es que no me oyes?

Ōnaka giró la cabeza lentamente hacia Katayama. Tenía la cara blanca como el papel e iba boqueando como un pez que se hubiera quedado sin oxígeno.

—¿Estás bien? —Katayama levantó un poco la voz.

—¡So-socorro, por favor! —Una voz quebrada salió de la garganta de Ōnaka—. Tengo... Tengo miedo a las alturas.

—¿Entonces qué hace ahí?! —Katayama estaba tan sorprendido que no pudo reprimir el reproche. Sin embargo, debía mantenerse relajado.

Ōnaka estaba tenso con el cuerpo tan rígido como el de un difunto. En ese estado no iba a resistir demasiado tiempo.

—¡Espere! Intentaré ayudarlo. —Aunque resultaba que Katayama también detestaba las alturas. Además, no podía solucionar aquello él solo.

Ōnaka había recorrido siete, ocho metros desde la escalera de emergencia y ya era

del todo imposible traerlo de vuelta. En cambio, como estaba solo a dos, tres metros de la ventana de la habitación de Yukiko, iría mucho más rápido si lo ayudaba desde allí.

Katayama intentó abrir la puerta de la salida de emergencia, pero estaba cerrada desde dentro y no se movió ni un milímetro.

—¡Espéreme un momento! ¡Enseguida voy! —Katayama bajó por las escaleras a toda prisa y se dirigió a la puerta principal de la residencia—. ¡Señor Komine! ¡Señor Komine!

Llamó a gritos al anciano tras llegar corriendo hasta la recepción, pero no obtuvo respuesta. Entró por la puerta lateral de la recepción, echó un vistazo y encontró al viejo Komine roncando sentado en un sofá. Apestaba a alcohol y en el suelo había una botella vacía de aguardiente.

—Vaya por dónde...

En todo caso, parecía que el abuelete no podría percatarse de si alguien salía a prostituirse o de si alguna chica traía algún cliente con ella.

Katayama salió de la habitación resignado. Aunque aquello fuera una residencia, era un edificio de lujo y estaba equipado con un ascensor de pequeñas dimensiones. Subió al cuarto piso, salió al pasillo y buscó la habitación de Yukiko. Dio con ella. En la puerta de madera había un rótulo pintado de azul con el nombre *Yukiko Yoshidsuka* grabado. Llamó a la puerta y ella abrió al cabo de unos instantes; la sorprendió verlo allí.

Katayama contuvo la respiración. Por lo visto Yukiko había salido apresuradamente de la bañera para abrir la puerta. Llevaba una toalla alrededor del cuerpo y el pelo mojado envuelto en otra toalla.

—Esto, perdona... Esto, no sabía que... Verás... —Katayama titubeó toda clase de incoherencias—. Esto, es que... tengo un poco de prisa... Bueno, tampoco es que corra tanta prisa...

Yukiko sostenía la toalla con las manos a la altura del pecho. En sus mejillas enrojecidas por los efectos del baño caliente, afloró una sonrisa burlesca.

—Detective, veo que eres muy impetuoso. —Él se quedó en blanco—. Además, si querías venir a verme, no tenías por qué hacerlo a escondidas. Mis amigas lo comprenderían perfectamente.

Katayama se puso muy nervioso:

—¡No! ¡No es eso! Déjame entrar, por favor.

—Espera a que me ponga la bata, por favor.

Ōnaka le daba lástima, pero el deber de todo caballero era velar por el buen nombre de una dama. Al poco tiempo Yukiko abrió la puerta y entonces pudo entrar.

La habitación era muy propia de una mujer joven: muy colorida, con una alfombra azul, con una pared empapelada con motivos florales y con un montón de peluches sobre la cama y sobre la mesa. Eso sí, en una gran estantería había amontonados numerosos libros muy gruesos. Katayama pensó que aquella era la

habitación de una estudiante excepcional. No obstante, no podía permitirse el lujo de quedarse mirando.

—Dime, detective, ¿qué querías?

—Mira por la ventana.

—¿Por la ventana? —Yukiko frunció el entrecejo con suspicacia.

—Fíjate en esto.

Katayama abrió la ventana y sacó la cabeza. A dos metros a su izquierda, Ōnaka estaba tieso como un muñeco, muerto de miedo.

—¡Oiga! ¡Venga hacia aquí! Estiraré el brazo para ayudarlo.

Para enterarse de qué sucedía, Yukiko se puso al lado de Katayama, sacó la cabeza por la ventana y pegó un grito.

—¡Esto es el colmo!

—Pero no podemos dejarlo así. ¿Tienes alguna cuerda o algo por el estilo?

—Tengo la cuerda para colgar la colada...

—Con eso bastará, préstamela, por favor.

Yukiko fue a buscarla y volvió para entregarle un rollo de cuerda. Katayama hizo un lazo enorme con ella.

—¿Cómo lo vas a hacer?

—Si se cae edificio abajo, seguro que morirá. Tenemos que atar esta cuerda a su cuerpo y hacer que vaya avanzando en nuestra dirección poco a poco.

—Ya... ¿Y si le pasas la cuerda por el cuello? Así podrás tenerlo controlado más deprisa.

Katayama se detuvo de pronto y miró a Yukiko a la cara:

—Pero si hago eso, sería un desperdicio.

—¿Por qué?

—Está claro. Si alguien acabara estrangulándose con esa cuerda, ya no se podría volver a utilizar, ¿cierto?

Katayama salió de la habitación de Yukiko cuando ya eran más de las cuatro de la madrugada. Estaba hecho un asco y tenía unas ganas atroces de irse a dormir. Pero nada de interpretaciones maliciosas, por favor. Tardó un tiempo considerable en poder ayudar a Ōnaka. Por más veces que le dijera lo que tenía que hacer, el hombre no hacía ademán de moverse ni un milímetro, gritaba sin parar: «¡Deprisa! ¡Ayúdeme, por favor!», para acabar echándose a llorar. Se *comportaba* peor que los críos. Ahora calmándolo, ahora amenazándolo, Katayama las pasó canutas durante esas tres horas de esfuerzos extenuantes para que agarrara la cuerda y pudiera acercarlo tirando de él.

Cuando por fin redujo esa distancia de dos metros y pudo arrastrar ese cuerpo orondo hasta el interior de la habitación de Yukiko, Katayama estaba cubierto de sudor. Yukiko, que había estado velando por el detective durante el trance, se

apresuró en echar a patadas de su cuarto a Ōnaka, que aún parecía medio muerto. Acto seguido le preparó un café a Katayama.

«El trabajo de un detective de la policía es muy duro», pareció decirle Yukiko con una atractiva mirada, sin pronunciar una sola palabra.

—Incluso estás obligado a ayudar a miserables como aquel. Si de mí dependiera se había quedado allí.

—Si yo pudiera, te aseguro que me encantaría hacer lo mismo que tú. — Katayama sorbió el café.

—Debes estar cansado. ¿Quieres recostarte un poco? —¿Pero qué pretendía Yukiko? ¿Quería que él durmiera en su cama? Fue incapaz de leer en el rostro de la joven cuáles eran sus auténticas intenciones.

—No, gracias. Tengo que irme ya. —Katayama agitó la cabeza—. Aún *estoy de servicio*.

Yukiko rio con desparpajo.

—¿Qué pasa?

—No es nada. Es que el profesor Morisaki me lo dijo y veo que era cierto; eres una persona de las que apenas se encuentran hoy en día.

«¿Qué querrá decir con eso?», iba pensando mientras salía por la puerta principal de la residencia. «¿Le gusto o me estaba tomando el pelo?».

El cielo ya se estaba aclarando; era la hora más fría del día. El sudor que cubría su cuerpo se heló de repente y se puso a temblar. Para variar, Katayama pensó que la chica lo despreciaba.

El caso es que la vigilancia de aquella noche había sido un fracaso. Durante el tiempo que había estado ayudando a Ōnaka, ya podía haber un batallón saliendo por la puerta principal para movilizarse, que él no se habría enterado. Mitamura volvería a echarle la bronca otra vez.

De improviso se le ocurrió una cosa: ¿Ōnaka no habría estado montando toda aquella comedia *a propósito* para retenerlo allí? ¿Podría estar implicado en el asunto de la prostitución? Lo pensó por un instante y luego lo negó con la cabeza.

No, a todas luces, su pánico a las alturas era real y no hacía ninguna falta llegar a ese extremo. Bastaba simplemente con anular los trabajos que pudieran tener previstos para aquella noche. Es más, era inconcebible que un tipo como Ōnaka fuera un cómplice. Imposible, él no podía ser un *proxeneta*.

Finalmente decidió quedarse en aquel comedor hasta que se hiciera de día.

Katayama se quedó boquiabierto al abrir la puerta. Pensó que aquello era un sueño. Luego, pensó que quizá se había confundido de edificio. Luego, pensó que quizá debía tener algún problema con la vista. Luego... se rascó la cabeza.

El interior del comedor estaba completamente *vacío*. Era natural que no hubiera nadie allí, pero es que ya no había *ni mesas ni banquetas*. También había desaparecido la banqueta donde había estado sentado al lado de la ventana vigilando la residencia y la mesa donde se había tomado el café y comido la hamburguesa con

Yukiko. Todo había desaparecido.

—¿Pero qué ha pasado aquí? —susurró Katayama.

Habían *limpiado* el comedor a fondo y en medio de aquella suave luz, solo encontró un silencio absoluto.

5

—¿Han robado las mesas y las banquetas? —El superintendente Mitamura puso los ojos como platos—. ¿No será que todavía estás dormido?

—No, estoy perfectamente. —Katayama había ido a visitar a Mitamura a su casa y lo informó de todos los pormenores. Era domingo.

—¿Y tanto tiempo llevó ayudar a ese catedrático de literatura inglesa? —Mitamura observó a Katayama con una mirada cargada de desconfianza.

—¡Palabra! ¡No debería usted dudar de mí de ese modo!

—No te enfades así. Entendido. No te estoy recriminando nada.

—Sí.

—Entonces... —Mitamura hizo una pequeña pausa—. ¿Esa muchacha llamada Yoshidzuka es bonita?

—Sí, es algo excepcional; es tan... ¿por qué lo dice?

—Por nada, simplemente te lo quería preguntar. —Mitamura sonrió irónicamente—. Pareces muy cansado.

—Bueno, es posible...

—Buen trabajo. Vuelve a casa y descansa. Preséntate mañana en comisaría. Yo consultaré el asunto con Morisaki y decidiremos qué hacer.

Katayama fue a la Comisaría Central para redactar el informe pertinente. Prefería no dejarlo para más adelante. Olvidadizo como era, mejor redactar los informes cuando aún tenía la memoria fresca.

No obstante, ¿de qué modo podía escribirlo? Si lo contaba tal como había ocurrido en realidad, nadie se lo creería.

—Vaya, si Romeo está de vuelta. —Varios compañeros que estaban de servicio investigando el asesinato de la universitaria se dirigieron a él bromeando—. ¿Y anoche estuviste de guardia? —El detective Hayashi, un compañero que llevaba más tiempo en el cuerpo que él, se dejó caer por la mesa de Katayama.

—Hola, señor Hayashi, ¿ya ha vuelto de su viaje de trabajo?

—Sí, anoche. Estoy hecho polvo... Tengo entendido que tú has pasado toda la noche despierto, luciéndote en medio de un jardín de mujeres.

—¡Para nada! ¡Está muy equivocado!

Hayashi se sentó sobre la mesa de al lado, que estaba vacía, y encendió un cigarrillo.

Norihiko Hayashi tenía cuarenta y pocos años. Hacía mucho tiempo que era un

detective de la policía, nunca se mostraba bronco y tenía un talante muy sociable.

Sus colegas menos experimentados en el oficio lo consideraban un buen compañero y sus superiores le tenían muchísima confianza. Daba la impresión de ser un hombre que no se enfadaba jamás y tampoco llamaba la atención especialmente; en cambio, fueran cuales fueran las dificultades, hacía avanzar las investigaciones de forma honesta y diligente y nunca se quejaba. Era el ideal personificado de la perseverancia.

—Hmmm... Pues es una historia muy extraña, ¿no te parece? —Cuando Katayama le explicó la historia a Hayashi, este último no parecía muy conforme.

—Pero si es la pura verdad. ¡Se lo juro!

—Te creo, no estoy dudando de ti.

—Pero es que... —Katayama adoptó un tono de voz débil a más no poder—. Yo mismo tengo la sensación de que, a lo mejor, todo aquello fue un sueño.

—¡Aguanta el tipo, hombre! Al fin y al cabo, uno no ve desaparecer mesas y banquetas en un sueño.

—Ya.

—Aunque oye, ¿para qué demonios robarían las mesas y las banquetas?

—No tengo la menor idea.

—A lo mejor las birló un tipo que quería abrir un comedor en el vecindario; ya sabes, para ahorrarse el mobiliario.

Katayama puso los ojos como platos.

—¿En serio?

—Era broma. —Hayashi se rio—. En fin, me voy a casa para dormir un poco.

—¿Aún no ha regresado a casa?

—No. Me ha tomado toda la noche redactar el informe —dijo despreocupado.

—Será mejor que vuelva pronto. Así la pequeña Rie se pondrá muy contenta.

—Sí.

Hayashi sonrió; la pequeña Rie era su hija de tres años. La criatura nació cuando él ya era bastante mayor y por lo visto era una preciosidad. Sin embargo, debido a sus obligaciones como detective, apenas tenía tiempo libre para jugar con ella.

—Seguramente habrá crecido muchísimo en este tiempo.

—Sí, se ha convertido en toda una pequeña impertinente. Siempre le está replicando a su padre. ¡Tiene narices!

—Debe ser preciosa.

—Sí. Los niños son algo maravilloso... ¿Tú piensas seguir soltero?

—Aún no lo he decidido.

—Date prisa en buscarte una esposa. Con mujer e hijos, un hombre por fin se convierte en una persona de provecho.

En cuanto Hayashi se marchó despidiéndose con la mano, Katayama empezó a redactar el informe. Sin embargo, no hacía ningún tipo de progreso. Cada vez que se proponía redactar la sucesión de los hechos por orden, rememoraba la imagen de la

figura de Yukiko Yoshidzuka. Al recordar cómo llevaba el cuerpo envuelto con aquella toalla y el aroma que dejaba en el aire nada más salir de la bañera, su corazón latía con fuerza, su torrente sanguíneo se revolucionaba y dejaba de estar en condiciones de redactar ese informe.

El teléfono de la mesa sonó.

—Katayama, dígame.

Oyó una voz de pito que conocía muy bien por el auricular:

—Buenos días pequeñín, soy yo. —Katayama suspiró. ¿Por qué caray tenía que atender esa llamada justo cuando estaba recordando la fascinante voz de Yukiko?—. Buenos días, tía —saludó con desgana.

—Cuánto tiempo sin saber de ti. ¿Qué tal estás? ¿Va todo bien?

—Sí, bueno...

—Haz el favor de llamarme de vez en cuando. Por cierto, tengo que consultarte una cosa. ¿Tienes hoy tiempo al mediodía para vemos?

—No lo creo...

—¿Estás ocupado? Haz un esfuerzo, que solo será un ratito de nada.

—No puedo, ya había decidido volver a casa en cuanto termine aquí.

—Oh, ¿estás enfermo?

—No, hoy es domingo. No estoy de servicio.

—¿Sí? ¡Claro, es verdad! Qué cabeza... —Y la mujer rio a grito pelado.

A Katayama le dolieron tanto los oídos que separó el auricular de su oreja. Incluso poniéndolo a diez centímetros de él, podía oír de sobra esa voz tan aguda.

—Entonces mejor me lo pones. Ahora mismo me voy para allá. Oye, aquella tetería donde nos encontramos la otra vez... ¿cómo se llamaba? ¿«Hula hoop»?

—¿La «Renoir»?

—¡Sí, esa! ¡Hazme el favor de esperarme allí!

—¿De qué se trata?

—Lo sabrás cuando nos veamos, te entusiasmará. —Y tras reprimir una risita nerviosa, añadió—: ¿Entonces hoy es domingo? Qué bien, podré ver a mi Alain. Ya estaba a punto de olvidarlo.

—¿Tu Alain?

—Sí, ya sabes; sale en el anuncio de la programación de cine occidental.

—¿Ah, hablas de Alain Delon?

—Claro. Para mí las películas son lo de menos; cualquiera me sirve. Veo la cara de mi Alain y me olvido del mundo entero. Hasta luego.

—Ni que ese Alain fuera para tanto —musitó Katayama hastiado tras colgar el teléfono.

Su tía se llamaba Mitsue Kojima. Era obvio: que le dijera que lo iba a entusiasmar significaba que quería proponerle a alguna chica para que se casara con ella^[13]. No sabría decir si lo hacía por gentileza o porque era una entrometida, pero en general, lo llamaba invariablemente una vez cada tres meses para eso. Últimamente, poco a poco

también traía propuestas de posibles pretendientes para Harumi.

Katayama estaba cada vez más harto de todo y miró malhumorado aquel informe que era incapaz de terminar.

—Eso sí que fue hacer bien el ridículo —dijo Morisaki mientras se reía.

—Me pone realmente furiosa. —Yukiko tenía los brazos cruzados y la indignación pintada en la cara—. ¿Y no puedes despedir al profesor Ōnaka?

—No tengo poder suficiente como para hacerlo. Además, parece que al rector le cae bastante bien.

—Ojalá se hubiera caído edificio abajo ayer por la noche.

—Le ha dado un trabajo atroz a ese detective.

—Es una buena persona, la verdad. Hoy en día resulta extraño encontrar a gente chapada a la antigua como él.

Yukiko habló de ese modo para halagarlo, pero si Katayama la hubiera oído en ese momento, seguro que habría creído que se estaba burlando de él.

La pareja estaba sentada en el sofá de la sala de estar del apartamento de Morisaki.

Estaban escuchando *Tosca* de Puccini en la cadena musical que había empotrada en la pared. Lo que hizo que tuvieran una relación más allá de la habitual entre un catedrático y una alumna fue, sin duda, la música. A Yukiko le había gustado la música clásica desde siempre y un día que ella conversaba con unas amigas, Morisaki oyó por casualidad cómo protestaba porque en la habitación de la residencia no podía poner la cadena de música a todo trapo. Así que decidió invitarla a su apartamento. Él no iba con segundas intenciones cuando se lo propuso, pero como resultado de aquello, aquella noche terminaron hablando de todo menos de música. La primera vez que se besaron no sonaba de fondo ni Rachmaninov, ni Chopin; sino el *Así habló Zaratustra*^[14] de Richard Strauss, que no parecía pegar para nada en ese lugar^[15].

—¿Qué te parece?

—¿El qué? ¿Este tenor?

—No, no es eso. Hablo de ese detective. ¿Seguro que no has caído rendida a sus pies?

—No sabría qué decirte.

—Es imposible que no te guste.

—¿Y si así fuera?

—¿Por qué no sales un tiempo con él?

—Qué cosas más extrañas dices —respondió Yukiko con un atisbo de inseguridad en la voz—. ¿Ha sucedido algo?

Morisaki se sacó del bolsillo de su sobrio cárdigan británico de importación un pequeño trozo de papel doblado, y se lo pasó a Yukiko.

—¿Qué es esto? —Yukiko lo abrió y frunció el ceño.

«Te lo advierto: no sigas husmeando. Si no me haces caso...».

—Es una nota amenazadora. La encontré en el buzón de abajo.

—¿No se la mostrarás a la policía?

—No creo que sea para tanto.

—Pero...

—Parece que se ha difundido por todo el campus que le he pedido ayuda a un detective de la policía. Y en consecuencia, alguien ha decidido ponerse en movimiento.

—¿Tendrá algo que ver con la red de prostitución?

Morisaki negó con la cabeza:

—Ante una carta como esta, uno no puede saber quién la ha dejado. Para mí, es probable que esto sea obra de *la otra parte perjudicada*.

—¿Por qué te lo parece?

—Porque no tenemos ninguna prueba fehaciente de que verdaderamente exista una red de prostitución dentro del campus. En cambio, si me dejaran una nota amenazadora como esta, ¿no estaría confirmando que la prostitución en la universidad es un hecho probado?

—Eso es cierto... Pero ve con cuidado. Si llegara a sucederte algo...

—No hace falta que te preocupes.

Morisaki abrazó a Yukiko por los hombros. Ella se acurrucó hacia él y le ofreció sus labios. Morisaki la besó con dulzura.

Estaban escuchando: *Y brillaban las estrellas*^[16]. El tenor ya estaba cantando el famoso ¡*Oh, dulces besos!* Era una pieza que encajaba a la perfección con aquel encuentro. Pero en esa ópera, después de esta aria, los protagonistas acababan teniendo una muerte trágica.

Sonó el timbre de la puerta.

—¿Quién será? —Morisaki fue a abrir la puerta y vio que era el viejo Komine.

—Tengo que hablar con usted... —dijo el anciano algo tenso.

—Está bien, pase.

El viejo Komine entró en la habitación y sonrió en cuanto vio que Yukiko estaba ahí.

—Dígame, señor Komine. ¿Qué le trae aquí?

—Bueno... En realidad quería hablarle de lo de anoche...

—Entendido. —Morisaki asintió con una sonrisa en la cara.

Estaba enterado de que el viejo Komine se había emborrachado y quedado completamente dormido. Cuando lo contrató, la condición que le impuso al anciano fue que cuando estuviera en la residencia de estudiantes no podía beber.

—No tiene sentido llorar sobre la leche derramada. Si en lo venidero es usted más cuidadoso, no habrá problema.

—¡Perdóneme, por favor! —El viejo Komine bajó la cabeza asumiendo su grave error—. Nunca más volveré a hacer algo así.

—Más bien permíteme a mí. Ha estado mal por mi parte llamar a un detective sin haberlo consultado antes con usted —dijo Morisaki—. No lo hice porque desconfiara de usted. Espero que lo comprenda.

—No se preocupe. No me lo he tomado mal ni mucho menos. —El viejo Komine asintió y recuperó notablemente la vitalidad de la que siempre hacía gala—. Aunque... En lo que respecta a ese joven; me ha tratado como si yo fuera un loco y me ha sacado de mis casillas.

—¿En qué sentido? —intervino Yukiko.

Me miró con cara extraña cuando vio que estaba embelesado por aquel encanto de *muchacha*. ¡Qué hombre más grosero!

—¿Aquel encanto de muchacha? —Cuando Morisaki le hizo esa pregunta a Komine, Yukiko aclaró:

—Se refiere a la grúa que hay en la zona en obras, ¿verdad?

—¡Exacto! ¡No hay nada en el mundo más bonito que ella!

Morisaki llevaba su sorpresa escrita en la cara:

—¿Ah, se refiere a ese *monstruo*? Bonito no es exactamente el adjetivo que me viene a la cabeza.

Aunque descorazonado por las palabras de Morisaki, el viejo Komine se fue pidiéndole al decano, cordialmente y con todas sus fuerzas, que no le dijera al rector que se había emborrachado en la residencia de estudiantes.

—Sería mejor que no hicieras esos comentarios, así destrozas los sueños del pobre Komine.

—Lo sé, pero no he podido resistirlo. ¡¿Cómo puede decir que ese monstruo es bonito?! Qué horror...

—Qué cabezota eres... —Yukiko rio y puso los brazos sobre los hombros de Morisaki.

—Y bien...

—Dime.

—¿Seguimos con lo nuestro?

—Claro.

—Ya es mediodía.

—¿Hay algún problema?

—No lo creo.

Morisaki abrazó a Yukiko atrayéndola hacia él. Justo en ese momento entró *Holmes* en la habitación. Era hora de reclamar la comida del mediodía, pero nada más ver cómo estaban su amo y Yukiko, pareció querer decir «no va a ser posible» y volvió a salir de la habitación con cara de haberse dado por vencida.

—¿Qué te parece esta chica? Es un poco alta, pero ahora todas las chicas jóvenes son bastante larguiruchas.

Katayama ya estaba hasta el gorro de aquello. Miró las fotos que su tía Mitsue Kojima iba sacando del bolso, una tras otra, con la destreza del más hábil de los prestidigitadores. En un rincón de la cafetería, sobre una mesa cuadrada, había desplegadas un puñado de fotos apretujadas las unas con las otras, y las tazas de café estaban a punto de ser expulsadas del extremo de la mesa.

—¿Y cuál es su estatura? —preguntó Katayama. Le parecía que si no preguntaba nada sería desconsiderado con su tía.

—Un metro y... ¿cuánto medía? —Mitsue se ajustó las gafas de montura metálica y se puso a hojear rápidamente el manojito de carpetas^[17] de las muchachas que se acumulaban sobre sus rodillas.

Claro que tendría un metro y algo, era de sentido común. Sería un problemón que midiera dos metros.

—Ah, aquí está. Un metro setenta y cuatro.

Pero si esa es prácticamente mi estatura. Como se le ocurra llevar tacón alto...

—Es cierto. Pero es una buena chica.

Katayama suspiró:

—Escucha, tía. Me alegra de que te preocupes por mí, pero yo todavía no...

—¡Ni hablar! —Mitsue se inclinó hacia Katayama—. Hoy no te servirá esa excusa. Ya has visto la cantidad de chicas que he reunido para presentártelas, así que ya no admito que me digas que no te gusta ninguna.

Era cierto que había reunido chicas de todas las clases. ¡Parecía la promoción especial de unos grandes almacenes!

—No podré dormir tranquila hasta que haya casado a mi querido Yoshi.

Pero escucha, tía. Por la clase de trabajo que tengo, mi salario es bajo y casi nunca tengo vacaciones. Seguro que todas las chicas me rechazarán.

—¡Es imposible que lo hagan! Ahora estamos en plena recesión, así que últimamente los policías se han convertido en unos pretendientes en alza. Y es que la policía no es una empresa que pueda irse a pique, ¿cierto?

—Eso es verdad, pero...

Era imposible que sucediera algo tan maravilloso. El mundo no cambiaría hasta el punto que el cuerpo de policía tuviera que cerrar.

—Pero el trabajo de un detective de la policía es peligroso. —Katayama procuró fingir consternación—. Arriesga la vida haciendo frente a delincuentes malvados. Me pueden asesinar el día menos pensado. Yo no quiero que mi esposa y mis hijos caigan en desgracia por una tragedia como esa.

—No tienes que preocuparte por eso. —Entonces Mitsue añadió despreocupada—: Yo tengo una amiga que sabe de alguien que estaba casada con un detective de la policía al que asesinaron cuando aún era joven, y con el dinero del generoso seguro que recibe puede vivir la mar de tranquila.

Katayama negó con la cabeza en silencio. Ya no tenía nada más que decir.

Finalmente eligió una de las fotografías que había allí alineadas al azar, dándole a

entender a su tía que estaba dispuesto a citarse con una de ellas.

—Me alegro. En primer lugar, lo importante es que te encuentres con ella, de lo contrario no sabrás si te interesa o no. Pero debes saber que creo que esta chica es una joya. Aunque esta ya es la séptima vez que se cita para buscar un buen marido, siempre ha sido ella quien ha rechazado a los pretendientes, mientras que a ella no la han rechazado nunca.

—¡Siete veces!

—No debes sorprenderte por siete veces de nada. Para encontrar a un buen partido una tiene que rechazar pretendientes unas diez o veinte veces.

Katayama ya tenía dolor de cabeza.

—Bueno, me voy, que Harumi me debe estar esperando.

—¡Ah, es verdad! Estaba a punto de olvidarlo. Para Harumi también tengo algunas propuestas.

Katayama llamó a la camarera; pidió otro café y un sándwich. La situación se asemejaba a una larga guerra que se hubiera empantanado.

Después de pasarse media hora fingiendo que prestaba atención a los posibles partidos para Harumi, Mitsue lo retuvo cuando estaba a punto de levantarse para marcharse con las fotos que le había confiado.

—Te tengo que hablar de otro asunto —dijo.

—¿Qué quieres? —Katayama ya pensaba que al final tendría que pedir la cena.

—¿Conoces a Koyanagi?

—¿Koyanagi? ¿Es alguien con quien te vas de copas?

—No digas bobadas. Es una amiga de Ohana.

—¿Y qué ocurre con Koyanagi?

—Es que hoy me ha llamado. Hemos hablado un poco de todo, pero al final, me ha contado algo de Harumi que...

—¿Algo de Harumi? ¿Es que se encontró con ella?

—Exacto, veo que estás muy enterado.

—¿Y qué pasa con Harumi?

—Pues verás, anoche Koyanagi tuvo que volver a casa un poco tarde, de modo que tomó un taxi. A medio camino, esperando que un semáforo cambiara, vio a Harumi pasar por el lado de un coche.

—Oye, que Harumi también sale por ahí para divertirse.

—Era más de la una de la madrugada.

—¡Imposible! La debieron confundir con otra.

—No, está completamente segura. Koyanagi es famosa por la buena retentiva que tiene con las caras. Y además, aunque eso sucediera a medianoche, había luz suficiente gracias a la luz de las farolas.

—No sé qué decir... Estuve trabajando toda la noche en una vigilancia y no regresé a nuestro apartamento... Aun así, Harumi ya no es ninguna cría. Ya se lo preguntaré cuando vuelva a casa.

—Harumi no iba sola.

Perplejo, Katayama miró a la cara a Mitsue:

—¿Qué insinúas con eso?

—Ya debes suponerlo, que iba con un hombre.

—¿A la una de la madrugada?

—A la una de la madrugada.

Katayama se quedó absorto. Si aquello era cierto, debía reprenderla como es debido. ¿Pero de verdad que aquella era Harumi?

—Y todavía hay más.

—¿Cómo dices?

—Según los comentarios de Koyanagi, el hombre con quien iba era bastante mayor y no tenía pinta de ser soltero. Y además, por lo que pudo ver, los dos deben tener una relación bastante estrecha.

—¡Ya basta! —Katayama se puso furioso—. Harumi es una chica extremadamente seria y responsable. Jamás mantendría una relación censurable con un hombre casado ni por equivocación. Para empezar, todo eso son conjeturas de Koyanagi.

—Harumi estaba llorando en brazos de ese hombre. Koyanagi lo vio con sus propios ojos.

—¡Si así fuera, me habría dado cuenta de algo!

—Yo no estaría tan segura.

Katayama se calló de golpe. Era cierto, de pronto se dio cuenta de que, en realidad, apenas conocía a su hermana.

—Entendido. En cuanto vuelva a casa se lo preguntaré.

—¡No, no hagas eso! Tienes que mostrarte más atento con ella. Finge que te hueles algo y observa sus reacciones.

—Ah, claro...

—No debes ser demasiado brusco cuando hables con ella. Piensa que debe estar sufriendo.

—Eso ya lo sé. —Anegado en la confusión, Katayama se había quedado mirando la taza de café. Al cabo de unos instantes levantó la cabeza—. ¿En qué zona vio Koyanagi a Harumi?

Tras dudar un instante, su tía le dijo dónde. No estaba tan lejos de su apartamento; eso quería decir que estaba en un vecindario plagado de hoteles para parejas^[18].

—¿Cómo te fue anoche? —le preguntó Katayama a Harumi tras la cena, al tiempo que ella recogía la mesa.

—No entiendo la pregunta.

—No... Quería decir... Que si te sentiste sola.

—Oye, que ya no soy una cría... —Harumi se rio—. Pero a decir verdad, anoche

no estuve en casa.

Katayama se llevó tal susto que poco faltó para que se le cayera el periódico que llevaba en las manos.

—¿Y dónde pasaste la noche? —le preguntó con el tono de voz más despreocupado que fue capaz de reproducir.

—En casa de una amiga de la empresa. No la conoces.

—Ya veo.

En el tono de voz de Harumi no había el más mínimo artificio. Sin saber muy bien qué más le podía preguntar, Katayama fingió que estaba leyendo el periódico; seguro que aquella entrometida de Koyanagi se había confundido. Pero ¿y si Harumi le estaba mintiendo? Katayama se quedó observando discretamente a su hermana desde atrás. Le parecía inconcebible que le estuviera mintiendo deliberadamente...

A pesar de que la noche anterior no había pegado ojo, apenas pudo dormir tampoco esa noche. Miraba de vez en cuando hacia la habitación de Harumi, que dormía tranquilamente, y suspiraba. Finalmente se quedó dormido poco después de las tres de la madrugada.

Lo despertó el timbre del teléfono. Fue en el momento preciso en que Harumi había venido a despertarlo. La luz de la mañana entraba a través de las cortinas. Miró el reloj que tenía al pie de la almohada; eran las seis y media.

—Casa de los Katayama, dígame. —Harumi cogió el teléfono—. Hola, tío Mitamura. Buenos días.

Katayama agitó su pesada cabeza del mismo modo que se agita un perro empapado. ¿No se suponía que podía ir a comisaría sobre el mediodía?

—Sí, ahora mismo lo he despertado. Espera un momento. —Le pasó el teléfono a su hermano—. Es el tío Mitamura.

—Vale. —Salió de la cama a rastras—. Dígame, soy Katayama.

—Perdona que te haya despertado tan pronto. —La voz del superintendente Mitamura estaba tan tensa que parecía asustado—. ¿Puedes acudir urgentemente a la Universidad Femenina Hagoromo?

—¿Ha sucedido algo?

El superintendente Mitamura hizo una pequeña pausa y entonces, respondió:

—*Han asesinado a Morisaki.*

—¿Qué ha dicho?! —Toda la somnolencia se disipó de golpe.

—Que han asesinado a Morisaki —repitió Mitamura—. Me he puesto en contacto con Hayashi para que acuda allí, y yo también iré. Te esperamos...

—Enseguida voy.

Colgó el auricular y se quedó inmóvil por un instante. ¡A ese auténtico caballero, a ese decano tan sumamente sabio... lo habían asesinado!

—Voy a salir.

Mientras se vestía a toda prisa, se acordó de Yukiko de improviso. Ella parecía tener una profunda admiración por el decano. ¿Estaría ya enterada de lo sucedido? Y sin saber por qué, se acordó de *Holmes*. Ahora que habían asesinado a su amo, ¿qué iba a ser de ella?

SEGUNDO CAPÍTULO

LA GATA Y EL DETECTIVE

1

Katayama bajó del taxi justo delante de la universidad cuando ya eran las ocho y veinte.

Era una mañana nublada con un aire helado. A lo largo del bulevar había varios coches de patrulla de la policía alineados y varias estudiantes que habían llegado pronto para acudir a las clases, incapaces de contener su curiosidad, se agolpaban cerca de la entrada del Edificio Lectivo I con una cierta inquietud.

Katayama saludó a un oficial de policía que estaba dentro de un coche patrulla.

—Buenos días.

—Hola, Katayama.

—¿El escenario del crimen?

—Tienes que seguir hasta el fondo. Verás una zona en obras; está allí cerca. Tienes que dar la vuelta a este edificio...

—Ya sé cómo ir.

—¿Ah, sí? —El agente parecía sorprendido—. ¿Es que habías venido antes por aquí?

—Sí.

—Ah, claro. —Entonces, el agente le soltó con sarcasmo—: Esta debe ser la universidad en la que estudiaste. —Sabía muy bien que el mote de Katayama era «princesita» y quiso meterse con él. Katayama hizo caso omiso de la pulla.

—¿Mitamura ha llegado?

—Lo he visto hace un rato.

—Gracias.

Katayama entró por la puerta principal del Edificio Lectivo I, siguió el trayecto que le había indicado *Holmes* el día anterior, y se apresuró a dirigirse a la zona en obras. Incluso desde lejos pudo ver que allí había un coche patrulla y una ambulancia, y un gran número de personas revoloteaban arriba y abajo muy atareadas. Mientras iba acelerando el paso, algo lo sorprendió. La policía científica y todos esos agentes no entraban y salían precisamente de la zona en obras. Lo hacían del módulo prefabricado que usaban como comedor. ¿Era aquel el escenario del crimen?

El superintendente Mitamura estaba envuelto en un abrigo gris. Se había quedado de pie, inmóvil, en un punto algo alejado, observando a distancia el trabajo de sus subalternos. Cuando Katayama se le acercó, se giró hacia él.

—Gracias por venir. —Pero en su voz no había ni emoción, ni el empuje habitual

del hombre del trueno; parecía extraordinariamente agotado.

—Señor Mitamura, el escenario del crimen...

—Es ese comedor. —Mitamura se lo señaló con la barbilla—. ¿Fue aquí donde pasaste la noche hasta que se hizo de día?

—Así es.

—Y fue de aquí de donde robaron aquellas mesas y aquellas banquetas, ¿verdad?

—Sí... ¿Existirá alguna relación entre el robo y lo sucedido?

—No lo sé. —Mitamura negó con la cabeza.

—Señor Mitamura. —Tras dudar durante unos segundos, hizo un esfuerzo y se lo preguntó—: El señor Morisaki... esto... ¿Cómo ha...?

—No lo sé.

—¿Cómo?

—Es realmente extraño... Por lo visto, la causa de la muerte ha sido un traumatismo craneal, pero no podremos saber nada con seguridad hasta que no tengamos los resultados de la autopsia.

—¿Lo han golpeado con algo?

—Seguramente. Pero aún no hemos dado con nada que parezca el arma del crimen.

—¿Y el asesino? ¿Se tiene alguna pista?

—No. —Mitamura negó con la cabeza con una expresión apesadumbrada en la cara—. En todo caso, vamos a echar un vistazo al interior. —Y acto seguido se puso a andar tomando la delantera. Katayama lo siguió a toda velocidad.

Nada más entrar por la puerta que habían dejado abierta, Katayama echó un vistazo en círculo por el interior del módulo. El día anterior, por la mañana, había visto completamente sorprendido que las mesas y las banquetas habían desaparecido; el lugar había permanecido exactamente igual que entonces.

La luz de la mañana que entraba por las ventanas describía en el suelo, bastante sucio, un rectángulo fino y alargado.

La única diferencia era que junto a una de las paredes se agolpaban diversos hombres vestidos de blanco y a sus pies, había una tela blanca que, sin duda, tapaba el cuerpo de un ser humano.

A Katayama no le apetecía nada mirar un cadáver, pero respiró hondo para controlar su respiración, se acercó y levantó la tela.

No estaba en un estado tan espantoso como se imaginaba. Había pensado que quizá le habrían partido la cabeza o que se la habrían machacado, pero aquel no era el caso. La expresión del rostro de Morisaki era relativamente tranquila y no resultaba tan siniestra, pero eso no evitaba que Katayama se sintiera como si le arrancan el corazón.

Morisaki iba con un cárdigan sobrio de color marrón sobre una camisa y con unos pantalones tipo *sport* del mismo color, a juego. Le pareció que incluso en ese momento, el hombre le iba a mostrar de nuevo aquella sonrisa repleta de ironía.

Katayama pensó que ese hombre había sido todo un caballero hasta el mismo momento de su muerte. Cuando estaba a punto de cubrirlo con la tela, algo pasó de improviso entre sus pies.

—¡Holmes!

La gata calicó se acercó hasta situarse delante del cadáver de su amo, se sentó y lo contempló fijamente en silencio.

—Holmes... tu amo ha fallecido —dijo Katayama con delicadeza. La gata permaneció sentada, completamente inmóvil.

—¿Es su gata? —preguntó Mitamura, que estaba a su espalda.

—Así es. Es una gata que se mueve libremente por toda la universidad, pero él la cuidaba con mucho cariño.

Mitamura suspiró.

—Superintendente, ¿le parece bien que nos llevemos ya el cadáver? —preguntó un hombre que iba con una bata blanca.

—Sí, no hay problema.

—De acuerdo. Tú, gato, ¿qué haces ahí? ¡Aparta, que molestas!

Holmes miró brevemente al hombre de blanco, volvió a ir hacia su amo, estiró la pata de delante, y sin sacar las garras, tocó con suavidad su mejilla.

—¡Eh, tú! ¿Qué diablos haces? ¡Aparta! —El hombre intentó apartar a Holmes bruscamente con la mano. Katayama lo increpó:

—¡Para ya! —Y entonces empujó por el pecho al hombre de la bata blanca.

—¿Pero qué haces?

—Esta era la gata de la víctima. ¡Haz el favor de esperar un poco!

—¿Cómo te atreves? ¡Si lo araña con las garras, interferirá en los resultados de la autopsia! ¡Ese bicho es solo un gato! ¿A santo de qué tengo que esperar?

—¡Parad los dos de una vez! —los reprendió Mitamura con dureza. Katayama y el hombre de la bata blanca se callaron.

Holmes se puso en pie y fue hacia la salida andando a paso ligero, pero a medio camino se detuvo durante un segundo y se dio la vuelta. A Katayama, que miraba cómo se marchaba la gata, le pareció ver gratitud en los ojos de Holmes con tanta certeza, que se quedó asombrado. Allí había, sin duda, un sentimiento; era como si aquellos fueran los ojos de un ser humano.

—¿Qué ocurre? —La voz de Mitamura lo devolvió repentinamente al punto en el que estaban.

—No es nada... Señor Mitamura, hace un rato me ha dicho que había algo realmente extraño.

—Sí.

—¿Qué era en concreto?

—Fíjate en la puerta.

—Katayama examinó la puerta, que había quedado abierta. No hacía falta examinarla en profundidad para darse cuenta de que la sección del pestillo del cerrojo

estaba destrozada.

—¿Estaba echado el pestillo?

—Exacto. Estaba cerrada desde dentro.

—¿Desde dentro?

—Sin embargo, aparte del cadáver de Morisaki, no había nadie más.

—¿Y las ventanas?

—Échalas un vistazo. —Mitamura se las señaló con la mano—. Todas tienen alambreras encajadas. Y tampoco están rotas, ni hay evidencias de que las hayan quitado y vuelto a colocar.

—Pero entonces, el asesino...

—Significa que ha desaparecido de algún modo.

—¿Un asesinato en una habitación cerrada? ¡Ni que esto fuera una novela negra!

—Pero esa es la realidad, así que no tenemos otro remedio que aceptarlo. —Mitamura asintió con la cabeza con gravedad—. ¡Es un asesinato en una habitación completamente cerrada!

El detective Hayashi acababa de llegar cuando salieron fuera.

—Perdone que haya llegado tarde.

—Siento haberte llamado nada más regresar de viaje. Espero que puedas hacerte cargo del caso.

—No hay problema. ¿Cuál es la situación?

Mitamura empezó a explicar de nuevo cuál era la situación para poner al corriente a Hayashi. Katayama miraba distraídamente a su alrededor y entonces, sus ojos se detuvieron en la residencia de estudiantes.

—Es verdad...

¿Yukiko Yoshidzuka estaría ya al corriente? Cerca de la mitad de las ventanas de la residencia tenían las cortinas abiertas y se veían las caras de las estudiantes, que, extrañadas, miraban la escena desde arriba; pero la cortina de la habitación de Yukiko estaba cerrada.

Cuando Katayama entró por la puerta principal de la residencia echó un vistazo a la sala del administrador. Allí no vio a Komine. Subió hasta el cuarto piso en ascensor y llamó a la puerta de Yukiko. Pasó un buen rato y no obtuvo respuesta alguna. Cuando estaba a punto de volver, convencido de que ella había salido, la puerta se abrió de repente y apareció Yukiko vestida con un pijama encantador de fresitas.

—¡Si eres tú, detective!

Al ver su sonrisa despreocupada, Katayama pensó que aún no sabía nada.

—¿Qué ha sucedido? ¿Vuelve a haber alguien que intenta colarse aquí?

—No, no se trata de eso...

—Entra, por favor. Como hoy tengo clase por la tarde, he estado durmiendo hasta ahora. Tienes un aspecto espantoso. —Yukiko rio—. Pero confío en ti, así que

adelante.

—Solo será un momento.

—Anda, ¿has traído a *Holmes* contigo?

Katayama miró hacia abajo sorprendido y vio que *Holmes* estaba allí sentada en una perfecta compostura, mirándolo.

—¿Cuándo has aparecido aquí...? —A continuación entró en la habitación con la gata.

—Prepararé un poco de café.

—No, no hace falta.

—Tranquilo, que yo quiero tomarme uno. —Yukiko iba tarareando el quinto concierto de Brandenburgo de Beethoven al tiempo que colocaba la tetera en el fuego.

—¿No has oído nada? —dijo Katayama.

—¿Oír qué?

—El ruido de las sirenas de ahí fuera.

—Sí. Ahora que lo dices, las he oído y me estaban resultando bastante molestas, la verdad. ¿Ha sucedido algo? ¿Ha habido algún accidente en las obras?

—Han asesinado al profesor Morisaki —dijo mientras observaba fijamente a Yukiko, que sentada, se estaba peinando frente a un espejo vanitorio de tres hojas.

La mano que manejaba el cepillo se detuvo. En su rostro, que se iba girando lentamente hacia él, aún había una sonrisa.

—Estás bromeando, ¿verdad?

—No. Ojalá fuera una broma, pero es la verdad. Lo han encontrado muerto en aquel comedor que hay al lado de la obra.

Yukiko tiró el cepillo, se cubrió la cara con las manos y dijo con un hilo de voz:

—¡Le advertí que fuera con cuidado! ¡*Lo sabía!*

Katayama se incorporó parcialmente, sin ponerse completamente de pie.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Cómo que lo sabías? ¿Qué sabías exactamente? —Pero Yukiko no le respondió. Se había desmayado sobre la alfombra derrumbándose como un saco.

—¿Qué estabas haciendo?

Mitamura y el detective Hayashi lo miraron con desconfianza.

—Perdonadme, es que... —Katayama había ido corriendo en su busca hasta el despacho del decano. Mientras recobraba el aliento, les explicó que Yukiko Yoshidzuka se había desmayado y había caído redonda al suelo, que le pidió a la estudiante de la habitación de al lado que cuidara de ella, y que Yukiko había dicho aquel «lo sabía».

—Esa chica tiene que saber algo.

—Eso creo. Cuando recupere el conocimiento la interrogaremos.

—Bien —asintió Mitamura—. Emplearemos este despacho para hacer los interrogatorios.

—Sí, señor.

—No tardarán demasiado en traer a la persona que encontró el cadáver —dijo Hayashi con su bloc de notas en la mano.

Se oyó un ruido en la puerta y *Holmes* entró por su puertecilla.

—¿No es esa la gata de antes?

Holmes se dirigió hacia Katayama con celeridad sin mirar a Mitamura ni a Hayashi; y luego, con agilidad, se subió de un salto hasta el reposabrazos de la silla en la que se había sentado Katayama y se quedó tranquila bien pegada a él.

—Parece que le has caído bien. —Mitamura sonrió.

Katayama miró a *Holmes* con recelo. ¿Por qué no lo dejaba ni a sol ni a sombra? Alguien llamó a la puerta; apareció un joven detective.

—Traigo al señor Imai, él ha encontrado el cadáver.

—Hazlo pasar.

Era un hombre de unos cuarenta años. Parecía que tenía algo que ver con la obra, puesto que llevaba puesto un uniforme de obrero, unas botas altas y en la mano portaba un casco. Pese a ser de baja estatura, era de complexión física fuerte. Sobre el grueso cuello, tenía una cabeza cuya redondez se acentuaba pues llevaba el cabello rapado al uno o al dos. La expresión rígida de su rostro parecía denotar a una persona sumamente seria y diligente.

—Entonces, usted es Kōzō Imai —dijo el detective Hayashi—. El capataz de la obra de la *Constructora A*.

—Así es.

—¿Qué clase de trabajo realiza usted?

—En realidad no es un trabajo importante. Principalmente me encargo de gestionar un poco de todo: obtengo todo lo necesario para la obra, soluciono las quejas que puedan tener los vecinos...

—No crea, ese es un trabajo muy duro.

—Y que lo diga. Son todo preocupaciones.

Quizá porque Hayashi le estaba preguntando en qué consistía su trabajo, ese hombre llamado Imai pareció sentirse bastante más cómodo y se sentó de un modo más relajado en la silla. Hayashi era famoso por su don para relajar a los sospechosos que pudieran estar nerviosos, para después hacerlos cantar.

—Entonces, hoy sobre las seis y diez de la mañana, ha encontrado usted al decano Morisaki muerto en ese comedor, ¿es así?

—Sí.

—Se presenta usted en la obra muy temprano.

—No siempre llego tan pronto. —Imai rio un poco—. Suelo llegar sobre las ocho y media.

—¿Y por qué razón ha venido hoy tan temprano?

—Porque ayer, la policía me informó de que habían robado las mesas y las banquetas de ese comedor. El caso es que debía encontrar alguna solución antes del mediodía, así que quería ir a ver cuál era el panorama antes de que llegaran todos los obreros. Y claro, como vivo bastante cerca de aquí, después de desayunar vine tranquilamente a ver qué tal.

—Entiendo.

—Sin embargo, cuando intenté entrar en el comedor, la puerta no se abría. Como tengo la llave, intenté abrirla, pero además de la cerradura, estaba echado el pestillo desde dentro. Miré por las ventanas convencido de que algún vagabundo se habría metido dentro. Fue entonces cuando vi al fondo de todo aquel hombre en el suelo...

—¿Conocía usted al señor Morisaki?

—Lo había visto varias veces.

—Entonces, ¿supo enseguida que el hombre del suelo era él?

—No. Como ya saben ustedes, dado que no hay ninguna ventana en la pared que había a su lado, estaba un poco oscuro. Al principio pensé que era un vagabundo que se había quedado dormido dentro. No obstante, cuando lo miré con más atención, me pareció que la ropa que llevaba era demasiado buena. Pensé que aquello no era normal e intenté abrir empujando la puerta, pero el pestillo estaba muy duro y no se movió ni un pelo. Tras eso me di por vencido y fui a llamar al guarda de la universidad.

—El guarda se llama Ishigaki, ¿verdad? —preguntó Hayashi mirando su bloc de notas.

—Exacto. Durante las obras nos es de gran ayuda, así que he ido varias veces a verlo a su puesto y dado que nos llevamos bastante bien, también hemos ido de copas juntos algunas veces.

—¿Y qué sucedió a continuación?

—Fui a la sala del guarda, desperté a Ishigaki, que estaba durmiendo, y nos dirigimos hacia el comedor. Ishigaki llevaba una llave inglesa enorme. Entre los dos intentamos abrir la puerta insistentemente, pero no hubo manera. Entonces, tuvimos que reventarla a empujones. —Mientras el capataz sonreía irónico algo decepcionado, se pasó la mano por los hombros—. En las películas uno ve que con solo darle un par de empujones, las puertas se abren enseguida; pero en realidad, eso no pasa. Ambos nos fuimos turnando para darle empujones. Después de darle tantos golpes que ya pensábamos que nos íbamos a dislocar el hombro, el pestillo del cerrojo finalmente empezó a ceder. Tras un descanso, los dos le dimos una patada a la vez y por fin se abrió del todo con el impacto. Tras aquello, entramos dentro... Y al darnos cuenta de que ese hombre estaba muerto, llamamos a la policía.

—¿Cuál de los dos se quedó con el cadáver?

—Yo... La verdad es que fue muy desagradable...

Hayashi asintió muy lentamente y tras provocar una larga pausa prosiguió:

—Cambiemos de tema. Quiero que piense usted detenidamente antes de

responderme la pregunta siguiente.

—Dígame.

—Cuando usted y el señor Ishigaki entraron en el comedor, ¿el interior del módulo estaba completamente vacío? ¿Aparte del cadáver del señor Morisaki, no había nada más?

—Yo también he estado pensando mucho en eso. A ese hombre lo han asesinado y eso significa que el asesino tendría que haber estado escondido ahí dentro. Sin embargo, cuanto más lo pienso, menos lógico lo veo. Por más que el interior del comedor estuviera un poco oscuro, es impensable que hubiera alguien ahí dentro y no nos diéramos cuenta —respondió Imai rascándose la cabeza.

—Y los dos corrieron enseguida hacia el cadáver de Morisaki.

—Sí.

—En ese caso, ¿si había alguien escondido detrás de la puerta, podría haber huido mientras ustedes estaban pendientes del cadáver?

—Eso es imposible. Recuerdo muy bien que cuando la puerta se abrió, llevaba tal fuerza que dio un sonoro portazo contra la pared.

—Entiendo... —Hayashi suspiró.

El superintendente Mitamura, que se había mantenido en silencio hasta ese momento escuchando la declaración, quiso intervenir:

—¿Cuál de los dos comprobó si estaba muerto?

—Ambos. Primero lo comprobé yo y después lo hizo Ishigaki.

—¿Cómo lo examinaron?

—Le tomamos el pulso y luego pusimos la mano sobre el corazón.

—Y cuando el vigilante de seguridad vio el cadáver, ¿supo quién era la víctima?

—Sí. Gritó: «¡Es el señor Morisaki! ¡Es nuestro decano!».

—Y a continuación el guarda de seguridad volvió a su puesto para llamar a la policía.

—Sí. Decidimos que uno de los dos tenía que quedarse con el cadáver, fui yo quien se quedó con él.

Mitamura asintió. Hayashi siguió preguntando.

—¿Y no se separó del cadáver en ningún momento hasta que llegaron los coches patrulla?

—Sí... Salí fuera un momento. Estaba deseando que la policía llegara cuanto antes.

—¿Se alejó mucho del comedor?

—No, yo jamás haría eso —negó Imai con rotundidad.

—Mientras tanto, ¿vio usted a alguien? ¿O quizá vio algo que le llamara la atención?

—Nada en especial.

—¿De veras...?

—Disculpen, ¿les importa que sigamos con las obras?

—Ah, las obras... —Como si esperara algún tipo de instrucción, Hayashi miró a Mitamura. Este último cerró los ojos; parecía realmente agotado.

—Jefe.

—¿Sí? —La llamada de atención de Hayashi hizo que Mitamura abriera los ojos.

—¿Da usted su autorización para que sigan con las obras?

—Ah, es verdad... A ser posible, preferiría que no trabajaran durante el día de hoy. Así podremos investigar los alrededores.

—Como usted ordene.

En cuanto Imai salió, Mitamura se levantó lentamente de la silla.

—Disculpadme, pero estoy cansado y me duele la cabeza. Vuelvo a casa. Encargaos de todo.

—Sí. ¿Estará usted bien?

—Sí, no es nada. Estaré en casa; si surgiera algún problema quiero que me llaméis. —Ante la preocupación de Hayashi, Mitamura asintió para tranquilizarlo.

—Entendido.

Mitamura había perdido todo aquel empuje propio de él y viéndolo de espaldas, parecía que hubiera envejecido de golpe.

—Esto ha sido un golpe muy duro para el jefe —le dijo Katayama a Hayashi cuando Mitamura ya se había marchado.

—Sí. Y que lo digas... Se diría que él y la víctima eran amigos íntimos —dijo Hayashi en una especie de susurro—. En fin, el siguiente es Ishigaki, el guarda de seguridad que ha mencionado en el interrogatorio. Escucha con mucha atención para comprobar si existe alguna contradicción entre sus testimonios.

2

Katayama empujó la puerta con suavidad. Bajo la resplandeciente luz del sol, la suciedad que había en el comedor saltaba a la vista. Los forenses de la científica ya se habían marchado y en ese momento tan solo había un oficial de policía frente a la puerta.

—Disculpe...

—No se preocupe, viene conmigo —le respondió Katayama al agente, que se había quedado a cuadros. *Holmes* venía con él.

El testimonio de Ishigaki, el guarda de seguridad, coincidía en todo con el del capataz de la obra. En consecuencia, con toda certeza, era imposible que el asesino estuviera escondido ahí dentro. Sin embargo, aunque aún no se tuvieran los resultados de la autopsia, no había confusión posible: la causa de la muerte había sido el golpe que alguien le había propinado con un objeto contundente. Ahora había que aclarar cómo había salido de allí el asesino.

El superintendente Mitamura desconocía un detalle; pero aunque lo hubiera

sabido, le habría dado lo mismo: Katayama era un gran aficionado a la novela de misterio. Le gustaban las novelas centradas en la resolución del asesinato en sí. En ese género siempre aparecían detectives célebres que desplegaban famosas deducciones y solucionaban problemas, aparentemente de imposible solución, como si de una larga cadena se tratara. Es decir, que le apasionaban las novelas que eran como puzzles.

Las novelas con detectives corrientes que pateaban la calle hasta la saciedad y de improviso se topaban con una pista no le agradaban. Seguramente porque se parecían demasiado a sí mismo.

En todo caso, en el mundo real, no aparecían célebres detectives que se topaban por casualidad con misterios y que se ofrecieran voluntarios para resolverlos. Los casos del mundo real eran sucesos tan tangibles que daban auténtico asco, la genteapestaba y no había lugar para la imaginación de un romántico como él.

No obstante, en esta ocasión, Katayama temblaba de emoción. ¡Aquello era un crimen en una habitación cerrada! Era un misterio de verdad, un misterio encerrado en otro misterio. Y él tenía la oportunidad de resolverlo, se imaginaba a sí mismo como un célebre detective.

Como todo buen amante de la novela de intriga, tenía todo un arsenal de teorías para explicar el misterio de la habitación cerrada. Por ejemplo, lo de aquel pestillo.

—¿Sabes una cosa? —le dijo Katayama a *Holmes*—. Existe un modo de echar el pestillo de la puerta desde fuera. Por ejemplo, puede hacerse con un hilo y un gancho. Además, también se puede mover el pestillo desde el exterior con un imán potente, y de muchas otras formas... Pero este cerrojo ha quedado destrozado... —le iba diciendo Katayama mientras examinaba el pestillo del cerrojo reventado.

El cerrojo era del modelo que se tenía que colocar el pestillo en posición horizontal en un movimiento circular para cerrar, pero estaba muy oxidado y horrorosamente duro. Uno no podía abrirlo a menos que aplicara bastante fuerza. Con algo así, resultaba imposible manipularlo con hilos, ganchos o imanes.

—En ese caso, supongo que realmente estaba cerrada desde dentro... Espera un momento.

Katayama examinó las bisagras de la puerta. Existía un modo de hacerlo sin tocar la cerradura: consistía en quitar las bisagras, tomar la puerta directamente y luego volverla a dejar tal como estaba. Pero eso también era imposible. Como suponía, los tomillos que mantenían sujetas las bisagras estaban oxidados y no bailaban. Es más, las cabezas de los tomillos tampoco evidenciaban que los hubieran estado manipulando recientemente.

—En ese caso, ¿fueron las ventanas?

El comedor era rectangular, de unos diez por veinte metros. Las paredes largas estaban de cara a la residencia de estudiantes y a la obra, respectivamente, y la puerta estaba en la pared del lado que daba a la obra. También había tres ventanas: dos en una de las paredes largas y la tercera en una de las paredes cortas. La pared corta

restante no tenía ninguna. El cuerpo de Morisaki había sido encontrado junto a la pared corta sin ventanas.

Katayama examinó con detenimiento las tres ventanas una a una. Tal como había puntualizado Mitamura, las alambreras que había al otro lado del cristal estaban bien sujetas. Las ventanas en sí estaban equipadas con un trabador de ventanas correderas de perno largo a la vieja usanza, pero a la ventana de la pared corta se le había quitado ese cierre. Aun así, las marcas que veía no parecían fruto de un cambio reciente. Las alambreras eran como mosquiteras: finas, poco resistentes y con un entramado fino sin grandes aberturas. Así que se podían romper con facilidad y en realidad, había dos o tres puntos quebrados en las zonas donde se habían puesto los tomillos para fijarlas.

Los boquetes de las zonas quebradas tendrían a lo sumo diez centímetros y aquella no era ni mucho menos la anchura suficiente para que alguien pudiera pasar a través de ellos.

—¿Y si quitó las alambreras por completo y luego las volvió a colocar?

Aparentemente *Holmes* no estaba muy interesada en las teorías de Katayama. Posó su pata delantera en el marco de la ventana y miraba insistentemente algo que había en el exterior.

Las elucubraciones de Katayama no llegaron muy lejos. Salió del comedor y estuvo examinando los tomillos con los que se habían fijado las alambreras por la pared exterior, pero no había indicios de que ninguna de ellas hubiera sido quitada y vuelta a colocar *a posteriori*. Y por más maña que se pusiera en ello, resultaba imposible hacerlo *sin dejar* rastro.

—A ver... ¿Cómo lo hizo? —se dijo Katayama suspirando.

¿No habría allí alguna sección en el techo o en las paredes exteriores por la que se pudiera salir? Aunque claro, por más que aquello fuera un módulo prefabricado, las placas de las paredes y del techo estaban férreamente unidas con pernos y no habría forma humana de separarlas.

Al final pensó que quizá había salido por el suelo, pero el terreno sobre el que estaba colocado el comedor era extremadamente sólido; quizá por ese motivo, el módulo en sí no estaba fijado al terreno, sino que simplemente lo habían dejado ahí asentado. Eso significaba que entre el suelo del comedor y tierra firme no había margen suficiente como para que alguien se colara por debajo. Por si acaso, volvió a entrar y comprobó de nuevo el suelo del módulo, pero no había ninguna evidencia de que se hubieran quitado las placas.

—Tendré que darme por vencido.

—Oye, ¿qué estás haciendo? —Hayashi estaba un poco extrañado de verlo allí.

—Hola, Hayashi. Estaba dándole vueltas a cómo pudo salir de aquí el asesino. — Y entonces Katayama le explicó paso a paso el resultado de sus pesquisas.

—Y al final sigues sin saberlo —dijo Hayashi acariciándose la barbilla.

—Exacto.

—Bueno, como hemos ordenado que no se vuelva a utilizar este comedor, volveré a pedirle a los de la científica que le den un buen repaso en profundidad. Hasta entonces, nos centraremos en el móvil del crimen. ¿Te importa examinar el piso de la víctima?

—De acuerdo, lo haré. ¿Qué hará usted?

—Por lo visto, el rector ha estado gritando como un poseso que quería ver de inmediato al responsable de esta investigación. Qué se le va a hacer, tengo que ir para darle cuatro caramelos y un par de palmaditas en la espalda.

Rememoró la cara enrojecida y desagradable del hombre que irrumpió gritando como un loco cuando él y Morisaki estaban reunidos. Desde luego, examinar la habitación era más grato.

—En fin, me han ordenado que examine tu casa. No te lo tomes a mal. —Cuando Katayama le dijo a *Holmes* aquello mientras empezaba a andar, la gata entonó un maullido corto como si estuviera dando su aprobación y se diría que estaba esperando aquello hace rato, porque se adelantó con garbo hacia la residencia de los docentes. Katayama se quedó mirándola boquiabierto.

«¿Esa gata... *realmente* entenderá lo que le digo?».

Nada más entrar en el magnífico edificio de tres pisos de la residencia de los docentes, Katayama siguió a *Holmes* corriendo sin aliento, porque la gata iba subiendo las escaleras a brinco limpio delante de él.

Cuando Katayama encontró la puerta con el letrero que rezaba «Morisaki» y sacó la llave que le había dado Hayashi, *Holmes* se plantó delante de la puerta y maulló bien alto. Katayama puso los ojos como platos. El pomo de la puerta giró solo y la puerta se abrió sin apenas hacer ruido. Tras abrirla del todo, encontró a Yukiko al otro lado de la puerta.

—*Holmes*, bienvenida a casa. Hola detective, ¿vienes con ella?

Katayama respiró tranquilo. Por un segundo pensaba que la gata tenía poderes mágicos.

—Adelante, pasa, por favor.

—Gracias. —Y mientras entraba—. ¿Ya te encuentras bien?

—Sí, gracias. Perdóname por darte una imagen tan lamentable.

—No te preocupes...

Katayama echó un vistazo al apartamento. Era un lugar digno de Morisaki. Tenía una disposición muy elegante que parecía haber transferido a la perfección el ambiente profundo que había en el despacho del decano.

Ahí había una gruesísima alfombra de color gris oscuro, una vitrina que parecía una antigüedad de museo, estanterías con libros y un sillón de aspecto regio que tenía esculpidas hasta cada una de sus patas... Si además de todo aquello hubiera una chimenea de mármol, no le habría extrañado que le dijeran que estaba en el castillo de una familia nobiliaria británica.

—Por cierto, me gustaría preguntarte algo. ¿Cómo has entrado aquí?

—Tengo la llave.

—¿La llave? ¿La de este piso?

—Sí.

Incluso alguien tan bien pensado como Katayama podía hacerse una idea de lo que sugería esa respuesta. Pero aun así, no pudo reprimir la siguiente pregunta:

—¿Pero tú... qué clase de relación tenías con el profesor Morisaki?

—Éramos novios —respondió Yukiko al instante—. Llevábamos un año más o menos.

—Así que erais... novios.

Katayama se sentó en una silla procurando, en la medida de lo posible, esforzarse para no dar una imagen de desconcierto. Estuvo a punto de preguntar qué clase de novios eran, pero frenó ese pensamiento. Ella ya no era una estudiante de secundaria y estaba clarísimo que lo suyo no debía ser un amor platónico inocente.

Katayama se devanaba los sesos pensando en qué debía decir o cómo debía decirlo sin poder encontrar ninguna solución factible. Yukiko dijo con recelo:

—Pese a tener esa relación con él, te debe resultar extraño que no derrame ni una lágrima.

—Sí... más o menos...

—Naturalmente, eso no significa que no esté apenada. Pero dime, lo han asesinado, ¿verdad? Si hubiera muerto por una enfermedad o por un accidente, es posible que me hubiera pasado días y días llorándole sin parar. Pero si su muerte ha sido obra de otra persona, lo primero que quiero es hacerle pagar al responsable lo que ha hecho. Y tras eso, ya lo lloraré con tranquilidad.

—Te entiendo, no te juzgaré.

—¿Sabes que le agradabas muchísimo?

—¿Yo? Imposible.

—Es la verdad. Y su amigo de la Comisaría Central... Creo que se llamaba Tamura...

—¿Te refieres al señor Mitamura?

—Exacto. Mitamura le contó a Morisaki que estabas soltero y él estuvo sugiriéndome con insistencia que saliera contigo.

—¿Es que... el señor Morisaki... no te amaba?

—Sí, pero él no tenía ninguna intención de casarse.

La conversación había tomado unos derroteros que sobrepasaban la capacidad de comprensión de Katayama. Después de lo dicho por Yukiko, era imposible mantener la buena impresión que le había dejado Morisaki.

—Tengo que ponerme a trabajar. —Katayama se puso en pie, ya recobrado—. Lo siento por ti y por Morisaki, pero tengo que examinar los papeles y los objetos personales del decano.

—Tranquilo, es normal que lo hagas.

—En primer lugar...

—¿Y si empiezas por el dormitorio? Dejaba la correspondencia personal y esa clase de cosas en la mesa que hay allí.

—Sí, empezaré por ahí.

—Sígueme.

Yukiko abrió la puerta que había al fondo del corto pasillo que salía de la sala de estar. Más de la mitad de la habitación la ocupaba una cama doble grande. Había también una mesa pequeña, librerías empotradas en las paredes y vitrinas. Incluso alguien como Katayama supo darse cuenta en seguida de que ninguno de esos muebles había sido fabricado en serie.

—Adelante, investiga lo que quieras con toda tranquilidad.

Holmes se enroscó a los pies de Yukiko y entonó un fino maullido.

—Claro. *Holmes*, debes tener hambre. Perdóname. Ahora te pongo la comida.

Katayama suspiró en cuanto Yukiko y *Holmes* se marcharon. No entendía a las jóvenes de hoy en día. ¿Qué se supone que era para ellas amar a alguien? Entonces cayó en la cuenta de que su hermana Harumi no tenía una edad tan distinta a la de Yukiko y se quedó pensativo.

Katayama investigó la habitación sin dejar de pensar en ambas mujeres.

Cuando ya llevaba treinta minutos examinándola y estaba a punto de terminar, Katayama recordó de improviso que debía preguntarle una cosa a Yukiko. Cuando ella se enteró de la muerte de Morisaki gritó «lo sabía» justo antes de desmayarse. Katayama estaba tan pendiente de tantas cosas a la vez, que se había olvidado de ese detalle.

Cuando regresó a la sala de estar, no vio a Yukiko por ninguna parte. *Holmes* estaba lavándose la cara cuidadosamente delante de un plato vacío que había relamido hasta dejarlo tan limpio como una patena.

Por supuesto, lo que estaba haciendo era lamerse primero la pata delantera para luego pasarse esa misma pata por la cara; no es que estuviera lavándose la cara haciendo uso de una cubeta con agua.

—¿Se ha marchado? —Katayama se encogió de hombros—. Qué remedio, ya iré a preguntárselo luego...

A continuación se concentró en investigar las habitaciones restantes. Y es que, pese a vivir solo, la víctima ocupaba un piso de tres habitaciones, y allí, había un sinnúmero de armarios, librerías y un buen puñado de cajones de todo tipo que registrar. Cuando iba por la mitad ya estaba hasta las mismísimas narices.

A decir verdad, tendría que sacar uno por uno todos los libros de las librerías e inspeccionarlos, pero hacer eso le tomaría un día entero, así que decidió dejarlo para otro momento. Seguramente la Comisaría Central volvería a enviar a varios detectives para hacer un registro exhaustivo. Por lo tanto únicamente examinó las estanterías y los cajones.

Cuando ya faltaba poco para que cayera la tarde, su registro preliminar ya estaba casi concluido y no había encontrado ni una sola pista.

—Cerraré el piso y lo dejaré por hoy.

Ahora que caía, tendría que haberle pedido a Yukiko que le entregara su copia de la llave. Era importante que nadie más entrara en este piso. Además, había que custodiarlo hasta que se recuperaran los objetos personales que había dejado el difunto, empezando por todos esos muebles. Luego comprobaría si había alguna otra llave de repuesto en la sala del conserje.

Fuera como fuera, Katayama estaba alucinado con lo forrado que llegaba a estar un profesor universitario. Tenía unos veinte trajes distintos y cerca de cien corbatas. Y ninguna era ni de lejos como la suya, un modelo de las rebajas que le costó 800 yenes. ¿Cuánto debía ganar aquel hombre?

—Me voy ya. *Holmes*, ¿qué vas a hacer tú?

La gata lo miró fijamente a los ojos dándole a entender que quería que él la siguiera y se fue hacia el estudio trotando con pasitos cortos.

—¿Qué quieres?

Katayama intuyó algo en el comportamiento de la gata y la siguió hasta esa habitación. No era una estancia amplia. Sobre un espacio con unos diez metros cuadrados de amplitud, había una alfombra persa en el suelo y un pesadísimo escritorio de madera maciza al fondo que parecía haber brotado de ese mismo lugar. Aparte de eso había, de nuevo, libros, libros y más libros... Las paredes estaban completamente cubiertas por librerías con volúmenes apretujados. El mero hecho de pasear la vista sobre los lomos de los libros le dio dolor de cabeza. *Holmes* se sentó frente a una de las librerías y se quedó mirando fijamente esa librería.

—¿Es que aquí hay escondida un poco de *Matatabi*^[19]?

Holmes se estiró, se encogió y de repente dio un gran salto en el aire para subirse con agilidad al pequeño saliente de una de las estanterías de la librería. Estaba en una forma excepcional. Katayama nunca había tenido confianza en su psicomotricidad y se la quedó mirando asombrado. Pero por lo visto *Holmes* no había hecho nada de eso para presumir de sus habilidades. Puso la pata delantera insistentemente sobre el grueso lomo de un volumen con documentación diversa que había entre aquel mar de libros y maulló mirando a Katayama.

—¿Cómo? ¿Quieres que saque este libro?

En cuanto Katayama estiró el brazo para tomar el volumen, *Holmes* saltó con agilidad hacia el suelo. El detective sacó el libro y lo hojeó. Supo que eso era una monografía sobre Shakespeare porque vio el retrato del famoso dramaturgo, no porque entendiera el inglés.

De entre sus páginas, cayó un pedazo de papel. Lo recogió, y nada más echarle el ojo distraídamente, no pudo evitar levantar la voz.

—¡Pero si es una nota amenazadora! —gritó.

«Te lo advierto: no sigas husmeando. Si no me haces caso...».

Era una nota elaborada con letras recortadas de periódicos.

Con una expresión de estupor en la cara y sintiéndose como si estuviera

observando a un extraterrestre, Katayama miró desde arriba a *Holmes*, que a su vez lo miraba a él desde abajo.

—Espera. ¿De verdad eres solo una gata? ¡Me has hecho un favor inmenso!

Katayama tenía un defecto: cada vez que concentraba toda su atención en alguna cuestión, se despistaba y se olvidaba de todo lo demás. Al estar con la nota amenazadora que había recogido del suelo en la mano derecha y estar señalando a *Holmes* con la izquierda, se olvidó de que había dejado los gruesos volúmenes de documentación en un equilibrio precario y todos ellos cayeron a sus pies al perder su punto de apoyo. *Holmes* se comportó como lo haría una dama que finge no haber visto una situación bochornosa. Abrazó sus patitas traseras con las delanteras arqueando su cuerpo. Salió rápidamente de la habitación maullando, dando botes como un canguro aquí y allá con una sola pata, y dejó solo en el piso al detective.

—¿Una nota amenazadora? —preguntó Hayashi—. Esto es una bomba. Bien hecho, muchacho.

—Esto... No he sido yo quien la ha encontrado.

—Muy bien, pásaselo a los de la científica para que le den un repaso —le ordenó Hayashi sin prestar atención a lo que Katayama acababa de decir entre dientes.

—Hayashi, ¿cómo le ha ido?

—He tenido que escuchar a ese pez gordo de la universidad. —Hayashi parecía estar de muy mal humor—. ¡Qué pesado! ¡Me ha dejado agotado! Y para colmo, todo ha sido una perorata errática que no había ni por dónde agarrarla.

—¿Qué haremos a partir de ahora?

—Tendremos que interrogar a los que viven en la residencia de los docentes. Y a las estudiantes de la residencia, también.

—¿A las estudiantes? ¿Por qué?

—Hombre, piénsalo bien. El lugar de los hechos se ve claramente desde las ventanas de la residencia de estudiantes. Es posible que alguna chica haya visto algo.

—¿Y tenemos que ir a preguntándolas una por una?

Para la sorpresa de Katayama, Hayashi respondió:

—¿En realidad estás deseando ir al cuarto de cada una de las chicas, eh? —Hayashi sonrió con sarcasmo—. Pero no tenemos tiempo para eso, así que mañana las reuniremos a todas y les pediremos que si alguna ha visto algo extraño se presente y nos dé su testimonio. —El hombre miró su reloj de pulsera—. ¡¿Ya son las siete?!
Habían perdido la noción del tiempo encerrados en el despacho del decano.

—El resto lo dejaremos para mañana. —Hayashi se levantó de la silla—. ¿Y tú qué piensas hacer con tu *acompañante*?

Apurado, Katayama miró desde arriba a *Holmes*, que estaba en el suelo. Lo había estado siguiendo todo el rato, bien pegadita a él.

—Yo me encargo de la novia en cuestión.

—¿Qué novia? Qué rápido eres con las mujeres, Romeo.

—¡Se equivoca! —negó alterado—. Hablo de la novia del profesor Morisaki.

—¿La chica que se ha desmayado? Si la chica dijo «lo sabía», era porque conocía la existencia de esa nota amenazadora, ¿no crees?

—Es posible, pero aún no la he interrogado acerca de eso...

—De acuerdo, dejaré que te encargues de ella. Seguiremos con el resto mañana. Es posible que entonces tengamos los resultados de la autopsia de la víctima.

Con *Holmes* junto a él, Katayama fue a la habitación de Yukiko en la residencia de estudiantes, pero ella no estaba. Al preguntarle a la estudiante de la habitación de al lado, se enteró de que Yukiko había ido a dar un paseo.

Al fin y al cabo había perdido a su novio. Por mucho que fuera una chica moderna, se imaginó que querría sumergirse en su propio dolor por un tiempo.

No obstante, el problema más inmediato de Katayama era qué hacer con *Holmes*. Pasó por la sala donde solía estar el viejo Komine pero el hombre volvía a estar borracho como una cuba.

—Él era un buen hombre. Yo creía que todos los profesores eran unos tipos mediocres, pero Morisaki era distinto. Tú también lo crees, ¿verdad? —le iba diciendo. Tras insistirle varias veces para que bebiera con él, al final dijo—: En este lugar no se pueden tener ni perros, ni gatos. —Terco, rechazaba la petición de Katayama.

—Pero podría hacerle un hueco por ahí —le pidió de nuevo.

—¿Qué quiere, que me despidan? —respondió el administrador. Este se había puesto de pie bruscamente y Katayama huyó antes de que lo volviera a perseguir con el bate de béisbol en mano.

Menudo problema.

Katayama miró a *Holmes* desde arriba.

—Ya que eres tan inteligente, ¿por qué no piensas en un algún lugar a donde ir?

—Miau.

Como si hubiera estado esperando aquello, se subió encima de los hombros de Katayama de un salto.

—¡Eh, para! ¡Ni hablar! ¡No puede ser, a mi casa no puedes ir *bajo ningún* concepto!

—¿Qué haces con esa gata?

Harumi miraba con los ojos muy abiertos la gata calicó que su hermano tenía posada sobre sus hombros.

—Es que... Un conocido...

Holmes levantó la cara, miró a la joven y acto seguido se posó en el suelo de un salto desde el cuello de Katayama y enroscó su cuerpo alrededor de los pies de Harumi.

—¡Pero qué preciosa es! ¡Hermanito, mira! ¡Le encanta que la acaricien en la cabeza!

Holmes tenía los ojos muy cerrados y había puesto su cabecita en posición horizontal para permitirle que le rascara la barbilla.

—¿Lo ves? ¡Si ronronea y todo!

Harumi estaba loca de alegría. Katayama le explicó la historia de *Holmes*.

—¡Qué horror! Pobrecita, eso significa que la pobre se ha quedado sin casa... Por favor, hermanito, ¿nos la podemos quedar?

Holmes maulló como si le estuviera llamando la atención a Katayama.

—Pero nuestro administrador no dará su consentimiento.

—Si se lo pido yo, no habrá problema —afirmó su hermana repleta de confianza en sí misma. Seguramente *Holmes* pensó que ya estaba solucionado, porque se metió en la zona interior del piso con rapidez y se enroscó sobre un cojín.

Cuando Harumi empezó a preparar la cena en la cocina, Katayama se dirigió a *Holmes*:

—Qué bien, le has gustado a Harumi.

Holmes abrió un poco los ojos, lanzó una mirada inexpresiva a Katayama de reojo y luego volvió a cerrarlos. Si ella fuera una chica en lugar de una gata, hubiera jurado que le había guiñado el ojo. En serio, ese bicho era realmente extraño. Katayama sonrió con ironía.

Kazumi Sasaki estaba de muy mal humor. Y encima, cuando intentó quitarse las piedrecillas que tenía debajo de los pies, se le habían rayado los tacones de los zapatos que acababa de comprar. Para ella, aquello era como echar limón sobre una herida abierta.

Cuando miró el reloj de pulsera, comprobó que eran poco más de las once. La puerta de atrás del campus, cercana a la residencia de estudiantes, ya estaba cerrada, de modo que tendría que dar un gran rodeo por la periferia del campus para entrar por la puerta principal del mismo.

—Cuando a una la abandona la suerte, la abandona, pero bien —murmuraba Kazumi entre dientes.

Su novio, un periodista *freelance*, había regresado después de pasarse un mes de viaje por trabajo y se fue a verlo con gran alegría. No obstante, lo encontró rodeado de modelos y él no se molestó siquiera en mirarla. Al final acabaron discutiendo y se volvió a la residencia.

Y tampoco es que Kazumi fuera especialmente rígida o inflexible. Lo cierto es que en el caso del fotógrafo, la primera vez que lo vio fue en un bar y se acostaron juntos esa misma noche. Pero cuando él se ausentaba, no se acostaba con otros hombres. Si se le hubiera ocurrido hacerlo, nada se lo habría impedido, puesto que era una chica con muchos encantos. Además, había oído que en la residencia algunas

chicas hacían un *trabajo* en el que se podían conocer hombres. Pero Kazumi pasó de los rumores y decidió esperar a su regreso. Así que esa noche había ido en su busca decidida a sumergirse en sus caricias... O al menos ese era el plan...

«Qué palo. No te cortes y salta por encima de la puerta de atrás», pensó Kazumi.

De pronto se detuvo. Había oído pasos a su espalda. Se dio la vuelta y vio que allí había un hombre de mediana edad con un abrigo, que iba caminando sin prisas. Al ver que él no se sobresaltó cuando ella se dio la vuelta, le dio la impresión de que no la estaba siguiendo. Aceleró el paso y llegó hasta la verja de la puerta de atrás. Sin embargo, tendría que estar como una cabra para saltar la verja delante de aquel hombre del abrigo, de modo que no tuvo más remedio que quedarse en pie al lado de la misma a la espera de que este pasara de largo.

El hombre del abrigo se aproximó a Kazumi y la saludó. Ella respondió manteniendo la guardia bien alta.

—¿Estudias aquí?

Al tratarse de un hombre de facciones apacibles, Kazumi tuvo una buena impresión de él. Era un caballero que iba con un abrigo de marca y tenía una compostura perfecta.

—Sí, así es —asintió un poco más tranquila.

—Perdona... ¿tú eres una de *esas*? —preguntó tímidamente el hombre.

—¿Cómo?

—Ya sabes, si haces... ese tipo de trabajo.

Kazumi lo entendió en sus adentros. Ese hombre era un cliente de *ese trabajo* en cuestión. No tenía ni idea de quién era, pero dado que estaba esperando allí, esa era la explicación más plausible. Kazumi sintió un poco de curiosidad y miró de arriba abajo cómo era un hombre dispuesto a pagar por una mujer. Pero el hombre observaba a Kazumi con una mirada honesta, quizá inocente, en la que ella no percibía la más mínima lascivia.

—Lo siento, pensé que quizá era demasiado pronto... He hecho mal en preguntar.

Al parecer el hombre creyó que Kazumi se había enfadado, así que quiso explicarse. De improviso, a Kazumi le apeteció ir a divertirse con él. No parecía un mal tipo. Seguramente eso se debía al despecho y a que su cuerpo aún guardaba en su interior su deseo insatisfecho de estar con un hombre.

—Para nada, no tiene importancia —dijo ella.

El hombre sonrió, aparentemente más aliviado. Era una sonrisa afable.

—¿Tomamos un taxi? —propuso el hombre.

Kazumi dudó por un segundo. De repente recordó a Yumiko Kurihara, que había sido asesinada recientemente. Tenía entendido que a ella la asesinaron justamente cuando estaba haciendo *ese trabajo*. Kazumi miró de nuevo al hombre. «A mí no me parece que sea un perverso», se dijo.

—Me da pereza alejarme demasiado —dijo Kazumi—. Ven a mi cuarto.

Pensó que en la residencia estaría segura. El hombre se sobresaltó un poco.

—¿Aquí? ¿No será peligroso?

—Todo irá bien. Si entramos sin hacer ruido, nadie se enterará.

—Pero el administrador...

—Ese abuelo siempre está dormido como un tronco, así que no habrá problema.

Eso sí, tendremos que saltar esta verja. ¿Podrás hacerlo?

—Sí, seguramente —dijo él tras mirar la verja.

—Entonces sígueme.

Kazumi se quitó los zapatos de tacón, los lanzó hacia adentro a través de los barrotes de la verja, y se subió a ella agarrándose a esos mismos barrotes. No era muy alta, así que todas las chicas la saltaban a menudo para entrar y salir.

Tras posarse en el suelo con ligereza, llamó al hombre. Sin quitarse el abrigo, este puso las manos en los barrotes de la verja. Ella se quedó con los ojos como platos cuando vio que ese hombre con un físico aparentemente tan normal, saltaba la verja en un suspiro y aterrizaba a los pies del lado interior de la verja sin hacer ruido.

—¡Es impresionante! ¿Practicaste algún deporte en especial en otros tiempos?

El hombre se limpió las manos en silencio. Kazumi se adelantó.

Echó la llave a la puerta, cerró bien las cortinas y miró al hombre. Era un poco extraño; no notaba en él ningún deseo de acostarse con una mujer.

—¿Quieres tomar algo?

—No.

—De acuerdo. ¿Puedes esperar un ratito a que yo acabe de tomarme una copa?

—No hay problema.

El hombre contempló en silencio cómo Kazumi sacaba una botella de güisqui del fondo de una librería y se llenaba un vaso.

—He cambiado de idea. Tomaré una copa.

—¿Sí? Mucho mejor.

Kazumi no resistía demasiado bien el alcohol. Cuando empezó a tener calor, ya estaba más que contentilla.

—¡Salud!

Después de brindar con el hombre, vació su segunda copa de un solo trago.

—Voy a desnudarme.

El hombre fue vaciando el vaso de güisqui en su gaznate con lentitud. Luego, se puso el vaso vacío a la altura de los ojos y se quedó mirando ese vaso vacío. A través del complejo dibujo de cristal tallado, pudo ver una figura de color carne con un temblor zigzagueante que se descomponía en multitud de formas distintas. Él iba mirando aquella imagen por capricho, como si aquello lo sedujera.

—Ya estoy lista.

Cuando dejó el vaso, ya tenía frente a él a Kazumi en pie, desnuda. Aquella no era una imagen deformada, allí había un cuerpo real. Los párpados del hombre temblaron.

Nada más ver que Kazumi se había dejado caer sobre la cama, el hombre metió

lentamente la mano derecha en el bolsillo del abrigo y agarró con fuerza algo que tenía allí guardado. Kazumi sonrió cuando él se fue acercando a la cama.

—¿No te desnudas?

—Colócate boca abajo.

—Como quieras.

Los movimientos del hombre fueron velocísimos. Al mismo tiempo que Kazumi se ponía a cuatro patas, él se lanzó sobre la cama, se montó a horcajadas sobre la espalda de ella, agarró su cabello largo con la mano izquierda y tiró de él. Cuando la cabeza de la joven quedó fuertemente inclinada hacia atrás, dejando bien expuesto su fino cuello, el cuchillo afilado de la mano derecha del hombre sesgó con toda certeza, tanto la garganta, como la vida de la joven.

3

El sábado por la mañana, Katayama acudió al trabajo muy disgustado. Y no era por culpa del caso, ni por culpa de lo de Harumi.

El origen de sus preocupaciones estaba sobre sus hombros mientras él se apresuraba en recorrer los pasillos de la Comisaría Central.

—Basta ya de tanta tontería. Por culpa tuya, he tenido que ir en taxi —protestaba Katayama ante una *Holmes* que se hacía la sueca. Si entraba con la gata calicó sobre los hombros, sería el hazmerreír de todos. Solo con pensarlo se desanimaba por momentos. Pero los ánimos en la comisaría no estaban para bobadas.

—¡Nos la ha vuelto a jugar! —le dijo a Katayama el detective a cargo de la investigación de la universitaria asesinada, mirándolo a la cara.

—¿Cómo? —Katayama estaba perplejo.

—¡Katayama! —La voz del superintendente Mitamura llegó hasta su posición.

—¡Enseguida voy! —Katayama fue corriendo hasta la mesa del jefe. Mitamura posó su mirada sobre *Holmes*.

—¿Qué es eso, tu compañero?

—No me deja ni a sol ni a sombra...

—Es igual. Sea como sea tenemos que ir a la universidad. Llévatela contigo. Anoche volvieron a asesinar a una alumna. Lo hicieron del mismo modo que sucedió con Yumiko Kurihara; la degollaron con un arma blanca muy afilada.

—¿Cuál es el lugar de los hechos?

—La habitación de la chica, en la residencia de estudiantes.

—¡¿En la residencia?! ¿Y nadie se dio cuenta de lo que pasaba?

—Eso parece. Una compañera de la habitación de al lado la ha encontrado esta mañana.

De repente, Katayama se quedó blanco; tenía miedo de que la víctima fuera Yukiko.

—¿Se sabe el nombre de la víctima?

—Sí. Era Kazumi Sasaki. ¿Qué te ocurre? Tienes muy mala cara.

—No, no se preocupe. ¿Tendrá esto algo que ver con el asesinato de Morisaki?

—No sabemos nada con certeza. Hace poco he podido ver aquella nota amenazadora; es posible que alguien relacionado con el asunto de la prostitución se la enviara. Pero resulta increíble que llegaran al extremo de asesinarlo... Además, el asesinato de la universitaria es, obviamente, obra de un perturbado. No creo que fuera la misma persona que asesinara a Morisaki.

—Entiendo.

—Los asesinatos de las universitarias los cubrirá una unidad especial de investigación que he creado. Al fin y al cabo, es posible que ese lunático cometa un tercer o cuarto acto criminal. Debemos encontrarlo cuanto antes. El asesinato de Morisaki lo dejo a tu cargo y al de Hayashi, así que seguid avanzando con vuestra investigación. Es posible que alguien le guardara rencor o que tuviera algún problema familiar.

—De acuerdo.

—No sabemos absolutamente nada de su familia. Tengo entendido que tenía un hermano pequeño.

—Lo investigaremos.

—Ya le he enviado los resultados de la autopsia a Hayashi.

Katayama se quedó tranquilo al comprobar que no había ni sombra de comparación con la imagen que Mitamura dio el día anterior. Estaba extremadamente activo con una vitalidad inusitada. Para el superintendente, *un crimen* era más efectivo que cualquier tipo de vitamina.

En contrapartida, esta vez era el detective Hayashi quien estaba de capa caída. Miró a Katayama y a *Holmes* con unos ojos enrojecidos por la falta de sueño, pero se levantó sin decir una palabra.

—Vamos —dijo su compañero a continuación.

Katayama y Hayashi, y también *Holmes*, se dirigieron a la universidad en un coche patrulla.

—¿Cuál ha sido el resultado de la autopsia?

—Este. —Hayashi se lo pasó a Katayama, y se quedó pegado a su asiento con los ojos cerrados. Ciertamente lo golpearon con mucha fuerza.

En el resultado de la autopsia no había nada inesperado. Las causas de la muerte fueron las fracturas en el cráneo y en la vértebra cervical. Aparte de eso, no tenía otras lesiones externas. O bien lo habían golpeado con un objeto contundente de forma plana, o bien lo habían lanzado contra una pared o contra el suelo con una fuerza desproporcionada. La hora aproximada de la muerte eran las tres de la madrugada.

Un objeto contundente plano... Al margen de cuál fuera el arma homicida, aún quedaba la duda de cómo consiguió el asesino desaparecer de aquel lugar. ¿Había

arrojado el cuerpo en el módulo tras matarlo? ¿O más bien había guardado ahí el cuerpo para después dejarlo en otro lugar? Y por último, ¿cómo había conseguido cerrar el pestillo por dentro?

Katayama salió por el jardín interior del Edificio Lectivo I y fue hacia el pabellón de deportes que había frente a él. A medida que se iba acercando a la entrada del pabellón, oía las voces gritonas de las universitarias, envueltas en un eco exagerado, que parecía salido de una de esas canciones que ahora estaban tan de moda. A lo mejor estaban jugando al voleibol, porque oía el ruido de los balones al rebotar mezclado con ese sonido. «Es fabuloso ser joven», pensó Katayama. Lo raro era que aquel era un pensamiento más propio de viejos que otra cosa.

Se habían producido dos asesinatos en la universidad y a uno de los cadáveres aún no se lo habían llevado del lugar de los hechos. Sin embargo, ellas estaban persiguiendo una pelota alborozadas como si allí no hubiera pasado nada.

Habían dejado la puerta abierta de par en par, así que Katayama decidió echar un vistazo al interior del pabellón y se quedó petrificado.

Del alto techo pendían dos cuerdas rematadas con unas anillas. Aquel era un aparato de anillas de gimnasia artística masculina; y aferrado a una de esas anillas, podía verse a un hombre fornido con toda la pinta de ser el profesor de educación física. Luego, en el amplio espacio que había en el pabellón, moviéndose como el péndulo de un reloj de pared, había unas veinte jóvenes de aspecto igualmente fornido que iban de extremo a extremo del pabellón, lanzando pelotas de voleibol directamente contra el profesor.

—¡Le he dado! ¡Le he dado!

Cada vez que una pelota lo golpeaba, surgían gritos de júbilo. Katayama pensó que a lo mejor era un deporte nuevo, pero rápidamente desechó la idea. El profesor que recibía balonazos sin cesar no paraba de gritar.

—¡Idiotas! ¡Basta! ¡Parad de una vez, diablos! —Estaba visiblemente enfurecido. Sin embargo, las universitarias no le hacían caso y le lanzaban más balonazos, una vez tras otra—. ¿Qué estáis haciendo? ¡Os voy a suspender a todas! ¡Os expulsaré! ¡Os expurgaré! ¡Os exportaré!^[20].

Parecía que el propio profesor no sabía qué hacer. Katayama pensó que si este tenía tanto interés en hacer que pararan, bastaba con soltar la anilla. Pero cuando lo sopesó mejor, se percató de que dada la virulencia con la que se iba balanceando, si se soltaba saldría volando cinco o seis metros.

Con calma, entró dentro y mientras seguía con la vista cómo el profesor se balanceaba de derecha a izquierda, y viceversa, de pronto, una pelota rebotada acertó a golpear a Katayama en toda la cabeza. Como era un balonazo bastante fuerte, el detective quedó con la cabeza entumecida y se cayó de espaldas.

Sorprendidas, las alumnas se percataron de su presencia y repentinamente se

callaron. Al mismo tiempo, el profesor también observó a Katayama y quizá a causa de los nervios, soltó la anilla sin pensar desencadenando algo terrible: y es que... al soltar la anilla en el punto más cercano a una de las paredes, debido al balanceo, su cuerpo salió despedido por los aires más de tres metros y se incrustó contra la pared de madera, dándose un buen golpe que lo hizo gritar de dolor.

El profesor de gimnasia se precipitó contra el suelo con un ruido sordo y se quedó *plano como un fideo* en el suelo.

Cuando Katayama se intentaba poner en pie sujetándose la cabeza que no paraba de retumbar, el profesor a su vez, rodeado de las universitarias, intentaba ponerse de pie agarrándose las lumbares.

—Profesor, ¿está usted bien?

—Perdónenos.

—¿Se ha hecho daño?

—¿No se ha roto ningún hueso?

—¿Tiene bien las vértebras de la columna?

—¿Y las vértebras del cuello?

Si se hubiera partido las vértebras del cuello, ya no estaría vivo.

Vista la furia con la que le lanzaban los balones, resultaba extraño que ahora estuvieran preocupadas por su profesor. Trataban de darle la vuelta a la tortilla.

Mientras Katayama se iba acercando con paso visiblemente tambaleante, el profesor les respondió a sus alumnas:

—Estoy bien, estoy bien. No me ha pasado nada. Chicas, a jugar al voleibol.

—¡Sí! —Las chicas se metieron obedientemente en la pista de voleibol y empezaron a colocar correctamente la red.

—Disculpe, me llamo Katayama, vengo de la Comisaría Central.

—Así que es un detective de la policía. Yo soy Tomita, el profesor de educación física. Encantado de conocerlo. Lamento que haya tenido que presenciar algo tan bochornoso.

—¿Qué rayos estaban haciendo?

—Nada en especial. Las chicas me habían suplicado que les mostrara cómo se hacía un ejercicio de anillas de gimnasia artística, y cuando me ha dado por hacerlo, las cosas han acabado yéndose de madre.

Tomita seguramente estaba sobre los cuarenta años. Era alto, con una complexión física que era pura fibra y su cabeza tenía un principio de alopecia en la zona frontal, pero llevaba un gran bigote que lo favorecía muchísimo.

—Ser profesor de educación física debe ser muy duro.

—En absoluto. —Tomita siguió hablando con Katayama mientras observaba cómo las universitarias empezaban a jugar al voleibol repletas de vitalidad—. Hay que tener en cuenta que se han producido incidentes desagradables últimamente. Todas las chicas estaban un poco tensas. Es muy positivo que puedan calmarse un poco y montar un poco de algarabía con un juego como ese.

Tomita mostró una sonrisa sarcástica mientras se frotaba la zona lumbar. Katayama miró al profesor con otros ojos. Seguro que era muy famoso entre las alumnas.

—Dígame, ¿qué lo ha traído hasta aquí, detective?

—Vengo por el asesinato del profesor Morisaki...

—Fue un incidente muy desagradable, la verdad —respondió Tomita con un tono de voz profundamente apenado. Ambos hombres se sentaron en un banco que había en una de las esquinas del pabellón de deportes—. Aunque un poco cínico, era un buen hombre, créame. Como docente también era un fuera de serie, y no era nada estirado.

—¿Usted también vive en la residencia de los docentes?

—Así es. En el 207 del segundo piso.

—¿Se llevaba usted bien con el señor Morisaki?

—Sí, bastante.

—¿Sabe si tenía enemigos?

—Era una persona con una personalidad muy fuerte y había gente que lo criticaba constantemente. Pero tanto como para querer matarlo...

—¿Sabe de alguien en particular?

—No sabría qué decirle...

—Entiendo. Dígame una cosa: ¿últimamente, el señor Morisaki mostró algún tipo de comportamiento que le hiciera pensar que estaba en peligro?

—No que yo me diera cuenta.

Una pelota llegó volando. Tomita la retuvo con habilidad y se la devolvió a las estudiantes.

—Esto es solo una pregunta rutinaria: ¿estuvo usted todo el tiempo en su cuarto la noche del asesinato?

—Sí, con mi mujer. Ahora bien, habíamos ido a ver a unos amigos y regresamos pasadas las nueve. Pero no volvimos a salir tras esa hora.

—El crimen se produjo sobre las tres de la madrugada. ¿Oyó usted algún ruido que le hiciera pensar que el señor Morisaki salía de su apartamento?

—No. Yo estaba completamente dormido, bastante bebido.

—Entiendo.

—Lamento no ser de utilidad. Caray, ¿pero esa no es *Holmes*?

La gata estaba sentada a su lado en el banco.

—Sí, no sé por qué, pero no para de seguirme.

—Supongo que querrá vengar la muerte de su amo.

—Disculpe que lo haya molestado.

—En absoluto, siempre será usted bienvenido. ¡Ah!, y otra cosa, detective.

—Dígame.

—Esto es solo una opinión personal, pero creo que no debería investigar únicamente a la gente de la universidad, creo que haría bien haciendo lo mismo con

su entorno familiar. Al fin y al cabo hay una gran herencia de por medio. Y ese es un móvil más que plausible.

—¿Tan adinerada es su familia?

Tomita estaba francamente sorprendido:

—¿Es que no lo sabe usted? Su padre era un famoso hombre de negocios y contando la fortuna que le dejó, junto con las propiedades inmobiliarias, hablamos de una fortuna que asciende a decenas de miles de millones.

¡Decenas de miles de millones! A Katayama por fin le pareció lógico lo lujoso que era el apartamento de Morisaki.

—Lo investigaremos a fondo. —Katayama lo anotó en su bloc de notas—. Adiós, disculpe las molestias.

—¡Cuidado!

Era imposible que Katayama no hubiera oído el grito de advertencia. Sin embargo, iba pensativo y no se le ocurrió que aquella advertencia iba dirigida a él cuando se encaminaba hacia la salida del pabellón.

Una alumna altísima y fortachona había lanzado un servicio con todas sus fuerzas que había sobrepasado el límite del campo, y este acertó *de lleno* a Katayama en toda la cabeza. El detective se quedó entumecido hasta el tuétano, vio las estrellas y acabó estampado contra el suelo de nuevo, boca arriba.

Katayama suspiró. Justo después de su segundo KO y aún grogui perdido, era increíble que tuviera que encontrarse con un tipo como aquel. Ni más ni menos que Ōnaka, el individuo con miedo a las alturas que estuvo acosando a Yukiko. El profesor estaba sentado en una silla delante de Katayama con cara de asco.

—¿Y ahora qué quiere? Estoy ocupado, así que haga el favor de acabar rapidito.

Era increíble aquel tipo. Pronto había olvidado la noche del sábado cuando gritaba hecho un flan: «¡Ayúdeme! ¡Haga algo por favor!».

—Al igual que el decano Morisaki, usted vive en la residencia de los docentes, ¿cierto?

—Sí, ¿y qué?

—¿Hasta qué punto conocía usted al señor Morisaki?

—Ese hombre vivía en un pedestal. —Ōnaka se encogió de hombros.

—¿No se llevaba bien con él?

—¡A ver si se entera! ¡Yo no lo maté! —le respondió Ōnaka con un cabreo de cuidado.

—Tranquilo, que no quería decir eso —repuso Katayama con celeridad—. ¿Usted notó en su comportamiento que alguien pudiera guardarle rencor o que alguien pretendiera hacerle daño?

—¿No me estará señalando?

—No, en absoluto...

—Yo estoy enamorado de Yukiko Yoshidzuka y ella era la novia del decano Morisaki. ¡Pero no soy una persona mezquina que odiaría a alguien solo por eso! —
Ōnaka soltó la andanada con la cara roja como un tizón y respiró hondo.

—El crimen se produjo la noche del domingo. ¿Dónde estaba usted ese día? —le formuló la pregunta de tal modo que denotaba que por fin estaban finalizando el interrogatorio. No obstante, la cara de Ōnaka se quedó blanca como la cal, igualita a la que tenía el día que estaba tieso en el exterior de la ventana de aquel cuarto piso. Los ojos que se veían al fondo de aquellas gafas se abrieron de un modo desorbitado y sus labios se pusieron a temblar. Alarmado, Katayama le preguntó si le sucedía algo. Era posible que le estuviera dando *un telele*.

—¡Claro! ¡Sabía que iba por ahí! —De improviso, Ōnaka empezó a chillar—. ¡Ha dado por sentado que soy el asesino! ¡E-eso es una cobardía! ¡Ha fingido que esto era una formalidad sin importancia para montarme un interrogatorio en toda regla!

—Oiga...

—Lamentablemente para usted, soy catedrático. Un catedrático de una universidad. Esa táctica no le funcionará conmigo. Los sospechosos tienen derecho a pedir un abogado. ¡Lo sabe muy bien!

—Escúcheme bien, señor Ōnaka. —Katayama le puso freno—. Esto solo son unas preguntas rutinarias.

—¡No me engañará con palabrería barata! ¡Lo sé muy bien! ¡Usted ya se ha montado el cuento de que soy el asesino!

—¡Eso no es verdad!

—¡Los policías sois todo prejuicios! —Ōnaka se despachaba como si recitara algo en una obra teatral—. ¡Sois «Orgullo y prejuicio»! No, que eso era una novela de Jane Austen. ¡Sois predecibles y estáis cargados de prejuicios! La policía...

Katayama se apresuró a salir del apartamento de Ōnaka. ¿Aquel tipo era realmente un catedrático? ¡Tenía narices!

—Veamos, el siguiente es... —Katayama caminaba sin prisa por un pasillo mirando su bloc de notas. *Holmes*, que había desaparecido durante unos instantes, apareció de nuevo andando detrás del detective.

El timbre que anunciaba el fin de las clases de la mañana resonó por el pasillo, y entonces, varias puertas vomitaron un enjambre de mujeres jóvenes. En un abrir y cerrar de ojos, el pasillo parecía haberse convertido en una jardinera repleta de flores de multitud de colores.

Katayama intentó huir de allí apresuradamente, pero ya era demasiado tarde. Con el rostro muy pálido, se puso a caminar tan despacio como una tortuga, confinado en medio de aquella riada de jóvenes. Las universitarias iban adelantándose en masa dejándolo atrás sin que, aparentemente, hubieran reparado en él. Katayama en cierta forma sintió una gran soledad. Era como si se hubiera convertido en un ente invisible.

—¡Detective! —Katayama se dio la vuelta y se encontró con la sonrisa radiante

de Yukiko. Eso lo alivió.

—Ah, hola. ¿Eras tú?

—¿Por qué andas con esa parsimonia?

—¿Parsimonia...? Es lo más deprisa que puedo ir.

—Pues a este paso, cuando llegues al comedor ya habrá terminado la pausa de la comida. ¡Venga, hombre!

De pronto, Yukiko tomó su mano y se puso a andar tirando enérgicamente de él.

Antes de que fuera consciente de cómo diablos había podido abrirse paso, o qué estratagema había empleado para dejar atrás aquella riada de gente, Katayama ya estaba sentado en el comedor tomándose un arroz con curri junto a Yukiko. *Holmes* estaba a sus pies, con su propia comida. Por lo visto, la gente de los comedores también tenía a la gata muy mimada.

—Mañana celebrarán un funeral en el campus —dijo Yukiko con sarcasmo—. Están encantados con que él haya muerto. Si de ellos dependiera, montarían un festival.

—¿Un funeral en el campus? No han parado de producirse sucesos desagradables.

—Sí, en la residencia temblamos de miedo solo con pensar quién de nosotras puede ser la siguiente.

—¿La siguiente?

—Como es lógico, estaba bromeando. Pero es cierto que todas las chicas están aterradas. ¿Saben algo del asesino que mató a Kazumi?

—No tengo ni idea. Yo no estoy al corriente de eso.

—No confían en usted.

—No es eso, yo estoy a cargo del asesinato de Morisaki —se excusó Katayama.

—¿Ya lo habrán trasladado? Ya sabe...

—¿El cadáver de la chica? Claro que sí, ya se lo han llevado.

—Entonces vamos a la residencia a echar un vistazo. Es posible que podamos enterarnos de algo.

—Eso ya no será necesario —dijo Katayama. Había visto entrar a Hayashi en el comedor—. ¡Hayashi! ¡Estoy aquí!

El veterano llevaba la misma cara de agotamiento que de costumbre. Se acercó con un café en un vaso de plástico comprado en una máquina automática y se dejó caer pesadamente sobre el asiento.

—Hayashi, ¿quieres comer algo?

—Después de ver *aquello* no me apetece comer nada de nada.

Tras pensarlo un rato, Yukiko entendió finalmente el sentido de esas palabras y sintió un leve escalofrío.

—¿Tan espantoso ha sido?

Hayashi miró durante un segundo a Yukiko y acto seguido dirigió una mirada inquisitiva a Katayama. Este último los presentó hecho un manojo de nervios. Le indicó a su compañero que ella era *amiga* del decano Morisaki. Lógicamente, aquello

era un mero eufemismo, pero Hayashi enseguida lo comprendió.

—Ah, sí, la alumna de la que me hablaste. Hombre, Katayama, no me dijiste que fuera tan bonita. —Hayashi tomó un sorbo de café—. El estado en el que está el cuerpo es bastante terrible. Creemos que el tipo que lo hizo acabó completamente empapado en sangre... Y muy poca gente pasa por los alrededores de este lugar de noche. Es posible que huyera sin dificultades.

—¿Por qué siempre ataca alumnas de esta universidad?

—No puedo decir nada sobre ese asunto. —Hayashi negó con la cabeza—. Quizá le guarde rencor a esta universidad. O bien, quizá oyera en las noticias que la víctima era alumna de esta universidad y se encontró por casualidad con Kazumi Sasaki cuando él andaba rondando por los alrededores del campus...

—No me diga que el asesino es una persona de la universidad —interrumpió Yukiko.

—Eso es impensable porque el asesino huyó saltando la verja de la puerta de atrás. Hemos encontrado varios restos de sangre de la víctima en ese punto.

—Eso me tranquiliza un poco.

—Yo vuelvo ahora mismo a comisaría. Luego me cuentas cómo te ha ido —dijo tras acabarse el café. Acto seguido se marchó.

—¿Aún tienes trabajo pendiente?

—Sí. Tengo que tomar el testimonio de todos los profesores que hay en la residencia de los docentes.

—Pero tienes la pausa del mediodía, ¿cierto? Vamos a mi residencia. Al menos, allí te puedo preparar un café mejor del que te puedan servir aquí.

Katayama no fue quien respondió a la invitación. Lo hizo *Holmes* con un maullido que secundaba la moción. Yukiko y Katayama se echaron a reír a la vez.

—Caray, ya estaba a punto de olvidarme otra vez.

—¿De qué?

Katayama se sentó sobre la alfombra de la habitación de Yukiko y sorbió el café caliente.

—Cuando te enteraste de la muerte de Morisaki, gritaste «lo sabía». ¿Ya entonces sospechabas algo?

—¿De verdad que lo hice? —Yukiko dio una respuesta ambigua—. Seguramente tenía el presentimiento de que iba a sucederle algo.

—No. Me refiero a algo más concreto, a un hecho que pudiera ser peligroso. De lo contrario, está claro que no te habrías expresado de ese modo.

Yukiko respondió tras pensarlo detenidamente:

—Está bien —asintió ella con la cabeza—, él recibió una nota amenazadora.

A continuación, Katayama le explicó que había encontrado la nota entre uno de sus libros.

—¡Claro! ¡Entonces, sí que guardó aquella nota! Él afirmó que no le daba importancia, pero se la estaba tomando muy en serio.

—¿Se te ocurre quién podría habérsela enviado?

—Ni idea. Ni siquiera él mismo pudo determinar de cuál de las partes perjudicadas podía proceder.

—¿Las partes perjudicadas?

—Una es la red de prostitución que viniste a investigar.

—¿Y la otra?

—La corrupción —respondió Yukiko con rotundidad tras una marcada pausa.

—La corrupción... —parafraseó Katayama.

—A decir verdad, numerosos rumores apuntan a que se han movido unas cantidades de dinero monstruosas en torno a las adjudicaciones de ese nuevo edificio docente en construcción. Como bien sabes, él estaba en contra de la construcción de un nuevo edificio y de que el número de alumnas aumentara desde el principio. Así que estaba trabajando duro para obtener pruebas que sacaran la verdad a la luz.

—Ahora lo entiendo... Esta es una línea de investigación muy prometedora. —Katayama tomaba nota a toda prisa en su bloc—. ¿Y Morisaki había conseguido concretar algo?

—No lo sé. A mí me ocultaba esa clase de cosas... pero seguro que ya tenía alguna prueba concreta.

—Entonces, esa gente podía tener miedo de que lo destapara todo y lo asesinó...

¿Pero cómo se supone que lo habían asesinado? ¿Cómo huyeron de una habitación cerrada por dentro tras asesinarlo? Las dudas siempre lo devolvían al mismo lugar.

—En los periódicos se ha publicado que fue un asesinato en una habitación cerrada, ¿es eso cierto?

—Sí que lo es.

—Creía que eso solo sucedía en las novelas.

—Y todavía hay más cosas extrañas.

—¿Por ejemplo?

—*Las mesas y las banquetas* que robaron. ¿Por qué lo hicieron? ¿Dónde las escondieron después de robarlas? Hay muchas incógnitas.

—Ah, me había olvidado por completo de eso.

—Es comprensible. Un incidente como aquel no llama la atención ante unos asesinatos... Pero hay algo que no encaja. Me da la sensación de que se me escapa algo importante.

—Pero las mesas y las banquetas ocupan un espacio considerable en conjunto. ¿Y si las cargaron en un camión y las trasladaron a otro lugar?

—Eso tendría sentido. Pero cuanto más lo pienso, menos lo comprendo...

Holmes interrumpió con un maullido la conversación que estaban manteniendo. La gata estaba sentada sobre el sofá que había junto a la ventana mirando hacia fuera.

—¿Qué pasa? ¿Tienes hambre? —Katayama se puso en pie y caminó hacia la ventana.

—¿Pero qué...? —Desde la ventana se podía distinguir el comedor, y un poco más allá, el nuevo edificio docente en construcción. Sin embargo, no vio nada distinto en aquel panorama—. Bah, no es nada —soltó. Y entonces se quedó callado. Había algo raro. Había algo que...

Pese a que sabía muy bien qué era, Katayama se estaba devanando los sesos porque en ese momento no caía en lo que le extrañaba tanto. Mientras, Yukiko lo miraba con los ojos como platos.

—¡Ya lo tengo! —gritó Katayama.

—¿Qué ocurre? —preguntó Yukiko sorprendida.

—¿Cómo no me di cuenta de algo tan simple? Presta atención: la noche del sábado tú y yo estábamos intentando salvar al catedrático Ōnaka para conducirlo hasta esta habitación.

—Sí.

—Sacar las mesas y las banquetas de ese comedor no es algo que pueda hacerse durante un espacio corto de tiempo.

—¿Y bien?

—Eso significa que estuvieron trasladando a otro lugar las mesas y las banquetas durante el tiempo que nosotros empleamos para ayudar a Ōnaka desde esta ventana.

—Eso está claro.

—¿Y por qué no vimos lo que estaba sucediendo?

—¡Claro! Porque la entrada del comedor está *en el otro lado*. Es natural que no viéramos nada.

—Exacto. He estado pensando en eso hasta ahora. Como es de sentido común, no me preocupé en comprobarlo. Diablos, tengo que revisar ese lugar a conciencia.

—¿Y eso para qué?

—Fíjate bien. El comedor es mucho más pequeño que el nuevo edificio docente. Por eso, incluso desde nuestra posición, podemos ver los *dos extremos* del nuevo edificio y por lo tanto no tendrían la posibilidad de esconderse de un modo efectivo. Eso significa que aunque no pudiéramos ver cómo sacaban las mesas y las banquetas del comedor por la entrada del módulo, si las hubieran transportado al nuevo edificio docente, seguro que los habríamos visto.

—Eso está claro. Pero en realidad, nosotros no nos percatamos de nada —repuso Yukiko observando la disposición del edificio por la ventana.

—Así es.

—Entonces, ¿qué significa esto? ¿Que nosotros estábamos tan distraídos que no vimos nada?

—Trasladaron esas mesas y esas banquetas del comedor a otro lugar, pero no se las llevaron fuera de nuestro radio de visión.

—Eso es aún más extraño. ¿Adónde las llevaron?

—Solo hay una respuesta —dijo Katayama mientras miraba el exterior fijamente—. A la zona en obras.

—Pero los obreros se habrían dado cuenta.

—¡Vamos a comprobarlo!

Los dos salieron con *Holmes* de la residencia y se encaminaron hacia la zona en obras.

—Sucedó algo extraño.

En una esquina de la zona en obras, había reunidos un gran número de obreros que parecían hablar acaloradamente. A medida que se acercaban iban oyendo comentarios como «¡Quién diablos lo ha hecho!». «¡Leche, le daría una paliza!».

Katayama vio al señor Imai, el hombre que descubrió el cadáver de Morisaki, que a su vez era el capataz de la obra. Se dirigió a él.

—¿Señor Imai? ¿Hay algún problema? —preguntó.

—Hola detective. —El capataz bajó un poco la cabeza; su cara redonda tenía una expresión avergonzada—. Solo ha sido una jugarreta con muy mala idea.

—¿Qué ha sucedido?

—Resulta que esta mañana, cuando he venido a examinar la obra, he visto que alguien ha vertido cemento donde habíamos excavado y allanado un agujero.

—¿Cemento?

—Así es. Ya se ha endurecido muchísimo. Ahora tendremos que perforarlo todo para sacarlo. Menudo incordio.

—¿Y por eso están todos tan enfadados?

—Sí. Como ayer estuvimos sin trabajar durante todo el día, hoy estábamos decididos a trabajar duro para recuperar el retraso y nos hemos encontrado con esto.

—Entiendo. Ayer era lunes... Por lo tanto, eso significa que alguien les hizo esa jugarreta durante el fin de semana.

—Sí. Ha podido hacerlo cualquiera. Tenemos los sacos de cemento apilados en ese lado, así que incluso un crío sería capaz de mezclarlo con un poco de agua y hacerlo.

Katayama hizo una pequeña pausa.

—Señor Imai, ¿han encontrado ustedes las mesas y las banquetas que desaparecieron del comedor?

—No.

El detective se abrió paso hasta el interior del corro que habían formado los obreros, y bajó hasta la superficie del cemento que se había endurecido sensiblemente. En la superficie se podía distinguir una especie de protuberancia. Katayama se puso de cuclillas; tras examinar un solo centímetro de ese saliente, levantó la cabeza y se dirigió al capataz de la obra, que miraba hacia abajo.

—Parece que ya hemos encontrado las mesas y las banquetas. Esto es el extremo de la pata de una mesa. Alguien las dejó aquí y las cubrió con cemento.

—¿Quién habrá tenido el valor de hacerles semejante jugarreta? —preguntó

Yukiko cuando regresaban a la residencia.

—¿Quién y para qué lo hizo...? Lo que es seguro es que no ha sido una simple broma.

—Empiezo a verte con otros ojos. Parece que tú también sabes darle a la materia gris —dijo Yukiko mientras observaba el rostro de Katayama con una expresión muy seria.

Avergonzado por el halago, Katayama rio con ironía. Si tenía que ser franco, todo era gracias a que *Holmes* había mirado por la ventana. Esa condenada gata también le había dado la pista de la nota amenazadora, y se movía siguiendo la línea de los testimonios que daban las personas relacionadas con el caso; no parecía una gata normal y corriente. Aunque quizá, todo aquello no fueran más que coincidencias.

4

Poco después de las tres de la tarde, Katayama estaba andando por un área residencial de lujo situada en Setagaya^[21]. Cuando regresaba de la residencia de estudiantes de la universidad, un detective que había venido a investigar el caso del asesinato de las universitarias, le dio un recado de parte de Mitamura: ese mismo día por la tarde, se celebraba un funeral en la casa de la familia Morisaki^[22] y debía acudir allí en seguida.

Reconoció la casa de los Morisaki de inmediato. Era una mansión magnífica. Sin embargo, no se trataba de una construcción ostentosa y llamativa; sus muros eran de ladrillos de color negro y la edificación dejaba secciones con corteza de árboles al descubierto en un estilo propio de los países nórdicos. Daba una impresión de una límpida elegancia.

El funeral ya había terminado. Delante de la puerta de la casa, encabezados por el coche fúnebre, había varios vehículos en fila y varios asistentes esperaban a que saliera el féretro del difunto.

Katayama vio a Mitamura, que iba con traje y corbata de color negro.

—He llegado tarde.

—No importa. ¿Y su novia universitaria?

—Se lo he dicho por si acaso, pero me ha respondido que prefería no venir...

—Tanto da. Al fin y al cabo, quizá sea mejor así.

—¿Ahora irán todos al crematorio?

—Así es. Tú espérame aquí. Tenemos que interrogar a la familia.

—Entendido.

Cuando sacaron el féretro de madera sin barnizar, Katayama inclinó la cabeza como muestra de respeto.

La procesión de vehículos se marchó y cuando Katayama empezó a preguntarse dónde podría esperar, alguien le habló a su espalda.

—Detective.

Cuando miró tras de sí vio a Tomita, el profesor de educación física. Vestido con aquel traje y corbata negros estaba muy elegante.

—He pensado que sería buena idea hablar con los miembros de la familia —dijo Katayama.

—¿Entonces por qué no entra?

—Pero así, sin permiso...

—No se preocupe por eso y entre, hombre. —Al ver que Katayama se resistía a entrar, Tomita llevó al detective al interior de la mansión prácticamente tirando de él. Cuando entraron en el amplio salón para las recepciones, Tomita se sentó despacio en un sofá—. Siéntese, por favor.

—Sí...

—¿Quiere tomar algo?

—No, gracias, estoy bien así.

—¿Sí? Disculpe si yo me tomo una copa.

—Adelante.

Tomita fue andando con rapidez hasta una vitrina, se llenó un vaso con uno de los licores occidentales que había allí alineados y se lo bebió de un trago. Luego, suspiró profundamente.

—Diablos, los funerales lo agotan a uno. ¿Se llamaba usted Katayama, verdad?

—Sí.

—¿Qué lo ha traído hasta aquí?

—Nada en especial... Como ya le he dicho, quería hablar con la familia... — Katayama estaba algo confuso. Tomita mostró una sonrisa traviesa:

—Yo formo parte de esta familia —puntualizó.

—¿Usted? —Katayama puso los ojos como platos.

—Soy el hermano pequeño del difunto Morisaki.

—Su hermano pequeño...

—Sí, mi nombre es Kazuo Morisaki.

—¿Y el apellido Tomita?

—Cuando me casé, adopté el apellido de mi esposa.

Katayama miró de nuevo a Tomita a la cara. Ahora que le decía aquello, se percató de que la complexión del rostro de Tomita se parecía muchísimo a la de Morisaki. Debido al bigote se había llevado una impresión completamente diferente, pero si no lo llevara, se diría que él y Morisaki eran como dos gotas de agua.

—¡Menuda sorpresa!

—Debería habérselo contado cuando nos hemos encontrado este mediodía, pero me imaginé que lo encontraría a usted aquí.

Una vez recuperado de la sorpresa, Katayama se quedó algo meditabundo. Aparentemente Tomita se dio cuenta enseguida de su estado de ánimo.

—Debe estar pensando que resulta algo extraño, ¿verdad? Pese a que hoy se

celebraba su funeral, he estado toda la mañana en el pabellón de deportes y en lugar de acudir al crematorio, estoy aquí bebiendo.

—Sí, bueno...

—Eso no significa que no me entristezca la muerte de mi hermano mayor. Él era un hombre excepcional. Yo admiraba y respetaba de todo corazón su intelecto y su desbordante ingenio. Aunque él... ¿cómo podría decirlo...? En general contemplaba a los demás manteniendo las distancias. Y pese a ser su hermano pequeño, a mí me trataba igual. Por decirlo de alguna manera, para él, relacionarse con la gente significaba observar a los demás, evaluarlos, clasificarlos y organizarlos.

—Es decir, que era una persona muy fría.

—En cierto sentido, sí. —Tomita asintió—. Pero supongo que mi hermano no podía hacer nada para evitarlo, porque era así desde el día que nació.

—No se merece tanta mano izquierda.

Una mujer delgada vestida de negro de unos cuarenta años estaba de pie en la entrada.

—¡Asako! —Tomita la miró escandalizado—. ¿Es que no has ido al crematorio?

—No. No tengo ninguna obligación de acudir al crematorio.

Debido a su traje negro, su rostro pálido parecía todavía más blanco y se hacía imposible encontrar cualquier clase de emoción en sus ojos, finos y rasgados. A Katayama también le pareció que debido a ese mismo traje parecía una especie de bruja maléfica.

—Ponme una copa a mí también.

—Sí. Señor Katayama, esta es Asako. —Cuando la presentó, Tomita tenía una expresión de disgusto en la cara—. He entrado porque creía que te habías ido...

—¿Qué problema hay? Si ya eres el amo y señor de esta casa. Ya no tienes por qué andarte con esos miramientos.

—El amo y señor de esta casa... —dijo Katayama—. Entonces, la persona que heredará esta casa y la fortuna de la familia será usted, profesor Tomita.

—Sí, en efecto. —Tras terminarse de un trago lo que quedaba en una copa de licor que se había servido, Asako lo afirmó como si se enorgulleciera de una victoria.

—Asako, ya basta. Haz el favor de callarte.

—¿Y eso por qué? —Las palabras de Tomita hicieron que Asako adquiriera una expresión severa.

—Porque es un detective de la policía.

—¿Y qué más da eso? Yo ya no tengo miedo de nada. Y ahora que mi cuñado ha muerto, tú tampoco lo debes tener, ¿verdad?

—¿No piensas callarte o qué?

Katayama estudió a ese matrimonio. La verdad es que no tenían una buena sintonía.

—Detective, ¿qué quiere investigar? —Asako se sentó repentinamente al lado de Katayama. Este dio un respingo e intentó poner toda la distancia que pudo entre él y

la mujer.

—Bueno... verá... es decir... es... solo es una formalidad. Saber quién va a heredar la fortuna familiar y eso...

—La persona que heredará la fortuna familiar es mi marido. Su padre falleció hace mucho tiempo, mi cuñado siempre ha permanecido soltero, y no tiene otros hermanos varones. ¿Algo más?

—Pues... ¿saben de alguna persona que odiara al señor Morisaki?

—Yo —afirmó Asako tajante. Tomita se había puesto a jugar con el vaso como si ya se hubiera dado por vencido.

—¿Y tenía algún motivo para odiarlo? —inquirió Katayama.

—No, ninguno. Simplemente, como mi marido era incapaz de odiarlo, yo lo hacía por él...

—Ya... —Katayama se sentía como si una raposa^[23] lo estuviera provocando con juegos de palabras. Solo faltaba que le dijera «resuelve el enigma».

—Su hermano mayor siempre era el alumno ejemplar, el héroe.

—Y yo, no es que fuera un completo fracaso. Pero, a su lado, siempre iba un paso por detrás. Hiciera lo que hiciera, él siempre quedaba por encima y llegó el momento que me rendí convencido de que jamás lograría superarlo en nada. —Tomita se explicó como si no tuviera otro remedio que hacerlo y suspiró—: Mi hermano primero estudió historia; concretamente se graduó en historia occidental del medievo. Si seguía el mismo camino que él, solo me hubiera servido para saborear la derrota una vez más. Así que me especialicé en literatura anglosajona y, bueno, logré crearme una muy buena reputación. Luego, estuve trabajando en una universidad privada como profesor adjunto, pero al mismo tiempo que eso sucedía, me enteré de que mi hermano había sido admitido como catedrático con todos los honores en la Universidad Femenina Hagoromo. ¡Y para colmo como catedrático de literatura anglosajona! En ese momento, ni siquiera yo pude reprimir mi rabia contra él. Como me casé justamente por esa época, abandoné el nombre de la familia y adopté el apellido familiar de mi esposa. Mi hermano se enteró de que yo estaba furioso y se quedó muy sorprendido. Supongo que para él, era natural que una mente versátil se aplicara en diversos campos de estudio. Pero cuando supe que él también se había especializado en literatura anglosajona, perdí de golpe las ganas de hacer nada. Total, por mucho que me esforzara, jamás conseguiría estar a su altura. Fui incapaz de volverme a dedicar con devoción a la investigación académica, abandoné las clases, tuve una gran discusión con un compañero de la universidad, y finalmente perdí mi puesto de trabajo. Cuando estaba sin saber muy bien qué hacer y desorientado con mi vida, mi hermano apareció y me propuso que viniera a la Universidad Femenina Hagoromo.

—Como *profesor de gimnasia* —escupió Asako sin contemplaciones.

—Como hermano mayor era un auténtico desastre —rio Tomita—. No había ninguna otra posición libre. Supongo que recordó que en lo que se refería a los

deportes, él y yo estábamos a la par desde siempre. Además, consistía en ser el profesor de educación física de una universidad femenina, así que si me apetecía, el lugar me podría ofrecer alguna posibilidad más. En todo caso, yo también tenía que ganarme el pan. Así que acepté. Aunque claro, si dijera que no sentía la más mínima humillación, mentiría...

—La de cosas que han salido a la luz. —Hayashi frunció las cejas—. Primero, la red de prostitución. Después, la gente implicada en las corruptelas que estaba investigando la víctima. Y luego, lo de su hermano pequeño. En general, el que parece más sospechoso es el hermano pequeño. Tiene como móvil una enorme fortuna familiar y un complejo de inferioridad que ha sufrido y acumulado durante años... Otra cuestión es que su esposa también viva en la residencia para docentes de la universidad. Y su única coartada se la brinda justamente ella. Así que como si no la tuviera.

Katayama asintió.

—Y teniendo en cuenta cómo es, su esposa sería muy capaz de asesinarlo ella sola.

—Pero resulta extraño. Teniendo aquella mansión tan inmensa, ¿por qué querían vivir los dos hermanos en la universidad?

—Sí, se lo pregunté. El señor Tomita explicó que por lo visto, una vez que se ha renunciado a la familia Morisaki, no resulta tan fácil regresar a ese lugar como si nada, y que en la mansión solo vive un matrimonio de ancianos de una rama lejana de la familia. Aunque ha dicho que en lo venidero piensa irse a vivir allí.

—Ya veo. ¿Le has preguntado a Tomita por ese asunto de la corrupción?

—No.

—Muy bien. Mejor así. Si él estuviera implicado en eso, le estaríamos poniendo sobre aviso innecesariamente. Nos ocuparemos de ese asunto con cautela. En cuanto tengamos algo sólido, el jefe pondrá en marcha al departamento.

—Entendido.

—Buen trabajo. Estate pendiente de aquella universitaria. Yo tengo un asunto que solucionar.

—No se preocupe. Señor Hayashi...

—Dime.

—Parece usted muy cansado. ¿Se encuentra bien?

—Estoy bien, no te preocupes. —Hayashi se estiró en la silla de su mesa.

Katayama se despidió y salió de la comisaría. Se puso a andar distraídamente por la calle. Eran las siete y ya había oscurecido.

—Katayama.

Cuando se dio la vuelta, vio a una mujer bajita de pie sonriendo tras él, de unos treinta y cinco años.

—Caray, si es usted la esposa de Hayashi. Cuánto tiempo sin vemos.

—La verdad es que sí. ¿Mi marido aún está dentro?

—Sí.

Puesto que Katayama iba a menudo a visitar a Akiko, la mujer de Hayashi, la conocía. Era una persona que pese a su edad, siempre tenía una sonrisa en los labios tan luminosa como la de una cría. Ella siempre lo trataba con amabilidad.

—Katayama, lo cierto es que te quería consultar una cosa.

—¿A mí? —Ver a la esposa de Hayashi tan seria de repente hizo que Katayama se quedara turbado.

—¿Has notado algo extraño en mi marido últimamente? —le preguntó directa Akiko cuando pudo calmarse un poco en una cafetería próxima.

—Un poco sí... me da la sensación de que está muy cansado —dijo estrujándose los sesos.

—Eso es natural. Cada día vuelve a casa de madrugada.

—¿De madrugada?

—Me ha dicho que está trabajando en un asunto confidencial. Pero años atrás yo también trabajaba en la policía, así que no me creí esa excusa que parecía sacada de las películas.

—Yo tampoco he oído nada de eso.

—El caso que tenéis ahora no os tiene trabajando hasta tan tarde, ¿verdad?

—No que yo sepa.

—Katayama, estoy convencida de que mi marido tiene una amante.

—¿Hayashi? ¡Eso es imposible! ¡Él sería incapaz de hacer una cosa así!

—¿Tú crees? ¿De veras? —Cuando se acercó a él, de repente perdió la seguridad que tenía en sí mismo.

—A ver, no... No lo creo.

—¿Lo ves? ¡Tú tampoco estás del todo seguro!

—Bueno... yo...

—Seguro que no lo estás. Me lo dice mi instinto femenino.

»Katayama, eres la única persona en la que puedo confiar. Te ruego que estés muy pendiente de lo que hace y me informes en cuanto te enteres de algo —le suplicó con una expresión preocupada en el rostro.

—Esto...

—¡Te lo ruego!

—Sí...

«¿Por qué diablos soy incapaz de decir que no cada vez que me piden un favor?». No dejaba de pensar en eso desde que había dejado a Akiko Hayashi... De repente, se dio cuenta de que se había olvidado por completo de *Holmes*. La había dejado en la habitación de Yukiko. Se había hecho tardísimo. ¿Podría dejarla durante aquella noche a su cuidado? Sin embargo, recordó que estaba prohibido tener animales domésticos en aquella residencia. Además, si no se la llevaba de vuelta, su hermana

Harumi no pararía de darle la lata...

Así que no tuvo más remedio que volver a la universidad femenina. Cuando llegó en taxi a la puerta principal de la universidad, ya era de noche en el campus. Se apresuró en ir hacia la residencia.

—Hola, detective —lo saludó el viejo Komine cuando lo vio en la recepción.

—Buenas noches.

—¿Ha venido usted a llevarse la gata?

—Así es.

—Está allí.

Katayama vio que *Holmes* estaba durmiendo en el sofá que había detrás del anciano.

—¿Y ella? Perdón, ¿y Yukiko?

—Ahora está fuera, así que la ha dejado aquí a mi cargo. Se la llevará pronto de aquí, ¿verdad? No se me dan bien los bichos.

—¡*Holmes!*

Holmes abrió los ojos, y en cuanto lo vio, bajó del sofá de un salto y se estiró arqueando su cuerpo. Katayama volvió a salir por la puerta con la gata sobre los hombros.

—¡Vaya por donde, compañera! ¡Hoy has hecho un trabajo excelente! —Comentario al que *Holmes* respondió con un maullido.

5

Katayama bajó del taxi y cuando se aproximó a la callejuela desde la que se veía su apartamento detuvo sus pasos en seco. Harumi salía a toda prisa del apartamento por algún motivo. Cuando la llamó, ella pareció no haberle escuchado pues se marchó rápidamente dándole la espalda. Katayama nunca la había visto así; pensó que la cara de consternación que llevaba su hermana no era normal.

Se le ocurrió que quizá podía guardar relación con la historia que le había contado su tía acerca de Harumi y un hombre maduro y pese al cargo de conciencia que sintió, decidió seguirla.

—*Holmes*, lo siento. Espérame aquí un momento.

Holmes maulló reticente a hacerle caso, pero Katayama no estaba para caprichos. Bajó a la gata de sus hombros y se apresuró a dirigirse rápidamente hacia la esquina por la que había desaparecido Harumi.

Gracias a que su hermana llevaba puesto un jersey rojo, no fue complicado seguirla a pesar de que era de noche. Ella tomó el metro en una estación próxima. El vagón ya no estaba atestado de gente, así que le preocupaba que lo descubriera, pero Harumi no parecía prestar ninguna atención a su alrededor. Parecía perdida en sus pensamientos.

Harumi salió en Shinjuku^[24]. Por la noche, siempre había muchísima gente por las calles de ese barrio. Y para colmo, como ella se entremezcló entre cantidad de jóvenes con una ropa muy parecida, quitarle el ojo de encima durante un segundo hubiera significado perderle la pista definitivamente. Katayama siguió a la apresurada Harumi con todos sus esfuerzos por el concurrido distrito de ocio.

Desafortunadamente, un grupo de varias decenas de jóvenes se situó entre Harumi y Katayama. Se notaba que había bebido más de la cuenta, por lo que trató de quitárselos del medio.

—Eh, vosotros, apartaos.

—No me da la gana.

—¿Para qué tanta prisa?

Cuando por fin pudo escapar de esa muchedumbre, Harumi había desaparecido de su vista.

—¡Maldición!

¿Hacia dónde se había dirigido? De repente, los ojos de Katayama reconocieron un rostro familiar.

—¡Hayashi! —Era su compañero, el detective. Con su aspecto trajeado y agotado de siempre, andaba rápidamente por un lugar algo alejado de su posición. Estuvo tentado de llamarlo más veces, pero contuvo esa idea. Recordó la petición que le había hecho su esposa Akiko y se planteó que quizá aquello tendría alguna relación con lo de Harumi.

Que si Hayashi tenía una amante... Que si Harumi estaba liada con un hombre mayor... ¡¿Hayashi y Harumi liados?! ¡Eso no podía ser! ¡Ni hablar! Katayama estaba tan desconcertado que ni siquiera se planteó la posibilidad de seguirlo. Se limitó únicamente a observar cómo el hombre desaparecía en medio de aquel mar de neones nocturnos.

Suspiró una vez más y negó con la cabeza. A su lado tenía a *Holmes*, que por fin se había terminado la comida, y ahora tenía toda su concentración puesta en su higiene, lamiéndose primero la pata delantera para luego pasársela por la cara.

—Y yo que me pensaba que aún era una niña... ¡Y resulta que tiene una relación con un hombre casado! ¿Pero qué está pasando? —Katayama se estaba desfogando con *Holmes*. Que su interlocutora no pudiera responderle resultaba de gran ayuda—. Además, lo de Hayashi también tiene delito. ¿Cómo tiene la desvergüenza de lanzarse sobre la hermana pequeña de un compañero? ¡Se comporta como un gato ladrón! ¡Ay!, perdona.

Holmes ponía cara de despiste. Katayama volvió a suspirar.

—¿Qué debería hacer? Ojalá estuviera aquí mi padre para ayudarme en momentos como estos. Bueno, no sé... Mi padre tampoco hubiera sabido qué hacer en esta situación. Estas cosas no eran lo suyo. Además, también está la mujer de

Hayashi. Prometí que la tendría al tanto en cuanto me enterara de algo, pero no puedo hacérselo saber; al fin y al cabo la amante es mi propia hermana pequeña. —Lo meditó profundamente—. Pero ella no es ninguna cría. Es posible que lo mejor sea quedarse callado y dejarla tranquila una temporada hasta que decida contármelo.

Holmes terminó de lavarse la cara y se quedó hecha una bola sobre un cojín.

—Qué envidia, tú siempre estás como si nada...

Pero entonces Katayama rectificó mentalmente. A lo mejor los gatos también tenían sus propias preocupaciones gatunas. Al igual que había dicho Morisaki, uno nunca podía saber en qué estaban pensando bajo aquella cara inexpresiva.

—¿Estás creando una nueva filosofía? ¿Por ejemplo la de «Así habló *Holmes*, la gata calicó^[25]»?

En ese momento, Harumi entraba en casa.

—¡Ya estoy de vuelta! Hermano, ¿cuándo has vuelto?

—Hace un rato.

—Perdóname, era tan tarde que he ido a cenar a casa de una amiga porque pensaba que no volverías a casa esta noche.

—Tranquila, no importa. Ya he terminado de cenar.

—Vale. —Harumi tenía la misma sonrisa alegre de siempre—. Te he comprado un regalo.

—¿Qué es?

—Pastel de frutas.

—Genial, me comeré un trozo.

—Te prepararé un té.

Cuando Katayama estaba sentado cómodamente decidido a comerse el pastel, *Holmes* se puso a su lado y maulló.

—¿Cómo? ¿Es que tú también quieres? ¿Pastel?

—¿Sabes? Me he enterado de que el gato de una amiga come tostadas e incluso bebe té.

—Vaya, vaya. Quizá a *Holmes* también le guste.

—Parece que está hecha una *gourmet* —dijo Harumi mientras miraba a la gata masticar las frutas.

—No sé si beberá té. Oye, ya que tengo uno aquí preparado, aprovecha. Toma un poco.

—No, hermano. Los gatos no toleran bien las cosas calientes. Por algo se dice aquello de «tener lengua de gato».

—Ah, es verdad.

Mirando atentamente el té rojo que ya estaba bastante tibio, *Holmes* olisqueó el aroma que desprendía y empezó a tomárselo con cautela.

—¡Se lo ha bebido! ¡Se lo ha bebido! —exclamó Katayama con sorpresa.

—Déjalo ya, pareces un crío. —Harumi terminó de tomarse su taza de té—. Ah, por cierto, la tía Kojima ha llamado esta tarde.

—¿Qué quería?

—Dice que ha programado una cita para presentarte a una chica pasado mañana.

—Ah, vale. Pasado mañana. ¡¿Pasado mañana?! —gritó como un loco.

—Eso mismo.

—Pero si es *jueves*.

—Hoy es martes, así que es normal que lo sea.

—¡Pero es un día laborable! ¡Y yo no puedo tomarme un día libre ahora que estamos hasta el cuello de trabajo!

—A mí qué me cuentas.

—¡Maldita sea! La tía no para de... —Justo cuando estaba a punto de decir que la mujer no hacía una a derechas, miró por un segundo a su hermana pequeña. De no ser por las explicaciones de su tía, ni siquiera en ese preciso momento, sabría una palabra de lo que había entre Harumi y Hayashi. Sin embargo, se hubiera sentido tan tranquilo ignorando algo así...

—¿Y quién es la chica?

—Ya ni me acuerdo. Creo recordar que es la séptima o la octava vez que se cita para buscar marido.

—¡Pues mucho ánimo!

—Oye, que esto no tiene gracia. —Katayama se puso muy serio—. Mañana la llamaré y le diré que haga lo posible para retrasarlo hasta el domingo. Que ahora mismo me es imposible arreglarlo.

—¿Y la tía dará su brazo a torcer?

—No sé yo... —Él tampoco estaba seguro de que la mujer cediera.

Miércoles por la mañana. Katayama logró dejar en casa a una *Holmes* que de nuevo se proponía a seguirlo. Fue a la comisaría y allí vio a Hayashi durmiendo con la cabeza apoyada sobre la mesa. Katayama tenía un torbellino de confusión en el pecho y temía que el hombre se moviera y se despertara. No se sentía lo suficientemente seguro como para darle los buenos días, algo que siempre había hecho cuando este se despertaba.

—¡Katayama! —Mitamura lo llamó a grito pelado. El detective fue a toda velocidad hasta la mesa del jefe.

—¿Hoy no la traes contigo?

—Por fin me he librado de ella.

—Cambiando de tema, Hayashi parece agotadísimo.

—Sí...

—Bueno, déjale dormir un rato. ¿Ya sabes qué trabajo tienes que hacer hoy?

—Sí.

—Muy bien. Quiero que hagas algo más.

—Dígame, jefe.

—La *Constructora Y* estuvo disputándose la concesión de la contrata de la obra con la *Constructora A*, la empresa que finalmente la obtuvo. La persona al frente de esa empresa es un hombre llamado Yanagihara. Cuando acabes en la universidad, pásate por allí y hazle unas cuantas preguntas. Si obtienes algún resultado, se lo pasas a la segunda sección de investigación.

—Entendido.

—Respecto al asesinato de las universitarias, no ha habido manera de dar con alguna pista. —Mitamura suspiró—. No tenemos ni un solo testigo. Y la suposición de que se trata de un perverso tampoco tiene futuro. Quién sabe, es posible que no se trate de un degenerado, quizá sea un oficinista corriente sin ningún rasgo que destaque.

—Pero de todas formas, ese modo de emplear el cuchillo...

—Exacto. Lo emplea con una habilidad extraordinaria. A lo mejor ha estado en el ejército. En ese caso, debemos pensar que ya debe tener una cierta edad. Además, a juzgar por el hecho que ambas fueron asesinadas sin interacción sexual previa, se sospecha que el asesino podría ser impotente.

—Ya veo.

—En todo caso, lo primero es evitar que haya más víctimas.

—Sí. Me marcho ya.

—De acuerdo. ¡Ah!, y otra cosa. Mañana no vendrás a trabajar, ¿verdad?

—¿Cómo? —El detective se quedó fulminado.

—Verás, esta mañana me ha llamado una mujer que decía ser tu tía. Ha dicho que entendía que estuviéramos ocupadísimo, pero como era un asunto tan serio que la vida le iba en ello, me suplicó que te diera el día libre —dijo Mitamura riendo con desparpajo.

—No... pero... diablos... —Katayama se puso como un tomate.

—En fin, ve tranquilo. Se trata de una cita con una chica casadera, ¿verdad? Pasarse el tiempo atrapando a delincuentes no lo es todo en la vida. Ve y atrapa a una buena esposa con habilidad.

Katayama salió de la comisaría a toda velocidad sintiéndose más muerto que vivo.

—¿Es usted el profesor Akiyoshi? Me llamo Katayama y vengo de la Comisaría Central de policía. Permítame que le haga algunas preguntas sobre el asesinato del profesor Morisaki.

—Ah, viene para eso. Adelante, pase.

Las estanterías estaban enterradas bajo una cantidad ingente de botellas de cristal y sobre la mesa había tantos matraces, vasos de precipitados y útiles para realizar experimentos, que ni siquiera había lugar para colocar un triste cenicero. Cuando entró en la habitación, un olor penetrante a productos químicos golpeó su nariz con

virulencia.

—Creo que lo he interrumpido durante un experimento...

—Tranquilo, no pasa nada. Los experimentos son lo de menos, me paso las veinticuatro horas del día haciéndolos.

—¿Con qué está experimentando ahora?

—Con una bomba superexplosiva.

»Es una broma. Entre, por favor —dijo riendo. Katayama se había quedado con unos ojos como platos, mientras observaba al profesor sentarse en una especie de banqueta.

Akiyoshi enseñaba física y química. Ya estaba en la recta final de los cincuenta, pero mantenía una constitución delgada. Su cabello semicanoso alborotado parecía el nido de un pájaro y su rostro era muy pálido. Sus ojos eran exageradamente grandes, con un resplandor muy vivaz. Le vino a la cabeza la típica imagen del científico que aparece en las películas de monstruos^[26]. También parecía uno de aquellos que desentierra a los muertos para hacer robots humanoides con ellos.

—Dígame, ¿qué quiere de mí?

—Estamos haciendo unas preguntas a todas las personas que viven en la residencia de los docentes. ¿En qué medida conocía usted al profesor Morisaki?

—Diría que era un buen vecino. Como bien sabe, era soltero, así que a veces lo invitaba a cenar con nosotros. Mi esposa tiene muy buena mano con la cocina.

—Entonces trataba mucho con él.

—Era un hombre muy inteligente, hablador y extremadamente divertido. Es terrible lo que le ha pasado.

—Parece que hoy se celebrará su funeral en la universidad.

—Así es. Pero el profesor Morisaki era un hombre que detestaba esa clase de formalismos. No se hubiera alegrado de eso para nada.

—Entiendo. ¿Sospecha quién puede ser el asesino?

—La verdad es que no se me ocurre nadie en concreto. Siento no poder ayudarlo.

—No se preocupe, lo entiendo.

—¿Aún no tienen alguna pista sobre el asesino?

—Bueno, ese es un asunto complicado... Cambiando de tema; esta es una pregunta rutinaria: ¿estaba usted en casa la noche que asesinaron al profesor Morisaki?

—Sí. Bueno, no. Fuimos a ver una obra de teatro. Y volvimos poco después de las once. Como no habíamos podido cenar, estábamos muertos de hambre y cenamos a esa hora.

—Entiendo.

—Íbamos a preparar una sopa, pero vimos que ya no nos quedaba pasta de miso para prepararla y fui a toda prisa a pedirle un poco al vecino de al lado.

—Y ese vecino es...

—Aquí al lado vive el profesor Tomita. Pero como él no estaba en casa, me quedé

sin saber qué hacer. Y es que aquí no hay tanta gente con la que tenga un trato frecuente. Al final, bajé al primer piso...

—Espere un momento. —Katayama se inclinó hacia delante—. ¿Ha dicho usted que el profesor Tomita no estaba en casa?

—Sí, por más que llamé a la puerta, no me abrió.

Qué raro. Tomita había asegurado que había vuelto a las nueve de la noche y que pasada esa hora ya no se había movido de casa. Aunque hubiera dicho que estaba durmiendo la mona, resultaba extraño que su esposa tampoco hubiera abierto la puerta. Katayama pensó que debía comprobar ese detalle.

Cuando salió del laboratorio de Akiyoshi se encontró con Yukiko, que por lo visto había estado buscándolo.

—Perdone lo de anoche. Es que unas amigas me propusieron irme de fiesta con ellas.

—No te preocupes. ¿No era hoy el funeral?

—Sí. No quiero ir, pero se pondrían muy pesados si faltara, así que acudiré al principio de la ceremonia y luego me escabulliré. ¿Qué harás tú?

—Tengo que ocuparme de un asunto.

—¿Tienes alguna pista? —Los ojos de Yukiko brillaron—. Por favor, ¿me llevarás contigo?

—No, no puedo hacer eso. No puedo mezclarte en una investigación policial.

—Pero yo soy *especial*. Puedo ir, ¿verdad?

—No, esas excusas no me van a convencer.

—¡Digas lo que digas pienso ir contigo!

Katayama suspiró. ¿Por qué tenía tan poca fuerza de voluntad?

—A partir de ahora no me voy a separar de ti para nada.

—Está bien. —Katayama se había dado por vencido—. ¿Y el funeral?

—Es a partir de la una. Me escabulliré a los diez minutos, así que puedes estar en el funeral hasta esa hora.

—¿Seguro que es buena idea escabullirte así?

—Y tanto. Espera y verás.

No obtuvo ningún testimonio especialmente interesante del resto de profesores que vivían en la residencia de los docentes. No había ninguno que tratara con Morisaki con frecuencia y tampoco recordaban ningún dato específico sobre el crimen.

—¿Sabías que el profesor Morita era el hermano pequeño del señor Morisaki? —inquirió Katayama mientras comían en el comedor de la residencia de estudiantes.

—Sí, él mismo me lo contó. Además, solo había que mirarlo a la cara para darse cuenta. Eran clavaditos.

—Pues tienes razón. —Pese a que Katayama se estaba martirizando a sí mismo con un *maldición, y yo fui incapaz de darme cuenta cuando los vi*, asintió—. Por lo visto toda la fortuna de la familia caerá en sus manos.

—Me parece bien. Ese hombre adora el dinero. Debe estar loco de alegría. Sobre todo esa esposa terrible que tiene.

—Por lo visto detestaba a Morisaki.

—Sí. Y él también la detestaba profundamente. Decía que el profesor Tomita se había vuelto un hombre tan retorcido por culpa de su mujer. Y yo estoy de acuerdo con él.

—Morisaki... esto... ¿No te dejó nada en su testamento?

—¿A mí? Claro que me dejó algo. Muchos recuerdos. Los mejores de mi vida. — Y Yukiko sonrió.

—Pero tú también te casarás algún día, ¿no?

—Eso si me apetece.

—Pues parece que yo acabaré casándome aunque no me apetezca.

—¿Y eso por qué?

—Mañana tengo una cita con una chica.

—¡Felicidades!

—No tiene ninguna gracia —dijo entre suspiros.

—Ya casi es la hora. ¿Vamos?

—¿Dónde se celebra?

—En el auditorio.

En el reducido salón-vestíbulo al que llamaban auditorio reinaba un silencio absoluto. Allí, se había dispuesto una plataforma bien iluminada que había quedado soterrada bajo un sinnúmero de coronas de flores, y una gran fotografía del decano Morisaki con un crespón negro abierto se había colocado en el punto más alto de dicha plataforma. Al lado de la misma, había alineadas una serie de sillas donde estaban sentados los docentes en un respetuoso silencio. En uno de los extremos estaban alineados el rector Abe y el matrimonio Tomita con cara de póker. Las estudiantes ocupaban la práctica totalidad de los asientos de los que disponía la sala y con toda rectitud, al menos al principio, tenían las manos colocadas decorosamente sobre las rodillas. Katayama daba la impresión de ser un mero espectador: estaba de pie junto a la puerta trasera de acceso a la sala, observando a distancia la disposición de aquella lejana plataforma. Yukiko se había sentado en una silla situada muy cerca del pasillo para poder salir con facilidad, y de vez en cuando, se giraba para mirar a Katayama.

Hiciera lo que hiciera parecía imposible que pudiera escabullirse de un lugar tan silencioso. ¿Cómo diablos lo lograría? Katayama estaba sumamente intranquilo con todo aquello.

Se pasó la grabación de una pieza interpretada con un órgano y nada más terminar, un hombre de edad bastante avanzada que parecía un docente se puso en pie y tomó un micrófono.

—Ahora llevaremos a cabo el funeral en honor de Tomoo Morisaki, decano del departamento de literatura de la Universidad Femenina Hagoromo.

Tenía toda la pinta de un anciano decrepito. Nada más terminar de hablar, cayó aparatosamente sobre su silla acabando en el suelo, con la respiración entrecortada por los esfuerzos. Varios jóvenes se acercaron precipitadamente para sujetarlo por los brazos hasta que pudieron levantarlo. A ese paso tendrían que añadir una foto más a ese funeral.

—El rector Abe realizará el panegírico —anunció a continuación un docente. Era de mediana edad y parecía ser quien gestionaba la ceremonia.

A medida que iba avanzando, el rector se iba hinchando como un pavo y pasó por delante de la fotografía de Morisaki con insolencia. Katayama sonrió con ironía; y es que ese hombre resultaba verdaderamente insoportable.

Cuando Abe hizo una reverencia hacia la fotografía se hizo un silencio tenso. Se quedó pensando qué debía decir y luego, de repente, levantó las manos ostentosamente dejando a los que lo observaban petrificados. Había metido la pata y estaba confuso porque quizá estaba exteriorizando lo que sentía en realidad. Parecía estar celebrando lo sucedido con ese gesto propio de un vítore. Entonces intentó arreglarlo:

—¡Profesor Morisaki! —empezó a decir el rector Abe—. ¡La muerte de un maestro trae una congoja demasiado grande!

Aparentemente esas manos levantadas no eran un gesto de celebración, sino una expresión de lamento. A pesar de eso, resultaba de mal gusto y extremadamente fuera de lugar en aquella situación.

—Nosotros lo queríamos y respetábamos profundamente, y su actividad académica era ampliamente conocida por todos.

Los escalofríos que recorrían la espalda de Katayama hicieron que se sintiera incómodo ahí de pie. ¡Prefería tragarse la canción de una cantante novel haciendo gallos, a tener que aguantar eso!

Las alumnas también se removían en sus asientos entre escalofríos; y parecía que fueran a saltar hacia delante en cualquier momento. Seguramente se sentían del mismo modo que Katayama, porque era imposible que todo el mundo necesitara ir al baño de golpe.

—Cuando supimos de la muerte del profesor, nuestros corazones se colmaron de tristeza y nuestras lágrimas se derramaron sin que pudiéramos hacer nada para detenerlas.

A Katayama le pareció estar escuchando el tráiler de una película de los años cincuenta con madres melodramáticas que rayaban lo insoportable. Estaba deseando que terminara cuanto antes. Entonces puso sus ojos en Yukiko.

Se oyó el «pam» de una explosión. Sobre el escenario empezó a salir humo blanco en torno al marco de la fotografía y los pétalos de las flores salieron despedidos como si aquello fuera una tormenta de nieve. Acto seguido, la foto de

gran tamaño de Morisaki temblequeó y se fue precipitando hacia adelante muy lentamente. Justo debajo, el rector Abe, que se encontraba en el momento más emocionado de su panegírico sobreactuado, se quedó de pie como si nada, sin saber qué diablos había pasado; en consecuencia, la fotografía que estaba cayendo lo golpeó en la cabeza de lleno y el hombre cayó al suelo panza arriba.

El auditorio era un caos. Las estudiantes se levantaron todas de golpe y empezaron a dar voces:

—¡Una bomba! ¡Un ataque terrorista!

Katayama estuvo a punto de correr hacia el escenario, pero Yukiko se dirigió hacia él y lo agarró por el brazo.

—Vámonos.

—Pero...

—Era solo una broma.

—¿Qué has dicho? ¿Ha sido cosa tuya?

—Ha sido un complot de un buen número de alumnas. Venga, que todo el mundo huirá de aquí. Date prisa.

—¿Y el rector estará bien?

—Si solo se le ha caído una foto encima. Se lo merece.

—Pero puede denunciaros por un delito de lesiones.

—¿Y qué querías? ¿Que diera ese panegírico hasta el final? —Cuando le dijo eso, el detective no pudo objetar nada más. Qué remedio...

6

—Soy Yanagihara, el encargado de este negocio.

La persona que apareció en la sala de espera de la constructora era la imagen personificada del hombre de negocios; un hombre modesto, quizá cuarentón a juzgar por sus rasgos, con los cabellos pegados en cortinilla a una cabeza que empezaba a mostrar los efectos de la calvicie y con unas gafas de montura metálica. Daba la impresión de que si metía la pata con él, ese tipo podría cerrarse en banda.

—Soy Katayama y vengo de la Comisaría Central. Ella es Yoshidzuka, mi ayudante.

—Menuda sorpresa. —Al mirar a Yukiko, Yanagihara adquirió repentinamente un aire cortés—. No parece que ella sea policía.

—Le prometo que no les causaré ninguna molestia. Por favor, permítame quedarme.

En cuanto Yukiko replicó con una sonrisa atractiva, Yanagihara ya no tenía ojos para Katayama.

—¿Y bien? ¿Qué quería preguntarme? —dijo sin dejar de mirar a Yukiko.

—Queremos hacerle algunas preguntas sobre la construcción del nuevo edificio

de la Universidad Hagoromo —aclaró Katayama levantando un poco la voz.

—¿Sobre eso?

—En realidad la concesión recayó en la *Constructora A*, pero su empresa también presentó una oferta para obtener esa contrata.

—Sí. También lo hicieron muchas otras empresas, pero las que tenían más posibilidades de ganarla fueron la mía y la *Constructora A*.

—Lo cierto es que hemos oído rumores que afirman que hubo una serie de problemas en la concesión de la contrata, así que queríamos venir a preguntarle.

—Ya veo. —Yanagihara asintió con una expresión muy seria en la cara.

—¿Qué impresión le dio la situación que encontró por aquel entonces?

—Déjeme pensar... —Después de sopesarlo detenidamente un buen rato, Yanagihara respondió—: A ver, si les digo algo, me pondría en contra a *colegas* de este sector, así que prefiero no hablar sobre eso.

—Pero necesitamos preguntarle sobre ese asunto.

—Le prometo que no haremos nada que pueda traerle problemas. —Cuando Yukiko intervino, Yanagihara puso cara de «qué se le va a hacer».

—Si tengo que serle franco, pensábamos que teníamos todos los números para que nos encargaran a nosotros ese trabajo. Al fin y al cabo, el representante de la *Constructora A* no pudo presentar más que una estimación muy descuidada y con una falta de concreción espectacular. Por nuestra parte, nosotros presentamos una estimación minuciosa con los días que tardarían las obras y un estudio previo con medidas para contrarrestar las quejas que podrían llegar del vecindario. Todo lo planteamos con miras a tener el coste más reducido posible, así que confiábamos plenamente en nuestra oferta.

—Pero recayó en la *Constructora A*.

—Sí, fue un *shock* para nosotros. Estábamos convencidos de que era imposible que perdiéramos esa concesión.

—¿Y qué hizo usted?

—Aparentemente ya no podía hacer nada al respecto, así que tuve que echarme atrás. Pero estuvimos estudiando el caso de puertas para adentro y decidimos investigar por qué habíamos obtenido esos resultados. Eso era algo que podríamos aprender para futuras contrata.

—Entiendo.

—Así que tiramos de varios hilos y reunimos cierta información, pero...

—¿Qué ocurrió?

—Concluimos que, sin duda alguna, se había movido dinero sucio en ese asunto.

—¿Tiene algún hecho concreto al que podamos agarrarnos?

—No, aunque tenemos un cúmulo de rumores de todo tipo...

—Entendido —asintió Katayama—. Me gustaría hacerle otra pregunta.

—Dígame.

—Según su parecer, en el caso de la Universidad Femenina Hagoromo, ¿quién era

la persona con más poder para decidir cuál de las empresas constructoras se debía elegir?

—Es decir, que si se tuviera que sobornar a alguien, a quién sería.

—En síntesis vendría a ser eso.

—En el caso de la universidad, eso quedó bastante claro.

—¿Quién era?

—El *rector*.

—¿El rector Abe?

—Sí, estoy seguro de que se llamaba así. Al fin y al cabo, él también ostentaba el cargo de presidente del consejo de dirección del centro.

—Ha sido usted muy claro. —Katayama intercambió una mirada con Yukiko, cuyos ojos brillaban con intensidad.

—¿Me permite usted que le haga una pregunta? —En este caso, fue la joven la que inclinó su cuerpo hacia delante.

—¿Cuál es?

—¿No sabe usted de nadie de la *Constructora A* capaz de implicarse directamente en esas prácticas irregulares?

Yanagihara se rascó la cabeza.

—No sé gran cosa de las otras empresas... aunque...

—¿Qué ocurre?

—Sé de una persona de la *Constructora A* que acudió a la casa del rector en repetidas ocasiones.

—¿Quién era?

—Un capataz llamado Imai.

—Pero Imai fue justamente quien encontró el cuerpo, ¿verdad?

—Exacto.

—Tiene que haber gato encerrado, ¿no crees?

—Sí.

—Estoy convencida de que el rector tiene algo que ver con todo esto. Habría que investigarlo. ¿No crees?

Ambos habían regresado a la residencia de estudiantes de la Universidad Femenina Haboromo y estaban sentados directamente sobre la alfombra de la habitación de la chica. Yukiko se levantó y se puso a mirar por la ventana.

—Qué oscuro que se ha puesto. Y eso que solo son poco más de las cinco. —Cerró la cortina—. ¿Qué piensas hacer? ¿Cenarás en tu casa?

—Sí. Estoy seguro de que mi hermana me está preparando la cena. Me dijo que hoy me prepararía un bistec para que mañana tuviera la piel de la cara más lustrosa.

—¿Y por qué no te enceras la cara? —Yukiko se rio—. Te quedaría una obra maestra. La verdad es que me encantaría verte cuando te presentes a esa cita para

buscar esposa.

—No te burles de mí, por favor. Lo hago por compromiso.

—¿Dónde os encontraréis?

—En el restaurante del *Hotel K*. Mi tía es quien lo ha decidido.

—¿Por alguna razón en concreto?

—El restaurante del hotel es bastante caro. Pero a mediodía tienen unos menús especiales más económicos.

—¡Qué bien visto!

—Mi tía es insuperable. —Katayama rio con amargura—. Bueno, me voy ya, que tengo que pasarme por la comisaría.

—Antes de irte quiero pedirte perdón por haberte obligado a llevarme contigo.

—No te preocupes, ha sido divertido.

Yukiko lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿De veras?

—Sí, de veras.

En la habitación de la joven, Katayama se sentía extrañamente sosegado. En el pasado, la sola idea de entrar en la habitación de una mujer soltera hacía que se le pusiera la piel de gallina. Sin embargo, en ese momento se sentía tan cómodo como si estuviera en su apartamento. «Qué extraño», pensó.

—Es posible que la cocina de tu hermana no haga demasiado efecto... —dijo Yukiko inclinando el cuello hacia un lado—. Pero seguro que esto te será muy útil para tener la piel más llena de vida.

—¿El qué?

De golpe, Yukiko abrazó con fuerza a Katayama y presionó con sus labios los de él, que se quedó sorprendido. ¿Qué diablos estaba ocurriendo? ¿Pero qué le pasaba? Su cabeza estaba tan confusa que parecía que estuviera dentro de una licuadora. Sentía en sus labios los suaves labios de Yukiko, sentía los brazos delgados y flexibles de ella enroscados alrededor de su espalda, y sentía en su propio pecho ese pecho turgente con una elasticidad que resultaba difícil de creer. Pero en cierta forma, esas sensaciones iban desbocadas cada una por su lado debido al abrazo y al beso, y él se veía incapaz de centrarse en una misma cosa.

Cuando fue consciente de que ella lo había besado, ella ya se había separado de él y estaba sonriendo traviesa.

—¿Te ha molestado?

Por un momento, Katayama se había quedado dando un paseo por el espacio y ni siquiera era capaz de contestar, pero al cabo de un rato por fin volvió a aterrizar sano y salvo.

—Hay algo... que no acabo de entender... —dijo en una especie de susurro. Desde luego, era un novio que no inspiraba confianza.

—¿El caso ya empieza a tomar forma? —preguntó Harumi mientras lo recogía todo después de cenar.

—Tenemos algo que podría ser un móvil.

—Eso es fabuloso.

—A mí no me lo parece.

—¿Por qué? —Harumi estaba preparando una nueva taza de té—. Se suele decir que en dos de cada tres casos, cuando se encuentra el móvil de un crimen, es como si ya se tuviera la investigación cerrada.

—Pues este es el tercer caso.

—Vaya...

A veces, Katayama hablaba de los casos con su hermana pequeña. A medida que iba hablando con ella, podía ir atando cabos y percatarse de detalles que había pasado por alto.

—¿Y tanta gente lo detestaba? ¿Acaso no era el amo de *Holmes*?

—Así es.

Katayama lo pensó detenidamente. Ella tenía toda la razón. Morisaki no era la clase de persona a la que la gente detestara profundamente. Resultaba extraño que aun así, hubieran aparecido tantos sospechosos.

—Y la manera de asesinarlo también fue muy extraña.

—¿Te refieres a cómo lograron matarlo en una habitación completamente cerrada?

—Y no solo eso. No tengo ni idea de si fue por el asunto de la prostitución o por el de la corrupción, pero por mucho que se hubiera enterado de un secreto, ¿realmente tenían que asesinarlo de ese modo? Podrían haber simulado un accidente de tránsito, o contratar a un yakuza^[27] para asesinarlo. ¿Pero qué necesidad tenían de convertirlo en un asesinato tan elaborado?

—Eso es verdad.

—Esa manera de matarlo o bien demuestra un odio profundo, o bien un asesinato ejecutado por diversión —dijo Katayama asintiendo con la cabeza. De pronto miró a *Holmes*, que dio un gran bostezo y estaba a punto de ponerse a dormir—. Parece que la aburro.

El catedrático Akiyoshi ya llevaba casi media hora dando vueltas por el laboratorio. En sus mejillas se habían formado unas profundas arrugas y su pálido rostro estaba muchísimo más blanco que de costumbre. En ese momento daba, más que nunca, la imagen de un personaje de una película de fantasmas. Los matraces repicando en el laboratorio a media noche reforzaban aún más esa impresión. Si a todo aquello se le hubiera añadido un monstruo contrahecho sobre una camilla con

todo el cuerpo vendado, ya habría sido el *summum*.

—Qué mala pata... Pero qué mala pata... ¿Cómo es posible? —Mientras se movía nervioso de un lado para otro iba repitiendo esa misma queja cientos de veces como un disco rayado—. Qué mala pata... Pero qué mala pata...

Si tuviera tan mala pata como decía, desde luego ya habría muerto por una gangrena galopante; pero por el paso intranquilo que lo tenía arriba y abajo, no parecía que la cosa fuera a acabar ahí. De improviso oyó que llamaban a la puerta y se llevó tal susto que pegó un salto.

—¿Quién es?! —Abrió la puerta por completo bruscamente y como es de suponer, frente a él no vio al conde Drácula envuelto en su capa negra, con un semblante de palidez extrema y unos ojos terribles inyectados en sangre. La persona que tenía ante él era Yukiko Yoshidzuka con una sonrisa en la cara.

—Buenas noches, profesor Akiyoshi.

—Hola, Yoshidzuka. —Akiyoshi suspiró como si lo hubieran rescatado de su letargo.

—Es que he visto la luz encendida. ¿Le molesto?

—En absoluto, eres bienvenida.

—He venido en nombre de todas las voluntarias para darle las gracias por lo de hoy —dijo Yukiko tras entrar en el laboratorio.

—¿Las gracias?

—Por la *bomba* que colocó en las coronas de flores del funeral celebrado en la universidad. Nos ha dejado a todas impresionadas; tiene usted un gran sentido del humor.

—Ah, era por eso. No ha tenido ninguna importancia.

—Eso no es verdad. Que se le cayera encima la fotografía del decano ha sido sencillamente magistral.

—Eso no estaba previsto.

—Pero es fabuloso que sucediera. Seguro que ha transmitido a la perfección lo que sentía el profesor Morisaki.

—¿El rector está herido?

—Solo ha sido un rasguño, pero Kaneko de la enfermería nos ha explicado que le ha causado un *shock* enorme. Cuando le *desinfectaba* la herida, gritaba como un histérico.

—Debe estar enfadado.

—Por lo visto no le han hecho caso y no se ha informado del incidente a la policía; su entorno ha hecho todo lo posible para apaciguarlo diciéndole que eso pondría en entredicho el honor de la universidad.

—Está claro que el honor es su punto débil.

—De veras que le estamos muy agradecidas.

—Yo también respetaba al profesor Morisaki y no podía soportar la idea de que lo utilizaran para avivar el esnobismo y la vanidad del rector.

—Jamás le diré a nadie ni una palabra de esto, así que puede estar tranquilo — prometió Yukiko con decisión. Acto seguido echó un vistazo al interior del laboratorio—. Profesor, ¿qué experimento está haciendo a estas horas?

—Es que ha ocurrido algo terrible...

—¿Qué ha pasado?

Akiyoshi se lo explicó tras dudar un instante:

—He perdido una cosa.

—¿Quiere que la busque con usted?

—No hace falta. Ya la he estado buscando por el laboratorio varias horas. La he perdido sin remedio.

—¿Qué es lo que ha perdido?

—Una cigarrera.

—Entonces haremos una cosa. ¡En agradecimiento por lo que ha hecho, le regalaremos entre todas una cigarrera nueva!

—¡Ni hablar, ni se os ocurra hacer eso! —Akiyoshi agitó la mano intranquilo—. Esta era *especial*.

—¿Guardaba algún recuerdo para usted?

—No se trata de eso. —Al ver que Yukiko se había quedado extrañada, se explicó —: Es decir, que por fuera era una cigarrera pero...

—¿Qué contiene?

—Si uno la abre, explota —dijo Akiyoshi tras suspirar profundamente.

Yukiko se quedó con la boca abierta sin poder reaccionar.

—¡Entonces es una *bomba*!

—Bueno, sí.

—¿Pero... pero cómo tenía algo así?

—La hice yo mismo. Como es natural, no tenía ninguna intención de utilizarla. Simplemente era un juego.

—Pero aun así...

—Es que yo admiro mucho a James Bond.

—¿A quién?

—A Bond, a 007. —Akiyoshi rio burlándose de sí mismo—. Un profesor no tiene ni sombra de comparación con él, pero al menos puede tener caprichos y aficiones que le permitan imitarlo. Hace poco, se me ocurrió de repente que quería crear por mí mismo un arma secreta como las que aparecen en las novelas de Bond. Me llevó un año entero hacer esa cigarrera.

Yukiko estaba sorprendida hasta tal punto que no se atrevía a abrir la boca.

—Lógicamente, la dejaba siempre cerrada con llave en el fondo de una estantería del laboratorio, donde nadie pudiera verla ni tocarla; pero a veces la sacaba y la contemplaba. La saqué hoy por la tarde y la estaba mirando en mi mesa, pero justo en ese momento han llegado unos frascos nuevos y la he perdido de vista. ¡Cuándo me he vuelto para guardarla... había desaparecido!

—¡Pero profesor, eso significa que tiene que estar en este laboratorio!

—La he buscado cientos de veces por todos los rincones...

—Busquemosla una vez más. Yo lo ayudaré. ¡Vamos!

Yukiko y Akiyoshi estuvieron cerca de una hora buscándola por el laboratorio, pero sin resultado alguno.

—Profesor... —le decía Yukiko respirando trabajosamente—, aunque diga que es una bomba, tampoco será para tanto, ¿verdad? ¿Qué potencia explosiva tiene?

—No, no es para tanto. —Akiyoshi asintió con una expresión pesimista en la cara—. Supongo que no es de esas que lo vuelan todo por los aires en varios kilómetros a la redonda y tampoco sería tan virulenta como la explosión de un depósito de gas.

—¿Y la persona que la abra? —Yukiko ya se temía lo peor.

—Pues...

—¿Morirá?

—Supongo. A no ser que exista un ser humano capaz de vivir después de que le vuelen la cabeza.

TERCER CAPÍTULO

LA NOVIA Y EL DETECTIVE

1

— **E**ste es un día cargado de buenos augurios. Cuando Mitsue Kojima inició su saludo, extrañamente eufórico, Katayama suspiró discretamente. Él iba con su traje medio raído de siempre. Esta no era ni mucho menos la primera cita que tenía para conocer a una chica que buscaba un marido, pero de todas formas se sentía coartado, estaba aburrido y sentía constantes escalofríos debido a la sarta de elogios insufribles; pero las horas realmente pesadas estaban por llegar.

Se encontraban en el restaurante del *Hotel K*, cerca de Akasaka, sentados alrededor de una mesa. Al lado de Katayama estaban Harumi, que llevaba un vestido alegre de color amarillo limón, y Mitsue Kojima, que se había autoproclamado como figura parental que actuaba como intermediario; pero por parte de la chica estaban los dos padres, el hermano mayor, el pequeño y la hermana pequeña aparte de ella misma, lo que sumaba un total de seis personas. La balanza estaba muy desequilibrada. Quizá preocupada por ese hecho, su tía Mitsue explicó que el padre de Katayama había sido un detective de la policía excepcional que había tenido una muerte heroica. Y todo narrado con un tono triunfante y ostentoso. A ese paso, como le diera por remarcar un poco más lo que decía, iba a convertir aquello en una conferencia. Pese a que sus interlocutores ya habrían escuchado aquello miles de veces, iban expresando su asombro como si fuera la primera vez que lo hacían. Estaban poniendo muchísimo esfuerzo.

Cuando acabó con las alabanzas dedicadas a Katayama, llegó el turno de la familia de la chica para hacer las presentaciones. Katayama apenas prestaba atención a lo que decían, pero por lo que pudo observar por encima, ella era una mujer joven con los dones de la inteligencia y la belleza, lo que la convertía en una buena esposa y mejor madre. Por lo visto era un tesoro, una auténtica joya de las que ya no se encontraban: cocinaba, hacía la ceremonia de té, arreglo floral, confección de kimonos y de ropa occidental... Sin embargo, si uno rebajaba el tono de los elogios exagerados que hacían, lo que estaba claro es que aquella chica era una mujer normal y corriente.

Ikuko Yokozawa, así era como se llamaba la chica, era muy alta y bastante fuerte, pero tenía un aspecto vulgar. Para colmo, como aún arrastraba los efectos del *shock* que supuso para él el beso que le dio Yukiko la noche anterior, Katayama no estaba muy centrado. Contrariamente a lo que sucedía con su tía, que cada vez se expresaba

de un modo más fervoroso, los sentimientos de Katayama se fueron *enfriando* progresivamente. Cuando acabaron con la presentación de toda la familia, él ya había empezado a pensar qué podría decir para rechazar a la chica.

Mientras tomaban el almuerzo pasaron a hablar de asuntos triviales, pero los temas de conversación acabaron centrándose en el trabajo de Katayama. Que si siempre iba armado con una pistola, que cómo se sentía cuando lo acorralaba un delincuente armado... Él les cerró la boca diciendo que muchas de esas preguntas eran fruto de ver demasiada televisión.

—La labor de un detective de policía no resulta nada glamuroso —se explicó Katayama—. Más de la mitad del trabajo consiste en patear la calle hasta que ya no sientes las piernas. Y para colmo, casi todos esos esfuerzos no sirven para nada.

—Debe ser muy duro. —Ikuko Yokozawa parecía simpatizar con su situación—. Debes acabar agotado.

—Sí, bastante —asintió Katayama con la cabeza con exageración—. Los detectives de la policía suelen envejecer con bastante rapidez —dijo pensando que eso disgustaría a su interlocutora. No obstante, los ojos de la chica brillaron de repente.

—Pues a mí se me da muy bien dar masajes en los hombros y en la espalda. Ya verás qué bien te voy a aliviar el cansancio.

—¡Eso es maravilloso! —intervino su tía Mitsue loca de alegría.

Katayama se puso nervioso.

—En todo caso, el mayor problema es que no tenemos unos horarios definidos que nos permitan llevar un ritmo de vida normal. —Tembló de miedo; de tener una discusión con esta chica, podía acabar con una o dos costillas rotas—. Si hay un caso importante por resolver, también trabajamos los domingos. Y eso para la familia es muy duro —soltó como si nada, con la intención de desmoralizarla.

—Pero los hombres que desempeñan su trabajo con tanto ahínco son muy atractivos.

Aquello había roto la línea de sus defensas y Katayama no tuvo otro remedio que retirarse. Se limitó a concentrarse en su comida.

El resto de la conversación la dirigió Mitsue la profesional, y antes de que él se diera cuenta, ya lo había convertido en un fenómeno con los deportes, un ávido lector muy culto y una persona que siempre cooperaba con la mayor diligencia (¿qué diría Mitamura si oyera algo así?). Era como si él fuera por el mundo ostentando las virtudes de decenas de personas.

«¡Anda que ya le vale!», pensaba Katayama mientras se introducía en la boca los palillos con el contenido de su cuenco de ensalada.

—Yukiko.

—¿Qué quieres?

—¿No vas a ir a la clase de historia occidental?

—No me apetece.

—Pero si nunca te habías saltado una de esas clases. ¿Qué te ocurre? ¿Estás enferma?

Yasuko Hata, la chica que vivía en la habitación de al lado, había entrado sin reparos en la habitación de Yukiko. En su cara redonda burlona tenía unos ojos grandes enmarcados por unas gafas de montura cuadrada. El equilibrio irregular que mostraban sus rasgos le conferían un gran atractivo.

Abrazando contra su pecho los gruesos libros, Yasuko observaba preocupada a su amiga, que estaba aún en su cama con el pijama puesto.

—Di, ¿te encuentras mal?

—No es eso. Es solo que no quiero levantarme. —Tras responder en un tono lánguido, Yukiko dio un gran suspiro.

—A lo mejor aún no te has recobrado del trauma que ha supuesto la muerte del profesor Morisaki. —Yasuko se sentó en el borde de la cama. Yukiko asintió lentamente.

—Ni siquiera yo lo sé exactamente. Me da la impresión de que ya estoy bien, pero a veces me dan ganas de ponerme a llorar como me pasa ahora.

—Te entiendo —asintió Yasuko.

—¿Qué hora es?

—Las diez y veinte.

—De todas formas, ya no llegarías a tiempo. Lo siento, iré sola a clase.

—Ve, no te preocupes.

—Descansa tranquila —dijo su amiga tras ponerse en pie.

—Gracias.

—Sal y que te dé el aire. Quedarse encerrada en una habitación es deprimente. Queda con alguien, eso te animará. —Y salió de la habitación despidiéndose con la mano.

Yukiko se quedó tranquilamente tendida en la cama mirando un póster de Alain Delon que tenía pegado en el techo.

—¡No tengo ganas de hacer nada! —dijo como si estuviera hablando con alguien. Acto seguido se levantó de la cama—. Ah, es verdad... si hoy es jueves. —Yukiko puso los ojos en el calendario que tenía puesto sobre la mesa.

Este funcionaba con unos dedos de madera que permitían cambiar la fecha, el mes y el día de la semana de forma manual. El brillo de la letra blanca que indicaba que era jueves se le había quedado clavado en los ojos. Los jueves y los sábados siempre acudía al piso de Morisaki y se quedaba con él en la cama. También dormían juntos otros días de la semana, pero los jueves y los sábados eran especiales; eran los días que habían acordado tácitamente sumergirse el uno en el amor del otro con todas sus fuerzas. Esa promesa que ambos tenían grabada a fuego en la piel hacía que, cada vez, la pasión que desplegaban ardiera con mucha más fuerza.

Morisaki era un intelectual. Para él, el sexo también debía ser refinado y que no sobrepasara ciertos límites. Pero a su vez, le brindaba un placer exquisito a Yukiko que no podían darle otros hombres. Incluso teniendo en cuenta que ella nunca había pensado si quería casarse o no, Yukiko amaba a Morisaki.

Ese día era jueves. Sin embargo, él se había convertido en ceniza y había desaparecido. Yukiko se dio cuenta de que ese vacío lánguido que notaba se debía al vacío que sintió al despertar en una cama vacía.

Quizá era mejor ir a dar un paseo... Tal como le había sugerido Yasuko, podía salir y ver a algún chico. En ese momento, en la clase de historia occidental estaban tratando el tema de la Revolución Francesa que tanto la entusiasmaba, pero por faltar un día tampoco iba a pasar nada.

Como siempre solía vestir algo más informal, le apeteció cambiar un poco. Se vistió un poco mejor, cosa que no solía hacer. Se puso un vestido de dos piezas de color rosa pálido.

—Ya que estoy vestida así, por qué no ir a un hotel de lujo —susurró mientras se miraba al espejo—. Aquel detective de la policía había dicho que hoy se iba a citar con una chica. Juraría que la cita era en el *Hotel K* de Akasaka.

Tras quedarse pensándolo detenidamente, Yukiko echó mano del bolso que tenía más a mano, metió dentro lo que usaba más a menudo, terminó de prepararse y salió de la habitación.

—Caray, vas tan elegante que espanta —dijo el viejo Komine cuando ella pasó por la recepción.

—¡Voy a buscar marido! —respondió Yukiko alegremente, y salió de la residencia a paso ligero. Por un segundo, a Yukiko le pareció que realmente acudía a una cita para encontrar marido.

Cuando terminaron el almuerzo, fueron todos juntos a dar un paseo por el jardín. Ese era el programa habitual de toda cita concertada de ese tipo. Era el momento de dejar sola a la pareja por primera vez.

—Id a dar un paseo —sugirió Mitsue con una sonrisa.

Sin ningún interés en seguir con aquella farsa, se había propuesto limitarse a dar un pequeño paseo por el césped que tenían alrededor, pero Ikuko Yokozawa fue de lo más oportuna:

—¿Adónde irá ese sendero? —preguntó señalando un camino de grava que desaparecía entre toda una serie de vegetación y de árboles.

—No lo sé —respondió Katayama, que no podía saberlo pues era la primera vez que caminaba por allí.

—Comprobémoslo.

Katayama se puso a andar con desgana achuchado por Ikuko. Si el sendero del jardín iba a alguna parte, desde luego, no sería precisamente a la salida de una

estación de metro; estaba claro que desembocaría en otra parte del jardín. En principio, este paseo era el momento en el que los jóvenes tenían que comprobar su talante, qué pie calzaban mutuamente y cuando se llegara a la salida del camino se juzgaba si se daba el sí o el no. El resto de la familia y los intermediarios que quedaban atrás despedían a la pareja que desaparecía por el camino con una mirada cargada de expectativas, inseguridad y curiosidad. Acto seguido, se pasaban ese breve espacio de tiempo hablando sobre asuntos triviales.

Katayama sentía tal presión que le parecía que la mujer que caminaba a su lado se le había caído encima con todo su peso, e inseguro, se mantenía con la boca cerrada.

—Yoshitarō^[28] —a Katayama le dio un ataque de tos al oír que ella lo tuteaba—, ¿ocurre algo?

—No, no es nada. —Katayama carraspeó—. Es que no me suelen llamar de ese modo.

—Pero solo será entre nosotros. Llamarte Katayama sería aún más extraño, ¿no es así?

«¿Cómo que entre nosotros? ¿Pero qué clase de relación se cree que tenemos?», pensó el detective.

—Llámame Ikuko, por favor.

—Está bien.

—¿Tú crees en la adivinación?

—¿Cómo dices?

—La adivinación. Ya sabes, con cartas del tarot, con flores, con una bola de cristal.

—Ah, eso... —titubeó Katayama.

—Yo soy una gran aficionada. —Ikuko prosiguió sin esperar respuesta alguna—. Anoche eché las cartas para ver si hoy tendría suerte.

—¿En serio?

—Fue muy extraño. —Agitó la cabeza meditabunda—. Decían que se produciría un gran suceso que decidiría mi futuro y tras un segundo intento me volvió a salir lo mismo. Pensé que era una señal.

Ahora resultaba que además de masajista y pitonisa, veía el futuro.

—¿Y se ha producido ese gran suceso? —preguntó Katayama adrede.

—¡Sí, y tanto! —Ikuko se quedó mirándolo fijamente con ojos centelleantes—. Estoy segura de que no me he equivocado.

En ese momento, Katayama se vio acosado por un impulso: el deseo de salir corriendo. Tenía la impresión de que iba a capturarlo y a devorarlo.

—Qué bien, justo allí hay un banco.

Katayama pensó que, sin duda, la persona que diseñó ese jardín había estudiado detenidamente los rituales de las citas para encontrar esposo o esposa. El banco apareció en un momento la mar de oportuno y para colmo, sobre su superficie blanca, se habían pintado unos motivos florales. Habían colocado un pequeño banco ideado

especialmente para enamorados. A ese paso, ya se temía que el camino condujera directamente a una habitación del hotel con una cama doble.

Cuando ambos se sentaron en el banco, Ikuko se arrimó a Katayama. En un acto reflejo, él intentó zafarse, pero era un banco muy pequeño. Al correr el riesgo de caerse al suelo si se movía demasiado, no tuvo otro remedio que permanecer muy quieto en un extremo, sufriendo la presión asfixiante que Ikuko ejercía sobre él.

—Yoshitarō, ¿qué clase de mujer deseas por esposa?

Si Katayama hubiera sido sincero, habría respondido «una persona completamente distinta a ti». O de haber sido un mentiroso podría haberle dicho sin más «una persona como tú». Sin embargo, no se inclinó por ninguna de ambas opciones y se limitó a darle una respuesta confusa con un «de ninguna clase en especial...».

—¡Qué pena! —exclamó Ikuko exageradamente.

—¿Qué es una pena? —Katayama no entendía nada.

—Que no tengas una mujer ideal significa que, como suponía, hasta ahora nunca has tenido novia. —Katayama estuvo a punto de responder que no tenía ni idea qué lógica tenía esa conclusión; que a él ya le iban bien las cosas viviendo con su hermana pequeña y que no tenía ningún deseo de casarse. Pero su interlocutora se lanzó al trapo sin darle la oportunidad de expresarse.

—¡Yoshitarō! Hasta la fecha he rechazado a nueve pretendientes distintos, pero...

—¿A nueve? ¿Pero no eran siete?

—Bueno, es que quise suavizarlo un poco. A los nueve los rechacé yo. Y es que en cada ocasión, nada más mirarlos a la cara la primera vez, cómo decirlo, no oía en mi interior el sonido de un arpa. Cuando piensas que tienes que pasar el resto de tu vida junto a una persona, tienes que sentir que todo encaja.

—Entiendo.

—Y resulta que hoy, nada más mirarte... —La voz de Ikuko subió una octava—. ¡Lo he sentido! Sí, mi destino es casarme contigo. ¡He sabido con toda certeza que los lazos invisibles del destino nos han unido!

Ikuko había levantado la voz aún más de lo que ya lo había hecho y Katayama estaba convencido que de seguir así empezaría a cantar el aria *Un bello día veremos de Madame Butterfly*^[29].

—¡Yoshitarō! —De pronto, Ikuko se acercó peligrosamente—. ¡Seguro que seremos muy felices juntos! —Y se pegó a Katayama como una lapa.

Katayama se deslizó hacia el lateral sumamente alterado, se salió del extremo del banco y acabó cayéndose de culo contra el suelo.

—Yoshitarō, ¿estás bien? —Ella se levantó con rapidez para ayudarlo.

—Tranquila, estoy bien. No me he hecho nada.

Por un segundo, Katayama se puso a hacer cuentas en su cabeza. ¿Cuánto le iba a costar el servicio de lavandería?

Cuando volvió a sentarse sobre el banco oyó que alguien venía en dirección

contraria por el sendero y se estaba acercando. Así que incluso Ikuko también se separó notablemente de él y se sentó con decoro. Katayama suspiró un poco aliviado, pero al instante él dio un respingo y se quedó sin respiración.

La persona que venía por el sendero era Yukiko.

Con el vestido formal de dos piezas de color rosa, la joven daba la imagen de una secretaria extraordinariamente capacitada. Por un segundo, Katayama se olvidó de sí mismo y volvió a perderse en la belleza de Yukiko. Literalmente.

Por su parte, Yukiko daba la impresión de no haberlos visto, y de estar caminando hacia ellos como si no llevara un rumbo fijo. Se detuvo delante del banco en el que estaban, extendió un pañuelo sobre el tocón de un árbol, se sentó encima y se cruzó de piernas provocativamente.

Katayama se quedó mirándola sorprendido, preguntándose qué diablos pretendía. No podía decirse que aquello fuera fortuito. El día anterior le había dicho que tenía una cita con una chica casadera en este hotel. ¿Qué se proponía Yukiko apareciendo allí de ese modo?

Como él se quedó mirando a Yukiko con cara de no entender qué pasaba allí, a Ikuko aquello le hizo muy poca gracia. El simple hecho de que los interrumpieran en un momento tan maravilloso la enfurecía, pero es que además, esa chica más agraciada que ella se había sentado justo delante y Katayama se había quedado mirándola fijamente. Era normal que se pusiera de mal humor.

Primero, Ikuko tosió una vez de forma que se la oyera bien. Con aquello pretendía hacerle entender a la joven que allí molestaba, pero esta última no daba muestras de haberla oído.

—Yoshitarō, este es un lugar realmente tranquilo —dijo luego como si se conocieran de toda la vida.

Lo hizo para reforzar la idea de que ellos dos eran novios, pero esa treta tampoco funcionó y la mujer que quería ahuyentar sacó un cigarrillo del bolso, lo encendió con una cerilla y empezó a filmárselo con lentitud.

La expresión de Ikuko se hizo aún más severa. Sabía que la joven no tenía ninguna intención de irse de allí. En consecuencia, su treta siguiente fue lanzarle una indirecta con un tono de voz exageradamente alto:

—Últimamente incluso hay mujeres que fuman. Yo lo detesto. Esa clase de gente suele ser muy casquivana y muy vulgar.

Yukiko se quedó como si estuviera disfrutando del silencio del lugar, sin prestarle la más mínima atención. Ikuko perdió completamente los estribos.

—Es tan desagradable que nos haya interrumpido. Seguro que no tiene a nadie con quien estar y está celosa de nosotros.

Sin embargo, estas palabras solo sirvieron para ponerse en evidencia a sí misma. El motivo era que la propia Ikuko era consciente de que la intrusa era, a todas luces, la clase de mujer que tenía mucho más éxito que ella con los hombres. Hablando así se estaba tirando piedras sobre su propio tejado.

Paralelamente, Katayama estaba tan angustiado que no le llegaba la camisa al cuello. No entendía qué pretendía Yukiko acudiendo allí, Ikuko alcanzaba progresivamente unas cotas cada vez más siniestras, y además, al verlas allí una junto a la otra, le resultaba imposible no sentir con fuerza el atractivo de Yukiko. Y eso que lo había estado obviando hasta ese momento.

Al final, Ikuko ya no pudo resistirlo más. Se levantó bruscamente.

—¡Ya está bien! ¿Qué pretendes quedándote ahí sentada? ¡Haz el favor de no molestarnos más! —le dijo encarándose con Yukiko.

La joven levantó lentamente la cabeza fingiendo que no había reparado antes en Ikuko.

—Anda, ¿este jardín es tuyo? —preguntó con un tono sereno.

—¿Cómo te atreves? ¡Aquí molestas, así que desaparece de una maldita vez!

—Igualita que un yakuza, oiga.

—¡Qué insolencia!

—Hablando así, lograrás que tu pretendiente te deteste.

—¿Y a ti qué te importa?!

Al ver que Yukiko mantenía la calma, Ikuko intuyó que su contrincante era dura de pelar. Lo más sabio era optar por la retirada inmediata.

—Pelear con esta tipeja no llevará a ninguna parte.

—¡Yoshitarō, vámonos! —Ikuko cogió de la mano a Katayama y se proponía a llevárselo de allí tirando de él. Yukiko se puso en pie al mismo tiempo.

—Eso es cierto. Vámonos ya, Katayama.

Se hizo un silencio amenazador.

Paralelamente, el grupo que había despedido a la pareja, estaba charlando dando un paseo por el jardín y finalmente llegó hasta la salida del sendero. Allí era donde se conocía el resultado de la cita.

Aquel era un día soleado; pese a que el aire era frío, con la calidez de los rayos de sol parecía que estuvieran en primavera.

—Harumi —dijo Mitsue en voz baja—, ¿qué te ha parecido esa chica?

—Bien. Parecía una buena chica —aseguró.

—Espero que todo vaya bien. Al fin y al cabo, mi querido Yoshi no tiene fuerza de voluntad. Se le da tan mal tratar con mujeres, que si no lo presiono, corre el peligro de ser un solterón durante el resto de su vida.

—Tienes razón.

—Harumi, ¿has visto las fotos que le confié a Yoshi?

—Sí, ya las vi —asintió Harumi un poco nerviosa. Katayama se había olvidado por completo de mostrarle las fotos de los posibles pretendientes, pero Harumi ya se veía venir lo que quería decirle su tía.

—¿Y qué te han parecido? ¿Ha habido alguno que te gustara?

—Hm... Creo que son unos buenos pretendientes, pero aún no tengo intención de...

—Si vas diciendo esas cosas, se te pasará el arroz antes de que te des cuenta —arguyó Mitsue en una especie de amenaza—. ¿O es que ya hay alguien que te gusta? Harumi se sobresaltó como si algo hubiera impactado contra su pecho.

—N-no —respondió finalmente en un susurro.

—¿Lo ves? Entonces haz el favor de pensarlo detenidamente —sugirió Mitsue en un tono despreocupado estudiando con atención el comportamiento de su sobrina. La joven no respondió nada—. Supongo que Yoshi y la chica ya deben estar a punto de salir. —Y centró su atención en la salida del camino con la misma cara que pondría si estuviera esperando los números de la lotería.

—Sí que están tardando —dijo la madre de Ikuko tras aproximarse a Mitsue.

—Supongo que estarán hablando largo y tendido.

—Puede ser.

—Cuanto más tiempo tarden, mejor les irá.

De golpe, vieron a Ikuko salir corriendo del sendero.

—¡Nos vamos a casa! —bramó la chica con un rostro colérico rojo como un tomate. Fue andando hacia el hotel a toda prisa. Su familia, que no cabía en su asombro, fue tras ella con inquietud y Mitsue los siguió.

—Hija, ¿qué ha ocurrido? —preguntó su madre cuando por fin le dio alcance—. ¡Son todos iguales! ¡Qué despreciable! ¡Qué bochornoso!

—Ikuko, ¿qué ha sucedido? —Sin aliento, Mitsue ya había llegado a su altura.

—¡Pregúntaselo a él! ¡No quiero volver a ver a ese desgraciado! ¡Nunca más volveré a citarme con alguien que tú recomiendes!

—Ikuko, ¿pero qué te ocurre? No me digas que... que ese hombre ha intentado *propasarse* contigo.

—¿Propasarse? —Ikuko se desbocó—. ¡Si se hubiera propasado conmigo no estaría tan furiosa!

Mitsue volvió al lado de Harumi sintiéndose como si estuviera teniendo una pesadilla.

—¿Pero qué ha pasado?

—No tengo la menor idea. Es imposible que Yoshi haya hecho enfadar de ese modo a Ikuko...

Katayama salió del sendero. Mitsue y Harumi se quedaron de piedra. Una chica muy hermosa con un vestido rosa de dos piezas que no habían visto nunca iba asida del brazo de Katayama, y ambos estaban riendo animadamente.

Cuando él se percató de que Mitsue y Harumi estaban allí, se sonrojó un poco.

—Hola, tía. Lo siento muchísimo. Voy a salir un rato. Harumi, no hace falta que me prepares la cena.

Al ver cómo se marchaban los dos juntos, Mitsue sentía que se iba a desmayar en cualquier momento. Pero Harumi estaba pletórica. Se puso a reír de un modo desenfrenado y lo despidió gritándole: «¡Ánimo, hermanito, que tú puedes!».

Aquella noche Katayama regresó a su apartamento pasadas las once.

—Ya estoy en casa.

Cuando saludó desde el recibidor tenebroso, el piso respondió con una oscuridad silenciosa.

—¿No hay nadie en casa?

El caso es que la puerta no estaba cerrada con llave. Qué extraño. A lo mejor Harumi se había ido ya a dormir. Pero ella siempre le dejaba encendida la luz del recibidor.

—¡Harumi, contesta!

Cuando dijo aquello hacia la oscuridad mientras se iba descalzando, de repente oyó un ruido seco parecido a una pequeña explosión.

—¡¿Quién hay ahí?!

Confuso, intentó ponerse a cubierto, pero los pies se quedaron enganchados al calzado que estaba intentando quitarse y se cayó al suelo panza arriba. «¡El primer disparo puede haber fallado, pero vete a saber qué puede pasar con el segundo!», pensó cuando luchaba para volver a ponerse en pie. «¿Por qué me atacan precisamente a mí? ¿Y Harumi? ¿Le habría sucedido algo?».

—¡Harumi!

Cuando encendió la luz la vio sentada con una sonrisa de oreja a oreja.

—Bienvenido a casa.

—¿Qué ha sido ese ruido?

—Nos quedaba en casa un petardo del cotillón de las navidades.

—Me has asustado. Creía que me habían disparado en el pecho. ¿Y por qué narices...?

—Porque hay que celebrar que te has echado novia.

—¡Eres un diablillo! —Katayama sonrió con ironía al tiempo que iba entrando en el piso.

—¿Quieres un té?

—Sí.

—Hoy me has dejado muy sorprendida.

—¿Cómo está la tía?

—Ha estado a punto de darle un jamacuco de la impresión. Se ha quedado reposando un rato en el vestíbulo del hotel.

—Lo habrá pasado muy mal.

—Aquello era para enmarcarlo. La tía iba diciendo que sentía que se iba a morir en cualquier momento, pero como entrar en la cafetería le hubiera costado dinero, insistió en quedarse en el vestíbulo.

—Le he causado muchas molestias.

—Tampoco estaba tan enfadada. Todo lo contrario, ahora ha cambiado para bien

la opinión que tenía de ti.

—¿Y tú qué opinas?

—¿Yo? —Harumi sonrió—. Decididamente, tengo una mejor opinión de ti.

Katayama se rio.

—Me alegro. Creí que estarías enfadada conmigo.

—¡Qué va! ¿Quién es esa chica?

Entonces, Katayama le explicó a grandes rasgos quién era Yukiko.

—Vaya, vaya, pues sí que avanzáis a buen ritmo. ¡Os admiro de verdad! ¿Y adónde habéis ido después de despedirte de nosotras?

—Hemos hecho un poco de todo. Hemos ido al cine, a un restaurante y a tomar algo.

—Y solo por eso te estás sonrojando. ¡Me tienes alucinada!

—No puedo evitarlo. Hemos estado juntos todo el rato.

—Haz el favor de ganártela bien ganada. Es una chica realmente preciosa. Tal vez sea demasiado buena para ti.

—¡Ya te vale! —dijo Katayama mientras reía. En conjunto, aquel día había sido realmente maravilloso. Habían comido, conversado, bailado y la había acompañado hasta su residencia. Se besaron delante de la verja de la puerta de atrás. Fue un beso largo y apasionado; en esta ocasión Katayama también la había besado a ella plenamente consciente de lo que hacía.

—Eres realmente increíble —dijo Yukiko—. ¿Quieres quedarte a dormir?

El pecho de Katayama se puso a brincar como si estuviera en un trampolín. Quería decirle que sí. Quería acostarse con ella y hacerla toda suya. Pero lo que salió de sus labios fue:

—Mi hermana debe estar preocupada, tengo que volver a casa.

Por su parte, Yukiko parecía estar estudiando atentamente los sentimientos del detective.

—Entonces hagamos una cosa. Ven mañana a las once de la noche a este mismo lugar y quédate a pasar la noche conmigo.

—Pero...

—Si avisas a tu hermana pequeña con antelación, no habrá problema.

—Eso es verdad. Pero... ¿te parece bien?

—¡Por supuesto que sí! Buenas noches.

—Buenas noches.

Tras darse un beso ligero, Yukiko saltó la verja de la puerta de atrás con agilidad. Cuando ya estuvo al otro lado, dijo:

—Ahora que lo pienso, el asesino que mató a Kazumi también saltó esta verja. Solo con pensarlo, me pongo enferma. —Después se despidió de él con la mano—. Hasta mañana. —Y acto seguido se encaminó hacia la residencia.

—¡Espera un momento! —exclamó Katayama. Él también saltó la verja. Yukiko se quedó muy sorprendida.

—¿Y eso a qué viene?

—Te acompañaré hasta tu cuarto, me has dejado preocupado. —Katayama sorteó la verja con una peligrosa inestabilidad y se sintió tranquilo cuando por fin hubo aterrizado.

»Sería terrible que ese asesino estuviera rondando por aquí.

—No te preocupes, estaré bien.

—¡No te dejaré sola! —remarcó Katayama con rotundidad.

Pasaron silenciosamente por delante de la recepción para no despertar al viejo Komine, que para variar estaba dormitando. Ambos fueron juntos hasta la habitación de Yukiko en el cuarto piso.

Cuando Yukiko estaba abriendo la puerta de su cuarto con la llave, la puerta de la habitación de al lado se abrió y Yasuko se asomó.

—Bienvenida, Yukiko. ¡Anda! —Su cara brilló cuando vio a Katayama—. Yukiko, ¿quién es?

—Es un detective de la policía.

—¿Pero qué hace aquí?

—Es que me quería hacer unas cuantas preguntas.

—Claro. —Yasuko asintió con una sonrisita irónica—. Y unas *cuantas cosas* más.

—Esto... yo me despido aquí.

—No me digas; quédate todo el tiempo que quieras —se apresuró en sugerir Yasuko—. Adelante, que yo no os molestaré.

—De veras que yo...

—Interrógala, arréstala, haz lo que quieras. Buenas noches, Yukiko.

—Que duermas bien. —A continuación, Yukiko se giró hacia Katayama—. ¿Qué quieres hacer? ¿Lo dejamos para mañana?

—Sí... Dejémoslo así.

—De acuerdo. Lo espero impaciente. —Se besaron una vez más—. Parece que mañana será un día muy largo. —Yukiko estaba sonriendo.

Katayama salió de la residencia con la cabeza en las nubes: «¿Cómo que mañana? ¿Y qué iba a hacer mañana? ¿Es que ella quiere acostarse conmigo? ¿Pero es eso posible? ¿De veras? ¿No lo estaré soñando?».

La expresión «no tener los pies en la tierra» que suele usarse tan a menudo iba que ni pintada para este caso. Cuando se dio cuenta, ya estaba caminando por la calle fuera del campus. Prácticamente ni recordaba que hubiera saltado la verja de la puerta de atrás. Para salir tenía que saltarla con toda seguridad, pero por lo visto lo había hecho casi inconscientemente.

Katayama pensó distraídamente que el amor era algo grande; pues era capaz de elevar a una persona hasta el mismísimo espacio.

—Hermano. —La voz de Harumi hizo que volviera en sí.

—¿Qué quieres?

—Hoy la tía me ha mencionado no sé qué fotos para mí de unos pretendientes...

—Ah, es verdad. Me había olvidado de ellas. Se quedaron guardadas en el bolsillo de mi traje. —Acto seguido se levantó.

—No hace falta. Los rechazaré de todos modos.

—Al menos échales un vistazo.

—Pero si igualmente...

—Aunque vayas a rechazarlos, por lo menos deberías dar algún motivo de peso para hacerlo. Toma, son estas.

Economista graduado en una universidad de élite, 26 años. Banquero. No hacía falta ser un experto para darse cuenta de que era esa clase de hombre; bastaba con ver su cara y el traje que llevaba.

—Es la clase de hombre que le gusta a la tía.

—Sí, de esos tipos a los que no se puede poner pegas.

—Ese es precisamente su mayor defecto —remarcó Harumi—. Lo siento, pero devuélveselas a la tía de mi parte.

—¿Qué motivo le doy?

—Dile lo que te parezca mejor. Por ejemplo, que yo no cuadro con un caballero tan deslumbrante.

—Qué poca vergüenza tienes.

Katayama se dio la vuelta al oír un ruido persistente detrás de él. Entonces vio que *Holmes*, que antes estaba durmiendo en un rincón de la habitación, se había despertado y se estaba afilando las garras en un poste de madera.

—Vaya por donde, si has colocado un poste para que vaya rascando.

—¿Qué quieres que haga, si no? Los gatos necesitan uno.

Ahora que lo decía, últimamente le daba la impresión de que la superficie del tatami que cubría el suelo estaba un poco desgastada.

—¿Y el administrador no se quejará?

—Yo se lo explicaré, así que no habrá problema. Ah, me olvidaba. Se lo he preguntado a una chica de la tienda y me ha dicho que se venden unas tablas especiales para que los gatos puedan afilarse las uñas. Mañana iré a un mercado de útiles para mascotas y compraré una.

—¡Caray! Hoy en día hacen negocio con cualquier cosa.

Katayama contempló cómo *Holmes* se rascaba enérgicamente detrás de las orejas con las patas traseras y pensó que los gatos también habían ido perdiendo progresivamente sus instintos salvajes. Ahora comían alimentos enlatados y se afilaban las uñas en tablas fabricadas por seres humanos. Como ya no había apenas ratones a los que dar caza, ahora se pasaban el día durmiendo muertos de aburrimiento. Pensó que los animales cada vez se parecían más a los humanos, se imaginó a aquella gata quedándose dormida frente al televisor...

—Iré a bañarme.

—El agua está caliente. Yo ya me he bañado antes.

—Ojalá pudiéramos lavarnos a lametazos como hacen los gatos, sería mucho más

cómodo.

—¡Pervertido!

Katayama se disculpó algo agitado puntualizando que no lo había dicho con segundas.

Quizá debido al alcohol que aún llevaba en la sangre, le entró sueño nada más meterse en la bañera. A medida que se iba adormilando, se iba quedando con media cabeza metida debajo del agua, boqueando. Todo para acabar irguiéndose agitado y ahogado por el agua que se había tragado. Morir ahogado en la bañera no le parecía especialmente glamuroso.

Volvió a la habitación imbuido en un extraño complejo de superioridad. Estaba convencido de que los gatos jamás podrían experimentar la relajación placentera que se sentía al salir del baño.

—Hermano, tenemos un problema —dijo Harumi con una expresión muy seria en la cara.

—¿Qué ocurre?

—Mientras estaba lavando algunas cosas, he dejado aquí las fotos de aquellos pretendientes. Entonces, *Holmes* las ha arañado.

—Es igual, total solo son unas fotos y solo ha arañado una —Katayama se rio—. *Holmes* también es una mujer, a lo mejor es que este tipo le gusta.

—¡Venga ya! Ella no tiene tan mal gusto. ¿Verdad, *Holmes*?

En ese momento la gata ya había vuelto a su rincón y estaba durmiendo. Parecía que había asimilado que ese era su lugar.

—Pero esto es muy extraño. Fíjate en el rasguño que ha hecho.

Katayama resopló mientras examinaba con atención la fotografía. En la cara que aparecía en la foto, justo debajo de la nariz, había quedado la marca de dos arañazos que daban la sensación de que el hombre se hubiera dejado bigote.

—Para haberlo hecho involuntariamente, le ha quedado muy bien.

—¿A que sí? Parece que lo haya hecho a propósito.

En todo caso, mientras Katayama estuvo observando la fotografía le estuvo dando vueltas a la cabeza: con solo ponerse un bigote, la impresión que se tenía de una persona cambiaba por completo. Por ejemplo, eso es exactamente lo que sucedía con Morisaki y Tomita. Si no fuera por aquel bigote, serían como dos gotas de agua.

De improviso algo se quedó atravesado en su interior.

—Espera un momento...

¿El *bigote*...? ¿Y si ese bigote no fuera auténtico? Cuando Katayama posó la vista sobre ella, *Holmes* abrió los ojos y lo miró fijamente. Era una mirada que parecía estar lanzándole una pregunta. Ya había experimentado aquello antes. Fue cuando se quedó mirando el área en obras por la ventana de Yukiko, y supo el paradero de las mesas y de las banquetas. En ese momento *Holmes* también le estaba lanzando una mirada.

¿Pero qué *pretendía* ese bicho? ¿Realmente tenía la intención de enseñarle *algo*?

Holmes volvió a cerrar los ojos. Cuando hacía eso dejaba de ser la Gata Filosófica.

—Si ese fuera un bigote postizo...

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Harumi intrigada. Katayama levantó la voz de pronto.

—¡Ya está! ¡Ya lo tengo!

—¿Pero qué pasa? Me has dado un buen susto.

—Estoy asombrado. ¿Hay algo que le guste a *Holmes*?

—¿Por qué?

—¡Porque quiero darle un montón de chucherías! ¡Ya lo tengo! ¡He resuelto el misterio de la habitación cerrada!

—¿Cómo dices? —Mitamura miró con asombro a Katayama—. ¿Que has resuelto ese misterio de la habitación cerrada?

—Es una teoría.

—Explícamela.

—Para demostrarlo haría falta comprobar unas cuantas cosas.

—¿El qué?

—La primera es si el bigote de Tomita es auténtico o no.

—¿El bigote?

—La segunda cuestión es cómo identificó al cadáver el guardia de seguridad llamado Ishigaki, el hombre que descubrió el cadáver junto al capataz Imai.

—Creo que ya sé por dónde vas —Mitamura entrecerró un poco los ojos.

—Sin bigote, Tomita es igualito a Morisaki. Además, si se quedara estirado en el suelo en aquel rincón oscuro del comedor con la ropa de Morisaki puesta, parecería que quien está en el suelo era el propio Morisaki.

—Claro, y también está que Imai había visitado a menudo al rector.

—Así es.

—¿En ese caso, sería algo así? El rector Abe, Tomita e Imai estarían compinchados, y asesinaron a Morisaki porque él tenía algo que los vinculaba con la corrupción. —Mitamura frunció las cejas de pronto—. ¿Pero qué relación puede tener Tomita con los sobornos?

—Seguramente Tomita no guardaba relación con la corrupción. Pero es un hecho que estaba resentido con su hermano desde hacía muchos años y luego está esa gigantesca fortuna. El rector debía estar al tanto de todo y quiso hacerlo cómplice del asesinato.

—Ciertamente. En ese caso, Tomita se habría afeitado el bigote, se habría puesto una ropa igual a la de Morisaki, se habría metido en el comedor, habría cerrado la puerta por dentro con el pestillo y se habría quedado tumbado en la esquina. En ese preciso momento, el señor Imai traería consigo al guardia de seguridad y reventarían

la puerta entre los dos. ¿Pero realmente podrían hacerle creer al guarda de seguridad que lo que veía era real?

—La primera vez que se ve un cadáver uno no puede conservar la calma cuanto querría. Y tocar uno da todavía más reparo.

—Eso es verdad.

—En principio, solo habría traído al guardia de seguridad para que al verlo lo identificara como el señor Morisaki. Como lo que veía supuestamente era un cadáver, con solo decirle que fuera a llamar a la policía, él se iría de allí con mucho gusto.

—¿Y cuando el guardia de seguridad estaba ausente, Tomita *resucitaría* y metería dentro el auténtico cadáver de Morisaki?

—Sería exactamente así. El único problema es que si no comprobamos los dos detalles mencionados, la teoría no se sostiene por ninguna parte.

—Yo también me quedé algo intrigado con el testimonio de ese tal Imai —dijo Mitamura—. Por mucho que ese hombre viva cerca de la universidad, me pareció extraño que acudiera a la obra a las seis de la mañana. Es obvio que si se retrasaba corrían el peligro de que alguien viera a Tomita en el comedor antes que él. De hecho, a raíz de lo que pudiste sacar de la *Constructora Y*, ayer estuvimos siguiendo de cerca los movimientos del rector Abe.

—¿Y cómo fue?

—Ese rector está completamente perdido.

—¿Y eso por qué?

—Sobre la misma época que se realizó la adjudicación de la obra, adquirió un coche nuevo, se hizo con una casa de campo, compró unos terrenos que estaban en la zona... Ha estado haciendo movimientos que llaman muchísimo la atención. Por lo visto, el Ministerio de Hacienda también sospecha que está cometiendo fraude fiscal y le han echado el ojo.

—¿En serio? ¡Entonces ya no hay duda!

—Morisaki debía tener algo contra él. Si el decano hacía público ante el consejo de dirección los sobornos que había recibido el rector de la *Constructora A*, lo obligarían a dimitir de su cargo y al mismo tiempo, a Abe le habría resultado muy difícil evitar que quedara al descubierto su fraude fiscal. En consecuencia, lo estuvo consultando con Imai de la *Constructora A* y llevó a Tomita a su terreno. Tiene sentido.

—El problema es el bigote de Tomita.

—Eso lo dejaré a tu cargo y al de Hayashi. —Mitamura se apoyó lentamente en el respaldo de la silla—. Cuando se resuelva lo de los asesinatos en serie, me tomaré unas pequeñas vacaciones y me iré de viaje. Si trabajo de una forma demasiado intensiva, me quedo agotado en seguida. Incluso me duele la cabeza.

—¿Se encuentra bien?

—No es nada grave. —Mitamura sonrió—. Por cierto, ¿cómo fue la cita de ayer con la chica casadera?

—Ah, aquello... Pasó un poco de todo.

—¿Después de la cita concertada por la familia salisteis los dos juntos?

—Salir, sí que salí. Pero con otra chica. —Katayama se levantó nervioso—. ¡En fin, me voy a la Universidad Hagaromo!

Tras dejar a un Mitamura con una expresión díscola y astuta en el rostro que parecía rezar que lo había poseído el espíritu de un zorro, Katayama fue hacia el asiento del detective Hayashi.

—Hayashi.

—¿Qué quieres?

—Salimos. Vamos a la universidad.

—¿Has averiguado algo?

—Se lo explico por el camino.

Katayama contempló la figura alicaída de Hayashi con una mezcla confusa de sentimientos. ¿Era posible que Hayashi fuera el novio de Harumi? De ser así, Katayama no podía quedarse indiferente, pero no sabía muy bien qué hacer.

—¿La vuelves a llevar contigo? —dijo Hayashi mirando a *Holmes*, que estaba a los pies de Katayama. Había oído hablar a menudo de la lealtad de los perros, pero nunca de la de los gatos.

—Iría conmigo hasta que logre vengar la muerte de su amo.

Fueron hasta la Universidad Femenina Hagaromo en un coche patrulla. En el coche, Katayama le contó a Hayashi su teoría sobre el asesinato del decano.

—Es una idea muy buena. ¿De verdad se te ocurrió a ti?

—¿Por qué lo dice?

—No, por nada...

Katayama miró por la ventanilla enojado por el comentario. Pensó que se habían ido sucediendo una serie de días con un tiempo muy cálido.

—Hayashi, ¿cómo abordaremos a Tomita? —preguntó de repente, pero su compañero se había quedado completamente dormido.

Llegaron a la universidad justo al mediodía, así que las estudiantes estaban arremolinadas a lo largo del campus. Tuvo la sensación de que se habían metido en un festival.

Cuando preguntaron en administración, les informaron que Tomita tenía el día libre y que probablemente estaría en su casa. Hayashi y Katayama se encaminaron hacia la residencia de los docentes con *Holmes* tras sus pasos.

Cuando llamaron al timbre del apartamento 207, Tomita tardó un poco en abrirles la puerta. Quizá estaba haciendo limpieza general, porque llevaba puestos unos pantalones viejos y una camiseta raída.

—Hola, detective. ¿En qué puedo ayudarlo? —saludó al ver a Katayama.

—Tenemos que hablar con usted. ¿Qué está haciendo?

—Estamos haciendo los preparativos para mudarnos a la casa de los Morisaki. Pasen, disculpen el desorden.

En el momento que entraron, la señora Asako, que iba con un delantal, los saludó con una reverencia gélida. En el apartamento había cajas esparcidas por todas partes.

—Espere un segundo, por favor. —Tomita estaba de muy buen humor—. Adecentaré esto un poco. Tomen asiento allí, por favor.

—No se preocupe por nosotros —respondió Hayashi—. Solo queremos hacerle un par de preguntas. Cuando acabemos con ese trámite, nos marcharemos. Venga usted también, señora.

Ella secó sus manos mojadas con el delantal a medida que se acercaba. Ahora que no iba vestida de luto, no daba una impresión tan siniestra como la que ofrecía en el funeral.

—¿De qué quieren hablamos?

—La primera cuestión es sobre la noche que asesinaron al profesor Morisaki, su hermano mayor. Por lo que le dijeron al detective cuando les preguntó, volvieron ustedes sobre las nueve y se quedaron el resto de la noche en casa.

—Sí.

—Resulta que aquella noche, pasadas las once, el profesor Akiyoshi vino a verlos un momento y asegura que no había nadie en casa.

—E-Eso es imposible... —La inquietud afloró en el rostro de Tomita.

—Seguro que estábamos durmiendo —*intervino* Asako—. Esa noche los dos habíamos bebido un poco y es normal que no nos despertáramos con el timbre de la puerta.

Hayashi asintió con la cabeza.

—Ya veo. No se lo tomen ustedes a mal, comprendan que debemos comprobar cualquier contradicción por pequeña que sea.

—Sí, soy muy consciente de ello —dijo Tomita con alivio. Parecía que se dijera a sí mismo «Ah, vale, solo era eso».

—Disculpe que lo hayamos molestado.

—Tranquilo, les agradezco mucho su labor.

—Lo olvidaba, tengo que pedirle un favor —dijo Hayashi como si aquello se le hubiera ocurrido en ese mismo instante.

—Dígame. Lo ayudaré con mucho gusto.

—No es nada complicado, se lo aseguro. ¿Puede quitarse ese bigote postizo que lleva puesto? —preguntó Hayashi como quien no quiere la cosa. Hacer que primero se relajara para luego soltarle un golpe directo era propio de un detective veterano como él. Había pillado a Tomita con la guardia completamente baja; blanco como la cal y alterado, el hombre se tocaba el bigote con la mano.

—¡¡¿Dé qué diablos están hablando?!! —Asako, que era mucho más inteligente que su marido, se puso en pie exaltada—. ¡Esto es intolerable!

—¿Entonces, reconoce usted que lleva un bigote postizo?

—Pues...

—¡No es verdad! ¡Se equivocan! ¡Es auténtico!

—¡Cariño!

—Bien, en ese caso no le importará que lo comprobemos.

—¿Con qué derecho creen que pueden hacer eso? ¡Me niego rotundamente! —
Asako no se movía de donde estaba bajo ningún concepto.

—¡Ya basta! —El rugido repentino de Hayashi hizo que Tomita diera un bote que lo elevó por lo menos diez centímetros por encima de su asiento—. ¡Sabemos muy bien que se afeitó el bigote para fingir que era el cadáver del señor Morisaki! El rector Abe y el señor Imai de la constructora le pidieron que actuara así y con ello los ha ayudado a cometer el asesinato de su propio hermano. Esa gentuza tenía miedo de que Morisaki destapara el asunto de los sobornos. Usted llevaba años resentido con su hermano. Y además, si su hermano mayor moría, la fortuna y la mansión de la familia serían suyas.

—¡Mentira! ¡Es mentira! —gritó Tomita.

Ya hemos arrestado al rector Abe como sospechoso de evasión de impuestos y también a Imai por soborno. Solo es cuestión de horas que ambos confiesen el asesinato de Morisaki. ¡Ríndase ya!

Naturalmente, aquello era un farol, pero tuvo unos efectos demoledores sobre Tomita.

—Ya no hay salida... ya no puedo... —El hombre se quedó hundido en su asiento.

—¡Cariño, no te vengas abajo! —gritó Asako con desesperación. ¡No debes decirles nada! ¡Cállate!

En ese preciso momento, *Holmes*, que estaba enroscada a los pies de Katayama, saltó a una velocidad que escapaba incluso a la vista, y alcanzó la cara de Tomita. Este gritó de dolor y saltó instintivamente de donde estaba con un arañazo en la cara. Sin bigote se parecía de un modo asombroso a Morisaki.

—Bien hecho, gatita. —Hayashi recogió del suelo el bigote postizo que le había arrancado *Holmes*—. Tendrá que acompañarnos.

—¡Mierda! —gritó Tomita mientras salía corriendo hacia la habitación del fondo.

—¡Alto! —Hayashi corrió tras él pisándole los talones, pero Tomita ya había salido por la ventana y había desaparecido. Vivía en un segundo piso pero no había mucha distancia al suelo, era pan comido saltar hasta abajo. Además, Tomita era profesor de educación física.

—¡Katayama, ve tras él! ¡Que no escape!

Este salió del vestíbulo a toda velocidad y Hayashi lo hizo por la ventana.

—¡Está allí! —señaló.

Tomita había echado a correr hacia un campo de deportes en el que se congregaba un gran número de estudiantes. Katayama lo siguió.

Las alumnas se quedaron mirando la persecución alegremente como si aquello fuera una competición.

En una esquina del campo, había una serie de jóvenes jugando al voleibol.

—¡Toma!

—¡Remata con fuerza!

Al tiempo que una universitaria fornida gritaba enérgicamente, el balón que había rematado salió volando con una fuerza tremenda en una dirección opuesta a la esperada.

Justo en el momento que Tomita se acercaba corriendo, la pelota de voleibol le dio de lleno en toda la cabeza y este cayó panza arriba. De algún modo logró ponerse en pie tambaleándose, pero estaba tan mareado que no pudo seguir corriendo, así que puso en movimiento las piernas como pudo para moverse pero parecía un borracho haciendo eses.

A pesar de haberlo perdido de vista entre todas aquellas alumnas, Katayama siguió corriendo desesperadamente para atraparlo. De repente, un grupo se abrió y, como caído del cielo, vio a Tomita de espaldas caminando tambaleándose. Era demasiado tarde para parar, debido al enorme impulso que llevaba, y sin poder remediarlo, Katayama chocó con todas sus fuerzas con Tomita. Ambos se proyectaron hacia delante y cayeron rodando al suelo.

Luego, cuando Hayashi llegó corriendo hasta su posición, ellos permanecían en el suelo uno encima del otro, rodeados por todo un corro de alumnas.

3

—Qué envidia, tienes la cabeza más dura que una piedra —dijo Hayashi a Katayama cuando este último se levantaba del sofá.

—Parece que le has provocado a Tomita un traumatismo craneal leve.

—Qué susto me he llevado.

—El susto me lo he llevado yo —rio Hayashi—. Pero reconozco que pones arrojito en lo que haces.

—¿Dónde estoy?

—En la enfermería de la universidad.

Katayama se sentó en el sofá agarrándose la cabeza con cuidado; estaba palpitando de dolor.

—¿Tomita ha confesado?

—Ahora está KO en otra habitación. Aún no podemos interrogarlo, pero en vista de que quería huir, es obvio que no nos equivocamos.

—Entonces, Imai y el rector Abe...

—No creo que sospechen nada, pero los mantendremos vigilados por si acaso. No hay prisa. Descansa media hora. Luego saldremos.

—Muchas gracias.

—Este bicho es algo increíble —dijo mirando a *Holmes*, que estaba acurrucada al lado de la puerta—. Que la gata le haya arrancado el bigote falso a Tomita me ha

parecido toda una venganza felina.

—Ciertamente.

—Ahora descansa un poco. —Hayashi se puso de pie—. Salgo un rato.

Cuando el veterano detective abrió la puerta y desapareció de la enfermería, Yukiko entró en su lugar. Katayama puso los ojos como platos.

—El hombre que ha salido me ha dicho que me quedara contigo.

—¿Hayashi? ¡Qué sorpresa! Supongo que quería mostrarse atento conmigo.

—¿Estás bien? ¿Ya te puedes levantar?

—Aún tengo un dolor de cabeza horrible. —Katayama sonrió—. Pero si me besas, seguro que se me pasará.

—Entonces es que no tienes nada. —Yukiko se rio, y sentándose en el sofá a su lado, le ofreció sus labios.

Quizá por consideración, *Holmes* se dio la vuelta para darle la espalda a la pareja.

—¿Por qué estabais persiguiendo al profesor Tomita?

—Pues verás, resulta que... —Katayama le narró lo sucedido por encima.

—¡Qué sorpresa! ¿Era por eso? ¡Eres increíble!

Katayama se sonrojó ante las alabanzas de Yukiko.

—¿Has visto cómo lo he atrapado?

—Yo no, pero Yasuko, la chica de la habitación de al lado, sí lo ha hecho y ha venido corriendo a contármelo. Me ha dicho que el detective de anoche le había hecho un placaje al profesor Tomita.

—Es que se me iba a escapar, pero lo arrollé sin querer...

—¿Por qué no dejas la policía y te dedicas a jugar al fútbol americano?

—No bromees. No lo podría resistir. Perdería el conocimiento cada vez que me hicieran un placaje.

—¿Dónde está el señor Imai? —Hayashi se había asomado a la zona en obras y le preguntó aquello a los obreros.

—Creo que ahora está arriba.

—¿Puede ir a llamarlo?

—Ahora mismo no puedo dejar lo que estoy haciendo. Si sube usted directamente, irá más deprisa.

Hayashi y Katayama se miraron.

—¿Qué hacemos?

—El problema es que yo tengo miedo a las alturas...

—Pero si esperamos a que sea él quien baje, puede pasar una eternidad.

—Bajará en seguida.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Bueno... esto... lo intuyo... —Katayama se había quedado bloqueado.

—Subamos.

—Sí —respondió Katayama con una vocecilla apenas perceptible—. Tú, espéranos aquí —le ordenó a la gata.

Los detectives se subieron al ascensor de la obra. Cuando presionaron el botón de este, empezó a ascender lentamente entre temblores. Aunque lo denominaran ascensor, aquello parecía más bien una góndola montacargas con solo una barandilla que llegaba a la altura de la cintura. Por lo tanto se podía contemplar una buena vista. Pero tan buena que cuando llegaron hasta el cuarto piso, Katayama se había mareado y la cabeza empezó a darle vueltas.

Cuando salieron del ascensor un piso más arriba, ya no había ninguna valla a su alrededor; se extendía ante ellos un amplio paisaje, el viento soplaba con fuerza y sus corbatas se mecían como banderas al viento.

Katayama sintió sus piernas paralizadas; unos temblores y espasmos persistentes las recorrían y a duras penas podía avanzar un paso.

—Está allí. —A Hayashi tampoco lo entusiasmaban las alturas pero se puso a andar a paso ligero.

—Ha-Hayashi...

—¿Qué te pasa? Te has quedado blanco como el papel. —Hayashi se dio la vuelta al oír la voz temblorosa de Katayama.

—Es que... Esto... No puedo ni andar...

Hayashi se echó a reír con ironía.

—¿Dónde está el arrojito demostrado cuando le has hecho el placaje a Tomita? Bueno, es igual. Ve abajo y espérame allí. Puedo apañármelas solo.

—Gracias. —Vacilante, Katayama regresó al ascensor. Misteriosamente, sus piernas sí que tenían movilidad.

Se subió al ascensor, se sintió mucho más tranquilo y estuvo a punto de presionar el botón, pero su mano se detuvo de repente. Recordó que Hayashi había arrastrado a su hermana a una relación que no llevaba a ninguna parte. Había hecho llorar a la inocente Harumi por un amor desafortunado. No podía permitirse el lujo de mostrarle esa imagen lamentable a un tipo así.

Aquello era todavía más extraño que un año bisiestro, sin embargo, el valor apareció en el espíritu de Katayama. A Tomita lo había capturado él, y a Imai también se lo llevaría a comisaría personalmente. Como él mismo era consciente de que ese valor no duraría mucho en su interior, salió del ascensor con rapidez y fue tras Hayashi antes de cambiar de idea.

Estaba seguro de que Hayashi no lo interrogaría allí. Fingiría no tener ninguna sospecha sobre Imai y haría que este bajara con él.

Intuyó que Imai recelaba en su interior, porque vio algo en la postura y el comportamiento aparentemente despreocupado de Hayashi.

Ya había llegado a mitad de camino del lugar en el que Hayashi e Imai estaban hablando. Este último, de repente, se puso a correr en su dirección. Hayashi tardó un poco reaccionar y al ver a Katayama le gritó:

—¡Detenlo! ¡Tienes que detenerlo!

—¡Alto! —Katayama se quedó petrificado por un segundo sin saber qué hacer, pero los gritos de Hayashi lo hicieron reaccionar y se plantó delante de Imai con los brazos abiertos en cruz.

Al sentirse rodeado, Imai se dirigió hacia uno de los lados del edificio en obras.

—¡Cuidado! —La advertencia de Hayashi llegó tarde. Imai ya se había colocado sobre una viga del armazón tan estrecha que no permitía ni siquiera colocar un pie al lado del otro. Katayama se quedó horrorizado. El hombre estaba intentando escapar por una viga de acero que tendría únicamente unos diez centímetros de ancho, a más de diez metros de altura. Aunque los obreros de la construcción estaban habituados a trabajar en altura, Imai había perdido la calma y de pronto se quedó sin saber qué hacer.

—¡Vuelva aquí! —le ordenó Hayashi—. No tiene de qué preocuparse. Solo nos tiene que decir la verdad, y todo habrá terminado.

Los obreros se apelotonaron preguntándose qué estaba sucediendo. Hayashi los calmó con la mano y él mismo, poniendo toda su voluntad, avanzó hasta el borde de la planta en obras y se dirigió a Imai con toda la calma que le era posible mantener. Y es que Imai estaba sobre esa viga a varios metros de él y se había quedado paralizado.

—Sabemos que no lo hizo por gusto. Usted es un hombre honesto. No tuvo otro remedio porque no quería que descubriéramos al rector Abe dejándose sobornar. La culpa es de esa gentuza que le ha obligado a actuar así. Vamos, vuelva aquí. ¿No nos lo quiere explicar todo?

Katayama estaba sin aliento detrás de Hayashi. Los obreros que estaban presenciando la escena no se atrevían a moverse pues todo aquello les daba muy malas vibraciones. Hayashi vio claro que por más que le hablara en esos términos, Imai no lo escucharía. Tenía el aspecto de alguien sin fuerzas que sabía que todo había terminado y que a duras penas podía afrontar los remordimientos y la culpa.

—Venga andando. Muy despacio, paso a paso... —lo llamó así varias veces hasta que consiguió que Imai lo mirara a la cara—. Muy bien, todo se arreglará. No se preocupe. Vamos, vuelva aquí.

En ese momento, el capataz giró la cabeza con calma y miró a los obreros que estaban abajo observando. Hayashi también los miró y se dirigió a ellos:

—Vosotros volved al trabajo. Aquí no sucede nada. ¡Vamos! —La orden surtió efecto porque todos empezaron a dispersarse y volvieron al trabajo.

—¡Hayashi! —gritó Katayama. El veterano detective levantó la cabeza alarmado por el tono apremiante de su compañero; Imai había desaparecido de encima de aquella viga. Un segundo más tarde, oyó a sus pies un ruido sordo.

—¿Qué ha pasado?

—¡Alguien se ha caído!

El revuelo que había abajo se fue expandiendo, los obreros que se habían dispersado acudieron corriendo al lugar de la caída y otros corrían atropelladamente

por las escaleras para bajar al suelo.

Hayashi se quedó sentado sin fuerzas en el saliente del quinto piso sobre el que había estado de pie, negando en silencio con la cabeza. Katayama había olvidado sus miedos y se asomó. Pudo ver desde arriba que Imai había quedado con las extremidades abiertas y que un anillo de gente se iba congregando a su alrededor.

Los dos detectives se miraron el uno al otro sin decir palabra. El rostro de Hayashi estaba extremadamente rígido.

—Ha sido terrible... debíamos haberlo evitado —dijo Hayashi para sí, reprimiendo sus sentimientos. Acto seguido volvió al ascensor seguido por Katayama.

—De acuerdo. Lo lamento muchísimo, señor.

Hayashi dejó el auricular. Le había comunicado el fallecimiento de Imai a Mitamura. Que un sospechoso se suicidara, era un error imperdonable por parte de la policía.

—Parecía un hombre recto —dijo Katayama.

—No hay duda de que estaba muy nervioso preguntándose cuándo íbamos a descubrirlo todo. Así que cuando le dije que quería hacerle unas preguntas, se quedó en estado de *shock*.

Ambos habían hecho la llamada desde el puesto del guarda de seguridad. Aquella era una sala de unos once metros cuadrados aproximadamente. El guarda Ishigaki iba uniformado y cuando se enteró de la muerte de Imai se quedó hundido en una silla incrédulo. Hayashi procedió a hablar con él:

—Se lo preguntaré de nuevo, ¿usted no examinó en profundidad el cadáver del decano Morisaki, cierto?

—Esto... Lo que es verlo, lo vi. Me di cuenta de que era el señor Morisaki. Pero estaba muy oscuro y era la primera vez que veía un cadáver... —respondió Ishigaki confuso.

—¿No lo observó de cerca con más atención?

—Sí...

—Dijo usted que lo tocó. ¿En qué medida?

—Pues... Dado que el señor Imai dijo que ya se encargaría él, solo le toqué un poco el brazo...

—Entonces, ni comprobó el pulso, ni acercó el oído al corazón para ver si estaba vivo.

—No... —Hayashi y Katayama se miraron de refilón un segundo y se marcharon.

Era la primera vez que Katayama veía a Hayashi con una expresión tan severa en la cara. En su fuero interno estaba extremadamente furioso. Se sentía responsable por su torpeza que había abocado a Imai a la muerte, y la furia crecía en su interior hacia el rector Abe, el auténtico responsable de todo aquello.

Ambos se dirigieron al despacho del rector. A medio camino Hayashi se giró hacia *Holmes*, que iba tras ellos.

—Escúchame bien, si intenta escapar, puedes machacarlo a arañazos.

Había un policía de pie en el pasillo junto a la puerta del despacho del rector. Cuando vio a Hayashi y a Katayama sonrió de oreja a oreja.

—¿Cómo está el patio? —preguntó Hayashi.

—Está dentro. No ha salido en ningún momento. Y parece que tampoco tiene ningún invitado.

—Bien. Quédate aquí y estate al tanto de todo. Si intenta huir, captúralo.

—Entendido.

Hayashi y Katayama, y también *Holmes*, abrieron la puerta del despacho del rector y entraron. Allí había una pequeña sala de espera. Una secretaria mayor con pinta de estirada los miró con recelo desde un escritorio que había al lado de una puerta situada al fondo de la sala.

—¿Quiénes son ustedes? —Las palabras que empleaba eran corteses, pero su tono era como un garrote para ahuyentar a vendedores pesados.

—Somos de la policía. —Hayashi mostró su identificación—. Queremos ver al rector Abe.

—¿Tiene una cita concertada?

—No.

—Sin cita no pueden verlo, son las normas.

—¡Es un asunto oficial! —escupió Hayashi indignado.

—El rector está muy ocupado, no será posible —respondió ignorándolos por completo. La voz de la secretaria no se alteró lo más mínimo.

—Nosotros también lo estamos. —Hayashi no se daba por vencido—. Y si usted no nos anuncia, entraremos por la fuerza.

La secretaria finalmente cedió a regañadientes ante la firmeza de Hayashi y apretó el botón del interfono de la mesa.

—¿Qué pasa? —Era la voz del rector.

—Unos policías quieren verlo.

—Entiendo. Dígales que esperen un momento. Tengo que resolver un asunto.

—Ya lo han oído ustedes. Esperen un momento —les dijo encarándolos.

Hayashi tenía tal expresión en la cara, que parecía que fuera a tirar la puerta abajo en cualquier momento para entrar en el despacho. Pero como aún no tenía una orden de arresto, se contuvo y decidió esperar.

No obstante, al cabo de dos o tres minutos, fue incapaz de seguir esperando.

—¡Queremos verlo ahora mismo! ¡Haga el favor de decírselo! —ordenó a la secretaria. Pero ella tampoco se amedrentó.

—¡No les permitiré esa falta de decoro! ¡Aquí no pueden entrar sin autori...!

Entonces, de repente, *Holmes* levantó las orejas en máxima alerta y maulló realmente alto. Corrió hasta la puerta del despacho del rector y la rascó enérgicamente con las patas delanteras. Hayashi reaccionó enseguida:

—¿Has oído algo? ¡Katayama, entremos!

—¡No pueden hacer eso! ¡Sin permiso no...! —La mujer intentó bloquearles el paso.

—¡Si interfiere la arrestaremos por obstrucción a la justicia! —gritó Hayashi colérico al tiempo que intentaba abrir la puerta—. ¡Está cerrada con llave!

—¡Imposible! —La secretaria estaba muy sorprendida.

—¿No tiene usted la llave?

—No. Nunca la había cerrado con llave.

—Pues ahora lo está.

Hayashi golpeó el pomo de la puerta.

—¡Abra o tiraremos la puerta abajo!

No obtenían ninguna respuesta desde el interior. Los policías se miraron.

—¿Pero qué pretende?

—Estamos en un cuarto piso. —Katayama cayó en la cuenta—. ¡Quizá tenga una escalera de cuerda de emergencia!

—¿Cómo dices?

—Juraría que en una esquina del despacho del decano Morisaki había una caja con una de esas escaleras guardada. Es posible que él también tenga una.

—¿La tiene? —preguntó Hayashi a la secretaria.

—Sí, en todos los despachos de la universidad hay una para tener una salida en caso de incendio o terremoto, pero el rector nunca emplearía algo así para...

—Vamos fuera —ordenó Hayashi.

—¿Disculpen, el rector ha hecho algo? —La secretaria no podía estar más perpleja.

—Efectivamente —dijo Hayashi—: ¡Ha cometido un asesinato!

«¿Por qué narices me tengo que pasar el día corriendo?», pensó Katayama mientras bajaban las escaleras. Estaba haciendo en un solo día más ejercicio que en todo un año. Y además, esa noche... ¿Sería capaz de estar con Yukiko con todo ese cansancio acumulado? Katayama no estaba seguro. ¿Estaría tan agotado que nada más meterse en la cama se quedaría dormido...?

Por el momento era mejor no pensar en ello. Si tropezaba en las escaleras y se caía, se haría mucho daño. Cuando por fin llegó abajo con las rodillas doloridas, salieron por la puerta principal y dieron toda la vuelta al edificio.

—¡Mira!

Una escalera de cuerda pendía de la ventana del despacho del rector. Al dirigir su mirada hacia arriba, casi sin aliento, comenzaron a reír.

El rector Abe estaba agarrado a la sección central de la escalera de cuerda, y paso a paso, iba bajando con parsimonia como si estuviera en una película filmada a

cámara lenta. Para él, seguro que aquello era bajar lo más rápido que podía.

—No hacía falta que bajáramos las escaleras tan deprisa, la verdad.

—Y que lo diga. Podríamos haber bajado por el ascensor.

—¿Por qué ha huido nada más oír que éramos de la policía?

—Supongo que alguien le habrá contado que hemos capturado a Tomita y que Imai ha muerto. Es posible que estuviera deshaciéndose de las pruebas cuando llegamos.

El rector Abe estaba tan pendiente de dónde ponía los pies que no se había ni dado cuenta de que los policías lo estaban esperando abajo.

Algo se le debió ocurrir a *Holmes*, porque la gata se adelantó con pasitos cortos, saltó hasta la escalera de cuerda y empezó a subir por ella con las garras de sus cuatro extremidades listas para atacar.

—Oye, esa gata es realmente hábil —dijo Hayashi con los ojos muy abiertos—. Acabaríamos antes subiendo nosotros que esperando a que llegue abajo.

El rector por fin bajó hasta situarse a dos metros de tierra firme y el hombre ya se veía abajo. *Holmes*, que había subido hasta allí, arañó con todas sus fuerzas los pies del rector con las garras de la pata delantera que tenía libre.

Abe gritó de dolor y se llevó *las dos manos* a los tobillos. El resultado de aquel movimiento fue obvio: su cuerpo se precipitó hasta el suelo con un ruido sordo y se quedó KO tras un breve gemido de dolor.

—Diablos, cómo me gustaría que esa gata trabajara conmigo —dijo Hayashi riendo—. Bueno, despertemos ya al excelentísimo rector. No creo que pudiéramos soportar llevarlo a cuestas.

4

—Lo propuso el rector —afirmó Tomita como si lo escupiera—. O mejor debería decir el exrector. —Y rio con sarcasmo.

—¿Fue así? —Hayashi estaba tomando nota de todo. Levantó la vista—. Abe ha dicho que todo lo planeó usted.

—¡Maldito embustero! ¡Mierda! —Tomita se puso del color del carmín.

Era mentira que Abe hubiera dicho aquello, puesto que aún estaba en otra habitación completamente KO. Pero Hayashi le dijo eso adrede para enfadarlo.

—¿Y qué le propuso?

—Todo ocurrió la noche del viernes pasado. El rector me pidió que fuera a verlo a su casa y así lo hice convencido de que quería pedirme algo.

»Cuando lo visité se comportó de un modo muy extraño. Me ofreció un güisqui carísimo, me preguntó si me bastaba con el sueldo que tenía y me propuso que si pasaba estrecheces podía subírmelo un poco. Hasta un crío se hubiera dado cuenta de que iba con segundas intenciones.

»Así que le pregunté qué quería. A lo que él respondió: «Tú detestas a tu hermano, ¿verdad?». Por lo visto conocía que la relación que había entre mi hermano y yo era bastante mala. Aparte, también había estado husmeando y sabía que en el caso de que mi hermano mayor muriera, yo heredaría toda la fortuna de la familia Morisaki. Aunque bueno, como el tipo también era el presidente del consejo de dirección, es normal que supiera esas cosas. Yo le respondí que sí que lo detestaba, pero que no era de su incumbencia. Acto seguido, mencionó el asunto de la corrupción en torno al nuevo edificio docente. Me contó que había estado aceptando sobornos por parte de la *Constructora A*, que había usado su influencia sobre otros miembros del consejo, que sugirió a la *Constructora A* que «untara» a funcionarios del gobierno metropolitano y de la ciudad para que les concedieran los permisos para edificar, y que en realidad, era él quien entregaba el dinero sucio a altos cargos, embolsándose así una parte en beneficio propio. Yo no daba crédito a sus palabras.

»Cuando el rector terminó de detallarlo todo dijo: «Ahora que ya te lo he contado todo, quiero pedirte encarecidamente tu colaboración», y le pregunté qué diablos quería de mí. Entonces, el sudor afloró en su cara y dijo: «Mata a tu hermano». Yo me quedé callado completamente abrumado y justo entonces llegó un invitado. Nunca había visto a ese hombre, pero resultó ser Imai. —Tomita suspiró—. Parece que ha muerto. ¿Se ha suicidado?

Hayashi negó con la cabeza.

—No puedo decirle nada sobre eso.

—Sea como sea, Imai se habría acabado entregando a la policía. El tipo estaba bastante nervioso. Era tan honesto que rayaba la estupidez, y el simple hecho de tener que entregarle los sobornos al rector era una tortura para él. Aquella noche, cuando el rector le pidió que lo ayudara a cometer el asesinato, se quedó blanco y estuvo a punto de desmayarse, palabra. El rector entonces puntualizó: «No tienes de qué preocuparte. No estoy diciendo que tengas que matar a una persona. Bastará con que mientas a la policía. Lo haremos Tomita y yo». Entonces me asusté e intenté objetar que no lo haría, pero él hizo caso omiso y convenció a Imai para que aceptara. Y así, tras perder la oportunidad de negarme abiertamente, yo también acabé decidiendo que sí que lo haría. Una vez se me pasó el *shock* inicial, me pareció que no era una idea tan mala.

»Debe usted pensar que soy un hermano horrible. Para serle sincero, incluso a mí me sorprendió no negarme a acabar con la vida de mi propio hermano. Fue entonces cuando me di cuenta de que lo odiaba con todas mis fuerzas... Respecto a Imai, el hombre tampoco nos iba a ser muy útil. Al fin y al cabo estaba aterrado y no paraba de responder que no podía hacerlo, que era imposible. De modo que finalmente, el rector lo hizo claudicar lanzándole una amenaza: «En ese caso, te acusaré de soborno».

—Ahí fue cuando me enteré de que mi hermano había avanzado bastante en su investigación sobre la corrupción y que a raíz del asesinato de la universitaria, él

había solicitado a la policía la ayuda de un detective del cuerpo. ¿Se trataba de usted, verdad? —dijo Tomita mirando directamente a Katayama. Este último asintió.

—Abe tenía la fijación de que mi hermano había llamado a la policía con el pretexto de realizar una investigación interna sobre la prostitución, cuando en realidad lo que estaba haciendo era investigar la corrupción y el fraude fiscal. Se sentía tan acorralado que tenía que hacer algo para pararlo y planeó el asesinato. Fuera como fuera, iniciamos el plan reclutando a Imai a la fuerza.

—¿De quién fue la idea del doble?

—Mía. El rector no es tan inteligente. Él había pensado en citar a mi hermano a media noche en un lugar que no estuviera concurrido, matarlo entre los dos y que Imai, con su testimonio, nos ofreciera una coartada. Pero yo pensé que eso era demasiado simple y que mi hermano sospecharía. En ese momento caí en la cuenta: si me afeitaba el bigote era idéntico a él. Lo cierto es que cuando éramos jóvenes nos confundían a menudo. Y como eso me disgustaba, me dejé bigote. Sin embargo, puesto que la gente de esta universidad solo me ha visto con bigote, si me viera tirado en el suelo sin él, me confundiría con mi hermano sin lugar a dudas.

—¿Pero por qué concibió un plan tan elaborado?

Tomita bajó un poco la mirada y rio con amargura.

—Para darle una lección. Concretamente a su intelecto. Él era el genio y yo no paraba de torturarme con complejos de inferioridad... Ponerle a esa gata suya el nombre de *Holmes* también era una forma de presumir. Si lo hubiéramos querido matar con un método vulgar llevados por un impulso irracional, hubiera vuelto a perder ante él... ¿Lo entienden ahora?

Katayama pensó que debía haber sido difícil vivir constantemente bajo la sombra de Morisaki.

—Por eso, se me ocurrió que debíamos idear un asesinato en una habitación cerrada. No era una idea novedosa, pero se podía ejecutar entre dos personas. El plan era el siguiente: primero el rector enviaría a mi hermano una carta que rezara: «Quiero que hablemos a solas sobre el asunto de la corrupción», citando a mi hermano en su casa, para asesinarlo con un veneno. Su familia está de viaje, así que podíamos trasladar el cuerpo hasta la universidad sin problema y ocultarlo en la zona en obras. Luego, a las seis de la mañana, yo le quitaría la ropa a mi hermano, me la pondría, me metería en ese módulo prefabricado y cerraría desde dentro con el pestillo. Entonces, Imai tenía que traer a Ishigaki, el guarda de seguridad. Yo solo tendría que hacerme el muerto en la parte más oscura de la esquina del módulo, e Imai fingiría que comprobaba que estaba muerto. Ishigaki pensaría que yo era mi hermano nada más verme la cara, y con eso todo estaría arreglado. Durante el tiempo que el guarda estuviera ausente llamando a la policía, yo le volvería a poner la ropa al cuerpo de mi hermano y lo pondría en el mismo lugar.

—Morisaki cometió un descuido yendo a casa del rector completamente solo.

—No crea, mi hermano tomaba al rector por idiota y a decir verdad, Abe es un

cobarde y sería incapaz de matarlo él solo.

Tomita interrumpió su declaración, se tocó con cautela la herida que tenía debajo de la nariz y frunció el ceño. Era la herida que le había hecho *Holmes* cuando le arrancó el bigote postizo.

—Pero aún hay cosas que no comprendemos, por ejemplo... —continuó Hayashi...

—Detective —lo interrumpió Tomita—, antes debería contarle una cosa. Están cometiendo un error.

—¿A qué se refiere?

—Es cierto que nosotros planeamos el asesinato de mi hermano, pero no *lo llevamos a cabo*.

—¿Cómo dice? —Hayashi y Katayama se quedaron con los ojos como platos.

Tomita parecía disfrutar de aquello.

—Escúchenme bien, nosotros enviamos la carta en la que le citábamos y yo estuve esperando en casa del rector con el propio Abe a que él viniera. Pero mi hermano no se presentó.

Hayashi se había quedado con cara de asombro:

—Es la primera vez que oigo a alguien escurrir el bulto con unas excusas tan infames.

—Les digo la verdad —replicó Tomita contrariado—. Así que intenté ponerme en contacto con Imai para informarlo de que el plan había fracasado, pero no hubo manera de localizarlo y al final no le pudimos avisar.

—Entonces, ¿cómo es que cuando Imai se presentó la mañana siguiente, estaba usted dentro del módulo en el suelo?

—Créame. Yo no estaba en el suelo. *Realmente* el muerto era mi hermano.

—Entonces...

—Alguien se nos adelantó y lo mató antes de que lo hiciéramos nosotros.

Hayashi se partió de risa de repente y prosiguió cuando paró de reír.

—¡Basta ya de tomarnos el pelo!

Tomita se quedó blanco ante el grito del policía, que tenía la reputación de hacer temblar a los delincuentes.

—¿Y cree que alguien se va a tragar eso? Ya, que lo planeasteis, pero no lo ejecutasteis. Sin embargo, resulta que otra persona lo asesinó el mismo día, en el mismo lugar, ¿verdad?

—Esa es la verdad... —objetó Tomita débilmente.

—Entonces, ¿por qué salió huyendo como un loco? ¿Y por qué Imai estaba tan nervioso? ¡Hable!

—Porque estábamos seguros de que no nos creerían.

»Nosotros tampoco podíamos dar crédito. Sobre todo Imai. Él entró desprevenido en aquel módulo prefabricado y cuando fue a echar un vistazo pensando que me encontraría a mí haciéndome el muerto, se encontró un cadáver de verdad. El hombre

tenía un trauma brutal.

—¿Eso es todo lo que tiene que decir? —lo interpeló Hayashi con una frialdad gélida.

—Les estoy diciendo la verdad —repitió Tomita en un tono de voz cada vez más bajo; casi resultaba inaudible.

—Muy bien, se lo preguntaremos a Abe con calma. Pero no albergue muchas esperanzas. Aunque Abe nos cuente exactamente la misma historia que usted, no servirá de nada porque han tenido todo el tiempo del mundo para ponerse de acuerdo en qué decir y qué no.

—Eso ya lo sé. —Mientras otro detective de la policía se lo llevaba de allí, Tomita masculló en un murmullo que sabía que no le creerían.

—¿Se habrá despertado el *excelentísimo* rector?

—Si no lo ha hecho, puede despertarlo *Holmes* con sus garras. ¿Verdad, *Holmes*?

—*Miau* —respondió la gata.

Abe entró en la sala de interrogatorios cojeando y frotándose las lumbares.

—Caray, parece que por fin se ha despertado.

—¡Esto pasa de castaño oscuro! ¡No les perdonaré su trato violento! ¡Los denunciaré! —En cuanto vio a Hayashi, Abe se despachó con el rostro enrojecido de costumbre.

—Deja de lloriquear y siéntate.

—¡¿Cómo se atreve?! —Como Hayashi había dejado de emplear un tono cortés con él, el rector estaba inquieto. Pero debido al dolor en las lumbares y los pies, se quedó sin la fuerza necesaria para seguir dando alaridos y se hundió en un sofá.

—¡Ay! ¡Qué dolor! ¡Un médico! ¡¡Llaman a un médico!!

Hayashi, ignorando las quejas de Abe, empezó a interrogarlo.

—Es hora de que nos explique lo que ocurrió. Tomita ya nos lo ha contado, pero de todas formas necesitamos conocer su versión de los hechos.

—¿Qué ha dicho Tomita? —preguntó Abe con una leve inseguridad.

—Ha remarcado que el plan del asesinato y su ejecución fue todo cosa suya, y que él solo lo ayudó en parte.

—¡M-mentira! —Abe gritó e intentó ponerse de pie bruscamente, pero tuvo que sujetarse las lumbares para volver a sentarse entre gestos de dolor.

»Yo no asesiné a Morisaki. Todo el plan lo ideó Tomita. Él es el hermano pequeño de Morisaki.

—Ya lo sabemos.

—Entonces queda todo muy claro. Tomita le guardaba rencor a Morisaki y también deseaba su fortuna. Así que me reveló su plan para asesinarlo.

—¿Y por qué no rechazó su proposición?

Abe se quedó atascado en un balbuceo y Hayashi respondió en su lugar.

—Porque Tomita sabía que había estado recibiendo sobornos de la *Constructora A*, ¿cierto?

—Así es. —Abe asintió sin energía. Quizá pensó que era mejor admitir que había aceptado sobornos y cometido delito fiscal, a admitir que era el autor principal de un asesinato—. Además, Morisaki estaba investigando sobre ese asunto. —Y entonces Abe le lanzó una mirada penetrante a Katayama.

—Le contaré algo que le gustará saber —dijo Katayama—. Morisaki me llamó para que investigara el asunto de la prostitución; no me dijo ni una palabra sobre la corrupción.

—No es posible. ¿En serio? —Abe dio un gran suspiro—. ¡Mierda! —dijo escupiendo las palabras.

—¿Y bien? ¿Cómo sucedió todo?

Después de la pregunta de Hayashi, Abe empezó a hablar a regañadientes, sin embargo, su versión no difería prácticamente en nada a la versión de Tomita. Hayashi lo amenazó del mismo modo que había amenazado a Tomita, pero la cara de Abe se puso cada vez más roja. Terco, declaraba desesperadamente que él no sabía nada.

—Os lo podéis llevar —dijo Hayashi dándose por vencido.

—¡Soy un enfermo! ¡Les exijo que me vea un médico!

Hayashi se giró entonces hacia un joven policía:

—Si de camino veis una clínica veterinaria, llevadlo allí para que lo hagan un chequeo.

—Entendido. —El joven detective asintió con una sonrisa de oreja a oreja y se llevó a un Abe que se había quedado blanco como la cal.

—Señor Hayashi, ¿qué le parece? —le preguntó Katayama justo después.

—¿Parecerme qué?

—Las declaraciones de esos dos. Realmente aseguran que no lo mataron.

—¡Memeces! —exclamó Hayashi cabreado—. Son burdas excusas de dos culpables.

—¿Usted cree?

—Registraremos a fondo la casa de Abe. Seguro que aparece alguna prueba que demuestra que asesinó a Morisaki.

—Es posible.

Katayama se planteó que aún no se había explicado un detalle importante. ¿Por qué habían sacado de allí las mesas y las banquetas? ¿Quién lo había hecho? Sin embargo, los únicos sospechosos eran Abe y Tomita. De no ser así, significaría que aún no habían logrado descifrar el misterio del asesinato en una habitación cerrada.

Katayama miró a *Holmes* preguntándose qué estaría pensando la gata, que permanecía sentada con el cuerpo estirado en el suelo.

Tras hablar por teléfono con Mitamura, Hayashi y Katayama iniciaron su regreso a la comisaría.

—Mitamura me dijo que cuando terminaran de solucionar el caso de los asesinatos de las chicas, se tomaría unas vacaciones.

—¿Unas vacaciones? ¿Y eso lo dijo el jefe?

—Sí.

—Hm... La edad no perdona, ni siquiera al jefe.

—Ni a usted tampoco. Últimamente se le ve muy agotado —dijo Katayama como si nada.

—¿Yo? No sabría qué decirte... —Hayashi exageró un poco su entonación adrede.

—¿Y no sería mejor que descansara un poco?

—Con lo ocupados que estamos ahora, imposible. Quizá pronto lo haga.

—Es posible. —Katayama salió de la sala de interrogatorios tras Hayashi. *Holmes* se coló entre las piernas de Katayama y se puso a andar a paso ligero por delante de ellos.

El reloj marcaba las cuatro de la tarde. El cielo azul llevaba un velo muy fino que apenas resultaba visible; el ocaso se acercaba.

5

—Eres muy extraña. ¿Sabes? —Esa noche Katayama estaba en su apartamento. Se había quedado mirando a la gata y estaba hablando con ella como si le pudiera entender—. Yo no soy Morisaki, pero me gustaría saber si eres tan lista como dicen. ¿Fue una casualidad lo de la fotografía? ¿La arañaste por casualidad o lo hiciste adrede? No sé qué pensar...

Holmes estaba hecha una bola en su rincón lamiéndose las patas.

—¿Qué piensas de lo que han dicho esos tipos? Yo creo que es una excusa estúpida para intentar escurrir el bulto. Pero resulta tan estúpida que se me antoja que a lo mejor es la verdad —suspiró Katayama—. En todo caso son unos tipos despreciables. Tanto Tomita, como el rector. A fin de cuentas fraguaron un plan para matar a Morisaki. Solo por lo que eso implica, esos dos ya recibirán un duro castigo. Y Tomita no podrá volver a dedicarse a la enseñanza nunca más... ¿Eso te satisface? —Y dicho esto estiró el brazo para acariciar la cabeza de *Holmes*, pero entonces, la gata arrufó el hocico compulsivamente y giró la cara para el otro lado en un gesto de rechazo—. ¿Lo has olido? Eso es agua de colonia —se explicó Katayama con el rostro sonrojado.

Entonces oyó cómo Harumi salía después de darse un baño.

—¡Qué baño más agradable! —Entró en la habitación con su cuerpo esbelto envuelto en una toalla y la cara algo sonrosada por los efectos del baño caliente. Al ver que su hermano volvía a ponerse la chaqueta del traje, Harumi se quedó sorprendida.

—¿Vuelves al trabajo?

—Sí... Es lo que hay...

—¿Pero no habíais cerrado ya el caso? Entonces, ¿no dormirás aquí esta noche?

—Seguramente no.

—Qué bien *Holmes*, lo pasaremos fenomenal esta noche aquí tranquilas. —Tras ese comentario, Harumi frunció un poco el ceño—. ¿No te habrás dejado la puerta del baño abierta?

—¿Por qué lo dices?

—Porque huele a ambientador.

—¡Es agua de colonia! —remarcó ofendido. Harumi se quedó un buen rato mirando a su hermano con escepticismo. Finalmente, su rostro se iluminó:

—¡Ah, es eso!

—Claro que es eso. —Katayama ahora observaba inquisitivamente el rostro de su hermana temiéndose lo peor—. Esto... ¿No estás enfadada?

—Para nada. ¿Por qué iba a enfadarme? Es fabuloso. ¿Iréis a un motel?

—No, estaremos en el cuarto de ella.

—¿Y te colarás en la residencia?

—Bueno... sí.

—¡Te arrestarán por entrar ilegalmente! Veo que tú también te las apañas muy bien. ¿Pero a qué viene esa pinta? —Harumi no paraba de mirar la chaqueta del traje de Katayama y su corbata con ojeriza.

—¿Qué tiene de rara?

—Hombre, que no vas a arrestar a un delincuente. ¿Por qué no eliges un estilo más moderno?

—Pero si así es como voy siempre.

—¿Y la camisa colorida que te compré yo el otro día?

—¿Esa naranja tan chillona?

—Esa misma. Te quedará muy bien. Espera un momento, que ahora te elegiré un modelito. —Como si estuviera buscando ropa para sí misma, fue sacando de los armarios una camisa, unos pantalones, una chaqueta de *tweed*^[30], un pañuelo para el cuello, unos calcetines, etc.

—Toma, ponte esto.

—¿Todo?

—Eso es. Y espero que te hayas puesto unos calzoncillos que no estén rotos.

—¡Por supuesto! —contestó Katayama alterado. Tendría narices que incluso lo obligara a cambiarse de calzoncillos.

De esa manera, nació un don Juan que llevaba un pañuelo de seda asomándose por el cuello entreabierto de su camisa naranja.

—¿No resulta extraño? —Katayama se miraba al espejo sin acabar de tenerlas todas consigo.

—¡En absoluto! ¡Estás guapísimo!

Katayama no se lo acababa de creer. Sin embargo, vio que ya era hora de salir.

—Me voy ya.

—¡Ánimo, a triunfar! —Recibir la arenga de su hermana hizo que se sintiera un

poco raro—. Ve con cuidado.

—Estaré bien. ¿Y tú, irás a casa de tu amiga?

—Ya es muy tarde para salir hoy.

—Eso es verdad —respondió Katayama aliviado.

—Hermano, ¿tienes la intención de casarte con esa mujer?

—No sé qué decir... —Katayama agitó la cabeza con una sonrisa en los labios—.

Aunque yo me lo proponga, es posible que a ella no le apetezca casarse y me rechace.

—Pues esfuérzate para que le apetezca casarse contigo.

—Gracias.

Katayama salió del apartamento. Sobre su cabeza, el cielo estrellado brillaba en Tōkyō, algo muy poco habitual.

Cuando llegó a la puerta de atrás del campus a las once y dos, tres minutos, Yukiko ya lo estaba esperando al otro lado de la verja. Cuando la vio, Katayama la saludó con informalidad.

—Bienvenido, célebre detective. —Yukiko lo saludó y miró de arriba abajo el estilo con el que iba vestido—. Caray, estás muy guapo.

—Mi hermana pequeña ha querido convertirme en un maniquí.

Yukiko rio.

—¿Qué tal si entras?

Katayama sorteó la verja y aterrizó en el interior del campus. Quizá eran solo imaginaciones suyas, pero sentía que su cuerpo se había vuelto más ligero. Yukiko iba con una falda tejana larga y un jersey azul de punto. El jersey le quedaba tan grande que parecía prestado, pero no daba una impresión extraña. Katayama pensó que ese era el gusto que tenían las chicas jóvenes a la hora de vestirse.

—¿Quieres tomar algo? ¿Un cóctel? ¿Un café? —preguntó Yukiko ya en su cuarto.

—Me da lo mismo una cosa que otra.

—Será mejor que te sirva un café. Si te emborracharas y te quedas dormido, sería una faena. —Yukiko sonrió.

»¿Habéis cerrado ya el caso? —preguntó la chica mientras le servía el café.

—Eso creo, aunque claro...

—No parece muy convencido.

—Es que aún hay algunas cosas que no acaban de cuadrar. —Le contó lo que habían declarado Tomita y Abe durante los interrogatorios—. Pero aún no tengo ni idea de lo que significa el asunto de las mesas y de las banquetas.

—Es posible que no guarde ninguna relación con el caso. Quizá solo era una jugarreta para despistaros.

—Si fuera así, no habría problema, la verdad.

—No le des tantas vueltas. —Yukiko acarició con dulzura la cara de Katayama

con la punta de sus suaves dedos.

—Y también hay otra cosa —prosiguió Katayama sintiendo cómo su corazón palpitaba cada vez más deprisa.

—¿A qué te refieres?

—A la red de prostitución.

—Ah, eso...

—¿Realmente existe tal red? Si el señor Morisaki me pidió que viniera, fue precisamente porque quería que yo investigara ese asunto.

—¿Continuarás con esa investigación?

—Esa es mi intención.

—Por eso mismo eres un gran detective. —Yukiko tomó una bocanada de aire—. Pero esta noche deja el trabajo de lado.

—Por supuesto.

Yukiko apartó la bandeja en la que había traído las tazas y la azucarera, y se inclinó un poco hacia Katayama:

—Bésame.

Temeroso, Katayama puso sus labios sobre los de Yukiko, que se había quedado con los ojos cerrados. Creía que nada más tocarla acabaría electrocutado, pero no fue así. Más bien se sentía como si una ligera corriente eléctrica fluyera por su cuerpo produciéndole unos estímulos placenteros.

—Ah, lo olvidaba.

—¿Qué ocurre?

Yukiko se separó de él.

—Hay una cosa que quería decirte. Por poco lo olvido.

—¿De qué se trata? No me irás a hablar otra vez del asesinato, espero.

—No, no es eso, pero... —Yukiko no estaba segura de si debía decírselo—. Se trata de una *bomba*.

Katayama no daba crédito a sus oídos.

—¿Y fue idea del profesor Akiyoshi? Ya veo. —Katayama se rascó la cabeza tras escuchar la explicación de Yukiko—. Esta vez ha provocado un gran problema.

—Él mismo está hecho un flan. Si alguien la encontrara y la abriera...

—¿Y está seguro de que la ha perdido?

—La estuve buscando con él, pero no la encontramos.

—Espero que no se la hayan robado.

—No lo creo... pero no sé... Ni siquiera había pensado en esa posibilidad.

—¿El profesor Akiyoshi le habló a alguien de aquella cigarrera?

—Él dice que no...

—Resulta muy sospechoso...

Yukiko dejó pasar una breve pausa.

—¿Qué hacemos?

—Hm... Tenemos que preguntarle cómo es esa cigarrera e informar a toda la

gente del campus.

—Ya, pero sería terrible que alguien la encontrara y se la quedara.

—Cierto. Vamos a casa del profesor Akiyoshi sin demora —dijo Katayama poniéndose en pie.

—¿Ahora?

El joven cambió de idea y volvió a sentarse.

—¿Lo dejamos para mañana?

—Pero... Si alguien la encontrara esta misma noche...

—Imposible —rio Katayama.

Los dos se quedaron callados sin saber muy bien por qué...

—¿Vamos a verlo?

—Sí, mejor.

A Akiyoshi lo molestaba terriblemente que lo despertaran a medianoche, pero se le quitó todo el sueño de repente nada más ver la vestimenta de Katayama.

El detective hizo que Akiyoshi le dibujara cómo era la cigarrera en cuestión. Era metalizada y bastante corriente.

—¿Y qué deberíamos hacer?

Escribiremos un aviso y lo pegaremos en varios lugares por todo el campus. Debemos hacerlo antes de que aparezca una víctima.

—Entiendo. Entonces, mañana sin más demora...

—¡Ahora!

—¿Ahora?

—Todo el mundo debe verlo mañana por la mañana.

—¿Y escribirlo a estas horas de la noche?

—¡Es posible que alguien la encuentre mañana por la mañana! Y si esa persona muere, se convertiría en un *asesino*.

—¡De acuerdo! ¡Lo haré! —Akiyoshi se levantó temblando.

Ya eran las dos de la madrugada cuando pudo terminar una decena de pósteres con la ayuda de Katayama y de Yukiko. Con un rotulador rojo puso «¡cuidado!» en la cabecera con una fuente grande y debajo, un dibujo de la cigarrera a color y las palabras: «Si alguien encuentra esta cigarrera, debe avisar de inmediato a seguridad y no tocarla bajo ningún concepto. ¡Podría llegar a *explotar*!». La palabra «explotar» la había puesto de color rojo.

—Por fin tenemos diez copias.

—Oh, no. Qué desastre.

—¿Qué ocurre?

—Nos hemos olvidado de poner la palabra «explotar» en color rojo en uno de los pósteres.

—Por uno tampoco pasa nada.

—Pero... si alguien llegara a abrirla en un descuido a causa de ese error...

—Hagámoslo de nuevo.

Tardaron quince minutos más.

—Ahora, profesor Akiyoshi, vaya de inmediato a colgar estos pósteres donde llamen más la atención.

—Entendido.

—Y mañana... perdón, hoy al mediodía venga usted a la Comisaría Central, por favor.

—Sí.

—Buenas noches.

La pareja no se tomó la molestia de supervisar dónde los iba a colgar el hombre. Ambos finalmente regresaron a la residencia de estudiantes.

—Son las dos y media.

—¡Menuda novecita! —Katayama se dejó caer sobre la cama.

—Debes estar cansado.

—Sí.

—¿Quieres dormir?

Katayama dio un gran bostezo. *¡Los hombres tenían que hacer tantos esfuerzos...!* Aunque nadie le consideraría un verdadero hombre si se quedaba dormido en ese momento solo por haber tenido que hacer unos cuantos pósteres.

Katayama se incorporó.

—Quiero acostarme, pero no dormir.

—Cuidado no vayas a ponerte enfermo por forzar la máquina.

—Por ti haré todos los esfuerzos que sean necesarios.

Katayama abrazó a Yukiko por la cintura y la atrajo hacia sí. Los dos intercambiaron un largo beso y acabaron cayendo sobre la cama.

—Eres maravillosa. —Sin saber muy bien qué más podía decir, Katayama optó por susurrarle ese comentario tan trillado.

—Gracias. Estoy deseando que me digas lo mismo cuando hayamos terminado —murmuró Yukiko con una sonrisa en los labios. Entonces, Katayama se puso sobre ella...

Oyeron que alguien llamaba a la puerta. Acto seguido:

—Yoshidzuka, Yoshidzuka. ¡Soy yo, Akiyoshi!

—Finjamos que estamos dormidos —sugirió Katayama en voz baja.

—Sí. Pero... y si...

—Si alguien muriera por esa cigarrera... ¡Diablos! —Katayama salió de la cama de un salto y fue a abrir la puerta a toda prisa.

—Ah... ¿Es-estaba usted aquí? —Akiyoshi se quedó con los ojos como platos al verlo allí. Llevaba en la mano uno de los pósteres que habían estado haciendo antes.

—¿En qué puedo ayudarlo?

—Es que quería colgar el póster en la residencia de estudiantes, pero no se me ocurre cuál es el sitio más adecuado.

—Profesor, en la primera planta hay un tablón de anuncios justo delante del

ascensor, allí es donde estará más a la vista. —Yukiko también había salido hasta la puerta—. Seguro que todas las chicas lo verán, porque allí suelen colgar los avisos cuando se anula alguna clase.

—Sí, tienes razón. Muchas gracias. Perdonad por haberos molestado... —Akiyoshi se marchó con una sonrisita ambigua.

—Vaya hombre. —Katayama cerró la puerta—. Me temo que volverá a molestarnos.

—Venga quien venga la próxima vez, nos haremos los dormidos.

—Pues sí.

De pie como estaba, Katayama abrazó con fuerza a Yukiko. Mientras sus labios se entrelazaban, él levantó el borde del jersey de Yukiko y cuando pudo tocar la piel de la joven con las manos, su corazón dio un vuelco.

De repente, Yukiko se alejó de Katayama retrocediendo dos, tres pasos, y se fue quitando muy despacio el jersey de punto. No llevaba nada debajo. Al ver aquellos pechos jóvenes y firmes frente a él, Katayama se quedó como si algo lo hubiera cegado.

—Ahora te toca desnudarte a ti —dijo Yukiko mientras se tendía sobre la cama.

Katayama se acercó lentamente hasta la cama, estiró su mano temblorosa y tocó con delicadeza el pecho de Yukiko. La sangre de su cuerpo empezó a hervir y todo pareció arder como si hubiera un filtro de color rojo en su campo de visión.

Yukiko estiró sus brazos, abrazó a Katayama aproximándolo hacia ella y él, a su vez, abrazó el cuerpo de la joven con toda su alma. Katayama se había desbocado como si se le hubiera subido toda la sangre a la cabeza y sin saber muy bien qué hacía, se entregó completamente a la tarea de desnudar a Yukiko.

No hay duda de que era bastante torpe, pero aun así, ella jadeaba por las caricias de él. Seguramente, la joven era quien iba dirigiéndole con gran habilidad, porque ambos llevaban un ritmo acompasado desde el principio. Con cuidado de no interferir en las atenciones que le brindaba Katayama, Yukiko fue desnudándolo y entonces gritó:

—¡Hazme tuya! —Y luego, la joven cerró los ojos y dejó que Katayama tomara la iniciativa.

¡Este era el momento decisivo! Katayama se sentía como si el mundo entero lo estuviera vitoreando, y con todas sus fuerzas...

Yukiko abrió los ojos repentinamente.

—¿Qué ha sido eso?

—¿Cómo? —preguntó él sorprendido. Ese era justo el momento en el que Katayama se estaba poniendo en posición de ataque.

—¿Y esa voz?

—Yo no he dicho nada.

—No me refiero a ti. ¿No has oído gritar a alguien?

—Yo no he oído nada... —dijo resentido por la interrupción.

—Pero juraría que... —Yukiko tenía una expresión muy seria en la cara.

—¿De dónde venía ese grito?

—No estoy segura... creo que venía del fondo del pasillo...

—¿Qué clase de grito era?

—Pues no sé, era un grito. Es decir...

Oyeron un alarido resonar por el pasillo.

—¿Uno como ese?

—¡Sí, ese!

—Parece más bien un chillido.

Tras haberse quedado un momento con la mente en blanco, se levantó bruscamente.

—¡Es un alarido! ¡Ha sucedido algo! —Salió de la cama de un salto y echó a correr hacia la puerta.

—¡No irás a salir así! —le gritó Yukiko atropelladamente.

Katayama cayó en la cuenta y se puso a buscar desesperadamente su ropa interior entre la ropa de cama. Aunque la primera vez se puso la ropa en orden inverso y tuvo que arreglar el desaguisado, finalmente logró ponerse la camisa naranja y los pantalones, y salió a toda prisa de la habitación. Yukiko también buscó su ropa interior, se puso el pijama que tenía más a mano, y lo siguió.

Ya en el pasillo, Katayama echó un vistazo rápido a derecha e izquierda, pero no acertó en adivinar de dónde había venido ese alarido. Miró a derecha e izquierda compulsivamente y de repente, se abrió la cuarta puerta que había desde su posición y de allí salió arrastrándose una joven. Cuando Katayama acudió corriendo a socorrerla, esta estaba exageradamente pálida y su cuerpo temblaba ostensiblemente. Ni siquiera parecía sentir que realmente estuviera viva.

—¿Estás bien? ¿Qué ha ocurrido?

La pregunta de Katayama no obtuvo ninguna respuesta; la joven únicamente boqueaba sin cesar. Con gran dificultad, señaló la puerta que había abierto. Pese a presentir que se iba a encontrar con la peor de las situaciones, el detective fue a mirar lentamente qué había al otro lado de esa puerta.

Debido a la sorpresa que supuso encontrarse con una situación que jamás hubiera previsto, se quedó estupefacto por un instante, inmóvil en la entrada de esa habitación.

Vio a un hombre retorcido tirado encima de la alfombra que había nada más abrir la puerta. A la altura del vientre quedaba a la vista el mango de un cuchillo que le habían clavado profundamente. La sangre que se iba derramando por la camisa blanca a la altura del vientre se expandía en abanico impregnándose en la alfombra de color mostaza.

Junto a las manos del hombre, sobre el suelo, vio una pistola. Cuando el hombre del suelo levantó el rostro gradualmente, se quedó estupefacto.

—¿Katayama... eres tú? —dijo el otro resollando. Katayama por fin volvió en sí

y fue corriendo hasta él.

—¡Hayashi! ¿Qué significa esto?

Se oyó un breve grito justo al lado de la puerta; era Yukiko, que lo había seguido con un pijama puesto.

—¿No es aquel detective? El que iba contigo...

—Sí. Pide una ambulancia, por favor. ¡Date prisa!

—Sí. También le pediré al médico de la universidad que venga. Está en la residencia de los docentes.

—¡Sí, hazlo!

Cuando Yukiko se hubo marchado, Katayama se quedó sosteniendo la cabeza de Hayashi con las manos. No sabía qué más podría hacer para ayudarlo. Si lo movía de un modo inadecuado, podía provocar que se desangrara todavía más rápido.

—... Katayama...

—¡Señor Hayashi, no hable! Tiene que quedarse quieto.

—He vis-visto al asesino... Lo he visto...

—¿Al asesino? ¿Cómo es?

Pero la pregunta de Katayama no llegó a los oídos de Hayashi. Tras respirar pesadamente dos veces murmuró:

—Lo he visto... —Y exhaló su último aliento.

—¡Señor Hayashi! ¡Señor Hayashi! Señor Hayashi... —Tras susurrar su nombre sin fuerza, depositó la cabeza de su compañero sobre el suelo con delicadeza. Hayashi... había muerto... Katayama no podía creer que aquello realmente hubiera sucedido.

¿Qué fue lo que vio? «He visto al asesino...». ¿Pero qué asesino? Cuando pensó en todo aquello, Katayama se sobresaltó. Esa era la habitación de una universitaria. ¿A qué se debía que Hayashi estuviera allí? Katayama se puso en pie y paseó la vista por el interior de la habitación. En el lado que quedaba a su espalda había una cama. Estaba situada de forma que formaba un ángulo muerto si se miraba desde la puerta. Allí había una joven desnuda boca arriba, muerta. Alguien le había rajado el estómago sin piedad y la sangre teñía de carmín unas sábanas que con toda seguridad antes habían sido blancas.

Hayashi había estado persiguiendo al perverso que había asesinado a esa universitaria. Había determinado que era aquí dónde iba a cometer su crimen. Pero contrariamente a lo que él hubiera esperado, el asesino lo había matado a él.

Cuando los sentidos entumecidos de Katayama empezaron a recuperarse, el hedor de la sangre que había por todas partes y lo terrible de la escena hicieron que su pecho reaccionara violentamente, sintiera náuseas y salió por la puerta tambaleándose. Yukiko llegó corriendo.

—He pedido una ambulancia. Creo que el médico también vendrá enseguida. ¿Cómo está?

—Ha muerto —respondió Katayama resistiendo con todas sus fuerzas las ganas

de vomitar.

—¡No me digas! —Yukiko iba a entrar en la habitación en un acto reflejo, pero Katayama la agarró del brazo y la obligó a retroceder.

—¡No entres!

—¿Qué ocurre? —preguntó Yukiko—. ¿Qué es lo que ocurre?

—Ha muerto alguien más.

—¿Quién?

La chica que antes había soltado el alarido dijo con voz temblorosa:

—¡Es Kiyoko! ¡Kiyoko está muerta!

Yukiko entró en la habitación sin que él tuviera tiempo de poder detenerla y salió en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Estás bien? Ya te he dicho que no entraras.

—Es-estoy bien.

—Blanca como el papel, Yukiko también se quedó sentada en el pasillo como si se hubiera derrumbado ahí mismo. Y entonces, en una especie de reacción en cadena, Katayama también se quedó encogido a su lado.

Dos estudiantes que se habían despertado debido a todo el revuelo, se asomaron hacia el lugar donde los tres estaban sentados con el rostro pálido.

CUARTO CAPÍTULO

EL FINAL Y EL PRINCIPIO

1

—**H**a sido terrible.

Yukiko se había puesto una bata encima del pijama y aun así, todavía parecía tener frío. Tenía el rostro pálido, así que su aspecto en sí transmitía esa idea.

El pasillo parecía un pabellón de urgencias a media noche: aparte de los detectives de la policía y la científica, también había varios periodistas. Poco importaba que a estos últimos los echaran de allí, siempre volvían a aparecer insistentemente.

—No me lo puedo creer... Que Hayashi haya... —se dijo Katayama para sí mismo.

—¿Siempre trabajabais juntos?

—Eso dependía del caso asignado, pero era un buen compañero; siempre ayudaba a los detectives jóvenes. La cabeza de Katayama era un hervidero de recuerdos de toda clase y él mismo sentía que había cosas que estaban fuera de su control.

Por un lado, ¿cómo era posible que Hayashi, una persona a quien indudablemente se le había asignado el caso del asesinato de Morisaki, se encontrara en el lugar en el que habían asesinado a una universitaria? Aquello no podía ser casualidad. Por lo tanto, le debieron dar alguna orden especial.

No tenía otro remedio que comprobarlo con el superintendente Mitamura, pero aunque volvió a llamarlo por teléfono, este no respondió la llamada. Desde que su mujer falleció años atrás tras una larga enfermedad, Mitamura vivía solo. Seguramente habría salido. Ya había llegado el alba. Intentó llamarlo una vez más.

Otra cuestión era qué clase de asesino debía ser ese, que incluso había logrado apuñalar a un policía experimentado como Hayashi.

—Ojalá hubiera sido capaz de decirme algo del asesino antes de morir... —dijo Katayama.

—No tuvo tiempo suficiente para hacerlo.

—Ha dicho: «He visto al asesino». Pero no ha añadido nada más... —Katayama suspiró varias veces—. Si no sabemos ni siquiera cómo es ese hombre, poco importa que se haya hecho un cordón policial. Parece que estamos intentando capturar a un fantasma.

—Al menos estamos seguros de que es un hombre.

—Eso es cierto.

De repente, un extraño pensamiento asaltó el pecho de Katayama. ¿El asesino era

realmente un hombre? ¡Qué ridículo! Claro que lo era. Ninguna mujer apuñalaría a otra de ese modo. Sin embargo, no pensaba que un arma blanca afilada requiriera una fuerza especial para poder emplearla y no había ninguna clase de *interacción física* entre el asesino y sus víctimas. ¿Significaba eso que no podía descartar al cien por cien la posibilidad de que fuera una mujer?

Incluso alguien como Hayashi podía llegar a bajar la guardia un segundo si el asesino era una mujer.

—¿Qué te ocurre? —Había preocupación en la voz de Yukiko.

—No, no es nada.

—Estabas tan perdido en tus pensamientos, que daba angustia verte.

—Es que son muchas cosas... —Katayama respondió con ambigüedad. Todo aquello eran ideas disparatadas. Decidió guardárselas todas en su interior.

Había otra cosa que lo tenía preocupado: Harumi. Si Hayashi realmente fuera el amante de su hermana, la noticia de que lo habían asesinado supondría un trauma inmenso para ella. En cierto sentido, Katayama prefería ser él quien la informara. Debía contárselo antes de que apareciera en las noticias.

—Creo que volveré directamente a mi apartamento —le dijo Katayama a Yukiko—. Supongo que tendré que estar por esta residencia un buen rato y sería inadecuado ir con esta pinta.

—Claro. ¿Pero es seguro que te vayas ahora?

—Sí, volveré en seguida.

—Entonces, me quedaré en mi cuarto temblando en mi cama. —Yukiko por fin pudo sonreír tras todo aquel trance.

Tras hablar con uno de los policías que estaba cerca de su posición, Katayama salió de la residencia de estudiantes.

Hizo uso del teléfono del coche de patrulla que se había parado detrás de la puerta de atrás de la residencia y llamó de nuevo a Mitamura. Esperó un momento y cuando ya iba a darse por vencido, su interlocutor cogió la llamada.

—Soy Katayama, disculpe que lo llame tan temprano.

—No hay problema. ¿Ha sucedido algo?

Katayama se quedó sin palabras por un instante.

—Han apuñalado al señor Hayashi —respondió finalmente.

—¿Dónde?

En la residencia de estudiantes de la Universidad Femenina Hagaromo. Por lo visto lo ha apuñalado el asesino que ha estado matando a las universitarias. Y también ha asesinado a una estudiante más.

—¿Cómo está Hayashi?

—Ha muerto.

Se hizo el silencio durante un buen rato.

—¿Te has puesto en contacto con la mujer de Hayashi?

—No... aún no.

—Yo iré a verla y se lo comunicaré. Salgo de inmediato.

—De acuerdo.

Mitamura jamás le endosaría un trabajo tan duro como aquel a otra persona.

Katayama tembló ligeramente debido al ambiente frío de la mañana y salió a la calle que había frente a la universidad. Estuvo esperando cinco minutos hasta que encontró un taxi y acto seguido se dirigió a toda prisa hacia su apartamento. Cuando se acomodó en el asiento se sintió confortado, y al mismo tiempo, la somnolencia se cernió sobre él de repente. Se había pasado toda la noche sin pegar ojo.

Pese a que aquella tenía que ser una velada para disfrutar del amor, se había convertido en una noche terrible.

Katayama sonrió con amargura y nada más cerrar un poco los párpados se quedó dormido de inmediato.

El conductor tuvo que ser especialmente persistente para lograr que por fin abriera los ojos. Aunque había dormido poco tiempo, el descanso le sentó bien. En su reloj de pulsera vio que faltaba poco para las seis de la mañana.

¿Cómo podría decírselo a Harumi? Llamó al timbre de la puerta cargado de desánimo, hecho un mar de dudas. Harumi apareció al cabo de poco tiempo.

—Hola, hermano.

—Ya estoy en casa.

—Has vuelto muy temprano. —Y le preguntó con una expresión misteriosa en el rostro—: ¿Te has peleado con tu novia?

—No, y ahora no estoy para esa clase de charlas. Han vuelto a asesinar a una estudiante en la residencia.

—¡No me digas!

—Tengo que irme en cuanto me haya cambiado de ropa.

—¿Por qué no comes algo antes de irte?

—No hace falta.

—Tienes que comer. Te prepararé unas tostadas en un periquete. Y unos huevos con beicon, ¿de acuerdo?

—Vale.

Katayama se quedó contemplando con un sentimiento de impotencia a su hermana, que se había dado la vuelta para ponerse manos a la obra.

—Entonces, ¿no estuviste con esa mujer anoche?

—Lo que es estar, lo estaba...

—¿Pero... no *suced*ió nada?

—No, nada. —Estuvo a punto de decirle que había estado a un paso de que pasara, pero nervioso, cerró la boca.

—Oye, Harumi.

—Dime.

—¿Tú conocías al señor Hayashi, verdad?

—¿Al señor Hayashi? Sí, claro. Había venido de visita varias veces. ¿Qué le ha

pasado?

Inseguro de lo que estaría pensando su hermana detrás de ese tono aparentemente despreocupado, Katayama se lo dijo sin tapujos.

—El asesino de esas universitarias lo ha apuñalado.

Harumi se dio la vuelta.

—Ha fallecido.

Mientras Katayama esquivaba la mirada de su hermana, escudriñaba detenidamente su comportamiento. Ella agitó la cabeza con serenidad.

—Es una lástima. ¿Tenía mujer e hijos, verdad?

—Sí.

—Qué horror... Hermano, tienes que ir con cuidado.

—Sí...

Harumi miraba hacia la sartén dándole la espalda.

—¿Entonces no era Hayashi? —susurró Katayama. Estaba francamente asombrado. El hecho de haber visto a Hayashi en Shinjuku aquella noche, ¿solo había sido una casualidad?

Ese pensamiento hizo que pudiera respirar más tranquilo pese a ser consciente que estaba siendo injusto con Hayashi. Sin embargo, en realidad no podía evitar sentir inquietud. En ese caso, se había quedado sin tener la menor idea de quién era el hombre que se veía con su hermana.

Los huevos con beicon calientes y el café lo despertaron. Cuando se hubo cambiado la chaqueta y estaba a punto de salir, Harumi lo retuvo.

—Hermano.

—¿Qué quieres?

—No hagas ningún disparate para atrapar a ese asesino.

—Oye, que soy un detective de la policía.

—Pero si murieras sería el fin.

—Estaré bien.

—¡Ve con mucho cuidado!

Cuando estaba a punto de salir del piso se detuvo.

—¿Dónde está *Holmes*?

—Supongo que debe estar durmiendo. ¿Pero sabes qué? Es una gata fuera de lo común. Ayer estuvo despierta jugando con una caja de cerillas hasta bien entrada la noche.

—Los gatos son animales nocturnos. Bueno, me marcho.

En ese momento, *Holmes* salió de la habitación del fondo del apartamento y dio un gran bostezo al ver a Katayama.

—Mi planteamiento fue demasiado ingenuo.

Mitamura tenía una expresión severa en el rostro. Ya se habían llevado los

cuerpos del escenario del crimen, pero las manchas de sangre aún estaban frescas. Parecía que se hubieran producido apenas unos segundos antes.

—Superintendente, ¿qué hacía aquí el señor Hayashi? ¿Tenía alguna orden específica? —le preguntó Katayama a Mitamura.

Mitamura asintió con el semblante abatido.

—Le ordené que se quedara aquí vigilando todas las noches. El asesino es un tipo listo. Si colocáramos a un grueso importante de agentes vigilando no volvería a aparecer. La idea consistía en poner a un solo detective vigilando para que no llamara la atención.

—¿Y no había nadie que pudiera relevarlo?

—Yo también se lo sugerí, pero él insistió y me rogó que le permitiera encargarse de la vigilancia él solo. Le respondí que hiciera lo que le pareciera más apropiado... Pero ahora creo que fue pedirle demasiado. Como estaba agotado, el asesino pudo con él.

—Si al menos me hubiera pedido que le relevara...

—Es posible que te hubieran matado.

—Ya...

—Sea como sea, para un jefe, perder a uno de sus hombres es un fracaso mayor que la huida de un sospechoso. Y es que uno siempre puede seguir buscando al delincuente.

—Sí.

Llegó el informe de los detectives. Por lo visto no habían capturado a ningún hombre dentro del cordón policial.

—De acuerdo. Ya podemos abrir el cordón policial. Peinad palmo a palmo todos los alrededores. Si el asesino ha dejado alguna evidencia o ha perdido algo, tenemos que encontrarlo.

—Entendido.

—Que no se os pase nada por alto.

—No, señor.

Mitamura cerró los ojos y se presionó la sien con los dedos.

—¿Está usted bien?

—Sí... Solo tengo dolor de cabeza.

—Será mejor que descanse. Venga conmigo.

Katayama llamó a la puerta de Yukiko. Nada más abrir la puerta, la chica sonrió. Se había vestido con un jersey y unos pantalones. Se abrazó a Katayama de improviso y lo besó.

—Un-un momento. —La retuvo agitado Katayama.

Yukiko se percató de la presencia de Mitamura, que se había quedado con unos ojos como platos, y se disculpó.

—No pasa nada. Por mí puede seguir, señorita —dijo Mitamura sonriente.

Katayama tosió una vez.

—Este es el superintendente Mitamura. Resulta que tiene dolor de cabeza y me gustaría que pudiera descansar un poco...

—Sí, claro. Pase por favor.

—Lo haré, aunque creo que con la sorpresa que me habéis dado se me ha quitado de golpe.

Mitamura pareció encontrarse mucho mejor tras tomarse el té caliente que Yukiko le preparó.

—¿Tienen alguna pista del asesino? —preguntó ella con inseguridad.

—Desgraciadamente no tenemos nada por el momento.

—Entiendo. Es aterrador. Todas las chicas están diciendo que se marcharán de aquí.

—Es natural. Si mi hija estuviera aquí, vendría a buscarla enseguida para llevármela de vuelta a casa.

—No lo entiendo... ¿Por qué las chicas dejan entrar al asesino en su habitación? Y más teniendo en cuenta que se han producido esos asesinatos uno tras otro...

Mitamura asintió.

—Ciertamente, ese detalle resulta extraño. Katayama, ¿has conseguido alguna información concreta sobre la red de prostitución?

—No tengo nada...

—Bueno, no han parado de suceder cosas. No has podido hacer más.

—Entonces, ¿la joven que han asesinado habría metido al asesino en su habitación porque era un *cliente*?

—Si no es así, ¿qué otra cosa podemos pensar?

Katayama meditó sobre aquello. Yukiko intervino como si estuviera hablando consigo misma.

—Suponiendo que yo me estuviera prostituyendo, jamás se me ocurriría seguir haciéndolo en un momento como este. Al menos hasta que atraparan al asesino.

—Por eso es probable que el asesino no cuadre con ese perfil —dijo Mitamura—. Tiene que ser alguien que no dé la imagen de un perturbado. Pero es un hecho que los más perturbados son todos gente que a primera vista no aparenta en absoluto lo que es en realidad. En ese sentido no podemos descartar a nadie. —Mitamura dio un gran suspiro—. Hemos echado el guante a los que han asesinado a Morisaki, pero ahora nos topamos con esto. Si no lo solucionamos rápido, los medios de comunicación nos van a machacar con todas sus armas.

—Ya habrán encontrado algo en casa del rector Abe, supongo.

—Aún no. Pero solo es una cuestión de tiempo. Acabarán sabiéndolo todo.

Mitamura hablaba completamente convencido de que ya habían solucionado el asesinato de Morisaki. Sin embargo, Katayama no acababa de estar satisfecho con algún aspecto.

—Muchas gracias por el té, estaba delicioso. Disculpe las molestias, señorita. —Mitamura se puso en pie.

—No se preocupe.

—En lo venidero vigilaré estrechamente esta residencia. No tendrá de qué preocuparse.

—De acuerdo. Así podré dormir tranquila.

Mitamura se giró hacia Katayama.

—Únete al personal que vigilará este lugar.

—Sí.

—Pero nada de vigilar a esta jovencita en exclusiva. —Mitamura rio un poco y se marchó de la habitación con rapidez.

—Es una buena persona.

—Sí. Da un poco de miedo, pero es un buen jefe. Era el mejor amigo de mi difunto padre y ha estado cuidando de mí desde siempre.

—Parece una persona digna de confianza. Es maravilloso.

—Ahora no irás a enamorarte de él.

—Qué tonto eres. —Yukiko se rio y aproximó sus labios a los de él. Se besaron, y entonces susurró—: ¿Hoy tendrás que trabajar toda la noche?

—No lo sé... Aunque tenga que vigilar este lugar, supongo que me relevarán. No sé a qué horas me tocará quedarme.

—Si quedaras libre esta noche...

—... Prometo que vendré.

—Pero no quiero que sea aquí. Nos molestarán. Y luego también estarán los detectives vigilando arriba y abajo.

—Eso es verdad...

—Vámonos a algún hotel. Pero que no sea un sitio demasiado raro.

—¿Al Hotel Imperial^[31]?

—Tampoco hace falta que vayamos allí. Bastará con un lugar acorde con tu salario.

Katayama rio con amargura por aquel golpe bajo.

No sabía si Mitamura lo había hecho adrede, pero se le encargó ocuparse de la vigilancia hasta las diez de la noche. Katayama le había prometido a Yukiko que la iría a buscar nada más terminar su turno, así que estaba animado.

Durante el mediodía estuvo efectuando un registro en el piso de Tomita de la residencia de docentes. No dio con ninguna prueba concluyente del asesinato de Morisaki, por lo tanto estuvo trabajando en balde. Abe y Tomita no habían revocado su confesión y por lo visto seguían diciendo que ellos no habían matado a Morisaki. Katayama no sabía qué pensar. Llegó a creer que esos dos dirían que el difunto Imai era el autor del crimen, pero lejos de hacerlo, admitían que habían urdido el plan para asesinarlo. Sin embargo, no reconocían haberlo matado. Y eso le resultaba extraño. Si tenían que mentir, al menos se podrían haber buscado una mentira más creíble.

En realidad, a Katayama no se le antojaba que esos dos fueran unos mentirosos compulsivos. ¿Podría ser que estuvieran diciendo la verdad? Pero si ese era el caso, significaría que el asesino sería otra persona y que, además, el misterio del asesinato en una habitación cerrada aún no se había resuelto...

Ese día era sábado. Ya era de noche y Katayama permanecía oculto en una posición que le permitía vigilar la puerta trasera de la residencia. De improviso cayó en que ya había pasado una semana desde aquella noche que él estuvo vigilando la residencia de estudiantes desde el comedor y tuvo que sudar la gota gorda para poder ayudar a Ōnaka cuando el hombre intentó colarse por la ventana de la habitación de Yukiko.

Durante esa semana había pasado de todo. En primer lugar, la sorpresa que se llevó el domingo por la mañana, cuando las mesas y las banquetas del comedor desaparecieron sin dejar rastro. Ese mismo día por la tarde, se disgustó al enterarse por boca de su tía de que Harumi tenía por novio a un hombre maduro. Por la noche, o para ser más exactos, a las tres de la madrugada del lunes, Morisaki era asesinado. Y encima, en circunstancias extrañas: en una habitación completamente cerrada.

A continuación, el lunes a medianoche, Kazumi Sasaki se convertía en la segunda víctima del caso del asesino en serie.

El miércoles se produjo el alboroto de la explosión en el funeral de Morisaki celebrado en la universidad y en la *Constructora Y* le informaron de sus sospechas sobre la corrupción en la que estaba metido el rector Abe.

El jueves tuvo el día libre, pero empezó con un encuentro entre Yukiko y una joven casadera con quien él se había citado en el jardín de un hotel. Aquello fue de todo menos bueno para su salud cardiaca y en conjunto no fue lo que él llamaría un día tranquilo para descansar. Por la noche, a raíz de que *Holmes* había arañado una fotografía, resolvió el enigma del asesinato en la habitación cerrada. Aunque le habían quedado un buen puñado de dudas...

El viernes arrestó a Tomita y a Abe, e Imai tuvo una muerte desafortunada. Sin embargo, el caso del asesinato de Morisaki aparentemente estaba casi cerrado. Por la noche, fije a la residencia de estudiantes para pasar la noche con Yukiko y al final acabó ocupado hasta medianoche por culpa de la cigarrera explosiva creada por un excéntrico profesor de química. Cuando por fin iba a acostarse con Yukiko, se produjo el asesinato de la tercera víctima... E incluso Hayashi, que había estado vigilando, perdió la vida a manos del asesino.

Volvía a ser sábado por la noche. Estaban vigilando en máxima alerta para capturar al autor de los asesinatos en serie.

Que todos aquellos casos y sucesos hubieran ocurrido uno tras otro durante aquella semana le hacía pensar que ya no se produciría ninguno más. Y es que no solo había estado hasta el cuello de trabajo como detective de la policía, también lo había estado como hermano y como novio.

Por todo ello, tener que quedarse ahí en silencio en medio de la noche hacía que

sintiera que por fin, tenía un tiempo precioso para poder estar tranquilo consigo mismo. Algo que no había podido hacer en siete días.

Aunque si lo pensaba detenidamente, se daba cuenta de que no había ni una sola cosa resuelta. Había un detalle sobre los asesinos de Morisaki con el que no estaba satisfecho. No habían arrestado aún al autor de los asesinatos en serie. Aún no se había encontrado la cigarrera bomba. No tenía ni idea de quién era el amante de su hermana pequeña. La relación con Yukiko no se había consumado.

Miró su reloj de pulsera y vio que eran las diez. Cuando llegara el detective que le iba a relevar iría directo al hotel con Yukiko. Por lo menos había *algo* que tendría un final satisfactorio...

Katayama rememoró cómo había tenido el joven cuerpo de ella jadeando entre sus brazos la noche anterior y su pecho se agitó.

Esta noche por fin podría hacerla suya. Podrían amarse el uno al otro con todas sus fuerzas sin que nada ni nadie los molestara.

—Perdone... —De repente, alguien le habló a su espalda. Katayama dio un salto de la impresión.

—¿Quién hay ahí?! —Su interlocutor parecía todavía más asustado que el propio Katayama.

—So-soy yo, Akiyoshi.

Katayama pudo respirar tranquilo.

—Me ha asustado. ¿Qué ocurre? ¿Han encontrado la cigarrera?

—No. Pero he ido a la Comisaría Central este mediodía tal y como me dijo anoche.

—Ah, era por eso.

—Ha sido un suplicio. —Akiyoshi estaba incómodo.

—Lo siento, se me olvidó a causa del incidente que se produjo anoche —se disculpó Katayama.

—Yo solo sé que he ido allí y no sabía qué hacer. Usted no estaba, y como me han preguntado para qué había ido, les he dicho que iba «por lo de la bomba». Todos han pensado que yo era un terrorista y han estado interrogándome sin parar hasta ahora.

—Disculpe las molestias. Pero supongo que habrá aprendido la lección. Le ruego que no vuelva a hacer cosas tan peligrosas nunca más.

—Y tanto que la tengo bien aprendida. Pero de todas formas, no podré dormir tranquilo hasta que no la encuentre. —Akiyoshi llevaba una expresión de agotamiento extremo en el rostro.

—Profesor Akiyoshi, ayer me olvidé de preguntarle esto: ¿Alguien más aparte de usted conocía la existencia de esa cigarrera?

—No, nadie.

—Pero por ejemplo, se le podría haber escapado algo cuando ha ido de copas con sus amigos.

—¿Yo no bebo!

—¿Su esposa sabía de su existencia?

—¡De ninguna manera! No lo sabe ni ahora. Y en ese póster no hemos puesto mi nombre. Así que no imaginaría ni en sueños que esa cigarrera es mía. Al guardia le he dicho que me llamara a mí cuando tuviera que notificar que han encontrado la cigarrera, pero no se le ha dicho que la haya fabricado yo.

Entonces, Katayama pensó que era prácticamente imposible que alguien se la hubiera robado. Aunque naturalmente, no se podía descartar que alguien hubiera estado husmeando y hubiera averiguado el secreto de Akiyoshi sin que este se diera cuenta.

Nada más marcharse Akiyoshi, llegó el detective que venía a relevarlo, y Katayama abandonó su posición.

Yukiko lo esperaba vestida con traje completo de pantalones y chaqueta de un color crema bastante alegre. Katayama le dio un beso ligero y salieron juntos de su habitación.

—¿Adónde vamos?

—¿Qué te parece el *Hotel P* de Shinjuku?

—¿En serio? Si es muy caro.

—Bueno, pero aún me lo puedo permitir.

—Qué bien. Entonces, invítame a un cóctel, de paso.

Katayama abrió la puerta de atrás permitiendo que ella saliera primero y le ordenó al detective que estaba vigilando:

—Oye, deja esta puerta bien cerrada.

El policía acudió visiblemente nervioso.

—¿Qué te has creído? Estoy aquí vigilando, no soy tu esclavo.

—No te pongas celoso, hombre. —Y entonces Katayama echó a andar con Yukiko agarrada de su brazo.

El policía que se había quedado atrás cerró la puerta chasqueando la lengua con disgusto.

—Ahora tomaremos un taxi.

—Pero qué lujo.

Esperaron un rato y cuando por fin tomaron un taxi, ambos se dirigieron hacia el *Hotel P*.

Un vehículo arrancó tras dejar una distancia prudente entre él y el taxi en el que viajaba la pareja.

2

—¡Salud! —Katayama y Yukiko entrechocaron sus copas de champán en un brindis.

—No bebas demasiado, ¿eh?

—No exageres, que tampoco es para tanto. —Katayama levantó la copa y se la bebió de golpe. Su pecho se puso a hervir, sus ojos lo vieron todo en blanco y negro, y su rostro se enrojeció de inmediato.

—¿Lo ves? Mira cómo estás —le dijo Yukiko riendo.

—Es-estoy bien... Cuando hayamos acabado de cenar ya se me habrá pasado.

Pese a que ya eran las once, el restaurante que había en el último piso del hotel estaba muy animado. Un trío de piano, flauta y violonchelo tocaba una melodía semiclásica, y en una semipenumbra, se veía cómo se agitaban con languidez las llamas de las velas rojas que había en cada una de las mesas. El ambiente era muy sugerente.

Katayama era consciente de que aquello enviaría a paseo el salario de un mes *en un suspiro*, pero estaba frente a Yukiko hincando el cuchillo en el bistec que había pedido, plenamente satisfecho.

La belleza de Yukiko iluminada por aquella luz sutil lo dejaba sin aliento. Por primera vez, Katayama se dio cuenta de que se estaba enamorando de ella. Aquel era un sentimiento maravilloso. Y al mismo tiempo, un pensamiento irónico surgió y parecía perseguirlo: «Por mucho que ella te guste, para ella no eres más que un mero entretenimiento. ¿Acaso no es evidente? ¿Cómo diablos va a enamorarse ella de un detective de segunda, pobre y sin ingenio?».

—¿Venías a menudo con el profesor Morisaki a esta clase de sitios?

—A veces. Pero a él le disgustaban las cosas demasiado formales. ¿Por qué me preguntas eso?

—No, por nada.

—Dejemos de hablar de alguien que ya no está entre nosotros —puntualizó Yukiko con serenidad.

—Tienes razón...

A esas alturas, Katayama se repitió que Morisaki había muerto. Lo hacía sufrir sentir ese complejo de inferioridad y estar celoso de un muerto. «¡Pero qué ridículo! ¿Acaso no estoy vivo y luego podré tenerla entre mis brazos?». La clase de confianza que tenía en sí mismo era un tanto extraña, pero no podía evitarlo.

—Verás, quería preguntarte una cosa.

—¿Qué es?

—¿Qué opinas de mí? ¿Me ves como un lío de una noche?

—¿Y qué ganas preguntándome eso? —replicó Yukiko con cara de asombro.

—Si es así, actuaría en consecuencia y no diría nada de lo que pudiera arrepentirme.

—¿Y si te dijera que te equivocas?

—Cuando acabes la universidad, quiero que te cases conmigo.

El sonido melancólico de la flauta interpretaba la melodía del *Ave María*. Ambos se quedaron particularmente imbuidos en esa música.

Yukiko fue la que rompió el silencio.

—La carne se enfriará.

—Sí.

Ambos se pusieron otro trozo de carne en la boca y la masticaron mirándose distraídamente a los ojos. Cuando se vieron masticando en silencio, los dos se echaron a reír con desparpajo.

—Es una carne deliciosa —señaló Yukiko.

—Pues sí.

—Tengo que paladearla bien, porque no volveré a comer carne en mucho tiempo.

—¿Y eso?

—Porque con tu salario no podremos comer delicias como estas cada dos por tres.

—Yukiko sonrió y añadió—: O podemos trabajar ambos y compartir el sueldo, ¿te parece?

—¡Maldición! —Katayama se quedó blanco cuando metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta.

—¿Qué ocurre?

—Que no llevo la cartera.

—Pero si antes has pagado el taxi.

—Llevo algo de calderilla, pero no la billetera... ¡Ya lo tengo! Cuando he vuelto al apartamento esta mañana, al cambiarme de chaqueta... —A Katayama se le quitó la borrachera de golpe.

—No te preocupes. Llevo lo suficiente para pagar la cena.

—Lo siento. —Katayama se quedó bastante deprimido—. ¿Romperás nuestro compromiso por esto?

—Son el tipo de cosas que me gusta de ti —dijo Yukiko sonriendo.

La chica pagó la cuenta y salieron al vestíbulo del hotel. Katayama miró su reloj de pulsera.

—¿Son las doce? Mañana no nos dejarán marcharnos sin pagar la cuenta. Volveré un momento a mi apartamento e iré a por la billetera.

—Vuelve enseguida.

—Sí, está muy cerca de aquí. Serán treinta, cuarenta minutos a lo sumo... Lo siento, ¿te importa adelantarte y subir sola a la habitación?

—No, ningún problema. Pero como no vuelvas pronto me quedaré durmiendo sola. —Lo provocó traviesa.

—¡Iré y volveré volando! —Nada más afirmarlo, realmente se fue corriendo por el vestíbulo y se metió de cabeza en un taxi que había detenido en la entrada. El botones de la puerta se quedó mirando estupefacto cómo se marchaba.

Yukiko echó a andar hacia el ascensor con la llave de la habitación en la mano.

—¿Casarme...?

La había pillado tan por sorpresa, que aún sentía que aquello no podía ser real.

Pero inexplicablemente, su corazón latía con fuerza. Su pecho estaba tan acelerado como el de una jovencita que nunca había estado con un hombre, la noche anterior a su primera velada con el novio.

«A mí también me gusta él», pensó Yukiko.

Desde el *hall* del hotel, unos ojos observaban a cierta distancia cómo Yukiko subía al ascensor. En cuanto el hombre pudo ver que la luz del indicador del ascensor se detenía en el décimo piso, empezó a andar lentamente hacia el ascensor.

Yukiko abrió la puerta y entró. Era una habitación doble con un pequeño salón. Se acercó a la ventana y tras quedarse un tiempo absorta mirando el paisaje nocturno de Shinjuku, echó las cortinas y dudó por un segundo qué debía hacer. Decidió que en cuanto Katayama volviera, se lo llevaría directamente a la cama.

Se quitó el traje, lo colgó en una percha, se metió en el baño, conectó el agua caliente y se desnudó del todo. De pronto se fijó en su figura reflejada en el espejo y posó caprichosamente.

Le sobrevino una risa tonta. Estaba realmente loca de contenta. Parecía una cría. Se sentía como si al día siguiente empezaran las vacaciones de verano. Yukiko se metió de cabeza en aquella ducha caliente.

Komine se levantó del sofá en la sala del administrador de la residencia, se agarró su dolorida cabeza y gimió. «Mierda, ya no aguanto nada. Hasta hace poco, aunque bebiera mucho alcohol, me podía mantener en pie como si nada. ¿Y ahora qué? No recuerdo ni siquiera ni cómo ni cuándo he regresado a la recepción», pensó.

Cuando miró el reloj, vio que eran las doce y cuarto. Pensó que habría sido mejor seguir durmiendo. Aunque era verdad que las veces que se quedaba dormido en el sofá, al día siguiente le dolía todo...

—Iré al servicio y luego directo a la cama.

Komine se puso a andar maldiciendo ese dolor de cabeza, pero de improvviso, su mirada se detuvo en la ventanilla. ¿Qué era aquello?

En la ventanilla de la recepción habían dejado algo que tenía un brillo dorado. Cuando se acercó a aquello, vio que era una cigarrera.

—Qué lujo, ¡vaya *regalo!*

Komine la tomó con la mano y la contempló detenidamente. Una cigarrera... Una cigarrera... Le daba la impresión de haberla visto en alguna parte. ¿Pero dónde?

De todas formas, ¿quién debió dejarla ahí encima? Miró por el pasillo y allí no había nadie. Lo más probable era que una estudiante la hubiera encontrado en alguna parte y se la había dejado allí. ¿Encontrado? Claro, ahora que lo pensaba, habían colgado un cartel en el que aparecía aquella cigarrera. Como no andaba muy bien de la vista, ni siquiera había leído el aviso, pero seguro que se le perdió a alguien y ahora la estaban buscando. Bastaría con entregarla mañana en administración...

Lanzó la cigarrera sobre la mesa y cuando terminó con sus menesteres, Komine

bostezó y se propuso irse a dormir. Posó la vista una vez más en aquella cigarrera dorada. Podía fumarse un cigarro antes de dormir. Mientras él entregara la cigarrera, al dueño poco le importaría que se quedara con su contenido^[32].

Volvió a sentarse en el sofá, estiró el brazo para alcanzar la cigarrera y abrió la tapa.

Katayama hizo que el taxi lo esperara y fue corriendo a su apartamento. Dado que la luz de la ventana estaba apagada, pensó que Harumi no estaba en casa. Ella le había dicho que iba a casa de una amiga. Katayama pensó que debía hablar muy seriamente con ella en breve, antes de que fuera demasiado tarde...

Llamó al timbre varias veces, pero tal como supuso nadie abrió la puerta. Se dio por vencido, finalmente abrió con su llave y entró. Encendió la luz y nada más entrar a toda prisa, vio la billetera puesta encima de la cómoda.

—¡Anda que ya me vale!

Cuando iba a guardarla en el bolsillo interior de la chaqueta se detuvo en seco. Mejor prevenir que curar. La sacó de nuevo y la abrió para comprobar su contenido.

Estaba vacía.

—¡No puede ser! ¡Es imposible!

Por más vueltas que le diera, estaba completamente seguro de que había metido un billete de diez mil yenes dentro. Inquieto, también abrió el cajón de la cómoda, pero allí ya no quedaba dinero.

—¿Qué ha pasado aquí...?

«¿Habrás sido Harumi? ¡No puede ser! ¡Es imposible que haya hecho algo así!».

Se sintió desconcertado y entonces sonó el teléfono.

—Hola, soy Katayama. ¿Cómo? ¿Qué has dicho? —gritó Katayama. Al otro lado del auricular escuchó la voz del policía que se había quedado vigilando la universidad gritando como un histérico.

—¡Una bomba! ¡Ha explotado una bomba!

—¿Ha habido alguna víctima?

—El viejo administrador de la residencia de estudiantes.

—¿El señor Komine? ¿Ha muerto?

—Su cabeza ha volado por los aires. Ahora mismo la residencia es un caos entre el ruido de la ambulancia y los bomberos. Creo que no ha habido ninguna víctima más.

—¡Enseguida voy!

Al colgar el teléfono como si fuera a machacar el auricular, la billetera que tenía en la mano salió despedida. Como es lógico, su preocupación por el paradero del dinero no había desaparecido, pero ese no era el momento más oportuno para estar pendiente de aquello. El viejo Komine seguramente había encontrado la cigarrera y la había abierto sin tomar ninguna precaución.

No tenía la menor duda de que Akiyoshi, que había construido ese artefacto terrible, estaría fuera de sí de la desesperación. Katayama había colaborado en la

elaboración de los carteles, y en vista de su implicación con aquello, debía acudir sin falta.

—Lo siento, *Holmes*, tengo que volver a salir. Cuida de la casa.

De repente, la gata se subió a los hombros de Katayama de un salto.

—¡Para! ¡De eso nada! ¡Haz el favor de bajar, que tengo prisa! ¡Venga!

Intentó hacerla bajar de sus hombros, pero ella se aferraba con cabezonería a él. Katayama se rindió.

—No importa. Hoy he venido en taxi. —Salió a toda prisa del apartamento y se subió al taxi.

»Lléveme al campus de la Universidad Femenina Hagoromo. ¡Es una emergencia! ¡Se trata de un asunto oficial! —Y le mostró su placa de la policía.

—¡Sí! —respondió el taxista sorprendido. Acto seguido arrancó el coche a toda velocidad.

Katayama notó que *Holmes* golpeaba su brazo con la pata.

—¿Qué ocurre? ¿Qué quieres? —cuando se lo preguntó cayó en la cuenta y exclamó—. ¡Yukiko!

—¡Oiga! ¡Primero lléveme al *Hotel P*, por favor!

—¡Sí!

—¡Deprisa! ¡Es un asunto personal!

—¿Volverá pronto...? —murmuró Yukiko estirada en la cama. Se había puesto un salto de cama azul claro. La pieza se transparentaba y dejaba entrever su bonito cuerpo. Se lo había comprado ese mediodía pensando en esa noche. Quería que él se sintiera como en su noche de bodas^[33]. Ella se había aseado y dejado todo su cuerpo perfecto, se maquilló con mesura y se puso un poco de perfume. Se había arreglado tanto que no había hombre en el mundo que no se quedara embelesado al verla de ese modo.

Ya empezaba a ser hora de que volviera. ¿Se había olvidado de qué habitación era? Imposible. Era la número diez del décimo piso; un número fácil de recordar.

Se le pasó por la cabeza llamarlo a su apartamento, de modo que se levantó y alargó la mano para tomar el teléfono de la mesita de noche. En ese momento, llamaron a la puerta.

—¡Por fin ha llegado! —Con alivio se acercó a abrir la puerta de inmediato—. ¿Dónde estabas...?

Ni siquiera pudo terminar la frase. Nada más percatarse de que había un hombre de gran envergadura de pie delante de ella, recibió un puñetazo repentino en el estómago y cayó redonda al suelo tras un breve gemido. El mundo se oscureció tras ese dolor.

El hombre tomó en brazos a Yukiko, que había perdido el conocimiento, y la arrojó sobre la cama. Yukiko intentó moverse, por lo cual, recibió otro golpe en el

vientre y se quedó con el cuerpo doblado, gimiendo de dolor.

Tras colocar a una Yukiko extenuada boca arriba, en primer lugar, el hombre le vendó los ojos y a continuación, le metió un pañuelo en la boca al que añadió una mordaza. Acto seguido ató con fuerza las extremidades de la joven con un cordón fino que sacó del bolsillo de su abrigo.

Hizo todo aquello con una destreza excepcional, en un espacio brevísimo de tiempo.

Cuando Yukiko volvió en sí, se le escapaban gemidos de dolor. El hombre se dirigió a ella:

—¿Ya has recuperado el conocimiento? —Aquel fue un murmullo extraño—. No puedes hacer nada. —Era una voz inexpresiva—. Estás atada de pies y manos. Por mucho que intentes liberarte, no te servirá de nada.

Yukiko intentó mover sus extremidades en vano.

—Soy el hombre que ha asesinado a tres estudiantes de tu universidad.

Yukiko se quedó inmóvil.

—Te he estado siguiendo hasta aquí. No sabía cuál era tu habitación y me ha costado encontrarla, pero cuando iba rondando por el pasillo he visto que el botones ha subido a entregar champán a esta habitación. En ese momento he oído tu voz y he sabido que estabas aquí.

El hombre hablaba con serenidad, con una voz inexpresiva y monótona.

—Eres muy hermosa —prosiguió—. Puedo ver lo bonito que es tu cuerpo a través de ese fino salto de cama. ¿Pero eres consciente de una cosa? ¿Sabes lo pecaminosa que llega a ser tu existencia? ¿A cuántos hombres has arrastrado al camino del pecado?

»Las mujeres hermosas son todas unas putas. Y es un hecho: los pecados hay que castigarlos.

Aquellas eran las palabras de un fanático religioso. Pero nada despertaría piedad alguna en esa clase de fanático. Ni siquiera gritándole como una histérica se apiadaría de ella. Solo por eso ya resultaba siniestro. Era un auténtico desequilibrado que parecía estar gimiendo bajo ese tono de voz.

—¿Por qué crees que te estoy diciendo todo esto? Tú no eres una estúpida. Las mujeres que he matado hasta ahora eran todas unas necias. Pensé que aunque las aleccionara no entenderían nada y las maté sin decir una palabra. Pero tú eres inteligente. ¿Tú entenderás mis palabras, verdad?

»Te voy a matar, pero al hacerlo, estaré salvándote del pecado. Te purificaré con la sangre. Ya no volverás a tentar a los hombres nunca más. Ya no acabarás en el infierno.

»Te redimirás.

El hombre se acercó a la cama y se quedó justo al lado de pie.

—Tú no puedes verla, pero llevo una cuchilla en la mano.

Yukiko empezó a sudar. Pese a saber que debía hacer algo, el terror había

paralizado todo su cuerpo y no podía moverse.

—Corta de maravilla. El sufrimiento se te pasará en un abrir y cerrar de ojos. No debes preocuparte, todo terminará enseguida. Tu belleza me llevará hacia la rectitud. ¡Solo yo puedo lograr eso!

«Me parte el corazón despedazar esta piel. Pero debo hacerlo precisamente por eso...».

De repente, el hombre se subió encima de la cama y empujó a Yukiko contra el colchón por la fuerza. Los muelles subieron y bajaron violentamente. El hombre le subió el salto de cama y con la mano, presionó con fuerza el vientre de la joven. El cuerpo de Yukiko tembló.

—¡Vamos, reza! ¡Rézale a Dios!

La hoja fría de la cuchilla tocó el suave abdomen. Yukiko intentó huir desesperadamente en un acto reflejo. Cuando hirió la superficie de su piel, el dolor recorrió su cuerpo y un hilo de sangre fluyó por el costado de la joven.

—No te alteres. Si lo haces vas a sufrir en vano. Así, quédate quieta.

Yukiko había aflojado la fuerza de todo su cuerpo como si se hubiera dado por vencida.

En ese momento, llamaron a la puerta.

—¡Yukiko! —Era Katayama—. Perdona que haya tardado. —Él hablaba desde fuera—. Ha ocurrido algo terrible. Abre, por favor. Venga. ¿Te has quedado dormida?

Se oyó cómo aporreaba a la puerta. El hombre bajó de la cama y Yukiko respiró hondo.

—Qué raro... —Se oía protestar a Katayama al otro lado de la puerta—. Seguro que se ha cansado de esperar y se ha quedado dormida. ¿Y ahora qué? ¿La llamo por teléfono para despertarla?

Holmes estaba sobre sus hombros y se posó en el suelo dejándose caer. En ese momento, el pomo de la puerta giró al mismo tiempo que se oía cómo se abría el mecanismo de la cerradura.

—¿Estás despierta? —preguntó Katayama aliviado. Empujó la puerta hacia dentro. El interior de la habitación estaba a oscuras. *Holmes* maulló con un tono agudo y penetrante. Del interior de la habitación salió la hoja de una cuchilla que lo atacó a toda velocidad.

Al mismo tiempo, *Holmes* saltó hacia arriba y las garras de la gata se clavaron en el brazo del hombre y este dejó caer la cuchilla al suelo. El hombre también era muy veloz. Agitó el brazo, se quitó de encima a *Holmes*, agarró del brazo a Katayama, que se había quedado plantado delante de él y tiró del detective con fuerza para meterlo dentro de la habitación. Sin saber qué demonios había pasado, Katayama se encontró en esa habitación oscura rodando por los suelos. El hombre salió corriendo de allí cerrando la puerta con un sonoro portazo.

—¡¿Pero qué ha ocurrido?! —gritó Katayama en la oscuridad—. ¡Yukiko! ¡La luz! Buscó a tientas el interruptor de la luz en el lateral de la puerta, lo encendió, y la

vio con sus propios ojos.

Encima de la cama, Yukiko estaba atada de pies y manos, con los ojos vendados, y con una mordaza. En ese momento, tenía el salto de cama que llevaba enrollado hasta la base del pecho dejando casi todo su cuerpo expuesto. Por su plano y blanco vientre corría un hilo de sangre que lo teñía de color rojo.

—¡Yukiko! —Katayama se acercó corriendo y se afanó en liberarla. Entonces, con un abrazo, Yukiko se aferró a Katayama con fervor.

3

—¿Ya te has tranquilizado?

Yukiko respondió a la pregunta de Katayama con una sonrisa. Ella estaba metida en la cama. Aún tenía el rostro pálido, pero parecía que el *shock* más fuerte ya había pasado.

Se encontraban en otra habitación del *Hotel P*.

—La herida solo ha sido un rasguño y se te curará muy pronto. No te quedará ninguna marca.

—Me alegro. Pero es una pena que esta noche se nos haya ido al garete.

—A decir verdad, ya hemos cambiado de día. —Katayama miró su reloj de pulsera—. Ya son las tres.

—¿Ya es tan tarde? —Yukiko parecía sorprendida—. Pues yo tengo la impresión de que no ha pasado ni media hora desde lo sucedido.

En ese momento, la habitación 1010 estaba repleta de agentes de la policía científica. El autor de los asesinatos en serie por fin había dejado pistas importantes tras de sí. No era de extrañar que todos y cada uno de los miembros de la sección de investigación estuvieran trabajando exhaustivamente.

—*Holmes* me ha salvado la vida. Tengo que darle las gracias.

—Y yo. Si esa gata no se hubiera lanzado hacia la mano del asesino, no estaría vivo.

En ese momento, *Holmes* estaba durmiendo hecha una bola en un sofá situado a una cierta distancia.

—¿Podréis capturar al asesino?

—Sí. Se ha marchado dejando atrás la cuchilla y *Holmes* lo ha arañado, así que está herido. De hecho ha caído algo de sangre en la alfombra del pasillo. Ante todo piensa que pronto podremos arrestarlo, así que tranquila.

—Si le hubiera visto la cara, resultaría mucho más fácil hacerlo...

—¿Recuerdas haber oído su voz alguna vez?

—No sabría qué decir. Era una voz muy extraña.

—Te siguió hasta aquí, luego eras su objetivo. Es posible que hayas hablado con él en alguna ocasión.

—Quizás. Lo pensaré detenidamente.

—Como te dije que estuvo rondando por el pasillo, por la mañana le preguntaremos al personal del hotel, por si acaso alguien lo ha visto. —Katayama suspiró—. Y ahora duerme. No te preocupes por nada. La habitación la paga la policía. —Y los dos rieron juntos.

»Ah, es verdad. Verás...

Katayama estaba preocupado porque no sabía si ese era el mejor momento para explicarle ese asunto, pero se lanzó y le contó que el viejo Komine había fallecido a causa de aquella cigarrera bomba.

—¿El señor Komine?

—Supongo que la encontraría por alguna parte. Y eso que hicimos todos aquellos carteles...

—Es que el hombre no veía bien... —dijo Yukiko tras una larga pausa—. Es una lástima.

—Y que lo digas. Era un poco terco, pero no era una mala persona. Verás, tengo que ir a la universidad para comprobar cuál es la situación, pero volveré.

—Ve tranquilo, yo ya estoy bien. —Yukiko asintió.

—Luego vendré a verte, tú duerme un poco.

—Sí. Bésame.

Ambos intercambiaron un cálido beso.

—Esto es horrible —susurró Katayama. Estaba de pie delante de la entrada de la residencia de estudiantes. La ventanilla de la sala del administrador había salido volando hecha pedazos y había fragmentos de cristal esparcidos por todo el pasillo. Y no solo eso, el propio marco de la ventanilla también había caído al suelo hecho un manojo de hierros retorcidos.

—*Holmes*, no te bajes de mis hombros, que te podrías cortar con los cristales.

Katayama avanzó con un paso temeroso y fue a mirar el interior de la sala. La explosión había sido extremadamente potente. Todo estaba destrozado; era como si un tomado hubiera pasado por allí. Y para colmo, la televisión de tubo^[34] aparentemente había recibido el impacto de algún tipo de metralla, había explotado y dejado la habitación plagada de pequeños cristales. Cosa que hacía que no se pudiera tocar nada^[35]. Katayama se retiró de allí a toda prisa.

Frente a la residencia de estudiantes aún había un enjambre de coches patrulla, coches de bomberos y ambulancias. La prensa también se había acuartelado e iban filmando con las cámaras a diestro y siniestro, así que sus focos proyectaban su luz en todas las direcciones y estaba todo tan iluminado que parecía que fuera de día. Katayama encontró al policía que había estado vigilando la residencia aquella noche.

—Ha sido terrible.

—Y tanto. ¿Qué está pasando con esta universidad? —protestó el policía,

malhumorado—. ¡Los ataques de un pervertido, un decano asesinado, un rector corrupto y ahora, una bomba! ¡¿Qué será lo siguiente?!

—La guerra. Fijo —dijo Katayama con una sonrisa cargada de tristeza.

»El asesino en serie ha vuelto a atacar.

—¿Dónde?

Katayama le explicó con brevedad el suceso a su colega.

—¿Y tu novia ha estado en peligro?

—Así es. Pero es imposible que el asesino supiera de antemano que íbamos a ese hotel, porque decidimos ir allí poco antes.

—En ese caso...

—En ese caso, no hay duda de que ese tipo nos siguió desde *aquí*. ¿Viste algún vehículo sospechoso?

—Pues... No me di cuenta. Tenía toda mi atención puesta en vigilar la residencia. Aunque... Espera un momento.

—Ahora que lo dices, creo que vi pasar un coche por delante de la puerta trasera.

—¿En serio? ¿Qué tipo de coche era? —Cuando Katayama le preguntó con aquel ímpetu, el policía se rascó la cabeza, dubitativo.

—No sé... pasó uno, pero no lo pude ver con claridad...

En ese momento, otro agente se acercó corriendo y gritando, y toda la prensa que estaba alrededor echó a correr hecha una marabunta.

—¡Tenemos un problema! ¡Un catedrático pretende tirarse al vacío desde la azotea de ese edificio!

—¿Un catedrático? ¿El profesor Akiyoshi?

—Exacto. Se llama así.

—¡Oh, no! ¡*Holmes*, vamos, de prisa!

Katayama se apresuró a ir hacia la residencia de los docentes y tras él iba corriendo *Holmes*, que había bajado de sus hombros hacía un rato.

Era indudable que el profesor había recibido un *shock* inmenso al saber que, finalmente, una persona había muerto por la bomba que había construido. ¡Katayama comprendía cómo se sentía, pero ya había muerto demasiada gente!

Cuando pudo ver la residencia de los docentes, Katayama se asustó. «¿Era demasiado tarde?». La prensa y unos hombres con batas blancas estaban agolpados armando un buen revuelo.

Una persona salió corriendo y gritó: «¡Llamad a una ambulancia!». Todo apuntaba a que el profesor Akiyoshi ya había saltado al vacío. Katayama se acercó a aquel grupo y al llegar preguntó:

—¿Ha muerto?

—No, *está vivo*.

—¿De veras?

—Ha sido un milagro. Ha caído encima de la tierra blanda del parterre de las flores y solo tiene algunas contusiones. Ahora está inconsciente a causa del golpe,

pero se recuperará pronto.

El detective respiró tranquilo.

—¡Qué alivio! Es un tipo con suerte.

—Y que lo digas. Si llega a caer diez centímetros más allá, tendría los huesos de la cabeza y el cuello hechos añicos, y habría fallecido.

Metieron en la ambulancia la camilla sobre la que habían puesto a Akiyoshi. Katayama despidió con la vista la ambulancia, que había conectado la sirena y se iba alejando con sus intermitentes rojos. Al cabo de un rato, le prestó atención a *Holmes*, que se había sentado muy erguida a sus pies.

—Qué alivio, *Holmes*. Ese *doctor Frankenstein* es la clase de persona que uno podría detestar, pero no quería que muriera. ¿Tú piensas lo mismo, verdad? —Y dicho esto añadió—: ¿Volvemos a la residencia de estudiantes?

Se levantó un poco de viento y Katayama tembló ligeramente.

«¿Los huesos de la cabeza y el cuello hechos añicos?». No era algo que hubiera querido ver.

—¿La cabeza y el cuello? —se preguntó.

Katayama detuvo sus pasos. Había otra persona que había muerto debido a las fracturas en los huesos de la cabeza y el cráneo: *Morisaki*.

¿Y qué dijeron acerca del arma del crimen? Era un objeto contundente plano, o bien lo habían golpeado contra el suelo, o contra una pared... ¡Había *sufrido una caída*! Era más que plausible que la causa de la muerte fuera que hubiera caído al vacío. Entonces, ¿cómo era posible que aquello no apareciera en el informe de la autopsia? Ahora que lo pensaba, esa era la conclusión más lógica. Estaba convencido. En vista del modo en el que habían encontrado el cadáver, ni se les pasó por la cabeza que la causa de la muerte era una caída al vacío.

¿Cuál era la verdad? Si Abe y su cómplice eran los asesinos, primero mataron a *Morisaki* empujándolo al vacío desde un lugar alto y luego se inventaron aquella extraña coartada.

Eso siempre y cuando Abe y su cómplice fueran los asesinos...

Katayama empezó a andar de nuevo y se detuvo delante del módulo prefabricado que se había usado como comedor. Cruzó los brazos y se quedó mirándolo fijamente.

No veía nada claro que Abe y Tomita fueran los autores del crimen. Lo que más lo desconcertaba era el problema de la desaparición de las mesas y de las banquetas. ¿Por qué se las llevaron de allí? ¿Y quién lo hizo?

Naturalmente, los dos sospechosos mantenían su declaración. Afirmaban que aquello había sido únicamente un plan que no habían podido llevar a cabo. Pero si ellos no eran los asesinos, la puerta del misterio del asesinato en una habitación cerrada volvía a quedar bloqueada.

Katayama se acercó a la entrada del módulo prefabricado y abrió la puerta. Esta

aún seguía con el pestillo destrozado. Dentro estaba oscuro y la luz de las farolas que había alrededor de la residencia de estudiantes se filtraba con sutileza a través de la ventana que tenía al frente. Nada había cambiado lo más mínimo.

Si *realmente* no habían matado a Morisaki *dentro* de ese módulo, ¿qué método habían utilizado para hacerlo?

Con una caída al vacío no se necesitaba *un arma homicida*. Sin embargo, el techo del módulo a duras penas llegaba a los dos metros y medio. Caer desde aquella altura podía hacer que una persona acabara herida. Sin embargo, era imposible que acabara con los huesos del cráneo y los del cuello rotos. En el techo no había ninguna abertura y nada evidenciaba que se hubiera quitado la cubierta en algún momento. No estaba claro: *desde dónde* lo habían precipitado al vacío. Por más que se hubiera precipitado por la comisa del último piso del edificio en obras y por más lejos que hubiera volado, habría caído en el espacio intermedio que había entre el módulo y el edificio.

Ese misterio era como una pieza de punto tejida con torpeza, repleta de enredos por todas partes. Katayama cerró la puerta dándose por vencido.

—*Holmes*, nos vamos —le dijo a la gata. Con la pata delantera, ella estaba jugueteando con una caja de cerillas vacía que estaba tirada por el suelo. El detective se fijó en lo que hacía: la gata enganchaba uno de los extremos de la caja con las garras un poco sacadas y la ponía de pie en posición vertical. A Katayama le vino a la memoria una película polaca que había visto hacía años. En una escena había un hombre y una mujer jóvenes que se retaban el uno al otro para ver si podían poner la caja en esa posición con una cerilla de un modo parecido. El que no lo lograba se tenía que quitar una prenda. La chica no paraba de perder las apuestas y llegó a un punto que se veía en apuros. En ese momento el hombre le dijo: «Yo soy un caballero», y le devolvió la ropa a la joven.

—Vamos, *Holmes*, ya jugarás cuando lleguemos a mi apartamento. Que aquí hace frío.

La gata se quedó mirando a Katayama a la cara. Este se sobresaltó. Le pareció que los ojos de *Holmes* le estaban reprochando *algo*.

—¿Qué pasa? ¿Quieres decirme algo? —le preguntó Katayama encorvándose hacia la gata. *Holmes* esquivó la mirada de Katayama y a continuación miró hacia arriba. Katayama también miró hacia arriba. Sobre él tenía el cielo oscuro de la noche. No se veía nada. ¿Nada? No...

Los ojos del detective miraron inquietos de arriba abajo, una y otra vez, observando primero por encima de su cabeza y luego sus pies.

—No puede ser. Eso sería... —susurró—. Claro... Y si fuera... ¡Ah! ¡Pero esto es...! ¡Eh, *Holmes*, escucha!

Pero *Holmes* ya se había puesto de pie y había echado a andar a buen ritmo.

—Claro... Las mesas y las banquetas... ¿Entonces era eso? ¡*Ya lo entendía!*

Katayama dio un bote de alegría que lo elevó treinta centímetros en el aire y abrió

los brazos y las piernas. Y luego siguió dando saltos una y otra vez.

A lo lejos, dos agentes de policía vieron a un tipo extraño que estaba bailando y pensaron que era un chalado.

Katayama regresó a su apartamento sobre las seis de la mañana. ¿Habría vuelto ya Harumi a casa? Debía preguntarle si había sido ella quien se había llevado el dinero.

Su hermana no estaba, pero había vuelto en algún momento pues había dejado una carta para él.

«Hermano, perdóname por haberme llevado el dinero. Lo necesitaba desesperadamente. Me iré un tiempo a casa de una amiga. Te ruego que estés tranquilo. Por favor. Harumi».

Katayama se sentó dejándose caer pesadamente sobre el suelo, sacudió la cabeza y se dirigió a *Holmes*.

—Yo ya no entiendo nada de nada. ¡A saber cómo acabará todo esto!

Domingo a media noche. O para ser exactos, como era la una de la madrugada del día siguiente, ya podía considerarse que era lunes.

Un hombre con el cuerpo encogido por el viento del norte cruzaba el campus de la Universidad Femenina Hago como con paso apresurado. El hombre se escurrió por una esquina de la zona en obras y cuando fue a parar justo delante del módulo prefabricado, miró a su alrededor con inquietud. Ese hombre envuelto en un abrigo gris era el profesor Ōnaka; el hombre orondo con miedo a las alturas que intentó colarse en la habitación de Yukiko.

Tras observar los alrededores varias veces, abrió la puerta del comedor con mucho cuidado, como si temiera que fuera a darle una descarga eléctrica.

Nada más entrar, se quedó inmóvil durante un rato hasta que sus ojos se acostumbraron a la oscuridad.

—¿Aún no ha llegado...? —susurró aliviado y decepcionado al mismo tiempo. Condujo sus pies hacia el interior del comedor vacío—. Mierda, hace un frío endiablado... —dijo malhumorado. Entonces, oyó el sonido que hacía el marco de una ventana, que parecía estar temblequeando y entrechocando con algo. Se trataba de la ventana que había en una de las paredes pequeñas. No estaba ni orientada a la zona en obras ni a la residencia de estudiantes.

Con el ceño fruncido, se acercó a esa ventana intrigado. Miró hacia fuera, pero no pudo distinguir nada anormal. ¿A qué se debía ese sonido?

En ese momento, de golpe, su cuerpo empezó a balancearse. El suelo empezaba a levantarse hacia arriba. Se preguntó si era un terremoto, pero no lo era. Se estaba levantando el edificio acusadamente por el extremo en el que él se encontraba. En

consecuencia, el suelo se fue inclinando cada vez más hacia arriba.

—¿Qué significa esto?! —gritó Ōnaka aferrándose al picaporte de la ventana—. ¿Qué está pasando aquí?

El ángulo de inclinación que adquiriría el suelo se volvió cada vez más pronunciado y al cabo de un rato paró de moverse en seco. Ōnaka se aferraba desesperadamente al picaporte y todas sus energías estaban puestas en no resbalar por la superficie con esa pendiente tan pronunciada que había a sus pies. Con la inclinación que había, debía evitar a toda costa estrellarse.

—¡Eh! ¡¡Eh!! ¿Hay alguien ahí? ¡¡Que alguien me ayude, por favor!! —gritó Ōnaka.

Fuera, Katayama y Mitamura observaban a una cierta distancia cómo levantaban el comedor del módulo prefabricado por uno de los laterales.

—¿Lo ha entendido, señor Mitamura? Este módulo prefabricado no está fijado al suelo. Por lo tanto, se puede levantar de su posición con una grúa.

—En efecto...

—El techo del módulo prefabricado solo llega a los dos metros y medio de altura, pero tiene veinte metros de longitud. Si se intercambiara *esa altura por esa longitud...* con esos veinte metros tendrían más que suficiente para matar a alguien con la caída. —Katayama hizo caso omiso de los gritos de Ōnaka pidiendo auxilio y prosiguió con la explicación—. Creo que sucedió de este modo: el asesino se citó con el profesor Morisaki dentro de ese módulo. Pero el asesino le pidió que cerrara la puerta por dentro con el pestillo porque no quería que nadie más escuchara su conversación. Como es lógico, él estaba convencido de que la persona con quien se había citado ya había llegado y estaba esperándolo. Al fin y al cabo, al entrar en aquella oscuridad, sus ojos tardarían un rato en acostumbrarse. Paralelamente, el asesino enganchó el cable al extremo de la pared corta dotada con una ventana y esperó en el asiento de la cabina de la grúa. En cuanto vio entrar al profesor Morisaki, le dio un margen de tiempo para que pudiera echar el pestillo y dejó el cable completamente tenso. La víctima oyó cómo temblaban y entrechocaban los marcos de metal de la ventana y se dirigió hacia allí del mismo modo que ha hecho Ōnaka para mirar hacia fuera. Entonces, cuando el asesino vio al profesor en la ventana, puso la grúa en marcha y elevó uno de los lados del módulo exageradamente. De este mismo modo, lo levantó más o menos hasta la mitad y paró de elevarlo bruscamente. Haciendo eso, naturalmente, el suelo tomaría una pendiente muy pronunciada a los pies de Morisaki. Así que del susto se debió agarrar al picaporte de la ventana.

—Eso tiene sentido.

—Una vez que el asesino se percató de eso, puso el módulo en vertical. Pero aunque no llegara a ponerlo completamente de pie, bastaba con inclinarlo mucho. Al fin y al cabo, lo dejaría luego en la misma posición.

—En ese caso, Morisaki estaba agarrado al picaporte de la ventana y se quedó de ahí colgado.

—Y no creo que pudiera estar demasiado tiempo agarrado de ese modo. A lo sumo unos diez o veinte segundos. Nada más soltarse, se estrelló contra el lado opuesto del módulo en una *caída libre* de veinte metros.

—Ah, entonces ese era el motivo por lo que su cuerpo estaba pegado a la pared.

—Eso es. Luego el asesino solo tuvo que volver a bajar el módulo, dejarlo tal y como estaba antes, soltar el enganche del cable y volver a colocar la grúa de cara a la obra como si no hubiera pasado nada. De este modo, pudo ejecutar un asesinato en una habitación cerrada. Dado que las paredes del módulo son de hierro, aunque la víctima se golpeará contra ella, no dejaría ninguna marca que resultara especialmente evidente. —Katayama hizo una breve pausa y prosiguió—: Ahora entiende por qué desaparecieron las mesas y las banquetas, ¿verdad?

—Sí. De haber dejado las mesas y las banquetas dentro tal y como estaban, cuando hubiera levantado el módulo, se habría quedado todo apilado en el lado opuesto y hubiéramos descubierto qué artimaña habían utilizado.

—Así es.

—Pero un montaje a una escala tan grande habría hecho mucho ruido. ¿No hubo nadie que se diera cuenta?

—Con esta prueba nos ha quedado bastante claro. Las grúas tienen un motor bastante silencioso. Y encima hablamos de las tres de la madrugada. Para despertar a la gente haría falta hacer mucho más ruido.

Mitamura meneó la cabeza como si estuviera soñando.

—Pero estarían corriendo un riesgo muy grande. Ese edificio se distingue con claridad desde las ventanas de la residencia de las estudiantes. Pudo haber alguien que se despertó y lo vio todo.

—Yo también he pensado en eso. Pero si lo meditamos con detenimiento, no existía un riesgo tan grande como para que alguien pudiera verlo. En primer lugar, el crimen se cometió a las tres de la madrugada. Esa es una hora a la que duermen tanto los trasnochadores, como los madrugadores. Además, cometer el crimen en sí no requiere tanto tiempo. Le bastaba con disponer de un minuto desde que el profesor Morisaki entró en el módulo hasta que volvió a dejar el módulo en la posición inicial tras ponerlo en posición vertical. Creo que hay muy pocas probabilidades de que casualmente, alguien estuviera mirando por la ventana justo en ese momento. Y luego hay otra cosa: de noche, los alrededores de la residencia están iluminados, pero la zona en obras no lo está. Más bien está negra como la boca del lobo. Aunque una estudiante abriera la cortina de su ventana en su habitación, seguramente vería reflejado el interior de su cuarto en dicha ventana y no repararía en algo que ocurría lejos en plena oscuridad.

—Eso es cierto...

—Por eso, el asesino era...

—Lo sé. ¿Era *Komine*, verdad?

—Sí... Él mismo se enorgullecía de ser muy hábil en el manejo de la grúa.

—Y el cielo lo ha castigado —dijo Mitamura en voz baja como si hablara para sí.

—¡Eh! ¡Socorro, por favor!

Escucharon a Ōnaka dando gritos. Katayama anduvo hasta situarse debajo de la ventana en la que se encontraba el profesor y se dirigió a él a grito pelado.

—¡Profesor Ōnaka!

—¿Qui-quién hay ahí?

—Soy el detective Katayama. Se acordará de mí porque lo ayudé cuando se quedó inmóvil en la fachada de la residencia, fuera de la habitación de Yukiko.

—¿Eres tú? ¡¿Q-qué diablos significa esto?! ¡¿Has sido tú quien me ha citado aquí?!

—Eso mismo. Quería hablar con usted.

—¡Ha-haz lo que quieras, pero sálvame! ¡Haz algo!

—¿Tiene miedo? Hasta que no me cuente lo que quiero oír seguirá ahí arriba colgado de la grúa.

—¿Cómo dices?

—Hábleme del asesinato del profesor Morisaki.

—¡Yo no sé nada!

—No se haga el inocente. ¡Usted obligó al administrador Komine a que asesinara a Morisaki!

—¡Yo no sé nada de eso!

—Lo sabemos todo; usted ansiaba el cargo de decano del señor Morisaki, y además estaba enamorado de Yukiko. Así que o bien amenazó a Komine, o bien lo sobornó para que asesinara a Morisaki.

—¡Eso es mentira!

—Escúcheme bien. Komine sacó de este comedor las mesas y las banquetas *la noche del sábado*. Es decir, que a partir de ese momento, Komine ya había planeado hasta el más ínfimo detalle del asesinato. Sin embargo, es imposible que a ese anciano se le ocurriera un plan tan elaborado. *Otra persona* lo planeó todo a sabiendas de que Komine era un experto en el manejo de la grúa. Sin embargo, para ejecutar ese plan, tenía que sacar las mesas y las banquetas del comedor. Desafortunadamente, aquella noche, estaba previsto que yo me quedara aquí vigilando toda la noche. Y no podrían ejecutar el plan a menos que me sacaran a mí del lugar. Llegados a ese punto, usted armó todo aquel alboroto fingiendo que intentaba colarse en la habitación de Yukiko para retenerme fuera del módulo.

—¡Por favor! ¡Me duelen los brazos y no puedo soportarlo más! ¡Bájame de aquí! ¡Por favor!

—¿Admite que asesinó al profesor Morisaki?

—N-no...

—¿Quiere que lo levantemos más?

Katayama miró hacia la cabina del operador de la grúa, hizo una señal, y el cable empezó a rechinar subiendo el extremo del comedor aún más.

—¡Basta! ¡Eh! ¡Que me voy a caer! ¡Pare, por favor! ¡Hablaré! ¡Se lo contaré todo, pero pare, por favor!

Katayama volvió a hacer una señal. Se oyó cómo el motor sonaba a plena potencia y el módulo prefabricado se posó suavemente en tierra firme tal como estaba antes. Katayama y Mitamura entraron dentro.

Ōnaka estaba sentado completamente encogido debajo de la ventana resollando exageradamente.

—Veamos, profesor Ōnaka. ¿Nos lo va a contar?

—¡Yo solo hice lo que me mandó! ¡Es la verdad! ¡Yo no lo asesiné!

—¿Alguien se lo mandó?

—¡Eso mismo! No me dijeron nada de la grúa. Yo no sabía para qué era. A mí solo me mandó que llamara la atención del detective. ¿Cómo iba a saber que me vería en una situación tan terrible solo porque me gusta una chica? ¡No tuve más remedio que hacerlo!

—¿Quién le ordenó que lo hiciera?

—La responsable de la red de prostitución.

—¿La *responsable*?

—Sí, se trata de una mujer.

Katayama y Mitamura intercambiaron una sonrisa.

—Explíquenoslo con más precisión —le pidió Katayama.

—De acuerdo. ¿Pero antes les importaría darme un poco de agua?

4

—Hola.

—Anda. —Yukiko detuvo sus pasos; en ese momento venía caminando por el bulevar arbolado de la universidad. Katayama venía en dirección contraria.

—¿Qué estás haciendo? ¿Tienes trabajo? Aún son las tres.

—Ayer no pudimos vernos en todo el día. ¿Estás bien? ¿Puedes andar sin dificultades?

—Solo es un rasguño. Mientras no haga ejercicios bruscos, no habrá problema.

—Me alegro.

—¿Ayer estuviste ocupado?

—Sí, más bien...

Era lunes por la tarde.

Katayama había estado interrogando a Ōnaka y no había dormido nada. Pero tampoco tenía sueño...

—Llamé al hotel y me dijeron que ya no estabas allí. Me quedé un poco sorprendido.

—No sería correcto despilfarrar los impuestos de los contribuyentes, ¿no te

parece?

—¿Vas a salir?

—Voy al hospital. Solo tengo que ir a que me desinfecten la herida.

—¿Voy contigo?

—Vale.

Esa era una tarde apacible con un tiempo espléndido. Ambos salieron por la puerta principal de la universidad y estuvieron caminando un buen rato mientras soplaban el viento agradable del otoño.

Katayama pensó que durante aquella extraña semana había estado haciendo buen tiempo ininterrumpidamente. Tan bueno que incluso resultaba extraño. Todo pese a esos incidentes desagradables.

Vio que había una cafetería preciosa justo delante.

—¿Qué te parece si nos tomamos un té allí? —preguntó.

—Por mí, perfecto.

Katayama caminó un par de pasos con una expresión grave en la cara y entonces se detuvo. Yukiko se giró hacia él.

—¿Qué te pasa?

—Ōnaka me lo ha contado todo —respondió Katayama con calma.

El rostro de Yukiko fue haciéndose inexpresivo lentamente.

—Ya veo...

—De modo que eres tú quien está al frente de la red de prostitución. Y además hiciste asesinar al profesor Morisaki porque se percató de todo. Ōnaka y Komine siguieron tus órdenes. Y luego, cuando te enteraste de que Komine se estaba dando a la bebida a causa de los remordimientos por el crimen cometido, temiste que fuera a entregarse a la policía. Le diste aquella cigarrera a Ōnaka y le ordenaste que la dejara en la sala del administrador.

—¿Yo? ¿Darle la cigarrera?

—Sí. El profesor Akiyoshi la buscó decenas de veces, pero no pudo dar con ella. Una persona que busca algo sola siempre acaba mirando en los mismos lugares. *Pero tú la encontraste*. Y te la llevaste. —El rostro de Katayama estaba deformado por el dolor—. ¿Pero por qué? ¿Por qué estabas haciendo eso? ¿Por dinero?

Yukiko cerró sus ojos, que parecían agotados, y suspiró. Parecía que se sintiera aliviada. Al cabo de un rato empezó a explicarse.

—Al principio no estaba implicada en ese asunto. Mi mejor amiga empezó a prostituirse. Con el tiempo su clientela fue aumentando y me confió sus cuentas. Pasado un tiempo, atraídas por el dinero fácil, otras chicas decidieron también prostituirse y yo acabé encargándome de sus cuentas y resolviendo las disputas que surgían de cuando en cuando... Yo no me prostituía, pero como las comisiones que recibía se convirtieron en unos ingresos bastante jugosos, continué desempeñando esa labor sin darle demasiadas vueltas. Sin apenas darme cuenta, me había convertido en la administradora del negocio de prostitución que se había formado dentro del

campus.

»El rumor llegó a oídos de Ōnaka y se convirtió en un cliente más. Por contrapartida, utilicé ese punto débil para que formara parte de nuestra organización. Tener a alguien de dentro de la universidad resultaba de mucha utilidad. Además, como ese profesor estaba enamorado de mí, haría cualquier cosa que le pidiera. Pese a tener miedo a las alturas, se situó en la comisa fuera de mi cuarto para retenerte allí. También sobornó a Komine y así el administrador hacía la vista gorda durante la noche cuando las chicas salían *para trabajar*.

—Y te convertiste en la novia del profesor Morisaki porque...

—¡Eso fue distinto! —enfaticó Yukiko—. Él me gustaba y por eso lo convertí en mi amante. De veras. Pero *ese hombre* no sentía lo mismo.

—¿Qué quieres decir?

—Desde el principio él sospechaba que yo estaba al frente de la red de prostitución y se convirtió en mi novio para investigar el asunto. Yo no sabía nada de aquello, pero un día, casualmente, oí cómo le pedía a Mitamura por teléfono que le mandara a un detective de la policía... En ese momento dijo lo siguiente: «Ya sé quién es la chica que está al mando de todo ese asunto de la prostitución». En el momento que entré en la habitación, se sobresaltó y comprendí que estaba hablando de mí. Yo amaba de todo corazón a ese hombre. ¡Pero él no me quería! —La voz de Yukiko se había mantenido serena hasta ese momento, pero entonces tembló.

—¿Y por eso lo asesinaste?

—Me partió el corazón, pero una vez que lo hice no podía parar. El siguiente que suponía un peligro para mí, era Komine. Y tarde o temprano también hubiera tenido que asesinar al profesor Ōnaka.

—¡No hablarás en serio!

—No te preocupes. No soy ninguna psicópata. Yukiko respondió con una calma absoluta y sonrió.

—¿Tú fuiste la autora de aquella nota amenazadora?

—Sí. El profesor Ōnaka me contó que el rector Abe y compañía estaban recibiendo sobornos de la constructora. Como sabía que el profesor Morisaki también estaba interesado en ese asunto, conduje las sospechas del asesinato en esa dirección.

—Por eso te tomaste la molestia de contarme el asunto de la corrupción.

—Sí.

—¿Conocías los planes de Abe y de sus cómplices?

—Desgraciadamente no sabía nada de aquello. De haberlo sabido, me hubiera limitado a apartar sus sospechas del asunto de la prostitución y esperar a que fuesen ellos los que terminasen con su vida. Lo curioso es que días antes del crimen, el profesor Morisaki, el profesor Tomita y yo estuvimos comiendo juntos. Como el profesor Morisaki era un gran aficionado a la novela negra y de detectives, mencionó los célebres asesinatos en habitaciones cerradas y se quejaba de que ya no había nadie a quien se le ocurriera una artimaña mejor. Tomita y yo no estábamos de acuerdo con

él y estuvimos pensando un buen rato. Creo que fue en ese momento cuando a los dos se nos ocurrió matarlo en una habitación completamente cerrada.

—¿Cómo lo hiciste para citar al profesor Morisaki en ese módulo?

—Lo llamé desde la residencia. Le dije que quería hablarle de la red de prostitución. Reconocí que yo estaba dentro pero quería dejarlo, y que si se llegaba a saber, mi vida correría peligro. Le pedí que nos viéramos a escondidas, que viniera a ese comedor y que se asegurase de cerrar el pestillo de la puerta para evitar que alguien nos pudiera sorprender. Del resto se encargó Komine. Yo apagué la luz de mi cuarto y me quedé mirando la escena por la ventana...

—¿Cómo lograste que Komine accediera a matarlo?

—Komine estaba al tanto de la red de prostitución que actuaba dentro de la residencia. Si llegaba a saberse, perdería su empleo y, con su edad, acabaría vagando por las calles como un sin techo. Además, tampoco estaba muy en sus cabales y cuando Morisaki llamó monstruo a una de esas grúas delante de él, terminó de decidirse. Para él que adoraba esas grúas con las que había trabajado durante años, fue una ofensa imperdonable. Digamos que fue la gota que colmó el vaso.

—¿El asesinato en una habitación cerrada utilizando la grúa fue idea tuya?

—Sí... Cuando pensé en artimañas para montar un asesinato en una habitación cerrada miré la grúa y se me ocurrió la idea. En ese momento aún no tenía la intención de matarlo. Simplemente me rondaba por la cabeza que existía esa posibilidad.

»Dio la casualidad de que pude llevarlo a cabo porque tenía a Komine de mi parte... Pero como suponía, se ha acabado descubriendo.

—Fue *Holmes*.

—¿Cómo?

Holmes estaba jugando con una caja de cerillas y la puso de pie en posición vertical. Cuando vi aquello, me imaginé que podía hacerse lo mismo con el comedor del módulo prefabricado.

—Ha vengado la muerte de su amo —concluyó Yukiko tras sacudir la cabeza con calma.

—Fue una casualidad.

—Aunque lo fuera, el resultado es que la ha vengado.

Incapaz de contradecirla, Katayama se encogió de hombros.

—¿Pero por qué sospechaste del profesor Ōnaka? —preguntó Yukiko.

—Para asesinar a Morisaki era imprescindible trasladar a otro sitio las mesas y las banquetas de antemano. En consecuencia, el alboroto que organizó Ōnaka no podía ser una casualidad. Lo único que se me ocurría era que aquello fue una comedia para llamar mi atención y sacarme del módulo. Sin embargo, su miedo a las alturas era real, por lo tanto no estaba seguro de si había actuado por iniciativa propia, así que le

obligué a confesar con un método un poco expeditivo.

—¡Eres increíble! —Yukiko meneó la cabeza—. De veras. Eres un gran detective. ¿Por qué será que todos los novios que tengo son tan inteligentes?

—Cuando hice asesinar a Morisaki estaba muy tranquila, convencida de que había merecido su justo castigo por haberme traicionado de aquella manera. Me utilizó, se acostó conmigo para desenmascarar todo el asunto de la prostitución.

»Pero después de su muerte sentí un vacío imposible de describir con palabras. Era como si me hubieran arrancado el alma. Creía que le había vencido, pero estaba muy equivocada. Él me derrotó desde el principio, se aprovechó de mí. —Yukiko hablaba en un murmullo—. Luego te conocí, y tú me amaste tal como soy. Supe entonces que me había equivocado, que había cometido un error imperdonable. Tú me habías rescatado... Estaba realmente feliz, pero todo aquello no tenía futuro, acabarías descubriéndolo todo... Afortunadamente, todo ha terminado.

Katayama se sintió como si le hubieran abierto un boquete en el pecho con un cuchillo. Tras un instante de indecisión, dijo:

—No entres en la cafetería, hay un policía esperándonos.

Yukiko se quedó mirándolo en silencio sorprendida.

—No puedo entregarte... ¡Márchate, huye! —La apremió Katayama.

—Pero entonces te meterás en apuros.

—Da igual, soy un detective terrible. A nadie le importará. Y si me despiden me quedará la mar de tranquilo. Vete, por favor, no tenemos mucho tiempo. Ya se me ocurrirá algo.

Yukiko se quedó mirando en silencio el rostro de Katayama, que sonreía con lágrimas en los ojos. Finalmente la chica sonrió.

—Antes de que me arresten, me gustaría tomar una buena taza de café. Ven conmigo. —Y dicho esto, se dirigió a la cafetería con un paso tan ligero como el que llevaba siempre. Katayama se quedó plantado mirando cómo ella entraba en silencio en la cafetería.

—¿Eres tú, Katayama? —Mitamura levantó la vista de su mesa.

—Sí.

—Siéntate. Vaya, ¿vienes con la gata?

Cuando Katayama se sentó en la silla, *Holmes* se colocó de un salto sobre sus rodillas con agilidad.

Ya era bien entrada la noche. Katayama se preguntó qué hora debía ser. En la sala ya no quedaba nadie más; solo estaban ellos dos y *Holmes*. Esa estrecha sala que siempre estaba hasta los topes parecía extrañamente amplia.

—Ella nos ha contado todos los pormenores del caso.

—Entiendo.

—Por lo visto, comenzó administrando los ingresos que generaban las chicas. Más tarde, contactó con varias personas ajenas a la universidad que se encargaban de buscar clientes en las salas de fiestas, discotecas y bares. Ese fue el verdadero

comienzo de la red de prostitución, ella se encargaba de asignar los clientes a las chicas para asegurarse de que nada fallaba. No hay duda de que es muy inteligente, había montado todo un negocio.

—Y respecto al asesino en serie...

—Teníamos esperanzas de que podríamos obtener alguna pista, pero no hemos conseguido nada. Por lo visto, el hombre que mató a Yumiko Kurihara, la primera chica asesinada, no era el tipo con el que habían contactado. Era otra persona. Es posible que al cliente se le quitaron las ganas de repente, un hombre que iba por la calle se dirigió a ella, y la chica accedió. Por eso afirma que no sabe absolutamente nada del asesino.

—¿Y sobre los otros dos asesinatos?

—Tras el asesinato de Yumiko Kurihara acabaría saliendo a la luz la existencia de una red de prostitución. En consecuencia, después de aquello, todas las actividades de la banda se cortaron en seco. Concretamente, respecto al asesinato de Kazumi Sasaki, el segundo, ha declarado que Kazumi no formaba parte de la banda. Es decir, que las dos víctimas posteriores no tenían relación alguna con ella. Fuera por curiosidad o por dinero, las chicas se buscaron un cliente por cuenta propia. Para empezar, en los casos en los que la banda operaba, jamás se permitía que se emplearan las habitaciones de aquella residencia de estudiantes. Como es lógico, estaba designado que siempre se empleara un lugar fuera del campus.

»Por lo tanto, no nos ha dado ninguna pista sobre ese caso. —Por su aspecto, parecía que Mitamura se hubiera rendido—. Y bueno, respecto al asesinato de Morisaki... no podrá evitar que se la acuse de asesinato.

Katayama sacó del bolsillo interior de su chaqueta una carta que había escrito nada más regresar a su apartamento y la puso sobre la mesa de Mitamura.

—Mi carta de renuncia.

—Katayama...

—Está claro que no estoy hecho para este trabajo. Prefiero enfrentarme al papeleo, que vérmelas con asesinos.

Mitamura se quedó callado unos instantes mirando a Katayama y finalmente asintió.

—Entendido. Puesto que me la entregas, la aceptaré.

—Encárguese de hacerla efectiva, por favor. —Katayama se levantó de la silla.

—Katayama. Espero que puedas olvidarlo pronto.

—Sí.

Las palabras de Mitamura fueron cálidas. En el rostro de Katayama por fin apareció algo parecido a una sonrisa.

—Disculpe las molestias. Venga, *Holmes*. Nos vamos. ¿*Holmes*, qué ocurre?

Había ocurrido algo inexplicable. La gata se posó de un salto en la silla en la que antes estaba sentado Katayama y se quedó mirando con intensidad a Mitamura.

—¿Pero qué pasa ahora? Venga, vamos.

De repente, *Holmes* soltó un bufido, saltó de la silla a tal velocidad que ni siquiera se la podía seguir con la vista, y cayó directa sobre el *brazo derecho* de Mitamura. El superintendente intentó quitársela de encima tras soltar un alarido de dolor, pero *Holmes* estaba bien agarrada a él y no lo soltaba.

—¡*Holmes*! —La gata por fin saltó para volver al suelo cuando oyó gritar a Katayama—. ¡¿Pero qué haces?! ¿Señor Mitamura, está usted bien?

Mitamura no estaba enfadado; presionaba con fuerza su brazo derecho y tenía el rostro muy pálido...

—¡Señor Mitamura, está sangrando! —Un hilo de sangre corría por el dorso de su mano derecha.

—Es una tontería. Estoy bien.

—Pero se lo tiene que curar.

—No hace falta.

Mitamura apartó con la mano izquierda de un empujón a Katayama, que estaba intentando acercarse a él. El detective se sobresaltó. La manga derecha de la chaqueta de Mitamura estaba manchada de sangre, pero en la chaqueta en sí no había ningún desgarrón. Eso significaba que la sangre provenía de una herida que se había hecho con anterioridad.

Katayama observó cómo *Holmes* adoptaba una posición de ataque aún más hostil y luego miró a Mitamura. Su superior se quedó con una expresión extrañamente serena y aliviada en el rostro.

—¿Ya lo sabes, verdad?

—Señor Mitamura...

—Así es. *Yo soy el autor de los asesinatos en serie.*

—He estado esperando todo este tiempo a que alguien me descubriera. —Mitamura suspiró profundamente—. No sabría decir desde cuándo empecé a padecer unos extraños dolores de cabeza. En ocasiones perdía el conocimiento. Cuando volvía en mí, me encontraba en lugares inmundos.

»Nunca olvidaré aquella mañana. Me desperté sintiéndome más revigorizado que nunca. Era como si hubiera vuelto a nacer.

»Cuando me metí canturreando en la bañera vi en el baño mi ropa y mi abrigo manchados de sangre, y una cuchilla de afeitar... Luego, cuando se me informó de ese caso de asesinato me quedé estremecido. —Mitamura encendió un cigarrillo. Su mano temblaba ligeramente.

»Al avanzar la investigación, a medida que se iban recopilando datos más precisos, se iban concretando mis terribles sospechas. Pero no dije nada. Ni tampoco me recriminé ni una sola vez por aquello. Aunque fueran más delgadas que un hilo, tenía mis esperanzas. Mientras me engañaba a mí mismo diciéndome que aún no se me podía considerar culpable al cien por cien, seguía pensando que un día capturarían

al auténtico culpable y que entonces encontraría la salvación... Cuando se me informó del segundo asesinato, corrí hacia el baño, pero como allí no vi ni manchas de sangre, ni la cuchilla de afeitar, pensé que estaba salvado. Me dije a mí mismo que el abrigo y la cuchilla de afeitar de la otra vez eran una casualidad, y me entregué a la tarea de arrestar al auténtico asesino con el mismo ardor que pondría un hombre joven. Sin embargo, aquella noche salí al jardín y vi que la tierra de una de las esquinas había sido removida y formaba un pequeño montículo. Cuando excavé aquello, apareció un bulto que guardaba en su interior un abrigo ensangrentado, una cuchilla de afeitar y otros objetos.

»A partir de entonces el terror me atormentaba todos los días. Pensé en quitarme la vida una y otra vez. Pero al ser incapaz de recordar ni un solo detalle, no era capaz de suicidarme.

»Era posible que alguien me estuviera tendiendo una trampa. Me obsesioné con que quizá era todo un plan para volverme loco.

»Y al cabo de un tiempo sucedió el tercer asesinato. Incluso Hayashi había muerto.

Mientras Katayama escuchaba las palabras de Mitamura con asombro, deseó haberse dado cuenta de aquello mucho antes. Hayashi estaba en la universidad en una misión especial, pero el hecho de que estuviera vigilando solo la residencia de estudiantes era demasiado peligroso. No había duda de que en realidad, a quien su compañero estaba vigilando, era a Mitamura. Pero ahora no tenía modo alguno de saber por qué Hayashi sospechaba de Mitamura.

—Ahora lo entiendo. En aquel momento, cuando Hayashi estaba a punto de morir malinterpreté sus palabras. Yo estaba convencido de que había dicho que «había visto al asesino».

»Pero en realidad estaba intentando decirme que conocía al asesino. Que el asesino era Mitamura, no obstante, no pudo acabar de decirme su nombre.

Katayama siguió hablando en voz baja como si hablara para sí.

—Además, el hombre que atacó a Yukiko Yoshidzuka en el *Hotel P*, nos siguió en coche desde la universidad. Eso significa que el agresor estaba muy cerca de la universidad y que era una persona que podía estar allí con el vehículo parado *sin despertar sospechas*.

—Así es. —Mitamura sonrió desolado—. Como suponía, eres digno hijo de tu padre. Podrías ser un gran detective. Es una pena que quieras entregar tu carta de renuncia. Aunque bueno, al final ha sido esa gata la que ha averiguado todo... Le estoy muy agradecido. Gracias a esa herida en la mano derecha he podido saber sin lugar a dudas que yo soy el asesino.

Holmes se quedó sentada con solemnidad como si comprendiera las palabras de Mitamura.

—Pasara lo que pasara, tenía el propósito de poner fin a esto entre hoy y mañana. Es posible que creas que es una vileza, pero te ruego que permitas que sea yo quien

cierre el caso. ¿Te importa que lo haga?

—¡Señor Mitamura! Usted está enfermo. Necesita tratamiento médico.

—No pienso pasarme el resto de mi vida internado en un psiquiátrico.

Katayama bajó la mirada y se calló.

—Hay cosas de las que me arrepiento... Mi esposa falleció y no tengo hijos... — Mitamura dirigió hacia Katayama una mirada directa que parecía estar pidiendo perdón—. ¿Me creerías si te dijera que todo fue a causa de la locura?

—Para Harumi y para mí usted ha sido como un padre —respondió Katayama con la voz embotada.

—¡Gracias! Nada en el mundo me podría hacer más feliz que oírte decir eso. Yo... —En ese mismo instante, un detective entró a toda velocidad en la sala.

—¡Jefe! Ha ocurrido algo terrible. —El detective estaba resollando—. Yukiko Yoshidzuka ha huido de la sala de interrogatorios...

Katayama se quedó sin aliento.

—Como estaba dando un comportamiento ejemplar todo el tiempo, nos hemos descuidado sin querer... Hemos ido tras ella, pero la sospechosa ha corrido hacia el exterior a toda prisa y se ha lanzado bajo un camión que pasaba justo en ese momento.

—¿Ha muerto? —preguntó Mitamura con la mirada aún puesta en Katayama.

—Sí... al instante. Lo lamento muchísimo. —El detective encogió el cuello como si esperara que un trueno fuera a restallar sobre él de un momento a otro. En cambio, Mitamura respondió con calma.

—De nada sirve llorar por la leche derramada. Puedes irte.

—S-sí. —El detective se marchó con una expresión de incredulidad en la cara y a continuación, Mitamura le dirigió a Katayama una mirada gentil.

—Vuelve ya a tu casa. Yo tengo algunas cosas que poner en orden. Y también quiero hacer una llamada...

—Está bien.

—Cuida bien de tu hermana —le dijo Mitamura cuando Katayama caminaba hacia la salida seguido de *Holmes*.

No sabía cómo había llegado a su apartamento. Cuando se dio cuenta, ya estaba allí de pie acompañado de *Holmes*. La cena estaba preparada. Pensó distraídamente que Harumi ya debía haber vuelto a casa.

No obstante, no la vio por ninguna parte. Katayama se percató de improviso de que había una carta colocada sobre un cuenco para el té y la tomó. La letra era de Harumi.

Acabo de recibir una llamada del tío Mitamura. Me lo ha explicado todo. Me ha dicho todo. Él prefiere la muerte antes que pasarse toda la vida internado

en un hospital. Hermano, no te había contado nada, pero yo estaba enamorada del tío Mitamura. Durante el viaje de empresa que hice a Kyōto con mis compañeros de trabajo, una noche que teníamos tiempo libre me reencontré con el tío Mitamura al cabo de muchos años. Casualmente, él estaba en Kyōto y todo empezó allí. Puesto que él Solo me había visto cuando yo estudiaba en la universidad, se quedó Sorprendido al verme hecha toda una mujer y fue muy gentil conmigo. Entonces, pude amar como una mujer al hombre que era. Durante un año nos hemos estado viendo varias veces a tus espaldas. Yo quería casarme Con él, pero no había manera de que el tío Mitamura consintiera. Cuando ahora lo pienso, es posible que estuviera preocupado por su enfermedad.

Yo me quedé embarazada. Perdóname, hermano. Él me dijo que no debía dar a luz a esa criatura. Seguramente tenía miedo de que fuera una enfermedad genética. Al ignorar todo aquello, culpé al tío Mitamura y le dije que era una persona sin corazón.

Ahora lo sé todo, no puedo permitir que muera solo. Me iré con él. ¡Aunque sea Un asesino! Perdóname, por favor. Utilicé tu dinero para practicarme un aborto. Siento Ser una hermana pequeña tan deplorable.

Harumi.

Katayama se quedó en estado de *shock*. ¿Era *el señor Mitamura*? Entonces cayó en la cuenta. La vez que estuvo siguiendo a Harumi vio a Hayashi porque su compañero estaba siguiendo a Mitamura...

¿Y Harumi? ¿Realmente tenía la intención de morir? Katayama se quedó petrificado con la carta en la mano sin saber qué hacer.

La puerta del apartamento se abrió.

—¡Harumi! —En el rostro de Harumi empapado por las lágrimas apareció una sonrisa—. Harumi, tú...

Una vez que su hermana hubo entrado en el apartamento, le preguntó a Katayama:

—La cena se ha enfriado, pero ¿quieres un poco?

—Sí, está bien —respondió él.

Al ver a Harumi de espaldas calentando la cena en silencio en la cocina, los ojos de Katayama empezaron a nublarse por las lágrimas. Cuando se las intentó secar apresuradamente, sus ojos se cruzaron con los de *Holmes*, que lo miraba desde abajo de un modo misterioso. Entonces él sonrió a regañadientes.

—Realmente eres de lo más extraña. Yo no soy el señor Morisaki, ¿pero qué está pensando esa cabecita tuya?

Holmes se fue caminando a su esquina de siempre y se estiró sin que se supiera a ciencia cierta si había entendido la pregunta de Katayama.

EPÍLOGO

— **L**a vida es así. —Mitsue Kojima asintió meditabunda. Katayama pensó que esa imagen no pegaba nada con su tía.

El invierno estaba a la vuelta de la esquina y la gente que veían pasar al otro lado de los cristales de la «Tetería Renoir» iba vestida con gruesos abrigos.

Había pasado un mes. El suicidio de Mitamura y su nota de confesión habían provocado un gran revuelo, pero con el tiempo eso también pasó al olvido.

Según el diagnóstico del forense que realizó la autopsia de su cuerpo, el superintendente tenía un tumor en el cerebro y la presión que ejercía sobre él habría provocado algún tipo de desorden psicológico. Pero todo eso no eran más que suposiciones.

La Universidad Femenina Hagoromo fue recuperando poco a poco su dinámica normal y las jóvenes comenzaban a dejar de asociar su nombre al de los desagradables incidentes que habían ocurrido allí.

Fuera como fuera, el caso había llegado a su fin. Ya era un expediente con número de registro apilado en una estantería.

Paralelamente, la renuncia de Katayama no se había hecho efectiva tras el caos de la muerte de Mitamura, aunque...

—Pero tía, pienso dejar el trabajo de detective este año, definitivamente.

—¡No digas eso!

—Yo soy distinto de mi padre. No estoy hecho para ser detective, prefiero las labores administrativas.

—Es posible... —Mitsue asintió con ambigüedad—. ¿Cómo está la pequeña Harumi?

—Bien, como siempre.

Harumi por fin había recuperado la alegría de la que antes hacía gala. Algo había cambiado en ella, ya no era aquella hermana pequeña cándida, pero a pesar de eso, había recuperado la sonrisa, sobre todo gracias a *Holmes*, con la que jugueteaba constantemente. La gata, para variar, se pasaba la vida durmiendo.

—Tía, ¿qué querías decirme hoy?

—Ah, sí. Verás...

—¿Querías proponerme una cita para buscar esposa?

—Sí... Pero no hace falta que sea enseguida, podemos dejar pasar un tiempo.

En vista de lo sucedido con Yukiko, la decisión que había tomado sin contar con su tía había sido muy desacertada, decidió aguantarse las ganas de mandarla a paseo.

—Yo no tengo inconveniente.

—¿De veras? ¡Qué bien! —La cara de Mitsue resplandeció.

Katayama frunció las cejas y dijo:

—Pero cuidado con lo que dices en mi presentación. Déjalo en: 28 años, estatura, desempleado, con una hermana. Ah, lo olvidaba. —Y riendo añadió—: ¡Y con una

gata calicó!



JIRŌ AKAGAWA (Fukuoka, Japón, 1948 -). Es un autor irremisiblemente unido al género de las novelas de misterio en su país de origen.

Influenciado intensamente por el manga gracias al impacto que produjo en él la obra de Osamu Tezuka (considerado padre del manga) y por *Las Aventuras de Sherlock Holmes* de sir Arthur Conan Doyle, empezó a escribir sus propias historias a una edad muy temprana y se manifestaba constantemente como un joven muy imaginativo.

Tras graduarse y trabajar varios años primero en una librería y luego en *La Sociedad Japonesa de Ingenieros Mecánicos* cuando parecía que difícilmente escribiría novela alguna, en el año 1975 empezó a trabajar en su faceta literaria. El año siguiente debutó con la obra: *El tren fantasma*, que recibió el galardón *All Yomimono* al autor novel de novelas de misterio.

El año 1978 publicaría su *bestseller*: *Las deducciones de Holmes, la gata calicó* que lo convirtió en un autor sumamente popular entre los lectores, que siguieron esa serie y las muy diversas obras que el autor fue publicando de forma continua. En ellas, el autor demuestra su talento prolífico para contar las historias en su mayoría focalizadas en el género del misterio; sea con historias detectivescas, novela negra o historias con protagonistas corrientes que se enfrentan a misterios o simplemente los provocan. Todas ellas salpicadas de sentido del humor e ironía, en las que no faltan elementos escabrosos.

Su debut y la primera novela de *Holmes* solo sería el principio de una larga

trayectoria en la que con su talento, ha trabajado e innovado el campo del misterio en toda su amplitud. Talento que se ha visto ampliamente reconocido con el *Premio Kadokawa al Género de la Novela* por *El réquiem de consagrarse a una esposa terrible* (1980), el galardón en reconocimiento a los logros de toda una vida en la literatura de misterio japonesa, (2006) y las diversas nominaciones entre los años 1979-1982, en premios de renombre como el *Galardón del Gremio de Escritores de Misterio Japoneses* el *Premio Naoki* y el *Premio Eiji Yoshikawa*.

Durante más de treinta años de trayectoria ha publicado más de 480 novelas. Dos de las más populares entre los jóvenes fueron *Una voz del cielo* y *Uniformes de escolares y ametralladoras* que han tenido su correspondiente adaptación bien a la animación, o bien al cine de imagen real.

Sin embargo, las obras que han tenido más fama han sido sus once series de novelas, entre las cuales destacan la de *Holmes*, *la gata calicó*, *La tres hermanas detectives* y *La familia Hayakawa*.

Asimismo, también ha trabajado en la adaptación de muchas de sus obras al cine, al mundo de los videojuegos y a la televisión en formato de serie televisiva, que a lo largo de los años han ido apareciendo de forma casi constante en las diversas cadenas japonesas.

Notas

[1] Algo más de 200 € <<

[2] La isla más grande y meridional de las Islas Marianas, en el Pacífico occidental, perteneciente a Estados Unidos. Fue territorio español desde el siglo XVI hasta 1898.

<<

[3] Tipo de kimono ceremonial muy ancho con las mangas muy largas que llevan las sacerdotisas de alto rango de ciertos templos durante celebraciones religiosas señaladas. Las diosas celestiales del sintoísmo se representan con ese tipo de kimono sagrado. <<

[4] En Japón las tarifas de taxi son sumamente caras. <<

[5] Estilo característico de la época georgiana (1714-1837). Es el periodo de la historia británica que abarca los reinados de Jorge I, Jorge II, Jorge III y Jorge IV. <<

[6] Raza de gato con el pelaje tricolor con una mutación genética que hace que casi todos sus especímenes sean hembras y solo haya una proporción muy pequeña de machos. <<

[7] En Japón existe una costumbre bastante extendida de leer de pie en las mismas librerías. <<

[8] El modelo de belleza clásico en Japón suele ser el de las mujeres con los cabellos negros con una piel muy blanca. <<

[9] Región del norte de Japón. <<

[10] Ciudad situada a las afueras de Tōkyō. <<

[11] Ciudad situada a las afueras de Tōkyō. <<

[12] Técnica de boxeo que consiste en sujetar al oponente durante el combate como medida defensiva para evitar o disminuir un ataque. <<

[13] En Japón aún existe la costumbre de realizar reuniones organizadas por los parientes de jóvenes en edad casadera para arreglar matrimonios. <<

[14] *Así habló Zaratustra*, op. 30. Poema sinfónico compuesto por Richard Strauss en 1896. El autor se inspiró en la obra homónima del filósofo Friedrich Nietzsche. <<

[15] Rachmaninov y Chopin son compositores mucho más clásicos y románticos propio de espacios distinguidos. En cambio, Richard Strauss, sobre todo por la pieza mencionada, era considerado un compositor rompedor con una intensidad y un carácter más fiero. <<

[16] «E lucevan le stelle» es una famosa aria para tenor de la ópera Tosca. Es una composición elegíaca donde Mario Cavaradossi, republicano y simpatizante de las ideas liberales, evoca los momentos íntimos vividos con su amante cuando está prisionero en el castillo de Sant'Angelo de Roma, momentos antes de su inminente ejecución. <<

[17] A menudo, las personas que buscan matrimonios arreglados preparan unos pequeños *dossieres* con fotografías y algunos datos personales para poder mostrárselos a la parte interesada. <<

[18] En Japón existen los denominados Love Hotel, pensados específicamente para que las parejas pasen la noche. <<

[19] Matatabi (*Actinidia polygama*). Es una planta que deja a los gatos prácticamente colocados o en estado de ebriedad. <<

[20] Adaptación del juego de palabras que se hace con los términos (expulsar), (abandonar los estudios) y (estudiar en el extranjero), que en japonés tienen fonéticas relativamente parecidas. <<

[21] Distrito de Tōkyō. <<

[22] En Japón, los funerales se suelen hacer en la casa familiar del difunto. <<

[23] En el folclore japonés, los zorros son animales que poseen connotaciones mágicas y una gran inteligencia capaz de engañar al ser humano con toda clase de artimañas.

<<

[24] Barrio de Tōkyō donde se encuentra un centro comercial y administrativo de la ciudad. <<

[25] Referencia humorística a Así habló Zaratustra, uno de los libros emblemáticos del filósofo alemán Friedrich Nietzsche (1844-1900). <<

[26] *Kaiju eiga*. Género cinematográfico japonés de monstruos al que pertenecen películas como *Godzilla* o *Gamera*, en las que suelen aparecer monstruos de enormes dimensiones que amenazan a la humanidad. <<

[27] Mafia japonesa. <<

[28] Los japoneses solo se tutean cuando existe una relación estrecha de parentesco, noviazgo o en un matrimonio. Tutear a un desconocido está fuera de lugar e incluso se puede llegar a considerar una falta de respeto. <<

[29] Ópera de Giacomo Puccini. En la obra, un oficial americano seduce a una dama japonesa para luego abandonarla. Una situación que lleva a la protagonista de la ópera a cometer suicidio. El aria mencionada es la más famosa de la obra y en ella la protagonista expresa la esperanza de que su marido regrese. <<

[30] El *tweed* es un tejido de lana áspera, cálido y resistente, originario de Escocia. Se fabrica en liso o tejido de sarga y a menudo muestra el patrón en forma de espina de pescado. Se obtiene girando juntas varias hebras de lana de diferentes colores en un hilo de dos o tres capas. Tradicionalmente utilizado en chaquetas de caza deportiva.

<<

[31] Hotel de cinco estrellas de Tōkyō famoso por su exclusividad. Sus precios rondan los 400 € la noche. <<

[32] En Japón, cuando se devuelve una cartera o un objeto perdido a su dueño, se suele recompensar a la persona que lo ha devuelto con algún detalle. <<

[33] Aparece así en el original. <<

[34] El *tubo* de rayos catódicos, o CRT, fue un sistema empleado en las televisiones hasta la llegada de las televisiones de plasma. <<

[35] En los *tubos* más antiguos de las televisiones de tubo se emplearon sustancias *tóxicas* para incrementar el efecto de los rayos catódicos sobre el fósforo, fundamental en la tecnología del CRT. <<